

SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
(CURA DE ARS)

SERMONES ESCOGIDOS

TOMO III

VERSION DE
RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS
Catedrático del Seminario de Gerona

Serie
Grandes Maestros
N.º 15

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

TOMO III: 978-84-7693-203-2

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.757-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

DOMINGO NOVENO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LAS LÁGRIMAS DE JESUCRISTO

Videns Iesus civitatem, flevit super illam.

Jesús, al ver la ciudad, lloró sobre ella.

(S. Lucas, XIX, 41.)

Al entrar Jesucristo en la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella, diciendo : «Si conocieses, al menos, las gracias que vengo a ofrecerte y quisieses aprovecharte de ellas, podrías recibir aún el perdón ; mas no, tu ceguera ha llegado a un tal exceso, que todas estas gracias sólo van a servirte para endurecerte y precipitar tu desgracia ; has asesinado a los profetas y dado muerte a los hijos de Dios ; ahora vas a poner el colmo en aquellos crímenes dando muerte al mismo Hijo de Dios». Ved, H. M., lo que hacía derramar tan abundantes lágrimas a Jesucristo al acercarse a la ciudad. ¡ Ay ! en medio de aquellas abominaciones, presentía la pérdida de muchas almas incomparablemente más culpables que los judíos, ya que iban a ser mucho más favorecidas que ellos lo fueron en cuanto a gracias espirituales. ¡ Ay ! H. M., lo que más vivamente le conmovió fué que, a pesar de los méritos de su pasión y muerte, con los cuales se podrían rescatar mil mundos mucho mayores que el que habitamos, la mayor parte de los hombres iban a perderse. Sí, H. M., Jesús veía ya de antemano a todos los que en los siglos veni-

deros despreciarían sus gracias, o sólo se servirían de ellas para su desdicha. ¡Ay! H. M., ¿quién, de los que aspiran a conservar su alma digna del cielo, no temblará al considerar esto? ¡Ay! ¿seremos por ventura del número de aquellos infelices? ¿se refería a nosotros Jesucristo, cuando dijo llorando: «¡Ah! si mi muerte y mi sangre no sirven para vuestra salvación, a lo menos ellas encenderán la ira de mi Padre, que caerá sobre vosotros por toda una eternidad»? ¡Un Dios vendido!... ¡un alma reprobada!... ¡un cielo rechazado!... ¿Será posible que nos mostremos insensibles a tanta desdicha?... ¿Será posible que, a pesar de cuanto ha hecho Jesucristo para salvar nuestras almas, nos mostremos nosotros tan indiferentes ante el peligro de perderlas?... Para sacaros de una tal insensibilidad, H. M., voy a mostraros: 1.º lo que sea un alma; 2.º lo que ella cuesta a Jesucristo; y 3.º lo que hace el demonio para perderla.

I. — ¡Ah! H. M., si acertáramos a conocer el valor de nuestra alma, ¿con qué cuidado la conservaríamos? ¡Ay! ¡jamás lo comprenderemos bastante! Querer mostraros, H. M., el gran valor de un alma, es imposible a un mortal; sólo Dios conoce todas las bellezas y perfecciones con que ha adornado a un alma. Únicamente os diré que todo cuanto ha creado Dios: el cielo, la tierra y todo lo que contienen, todas esas maravillas han sido creadas para el alma. El catecismo nos da la mejor prueba posible de la grandeza de nuestra alma. Cuando preguntamos a un niño: ¿qué quiere decir que el alma humana ha sido creada a imagen de Dios? Esto significa, responde el niño, que el alma, como Dios, tiene la facultad de conocer, amar, y determinarse libremente en todas sus acciones. Ved aquí, H. M., el mayor elogio de las cualidades con que Dios ha hermoseado nuestra alma, creada por las tres Per-

sonas de la Santísima Trinidad, a su imagen y semejanza. Un espíritu, como Dios, eterno en lo futuro, capaz, en cuanto es posible a una criatura, de conocer todas las bellezas y perfecciones de Dios; un alma que es objeto de las complacencias de las tres divinas Personas; un alma que puede glorificar a Dios en todas sus acciones; un alma, cuya ocupación toda será cantar las alabanzas de Dios durante la eternidad; un alma que aparecerá radiante con la felicidad que del mismo Dios procede; un alma cuyas acciones son tan libres que puede dar su amistad o su amor a quien le plazca: puede amar a Dios o dejar de amarle; mas, si tiene la dicha de dirigir su amor hacia Dios, ya no es ella quien obedece a Dios, sino el mismo Dios quien parece complacerse en hacer la voluntad de aquella alma (1). Y hasta podríamos afirmar que, desde el principio del mundo, no hallaremos una sola alma que, habiéndose entregado a Dios sin reserva, Dios le haya denegado nada de lo que ella deseaba. Vemos que Dios nos ha creado infundiéndonos unos deseos tales, que, de lo terreno, nada hay capaz de satisfacerlos. Ofreced a un alma todas las riquezas y todos los tesoros del mundo, y aun no quedará contenta; habiéndola creado Dios para El, sólo El es capaz de llenar sus insaciables deseos. Sí, H. M., nuestra alma puede amar a Dios, y ello constituye la mayor de todas las dichas. Amándole, tenemos todos los bienes y placeres que podamos desear en la tierra y en el cielo (2). Además, podemos servirle, es decir, glorificarle en cada uno de los actos de nuestra vida. No hay nada, por insignificante que sea, en que no quede Dios glorificado, si lo hacemos con objeto de agradarle. Nuestra ocupación, mientras estamos en la tierra, en nada difiere de la

(1) *Voluntatem timentium se faciet* (Ps. CXLIV, 19).

(2) *Quid enim mihi est in caelo; et a te quid volui super terram?* (Ps. LXXII, 25).

de los ángeles que están en el cielo : la sola diferencia está en que nosotros vemos todos los bienes divinales solamente con los ojos de la fe.

Es tan noble nuestra alma, desde su nacimiento está dotada de tan bellas cualidades, que Dios no la ha querido confiar más que a un príncipe de la corte celestial. Nuestra alma es tan preciosa a los ojos del mismo Dios, que, a pesar de toda su sabiduría, no halló el Señor otro alimento digno de ella que su adorable Cuerpo, del cual quiere hacer su pan cotidiano ; ni otra bebida digna de ella que la Sangre preciosa de Jesús. «Sí, H. M., tenemos un alma a la cual Dios ama tanto, nos dice San Ambrosio, que, aunque fuese sola en el mundo, Dios no habría creído hacer demasiado muriendo por ella ; y aun cuando Dios, al crearla, no hubiese hecho también el cielo, habría creado un cielo para ella sola», como manifestó un día a Santa Teresa. «Me eres tan agradable, le dijo Jesucristo, que, aunque no existiese el cielo, crearía uno para ti sola». «¡ Oh, cuerpo mío, exclama San Bernardo, cuán dichoso eres al albergar un alma adornada con tan bellas cualidades ! ¡ Todo un Dios, con ser infinito, hace de ella el objeto de todas sus complacencias !» Sí, H. M., nuestra alma está destinada a pasar su eternidad en el mismo seno de Dios. Digámoslo de una vez, H. M. : nuestra alma es algo tan grande, que sólo Dios la excede. Un día Dios permitió a Santa Catalina ver un alma. La Santa hallóla tan hermosa que prorrumpió en estas exclamaciones : «Oh, Dios mío, si la fe no me enseñase que existe un solo Dios, pensaría que es una divinidad ; ¡ no, ya no me extraña, Dios mío, ya no me admira que hayáis muerto por un alma tan bella !»

Sí, H. M., nuestra alma en el porvenir será eterna como el mismo Dios. No vayamos más lejos, H. M. ; uno se pierde en este abismo de grandeza. Atendiendo únicamente a esto, H. M., os invito a pensar si debe-

remos admirarnos de que Dios, perfecto conocedor de su mérito, llorase tan amargamente la pérdida de un alma. Y podéis considerar también cuál habrá de ser nuestra diligencia por conservar todas sus bellezas. ¡Ay! H. M., es tan sensible Dios a la pérdida de un alma, que la lloró antes que tuviese ojos para derramar lágrimas; valióse de los ojos de sus profetas para llorar la pérdida de nuestras almas. Bien manifiesto lo hallamos en el profeta Amós. «Habiéndome retirado a la obscuridad, nos dice aquel profeta, considerando la espantosa multitud de crímenes que el pueblo de Dios cometía cada día, viendo que la cólera de Dios estaba a punto de caer sobre él y que el infierno abría sus fauces para tragárselo, los congregué a todos, y temblando de pavor, les dije, en medio de amargas lágrimas: ¡Oh, hijos míos! ¿sabéis en qué me ocupo noche y día? ¡Ay! me estoy representando vivamente vuestros pecados, en medio de la mayor amargura de mi corazón. Si por fuerza... rendido por la fatiga, llego a adormecerme, al punto vuelvo a despertar sobresaltado, exclamando, con los ojos bañados en lágrimas y el corazón partido de dolor: Dios mío, Dios mío, ¿habrá en Israel algunas almas que no os ofendan? Cuando esta triste y deplorable idea llena mi imaginación, expreso al Señor mis sentimientos, y gimiendo amargamente en su santa presencia, le digo: Dios mío, ¿qué medio hallaré para obtener el perdón de ese pueblo infeliz? Oíd lo que me ha contestado el Señor: Profeta, si quieres alcanzar el perdón de ese pueblo ingrato, ve, corre por las calles y las plazas; haz resonar en ellas los más amargos llantos y gemidos; entra en las tiendas de los comerciantes y artesanos; llégate hasta los lugares donde se administra justicia; sube a la cámara de los grandes y entra en el gabinete de los jueces; di a todos cuantos hallares dentro y fuera de la ciudad: «¡Infelices de vosotros! ¡ah! ¡infelices de

vosotros, que pecasteis contra el Señor!» Aun no hay bastante con esto; buscarás el auxilio de cuantos sean capaces de llorar, para que unan sus lágrimas a las tuyas; sean vuestros gritos y gemidos tan espantosos que llenen de consternación los corazones de los que os oigan, para que así abandonen el pecado y lo lloren hasta la sepultura, y con esto comprendan cuánto me duele la pérdida de sus almas».

El profeta Jeremías, H. M., va aún más lejos. Para mostrarnos cuán sensible sea a Dios la pérdida de un alma, ved lo que nos habla en un momento en que se halla arrebatado por el espíritu del Señor: «¡Ah, Dios mío! ¡ah, Dios mío! ¿qué va a ser de mí? me habéis encargado la vigilancia de un pueblo rebelde, de una nación ingrata, que no quiere escucharos, ni someterse a vuestros preceptos; ¡ay! ¿qué haré? ¿qué partido tomaré? Ved lo que me ha contestado el Señor: «Para manifestarles cuán sensiblemente conmovido me hallo por la pérdida de sus almas, toma tus cabellos, arráncales de tu cabeza, arrójalos lejos de ti, por haberme el pecado de ese pueblo forzado a abandonarle, por haber entrado ya mi furor en el interior de sus almas». Cuando la cólera del Señor está inflamada por el pecado que anida en nuestro corazón, sobreviene entonces la peor y más terrible enfermedad. «Pero, Señor, le dijo el Profeta, ¿qué podré hacer para desviar de vuestro pueblo las miradas de vuestra ira?—Toma un saco por vestido, dijo el Señor, cubre de ceniza tu cabeza, y llora sin cesar y tan copiosamente, que tu rostro quede bañado en lágrimas; llora amargamente, hasta que los pecados queden anegados en llanto» (1). ¿Veis, H. M., cuán sensible sea a Dios la pérdida de nuestras almas? Por lo dicho os podéis hacer cargo de la desventura que representa perder un alma a quien Dios ama tanto, cuan-

(1) Ier., VII, 29.

do, no teniendo aún ojos corpóreos para llorar su desgracia, pide prestados los de sus profetas. Nos dice el Señor por su profeta Joel : «Llorad la pérdida de las almas, como un joven esposo llora la de su esposa, en quien veía cifrada toda su dicha y todo su consuelo !» (1).

Nos dice San Bernardo que hay tres cosas capaces de hacernos llorar ; mas sólo una es capaz de hacer meritorias nuestras lágrimas, a saber, llorar nuestros pecados o los de nuestros hermanos ; todo lo demás son lágrimas profanas, criminales, o a lo menos, infructuosas. Llorar la pérdida de un pleito injusto, o la muerte de un hijo : lágrimas inútiles. Llorar por vernos privados de un placer carnal : lágrimas criminales. Llorar por causa de una larga enfermedad : lágrimas infructuosas e inútiles. Pero llorar la muerte espiritual del alma, el alejamiento de Dios, la pérdida del cielo : «¡oh, lágrimas preciosas, nos dice aquel gran Santo, mas cuán raras sois !» Y ¿por qué esto, H. M., sino porque no sentís la magnitud de vuestra desgracia, para el tiempo y para la eternidad ?

¡ Ay ! H. M., es el temor de aquella pérdida lo que ha despoblado el mundo para llenar los desiertos y los monasterios de tantos cristianos penitentes ; los tales comprendieron mucho mejor que nosotros que, al perder el alma, todo está perdido, y que ella debía de ser muy preciosa cuando el mismo Dios hacía de la misma tanta estima. Sí, H. M., los santos aceptaron tantos sufrimientos, a fin de conservar su alma digna del cielo. La historia nos ofrece de ello innumerables ejemplos ; voy a recordar aquí uno, H. M. ; si no tenemos el valor de imitarlo, a lo menos podremos bendecir a Dios admirándolo.

(1) Joel, I, 8.

Vemos en la vida de San Juan Calybita (1), hijo de Constantinopla, que este Santo desde su infancia comenzó a comprender la nada de las cosas humanas y a sentir el gusto de la soledad. Un religioso de un monasterio vecino, de paso en Constantinopla para ir como peregrino a Jerusalén, alojóse en casa de los padres de aquel santo niño, los cuales recibían siempre con gran placer a los peregrinos. El niño le preguntó qué clase de vida se llevaba en su monasterio. Al narrarle la vida santa y penitente de los religiosos, el gozo de que allí disfrutaban, apartados del mundo para mantener comercio sólo con Dios, recibió tan grata impresión y concibió tan fuerte deseo de dejar el mundo para ir a participar de aquella felicidad, que no le satisfizo ya jamás la compañía de los hombres. Dijo a sus padres que no pensasen en acomodarle en medio del mundo, puesto que Dios le llamaba para terminar sus días en el retiro. Sus padres procuraron hacerle cambiar de propósito; mas todo fué inútil; por toda herencia les pidió el libro de los Santos Evangelios, el cual retuvo y guardó como un gran tesoro. Para librarse de las insistentes solicitaciones de sus padres y para entregarse todo entero a Dios, abandonó su casa, y se fué a llamar a la puerta de un monasterio, donde pidió ser admitido. Sus padres le hicieron buscar por todas partes. Al ver que resultaban inútiles sus pesquisas, se abandonaron al más amargo llanto. El santo joven pasó seis años en aquel retiro practicando toda suerte de virtudes y entregándose a las penitencias que el amor de Dios le inspiraba. Pasado algún tiempo se le ocurrió la idea de ir a ver a sus padres, esperando que Dios le concedería la misma gracia que a San Alejo, quien estuvo veinte años en su casa sin que nadie le conociese.

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. IX, p. 279.

En cuanto hubo salido del monasterio, halló a un pobre, con el cual trocó su hábito, a fin de evitar toda posibilidad de ser reconocido; por otra parte, sus grandes austeridades y una grave enfermedad que había sufrido, le habían desfigurado por completo. Cuando, a lo lejos, divisó la casa de sus padres, cayó de hinojos pidiendo a Dios que no le abandonase en su empresa. Llegó de noche, y hallando cerrada la puerta, pasó toda la noche junto a ella. Al día siguiente los criados le encontraron allí y, compadeciéndose de su miseria, le permitieron entrar en una pequeña habitación para que permaneciese en ella. Sólo Dios sabe lo que hubo de sufrir viendo a sus padres, los cuales a todas horas pasaban delante de él, llorando amargamente la pérdida del hijo que constituía todo su consuelo. Su padre, que era muy caritativo, le enviaba frecuentemente algo con que alimentarse. Mas su madre no podía acercársele sin que su corazón se resistiese, tanta era la repugnancia que aquel pobre le inspiraba. A no ser la caridad que la llevaba a vencer aquella repugnancia, le habría echado de su casa. Siempre sumida en la mayor tristeza, siempre derramando amargas lágrimas, y todo ello delante de aquel que no podía permanecer insensible a lo que constituía el mayor tormento de su madre...

El Santo pasó tres años en aquella morada, dedicado únicamente a la oración y al ayuno que observaba con gran rigor; continuamente las lágrimas bañaban su rostro. Cuando Dios le dió a entender que había llegado su fin, rogó al mayordomo de la casa que hiciese de manera que la señora fuese a verle, pues tenía vivos deseos de hablar con ella. Al recibir el recado, por más que estuviese acostumbrada a visitar enfermos, se mostró bastante contrariada; le daba tanta repugnancia visitar a éste, que tuvo que hacerse grande violencia para llegar hasta la puerta de la habitación donde se albergaba el pobre. El moribundo le agradeció viva-

mente los cuidados que se había tomado por un miserable desconocido, y le aseguró que rogaría mucho a Dios por ella, a fin de que le recompensase cuanto había hecho en su favor. Le suplicó, además, que cuidase de su sepultura. Después que ella se lo hubo así prometido, le hizo presente del libro de los Santos Evangelios, el cual estaba muy bien encuadernado. Quedó ella muy sorprendida al ver que un pobre poseía un libro tan bien encuadernado ; entonces se acordó del que en otro tiempo había dado al hijo cuya pérdida le costara tantas lágrimas. Aquel recuerdo renovó su dolor, y la hizo llorar muy afligida. Aquellos suspiros y lágrimas llamaron la atención del padre, el cual acudió allí para conocer la causa, y habiendo examinado con alguna detención el libro, reconoció ser el mismo que había entregado a su hijo. Entonces preguntó al moribundo qué había sido de su hijo. El santo, a quien sólo le quedaba un soplo de vida, le respondió suspirando y con lágrimas en los ojos : «Este libro es el que me disteis hace diez años ; yo soy el hijo a quien tanto habéis buscado y por quien habéis derramado tantas lágrimas». A estas palabras, quedaron todos estupefactos, al ver que desde tanto tiempo tenían junto a sí al que tan lejos habían buscado ; la emoción que experimentaron era para quitarles la vida. Pero en el mismo momento en que le estrechaban amorosamente en sus brazos, levantó sus manos y sus ojos al cielo y entregó a Dios su hermosa alma, por la conservación de cuya inocencia hizo tantos sacrificios, tantas penitencias, y tantas lágrimas derramó... Ante este ejemplo, H. M., podemos muy bien decir : aquel cristiano tuvo la dicha de conocer la grandeza de su alma, y los cuidados que ella merecía. Aquí tenéis, H. M., un cristiano que glorificó a Dios en todos los actos de su vida ; aquí tenéis un alma que ahora está radiante de gloria en el cielo, donde bendice a Dios por haberle hecho la gracia de vencer el mundo, la carne y la san-

gre. ¡ Oh ! ¡ cuán dichosa es, aun a los ojos del mundo, una muerte semejante !

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que, para conocer el precio de nuestra alma, no tenemos más que considerar lo que Jesucristo hizo por ella. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá jamás comprender cuánto ama Dios a nuestra alma, pues ha hecho por ella todo cuanto es posible a un Dios para procurar la felicidad de una criatura ? (1). Para sentirse más obligado a amarla, la quiso crear a su imagen y semejanza ; a fin de que, contemplándola, se contemplase a sí mismo. Por eso vemos que da a nuestra alma los nombres más tiernos y más capaces de mostrar el amor hasta el exceso. La llama su hija, su hermana, su amada, su esposa, su única, su paloma (2). Mas no está aun todo aquí : el amor se manifiesta mejor con actos que con palabras. Mirad su diligencia en bajar del cielo para tomar un cuerpo semejante al nuestro ; desposándose con nuestra naturaleza, se ha desposado con todas nuestras miserias, excepto el pecado ; o mejor, ha querido cargar sobre sí toda la justicia que su Padre pedía de nosotros. Mirad su anonadamiento en el misterio de la Encarnación ; mirad su pobreza : por nosotros nace en un establo ; contemplad las lágrimas que sobre aquellas pajas derrama, llorando de antemano nuestros pecados ; mirad la sangre que sale de sus venas bajo el cuchillo de la circuncisión ; vedle huyendo a Egipto como un criminal ; mirad su humildad, y su sumisión a sus padres ; miradle en el jardín de los Olivos, gimiendo, orando y derramando lágrimas de sangre ; miradle preso, atado y agarrotado, arrojado en tierra, maltratado con los pies

(1) Jesucristo ha señalado como la más incontestable prueba de amor, el dar la propia vida : «No puede manifestarse mayor afecto a los amigos que muriendo por ellos».

(2) Cant., II, 10 ; IV, 9 ; V, 2, etc.

y a palos por sus propios hijos; contempladle atado a la columna, cubierto de sangre; su pobre cuerpo ha recibido tantos golpes, la sangre corre con tanta abundancia, que sus verdugos quedan cubiertos de ella; mirad la corona de espinas que atraviesa su santa y sagrada cabeza; miradle con la cruz a cuestas caminando hacia la montaña del Calvario: cada paso, una caída; miradle clavado en la cruz, sobre la cual se ha tendido El mismo, sin que de su boca salga la menor palabra de queja. ¡Mirad las lágrimas de amor, que derrama en su agonía, mezclándose con su sangre adorable! ¡Es verdaderamente, H. M., un amor digno de un Dios todo amor! ¡Con ello nos muestra, H. M., toda la estima en que tiene a nuestra alma! ¿Bastará todo esto para que comprendamos lo que ella vale, y los cuidados que por ella hemos de tener?

¡Ah! H. M., si una vez en la vidauviésemos la suerte de penetrarnos bien de la belleza y del valor de nuestra alma, ¿no estaríamos dispuestos, como Jesús, a sufrir todos los sacrificios por conservarla? ¡Oh! ¡cuán hermosa, cuán preciosa es un alma a los ojos del mismo Dios! ¿Cómo es posible que la tengamos en tan poca estima y la tratemos más duramente que al más vil de los animales? ¿Qué ha de pensar el alma conocedora de su belleza y de sus altas cualidades, al verse arrastrada a las torpezas del pecado? ¡Ah! ¡cuando la arrastramos por el fango de los más sucios deleites, sentimos, H. M., el horror que de sí misma debe concebir un alma que no ve sobre ella otro ser que al mismo Dios!... Dios mío, ¿es posible que hagamos tan poco caso de una tal belleza?

Mirad, H. M., en qué viene a convertirse un alma que tiene la desgracia de caer en pecado. Cuando está en gracia de Dios, la tomaríamos por una divinidad; mas ¡cuando está en pecado!... El Señor permitió un día a un profeta ver un alma en estado de pecado, y

nos dice que parecía el cadáver corrompido de una bestia, después de haber sido arrastrado ocho días por las calles y expuesto a los rigores del sol. ¡ Ah ! ahora sí que podemos decir, H. M., con el profeta Jeremías : « Ha caído la gran Babilonia, y se ha convertido en guarida de demonios » (1). ¡ Oh ! ¡ cuán bella es un alma cuando tiene la dicha de estar en gracia de Dios ! Sí, sí, ¡ solamente Dios puede conocer todo su precio y todo su valor !

Ved también cómo Dios ha instituido una religión para hacerla feliz en este mundo, mientras llega la hora de darle mayor felicidad en la otra vida. ¿ Por qué, H. M., ha instituido los sacramentos ? ¿ No es, por ventura, para curarla cuando tiene la desgracia de contagiarse con los miasmas del pecado, o bien para fortalecerla en las luchas que debe sostener ? ¡ Mirad a cuántos ultrajes se ha expuesto Jesús por ella ! ¡ cuán a menudo son violados sus preceptos ! ¡ cuántas veces son profanados sus sacramentos, cuántos sacrilegios se cometen al recibirlos ! Pero no importa, H. M. ; aun conociendo Jesús todos los insultos que debía recibir, por el amor de las almas no pudo contenerse... mejor dicho, H. M., Jesucristo amó y ama tanto a nuestra alma, que, si preciso fuera morir segunda vez, gustoso lo haría. Ved cuán diligente se muestra en acudir en nuestro auxilio cuando estamos agobiados por la pena o por la tristeza ; mirad los cuidados que se toma en favor de los que le aman ; mirad la multitud de santos a quienes Él alimentó milagrosamente. ¡ Ah ! H. M., si llegásemos a comprender lo que es un alma, lo mucho que Dios la ama, y cuán abundantemente la recompensará durante toda la eternidad, nos portaríamos como se portaron los santos : ni las riquezas, ni los placeres, ni la muerte

(1) *Cecidit, cecidit Babylon magna, et facta est habitatio daemoniorum* (Apoc., XVIII, 2, Ier., LI, 8).

misma serían capaces de hacérsola vender al demonio. Mirad toda la multitud de mártires, cuántos tormentos arrostraron para no perderla; vedlos subir a los cadalsos y entregarse en manos de los verdugos con una alegría increíble.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Cristina, virgen y mártir (1). Esta Santa ilustre era natural de la Toscana. Su padre, que era gobernador, fué su propio verdugo. El motivo de su enojo fué el haber su hija hecho desaparecer todos los ídolos que él adoraba en su propia casa; la joven los hizo añicos para vender el metal y, de su producto, repartir limosnas a los pobres cristianos. Este acto enfureció de tal manera a su padre, que al momento la entregó en manos de los verdugos, los cuales, obedeciendo las órdenes que les dió, la azotaron bárbaramente y la atormentaron con crueldad nunca vista. Su pobre cuerpo estaba cubierto de sangre. El padre ordenó que con unos garfios de hierro le desgarrasen sus carnes. Los verdugos llegaron a tanto que dejaron al descubierto muchos huesos de su cuerpo; mas el vivo dolor que experimentó, lejos de abatir su valor y turbar la paz de su alma, le dió fuerzas para arrancar, sin vacilar, su propia carne y ofrecerla a su padre por si quería comerla. Un gesto tan sorprendente, en vez de conmover el corazón de aquel padre tan bárbaro, sólo sirvió para encolerizarle más: entonces la hizo encerrar en una cárcel horrorosa, cargada de hierros y cadenas; la llenó de dicterios y maldiciones, y anuncióle que aun se le preparaban nuevos tormentos; mas aquella joven santa, que no contaba más de diez años, no se conturbó. Algunos días después, el padre la hizo salir de la prisión y mandó atarla a una rueda algo elevada sobre el suelo,

(1) La Iglesia honra a Santa Cristina el 24 de julio. Véase en este día su vida en *Las vidas de los Santos*, de Ribadeneira.

la cual fué rociada de aceite por todos sus lados ; y debajo de la misma mandó el tirano encender una gran hoguera, a fin de que, al dar vueltas la rueda, el cuerpo de aquella inocente criatura sufriese a la vez doble suplicio. Pero un gran milagro impidió que se lograra el efecto : el fuego respetó la pureza de la virgen, no causando ningún daño al cuerpo ; antes al contrario, el fuego se revolió contra los idólatras, y abrasó en sus llamas a un considerable número de ellos. Al ver el padre aquellos prodigios, faltóle poco para morir de despecho. No pudiendo aguantar aquella afrenta, y viéndose impotente para llevar a cabo la venganza que intentaba, condujo nuevamente a su hija a la cárcel ; mas tampoco allí le faltó auxilio : un ángel bajó al calabozo para consolarla y curar todas sus llagas. El enviado de Dios le comunicó nuevas fuerzas. Habiendo llegado a conocimiento de aquel padre desnaturalizado este nuevo milagro, resolvió ordenar una última tentativa. Mandó al verdugo que atase una piedra al cuello de su hija, y la arrojase al lago. Mas Dios, que supo preservarla de las llamas, la libró también de las aguas : el mismo ángel que la había asistido en la prisión la acompañó sobre el agua y la condujo tranquilamente hasta la orilla, donde la encontraron tan sana como antes de arrojarla al lago. Viendo el padre que todo cuanto ordenaba para hacerla sufrir de nada le servía, murió de rabia. Díón, que fué su sucesor en el gobierno de la ciudad, le sucedió también en fiereza. Creyó deber suyo vengar la muerte de su antecesor, de la cual tenía a la hija por única causante. Inventó mil suertes de tormentos contra aquella virgen inocente ; pero el más cruel fué obligarla a acostarse en una especie de cuna llena de aceite hirviendo mezclado con pez. Mas la santa joven, a quien Dios se complacía en proteger para confusión de los tiranos, hizo que, con sólo la señal de la cruz, aquella materia perdiese su fuerza. Burlándose la niña,

en cierta manera, del fracaso de sus verdugos, les dijo que la habían colocado en aquella cuna cual un niño acabado de bautizar. Aquellos aborrecibles ministros de Satán estaban llenos de indignación al ver que una niña de diez años triunfaba de todos sus esfuerzos; en su furor, aquellos bárbaros infames, olvidando el respeto que debían al pudor y a la modestia de aquella virgen, le cortaron los cabellos, la desnudaron, y, en aquel deplorable estado, la arrastraron a un templo pagano para forzarla a ofrecer incienso al demonio; mas, al entrar en el templo, el ídolo cayó hecho añicos, y el tirano quedó muerto de repente. La multitud de ídólatras que presenció tan extraordinario hecho se convirtió casi en masa, llegando hasta tres mil los que abrazaron la fe cristiana. Entonces aquella santa niña pasó a manos de un tercer verdugo llamado Justino. Aquel tirano tomó también a pechos el vengar la muerte y el deshonor de su antecesor, agotando todo lo que su rabia pudo inspirarle para atormentar a la niña. Comenzó por mandar que fuese arrojada a un horno ardiendo, a fin de hacerla perecer abrasada; mas Nuestro Señor, obrando un nuevo milagro, permitió que las llamas no la dañasen, y la virgen permaneció allí cinco días sin padecer en lo más mínimo. Entonces, viendo los hombres que su malicia resultaba impotente, recurrieron al demonio, valiéndose para ello de un mago que echó en la cárcel de la niña gran número de horribles serpientes, pensando que no escaparía a la fuerza del veneno de aquellas bestias; pero aquel diabólico manejo sólo sirvió para poner de relieve la gloria de la virgen, que triunfó de los animales, como antes triunfara de la rabia de los hombres. Le fué cortada la lengua, mas aun así se expresaba mejor, y cantaba con mayores fuerzas las alabanzas al Dios que adoraba. Finalmente, no sabiendo a qué tormento recurrir, mandó el verdugo atarla a un poste en donde su cuerpo fué agujereado a flechazos,

hasta que su alma salió del cuerpo para ir a gozar de la presencia de Dios, recompensa que tan bien había sabido merecer. Decidme, H. M., ¿comprendía aquella niña la excelencia y valor de su alma? ¿Estaba penetrada de lo que debía hacer por conservarla, a costa de sus bienes, de sus gustos y de su misma vida? ¡Ah! H. M., una vez comprendido lo que vale nuestra alma, la estimación en que Dios la tiene, ¿podremos dejarla perecer cual hacemos ahora? No, no, H. M., no debe ya admirarnos que Jesucristo haya derramado tantas lágrimas por la pérdida de nuestra alma.

Pero, pensaréis vosotros, ¿sobre qué cosas lloró, pues, Jesucristo? — ¡Ay! lloró sobre nuestro orgullo, al ver que sólo nos preocupamos de los honores y de la estimación del mundo, en vez de anonadarnos considerando las grandes humillaciones a que Dios se sometió para nuestro encumbramiento; lloró sobre nuestros odios y venganzas, que contrastan con la manera como El obró, al morir por sus enemigos; lloró sobre nuestro infame vicio de la impureza, al ver la deshonra que produce este pecado en el alma, sumiéndola en el más inmundito e infecto lodazal. ¡Ah! H. M., Jesús lloró sobre todos nuestros pecados. El quería salvarnos y hacernos felices a todos; El no quería que almas tan hermosas, criaturas suyas, se perdiesen ni quedasen sumidas en la deshonra y reducidas a la esclavitud del demonio, estando dotadas de tan bellas cualidades, y destinadas a tan excelsa felicidad.

III. — Nos dice San Agustín (1): «¿Queréis saber lo que vale vuestra alma? Id, preguntádselo al demonio, él os lo dirá. El demonio tiene en tanto a nuestra alma, que, aunque viviésemos cuatro mil años, si después de esos cuatro mil años de tentaciones nos ganase,

(1) Serm. CCX, in Quadrag. VI, cap. IV.

tendría por muy bien empleado su trabajo». Aquel santo varón que de una manera tan particular había sufrido las tentaciones del demonio, nos dice que nuestra vida es una tentación continuada. El mismo demonio dijo un día por boca de un poseso que, en tanto hubiese un solo hombre sobre la tierra, él estaría allí para tentarle. Puesto que, decía, no puedo soportar que los cristianos, después de tantos pecados, puedan aún esperar el cielo que yo perdí de una sola vez, sin poder reconquistarlo jamás.

Pero ¡ay! sí, lo podemos experimentar en nosotros mismos el hecho de que en casi todos nuestros actos nos hallamos tentados, ya de orgullo, ya de vanidad, ya pensando en la opinión que los demás formarán de nosotros, ya concibiendo celos, odios, deseo de venganza... Otras veces el demonio se nos acerca para presentarnos las imágenes más inmundas e impuras. Mirad cómo, al orar, agita nuestro espíritu llevándolo de una parte a otra; y hasta ¿no nos parece que nos hallamos en un estado... (1), cuando estamos en la santa presencia de Dios? Y aun más, desde Adán hasta nosotros, no hallaréis santo alguno que de una u otra manera no haya sido tentado; y los más grandes santos fueron precisamente los que experimentaron mayores tentaciones. El mismo Jesucristo quiso ser tentado, para darnos a entender que también nosotros lo seríamos: es necesario, pues, atenernos a ello. Si me preguntáis cuál es la causa de nuestras tentaciones, os responderé que es la hermosura y el valor de nuestra alma, a la cual el demonio aprecia y apetece tanto, que se conformaría con sufrir dos infiernos, si fuese preciso, con tal de poderla arrastrar a compartir sus penas.

Jamás, pues, dejemos de permanecer en guardia,

(1) Está así, sin sentido, en la edición francesa. (Nota del Trad.).

por temor de que, en el momento menos pensado, el demonio nos engañe. Cuéntanos San Francisco que un día el Señor le hizo ver la manera como el demonio tentaba a sus religiosos, sobre todo contra la virtud de la pureza. Vió una multitud de demonios que se entretenían arrojando flechas contra aquellos religiosos; unas retornaban violentamente contra los mismos demonios que las arrojaran: entonces éstos huían dando tremendos alaridos; otras, al dar contra aquellos a quienes iban dirigidas, caían a sus pies sin causarles daño alguno; otras penetraban enteras y los atravesaban de parte a parte. Para rechazar las tentaciones, nos dice San Antonio, hemos de servirnos de las mismas armas: así, cuando nos tienta con el orgullo, debemos al momento humillarnos y rebajarnos ante Dios; si quiere tentarnos contra la santa virtud de la pureza, debemos esforzarnos en mortificar el cuerpo y los sentidos, vigilándonos con más diligencia que nunca. Si quiere tentarnos por medio del fastidio en la hora de la oración, deberemos redoblar ésta y poner atención más diligente; y cuanto más el demonio nos induzca a dejar las oraciones de costumbre, mayor número de ellas habremos de rezar.

Las tentaciones más temibles son aquellas de las cuales no nos damos cuenta. Refiere San Gregorio que había un religioso que durante algún tiempo fué muy bueno; un día concibió el deseo de salir del monasterio y volver al mundo, diciendo que el Señor le quería fuera de aquel monasterio. El superior le dijo: «Amigo mío, esto es el demonio que se enoja de que logréis salvar el alma; combatid contra él. No dándose el otro por convencido, el superior le dió permiso para marcharse; pero, al salir del monasterio, el santo se puso de rodillas para pedir a Dios que hiciese conocer al pobre religioso que todo aquello no eran sino asechanzas del demonio empeñado en perderle. Apenas puso el

pie en el umbral de la puerta para salir, un espantoso dragón se le echó encima. «¡Socorro, hermanos míos, exclamó, que viene un gran dragón a devorarme!» Los religiosos, al oír aquel ruido, acudieron a ver qué sucedía, y hallaron al religioso tendido en tierra casi muerto; le condujeron al monasterio, y entonces el infeliz reconoció verdaderamente que todo aquello eran sólo tentaciones del demonio que moría de rabia al ver que su superior había rogado por él y le impedía ganar aquella alma. ¡Ay! H. M., cuánto hemos de temer que no lleguemos a conocer nuestras tentaciones! Y si no se lo pedimos a Dios, nunca las conoceremos.

¿Qué hemos de sacar de todo esto, H. M., si no es que nuestra alma es algo muy grande a los ojos del demonio, toda vez que está tan atento a no dejar perder ocasión de tentarnos, a fin de perdernos y arrastrarnos a compartir su desgracia? Mas si, por una parte, hemos visto, H. M., cómo nuestra alma es algo grande, cuánto la ama Dios, cuánto padeció para salvarla, los bienes que le prepara en la otra vida; y, por otra parte, hemos visto todas las astucias y lazos que el demonio nos tiende para perderla, ¿que habremos de pensar, H. M., de todo esto? ¿qué estima haremos de nuestra alma? ¿qué precauciones tomaremos por ella? ¿Hemos pensado siquiera una vez en su excelencia y en los cuidados que respecto a ella debemos tener?

¿Qué hacemos, H. M., de esa alma que tanto ha costado a Jesucristo? ¡Ay, H. M., que es como si lauviésemos únicamente para hacerla desgraciada y causarle sufrimientos!... La consideramos menos estimable que los más viles animales; a las bestias que tenemos en la cuadra, les damos de comer; cuidamos muy bien de cerrar las puertas a fin de que los ladrones no nos las roben; cuando están enfermas, acudimos pronto en busca del veterinario para que las cure; a veces hasta nos sentimos conmovidos viéndolas sufrir. Y esto

¿lo hacemos, H. M., por nuestra alma? ¿Nos preocupamos de alimentarla con la gracia, o mediante la frecuencia de sacramentos? ¿Cuidamos de cerrar las puertas para que los ladrones no nos la roben? ¡Ay! H. M., confesémoslo para nuestra vergüenza, la dejamos perecer de miseria; dejamos que nuestros enemigos, que son las pasiones, la desgarran; dejamos abiertas todas las puertas; llega el demonio del orgullo, y le permitimos entrar para asesinar y devorar a la pobre alma; llega el de la impureza, y también entra, para ensuciarla y corromperla. «¡Ah! pobre alma, nos dice San Agustín, en muy poca estima eres tenida. El orgulloso te vende por un pensamiento de soberbia, el avaro por un pedazo de tierra, el beodo por un vaso de vino, el vengativo por un pensamiento de venganza!»

Realmente, H. M., ¿dónde están nuestras oraciones bien hechas, nuestras comuniones devotas, nuestras misas santamente oídas, nuestra resignación y conformidad con la voluntad de Dios en las penas, nuestra caridad para con los enemigos? ¿Será posible, H. M., que hagamos tan poco caso de un alma tan bella, a la cual Dios amó más que a sí mismo, pues murió por salvarla? ¡Ay! amamos al mundo y sus placeres; en cambio, todo cuanto se refiere a la gloria de Dios o a la salvación del alma, nos enoja y nos fastidia y llegamos hasta a quejarnos cuando nos vemos forzados a ejecutarlo. ¡Ay! ¿cuál será nuestro remordimiento otro día!... En apariencia, parece que el mundo nos proporciona algún placer; pero nos equivocamos. Escuchad lo que nos dice San Juan Crisóstomo, y veréis cómo es más feliz el que se preocupa de salvarse, que el que sólo corre en busca de los placeres y deja abandonada su pobre alma. «Mientras dormía, nos dice este gran Santo, tuve un sueño muy singular, el cual, al despertarme, me ofreció muchos motivos de reflexión y meditación delante de Dios. En aquel sueño, vi un paraje delicioso,

un valle agradable, en el cual la naturaleza había reunido todas las bellezas, todas las riquezas y todos los placeres capaces de complacer a un mortal. Lo que más me admiró, fué ver en medio de aquel valle de delicias a un hombre con el semblante triste, el rostro alterado y el espíritu preocupado; por su talante se adivinaba la turbación y la emoción de su alma: unas veces permanecía inmóvil, mirando fijamente al suelo, otras andaba a grandes pasos y con aire extraviado; otras se paraba repentinamente, exhalando profundos suspiros, sumiéndose en honda melancolía, rayana en la desesperación. Contemplando todo aquello atentamente, vi que aquel valle de delicias terminaba en un espantoso precipicio, en una sima inmensa hacia donde parecía verse aquel hombre arrastrado por una fuerza extraña. A pesar de tantas delicias, aquel hombre se mostraba agitado, pues, a la vista de aquellos abismos, le era imposible disfrutar un solo momento de paz y de alegría. Mas, dirigiendo mi vista hacia lo lejos, vi otro lugar de aspecto totalmente distinto del valle que os he descrito: era un valle sombrío y oscuro, formado por abruptas montañas y estériles desiertos; la sequedad más desoladora dominaba enteramente en aquellos parajes; nada de vegetación ni de frondosidad, sólo zarzas y espinas: todo inspiraba tristeza, desolación, horror. Pero fué grande mi sorpresa cuando divisé en aquel valle a un hombre pálido, enjuto, extenuado, y sin embargo, con el rostro sereno, el aspecto tranquilo y el aire satisfecho; a pesar de la apariencia exterior no muy gallarda, todo hacía adivinar que se trataba de un hombre que disfrutaba de la paz del alma; pero, mirando aun más a lo lejos, vi, al extremo de aquel valle de miserias y de aquel horroroso desierto, un sitio delicioso, un agradable rincón donde se descubriría toda suerte de bellezas. El hombre contemplaba sin cesar aquel extremo sin perderlo jamás de vista,

andaba con decisión, sin detenerse ante los estorbos de las zarzas y espinas que a veces llegaban a herir sus carnes; las llagas parecían avivar sus fuerzas. Admirado al ver todo aquello, pregunté por qué causa el uno estaba tan triste en un lugar de placeres y el otro tan tranquilo en una mansión de miserias. Entonces oí una voz que dijo: Estos dos hombres son, respectivamente, la imagen de aquellos que están enteramente entregados al mundo, y de los que se consagran sinceramente al servicio de Dios. El mundo, me dijo aquella voz, ofrece desde el primer momento a sus seguidores la riqueza y el placer, a lo menos en apariencia: los incautos se entregan a ellos inconsideradamente; pero pronto han de reconocer que no hallaron lo que pensaban. Lo más triste y desalentador es que al final se encuentran indefectiblemente con un abismo donde van a precipitarse cuantos andan por aquella senda en apariencia tan agradable. El otro, continuó la voz, experimenta en sí mismo todo lo contrario: y es que, en el servicio de Dios, hállanse ante todo pruebas y penalidades, debe habitarse en un valle de lágrimas; hay que mortificarse, hacerse violencia, privarse de las dulzuras de la vida, pasar los días en grande apretura. Pero el espíritu se anima ante la vista y la esperanza de un porvenir eternamente feliz; dura es la vida del hombre que mora en aquel valle triste, mas el pensamiento de la felicidad que le aguarda, le consuela y le sostiene en todas sus luchas. Todo es consolador para él, y su alma comienza ya a gustar de los bienes prometidos que le esperan y de los cuales pronto gozará plenamente».

¿Podremos hallar, H. M., una comparación más exacta y natural para comprender la diferencia entre los que durante su vida sólo procuran servir a Dios y salvar su alma, y los que dejan de lado a su Dios y a su alma, para correr tras los placeres, que conducen,

sin dejarnos gozar de nada consolador y perfecto, a un precipicio que no es otro que el abismo infernal? (1). ¡ Dichoso, H. M., el que seguirá aquel camino donde hay algunas penas, de poca duración, pero que al fin nos conduce a un lugar tan dichoso cual es aquel donde se goza de la posesión de Dios ! Esta es la gracia que os deseo...

(1) Est via quae videtur homini iusta : novissima autem eius deducunt ad mortem. Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat. (Prov., XIV, 12, 13).

DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL ORGULLO

Non sum sicut caeteri hominum.

Yo no soy como los demás.

(S. Lucas, XVIII, ix.)

Tal es, H. M., el lenguaje ordinario de la falsa virtud y el de los orgullosos, quienes, siempre satisfechos de sí mismos, están en todo momento dispuestos a criticar y censurar el comportamiento de los demás. Tal es también la manera de hablar de los ricos, que miran a los pobres como si fuesen de una naturaleza distinta de la suya, y los tratan conforme a esta manera de pensar. En una palabra, H. M., esta es la manera de hablar de casi todo el mundo. Son contados, hasta entre la gente de la más baja condición, los que no estén manchados con este maldito pecado, que no formen siempre buena opinión de sí mismos, que no se coloquen en todo momento por encima de sus iguales, y no lleven su detestable orgullo hasta afirmarse en la creencia de que son ellos mejores que muchos otros. De todo lo cual deduzco yo que el orgullo es la fuente de todos los vicios y la causa de todos los males que acontecen y acontecerán hasta la consumación de los siglos. Llevamos hasta tal punto nuestra ceguera, que muchas veces nos gloriamos de aquello que debería llenarnos de confusión. Unos se muestran orgullosos porque creen tener mucho talento; otros,

porque poseen algunos palmos de tierra o algún dinero ; mas todos éstos lo que debieran hacer es temblar ante la temible cuenta que Dios les pedirá algún día. ¡ Oh ! H. M., cuántos hay que necesitan hacer esta oración que San Agustín dirigía a Dios Nuestro Señor : « Dios mío, haced que conozca lo que soy, y nada más necesito para llenarme de confusión y desprecio » (1). Voy, pues, ahora a mostraros : 1.º hasta qué punto el orgullo nos ciega y nos hace odiosos a los ojos de Dios y de los hombres ; 2.º de cuántas maneras lo cometemos ; y 3.º lo que debemos practicar para corregirnos.

I. — Sí, H. M., para daros una idea de la gravedad de ese maldito pecado, sería preciso que Dios me permitiese ir a arrancar a Lucifer del fondo de los abismos, y arrastrarle aquí hasta este lugar que ocupo, para que él mismo os pintase los horrores de ese crimen, mostrándoos los bienes que le ha arrebatado, es decir el cielo, y los males que le ha causado, que no son otros que las penas del infierno. ¡ Ay ! H. M., ¡ por un pecado que tal vez durará un solo momento, un castigo que durará toda una eternidad ! Y lo más terrible de ese pecado es que, cuanto más domina al hombre, menos culpable se cree éste del mismo. En efecto, jamás el orgulloso querrá convencerse de que lo es, ni jamás reconocerá que no anda bien : todo cuanto hace y todo cuanto habla, está bien hecho y bien dicho. ¿ Queréis haceros cargo, H. M., de la gravedad de ese pecado ? Mirad lo que ha hecho Dios para expiarlo. ¿ Por qué causa quiso nacer de padres pobres, vivir en la obscuridad, aparecer en el mundo no ya en medio de gente de mediana condición, sino como una persona de la más ínfima categoría ? Pues porque veía que ese pecado había de tal manera ultrajado a su Padre, que solamente El

(1) *Noverim me, ut oderim me.*

podía expiarlo rebajándose al estado más humillante y más despreciable, cual es el de la pobreza ; pues no hay como no poseer nada para ser despreciado de unos y rechazado de otros.

Mirad, H. M., cuán grandes sean los males que ese pecado ocasionó. Sin él no habría infierno. Sin dicho pecado, Adán estaría aún en el paraíso terrenal, y nosotros todos, felices, sin enfermedades ni miseria alguna de esas que a cada momento nos agobian ; no habría muerte ; no estaríamos sujetos a aquel juicio que hace temblar a los santos ; ningún temor deberíamos tener de una eternidad desgraciada ; el cielo nos estaría asegurado. Felices en este mundo, y aun más felices en el otro : pasaríamos nuestra vida bendiciendo la grandeza y la bondad de nuestro Dios, y después subiríamos en cuerpo y alma a continuar tan dichosa ocupación en el cielo. ¡ Ah ! ¿ qué digo ? ¡ sin ese maldito pecado, Jesús no habría muerto ! ¡ Oh, cuántos tormentos se habrían evitado a nuestro divino Salvador !...

Pero, me diréis, ¿ por qué ese pecado ha causado peores daños que los otros ? — ¿ Por qué ? Oíd la razón. Si Lucifer y los demás ángeles malos no hubiesen caído en el pecado de orgullo, no existirían demonios, y, por consiguiente, nadie habría tentado a nuestros primeros padres, y así ellos hubieran tenido la suerte de perseverar. No ignoro que todos los pecados ofenden a Dios, que todos los pecados mortales merecen eterno castigo : el avaro que sólo piensa en atesorar riquezas, dispuesto a sacrificar la salud, la fama y hasta la misma vida para acumular dinero, con la esperanza de proveer a su porvenir, ofende sin duda a la providencia de Dios, el cual nos tiene prometido que, si nos ocupamos en servirle y amarle, El cuidará de nosotros. El que se entrega a los excesos de la bebida hasta perder la razón, y se rebaja a un nivel inferior al de los brutos, ultraja también gravemente a Dios, que le dió los bienes para

usar rectamente de ellos consagrandos sus energías y su vida a servirle. El vengativo que se venga de las injurias recibidas, desprecia cruelmente a Jesucristo, que, hace ya tantos meses o quizá tantos años, le soporta sobre la tierra, y aun más, le provee de cuanto necesita, cuando sólo merecería ser precipitado a las llamas del infierno. El impúdico, al revolcarse en el fango de sus pasiones, se coloca en un nivel inferior a las más inmundas bestias, pierde su alma y da muerte a su Dios; convierte el templo del Espíritu Santo en templo de demonios, «hace de los miembros de Cristo, miembros de una infame prostituta» (1), de hermano del Hijo de Dios, se convierte, no ya en hermano de los demonios, sino en esclavo de Satán. Todo esto son crímenes respecto a los cuales faltan palabras que expresen los horrores y la magnitud de los tormentos que merecen. Pues bien, H. M., yo os digo que todos estos pecados distan tanto del orgullo, en cuanto al ultraje que infligen a Dios, como el cielo dista de la tierra: nada más fácil de comprender. Al cometer los demás pecados, o bien quebrantamos los preceptos de Dios, o bien despreciamos sus beneficios; o, si queréis, convertimos en inútiles los trabajos, los sufrimientos y la muerte de Jesús. Mas el orgulloso hace como un súbdito que, no contento con despreciar y hollar debajo de sus plantas las leyes y las ordenanzas de su soberano, lleva su furor hasta el intento de hundirle un puñal en el pecho, arrancarle del trono, hollarle debajo de sus pies y ponerse en su lugar. ¿Puede concebirse mayor atrocidad, H. M.? Pues bien, esto es lo que hace la persona que halla motivo de vanidad en los éxitos alcanzados con sus palabras u obras. ¡Oh, Dios mío! cuán grande es el número de esos infelices!

(1) *Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Absit.*
(I Cor., VI, 15).

Oíd, H. M., lo que nos dice el Espíritu Santo hablando del orgulloso: «Será aborrecido de Dios y de los hombres, pues el Señor detesta al orgulloso y al soberbio». El mismo Jesucristo nos dice «que daba gracias a su Padre por haber ocultado sus secretos a los orgullosos» (1). En efecto, si recorremos la Sagrada Escritura, veremos que los males con que Dios aflige a los orgullosos son tan horribles y frecuentes que parece agotar su furor y su poder en castigarlos, así como podemos observar también el especial placer con que Dios se complace en humillar a los soberbios a medida que ellos procuran elevarse. Acontece igualmente muchas veces ver al orgulloso caído en algún vergonzoso vicio que le llena de deshonra a los ojos del mundo (2).

Hallamos un caso ejemplar en la persona de Nabucodonosor el grande. Era aquel príncipe tan orgulloso, tenía tan elevada opinión de sí mismo, que pretendía ser considerado como Dios (3). Cuando más henchido estaba con su grandeza y poderío, de repente oyó una voz de lo alto diciéndole que el Señor estaba cansado de su orgullo, y que, para darle a conocer que hay un Dios, señor y dueño de los reinos terrenos, le sería quitado su reino y entregado a otro; que sería arrojado de la compañía de los hombres, para ir a habitar junto a las bestias feroces, donde comería hierbas y raíces cual una bestia de carga. Al momento Dios le trastornó de tal manera el cerebro, que se imaginó ser una bestia, huyó a la selva y allí llegó a conocer su pequeñez (2). Ved los castigos que Dios envió a Coré, Dathán, Abirón y a doscientos judíos notables. Estos, llenos de orgullo, dijeron a Moisés y a Aarón: «¿Y por

(1) *Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus* (Matth., XI, 25).

(2) Rodríguez refiere (p. 213, tom. III), que a Paladio... el demonio le apareció en forma de mujer y le arrastró. (Nota del Santo)

(3) Judit, III, 13.

(4) Dan., IV, 27-34.

qué no hemos de tener también nosotros el honor de ofrecer al Señor el incienso cual vosotros lo hacéis?» El Señor mandó a Moisés y a Aarón que todos se retirasen de ellos y de sus cosas, pues quería castigarlos... Apenas estuvieron separados, abrióse la tierra debajo de sus pies y se huyeron vivos en el infierno (1). Mirad a Herodes, el que hizo dar muerte a San Jaime y encarceló a San Pedro. Era tan orgulloso, que un día, vestido con su indumentaria real y sentado en su trono, habló con tanta elocuencia al pueblo, que hubo quien llegó a decir: «No, no, éste que habla no es un hombre, sino un dios». Al instante, un ángel le hirió con una tan horrible enfermedad, que los gusanos se cebaban en su cuerpo vivo, y murió como un miserable. Quiso ser tenido por dios, y fué comido por los viles insectos (2). Ved también a Amán, aquel soberbio famoso, que había decretado que todo súbdito debía doblar la rodilla delante de él. Irritado y enfurecido porque Mardoqueo menospreciaba sus órdenes, hizo levantar una horca para darle muerte; pero Dios, que aborrece a los orgullosos, permitió que aquella horca sirviese para el mismo Amán (3).

Leemos en la historia que un solitario lleno de orgullo quiso mostrar la firmeza de su fe. Habiendo ido a visitar a San Palemón, dió en su presencia grandes muestras de orgullo, hasta el punto que el Santo le dijo, caritativamente, que con tanto orgullo era muy difícil tener la fe de que blasonaba; que, no teniendo nada bueno de nosotros mismos, sólo nos toca humillarnos y gemir delante de Dios pidiéndole la gracia de que no nos abandone. Mas aquel pobre ciego, en vez de aprovecharse de tan caritativa amonestación, corrió a

(1) Num., XVI.

(2) Act., XII, 21-23.

(3) Esther, VII, 10.

arrojarse a un brasero encendido (1), y permitió Dios, para probar hasta dónde llegaba su orgullo, que el fuego no le dañase. Pero, pasado algún tiempo, cayó en un pecado gravísimo y vergonzoso contra la santa virtud de la pureza. El demonio se le presentó en figura de mujer, que le instó a pecar y sentóse junto a él. Como el solitario intentase abrazarla, el demonio se arrojó sobre él, le molió a golpes y le dejó tendido y sin conocimiento en el suelo. Reconociendo, al fin, su culpa, es decir, su orgullo, volvió a visitar a San Palemón, y con lágrimas en los ojos confesó su pecado. Cosa extraña, H. M., mientras estaba hablando con el Santo, el demonio se apoderó de él, le arrastró con furia y le precipitó en un horno ardiendo, donde perdió su vida (2).

Sí, H. M., en todas partes y en todos tiempos hallamos ejemplos de cómo Dios se complace en confundir a los soberbios. Y no solamente el orgulloso es aborrecible a los ojos de Dios, sino que también resulta insoportable a los hombres. ¿Por qué causa?, me preguntaréis. — Pues porque no puede avenirse con nadie: unas veces quiere elevarse por encima de sus iguales, otras quiere igualarse con los que están sobre él, de manera que nunca puede estar en paz con nadie. Así es que los orgullosos están siempre en controversia con alguien, por lo cual todo el mundo los odia, huye de ellos y los desprecia. No hay pecado, H. M., que produzca un cambio tan radical en el que lo comete como el orgullo; por él, un ángel, la criatura más hermosa, se convirtió en el más horrible demonio, y entre

(1) No «corrió a arrojarse a un brasero encendido, sino que solamente andó sobre carbones ardiendo, conforme a la proposición presuntuosa que había hecho a San Palemón.

(2) Aquel orgulloso solitario no volvió a visitar a San Palemón después de su culpa, sino que se fué «a la ciudad de Pauc, donde se precipitó en un horno, cuyas llamas le consumieron», como dice el Santo. *Vida de los Padres del desierto*, t. I. p. 256.

los hombres, a un hijo de Dios lo convierte en esclavo de Satán.

II. — Muy horrible es ese pecado, me diréis ; preciso es que quien lo comete no conozca ni los bienes que pierde, ni los males que atrae sobre sí, ni, finalmente, los ultrajes que infiere a Dios y a su alma. Mas ¿de qué modo podremos saber que hemos caído en él? — ¿Cómo, amigo mío? Helo aquí. Podemos muy bien decir que este pecado se halla en todas partes, acompañando al hombre en todo cuanto dice o hace ; viene a ser como una especie de *condimento* que en todas partes entra. Escuchadme un momento y lo vais a ver. Jesucristo nos presenta un ejemplo en el Evangelio, al hablarnos de aquel fariseo que fué al templo a hacer su oración, permaneciendo de pie ante todo el mundo y diciendo en alta voz : «Os doy gracias, Señor, porque no soy como los demás, lleno de pecados ; empleo mi vida haciendo el bien y procurando agradaros». Aquí tenéis el verdadero carácter del orgulloso : en vez de dar gracias a Dios por haberse dignado servirse de él para el bien, mira todo aquello como si procediese de sí propio y no de Dios. Entremos a examinar esto con más detención y veremos cómo casi nadie escapa a las redes del orgullo. Así los viejos como los jóvenes, así los pobres como los ricos, todos se alaban y glorían de lo que son y de lo que hicieron, o mejor, de lo que no son y de lo que no hicieron. Todos se aplauden y gustan de ser aplaudidos ; todos corren de una parte a otra mendigando las alabanzas de los hombres, y cada uno trabaja por atraerse a los demás a su partido. Así pasa la vida la mayor parte de la gente.

La puerta por la cual el orgullo entra más copiosamente son las riquezas. En cuanto una persona aumenta sus bienes, la veréis ya mudar de vida ; hace lo que decía Jesucristo de los fariseos ; «Esas gentes gustan

de que les llamen maestros, de que todo el mundo las salute; siempre aspiran a los primeros puestos; se presentan ricamente vestidas» (1); abandonan ya su primitivo aire de sencillez; si los saludáis, ni se dignarán quitarse el sombrero, apenas si inclinarán un poco la cabeza; andan con la cabeza erguida, ponen especial cuidado en escoger las más bellas palabras, cuya significación muchas veces ignoran, pero se complacen en repetirlas. Aquí hallaréis a un hombre que os llenará la cabeza dándoos cuenta de las herencias que le han tocado para hacer ostentación de la importancia de su fortuna. Toda su preocupación está en que le alaben y le tengan en mucho ¿Se ha visto coronada por el éxito alguna empresa suya? pues le falta tiempo para darlo a conocer, a fin de hacer ostentación de su saber. ¿Ha dicho algo digno de aplauso? no cesa ya de repetirlo a cuantos le quieren escuchar, hasta fastidiarlos y dar pie a que se burlen de su fatuidad. ¿Ha realizado, por ventura, algún viaje? preparaos, pues, a oír cien veces sus narraciones, hinchadas y exageradas, hablando de lo que vió y de lo que no vió con tanta desaprensión que llega a inspirar lástima a los que le escuchan. Los pobres orgullosos piensan que de esta manera lograrán ser tenidos por personas de talento, mas lo que ocurre es que en la intimidad todo el mundo los desprecia. Ante las bravatas de cierta gente, una persona seria no sabe abstenerse de formular para sus adentros este o parecido juicio: ¡he aquí un soberbio; el pobre piensa ser creído en todo cuanto afirma!...

Ved a un artesano contemplando la obra de otro; hallará en ella mil defectos y dirá: «¡Ah! ¿qué le vamos a hacer? ¡su capacidad no da más de sí!» Pero, como el orgulloso no rebaja nunca a los demás sin elevarse a sí mismo, entonces, a renglón seguido, os ha-

(1) Matth., XXIII.

blará de tal o cual obra por él realizada, diciéndoos que ha llamado la atención de los inteligentes, que se ha hablado mucho de ella... El orgulloso, al toparse con varias personas reunidas, generalmente cree que hablan de él, ya en bien ya en mal.

¿Se trata de una joven agraciada, o que tal cree ser? La veréis andar con un aire de afectación, con una vanidad cual de princesa. ¿Está bien provista de vestidos y adornos? Pues con el mayor disimulo dejará muchas veces su ropero abierto para que se enteren de ello los que frecuentan su casa. Quién se enorgullece de su hogar y de sus bestias; quién de saber confesarse, de saber orar bien, de presentarse con mayor modestia en el templo. Una madre se enorgullecerá de sus hijos; un labrador, de tener las tierras mejor cultivadas que otros a quienes critica, y se envanecerá de su saber. Un joven petimetre lleva con ostentación una gran cadena en el chaleco; pero, si se le pregunta qué hora es, no puede decirlo porque no tiene reloj; otro, que lo lleva, a cada momento habla de si es tarde o temprano, para tener ocasión de lucirlo ante los demás. Si es un jugador, tomará en su mano todo lo que tiene o hasta lo que pidió prestado, para dar a entender que no le importa perder unas pesetas. ¡Y cuántos hay que, para asistir a una partida de placer, tienen que pedir prestado no sólo el dinero sino también el vestido!

¿Es una persona que entra por primera vez en relaciones con una familia donde no era conocida? En seguida la oiréis dar grandes explicaciones acerca de su abolengo, sus bienes, su talento, y todo cuanto puede contribuir a que formen de ella un elevado concepto. Sí, H. M., nada más ridículo, nada más tonto que estar siempre dispuesto a hablar de lo que se ha hecho, de lo que se ha dicho. Oíd a un padre de familia, cuando sus hijos se hallan en estado de poder contraer

matrimonio. En cuanto se le ofrece ocasión, habla de esta manera, para que le oiga todo el mundo : «Tengo prestados tantos miles de pesetas, mis tierras rinden tanto» ; mas pedidle tan sólo un real para los pobres, y os contestará que no tiene nada. Un sastre o una modista habrán acertado en la confección de un traje o un vestido ; si se ofrece la ocasión de ver pasar a la persona que lo lleva y alguien alaba el vestido y quiere saber su autor, pronto responden : «¡ Mirad bien, es obra mía !». ¿ Por qué hablan ? Pues para dar a conocer su habilidad. Si no hubiesen acertado, y los comentarios fuesen desfavorables, se guardarían muy bien de abrir la boca por temor a la humillación. Y no hablemos de las mujeres en lo concerniente a las cosas del hogar... Mas he de advertiros que este pecado debe ser aún más temido entre las personas que parecen profesar una gran piedad. He aquí un ejemplo (1).

Este maldito pecado del orgullo se desliza hasta entre los que ejercen las más bajas funciones (2). Así un trabajador de tierras, un podador, por ejemplo, si le ocurre practicar su oficio en lugares donde acude mucha gente, veréis que pone en su obra todos sus cinco sentidos, «a fin, dirá él, de que los que pasen por aquí no puedan decir que no sé mi obligación». Este pecado se mezcla también con el crimen o con la virtud : ¡ cuántos son los que se glorían de haber hecho el mal ! Escuchad la conversación de algunos bebedores : «¡ Ah !, dirá uno, el otro día me topé con fulano ; apostamos a quién bebería más sin embriagarse ; y le gané». Es también orgullo, desear riquezas que no se tienen o envidiar las de los demás, por ser los ricos respetados en el mundo.

Hallaréis algunos que, según su manera de hablar,

(1) Orígenes... *Pastor apostólico*, tomo I, p. 261. (Nota del Santo).

(2) Ni los rabadanes y guardadores de puercos están exentos de orgullo. (Nota del Santo).

son humildes en extremo, y llegan hasta a despreciar su persona, como si públicamente quisiesen confesar su pequeñez. Mas decidles algo que los humille de verdad. A la primera palabra les veréis erguirse, y plantaros cara, y hasta llegarán al extremo de desacreditaros y volver contra vuestra reputación, por el pretendido agravio que le habéis inferido. Mientras se los alabe y lisonjee, serán ellos muy humildes. Otras veces sucede que, cuando delante de nosotros se habla con encomio de otra persona, nos sentimos molestados, cual si aquello nos humillara; ponemos mala cara, o bien decimos: «¡Ah! es como los demás, fué ella quien hizo esto o lo de más allá, no posee las bellas cualidades que le atribuí, se ve que no la conocéis!...»

He dicho que el orgullo se mete hasta en nuestras buenas obras. Son muchos los que no darían limosna ni favorecerían al prójimo si no fuese porque, mediante ello, son tenidos por personas caritativas y de buenos sentimientos. Si ocurre tener que dar limosna delante de los demás, darán mayor cantidad que cuando están a solas. Si desean hacer público el bien que han practicado o los servicios que a los demás han prestado, comenzarán hablando de esta manera: «Fulano es muy desgraciado, apenas puede vivir; tal día vino a manifestarme su miseria y le di tal cosa».

El orgulloso nunca quiere ser reprendido, en todo le asiste derecho; todo cuanto dice está bien dicho; todo cuanto hace está bien hecho. En cambio le veréis constantemente preocuparse de la conducta de los demás; todo lo encuentra defectuoso: nada está bien hecho ni bien dicho. Una acción realizada con las mejores intenciones del mundo, su lengua viperina la convierte en cosa mala.

¿Cuántos hay, también, que mienten o inventan por causa del orgullo? Si les ocurre narrar sus dichos o sus hechos, ponen mucho más de lo que hay en rea-

lidad. En cambio, otros mienten por temor de la humillación. En otras palabras: los viejos se vanaglorían de lo que no hicieron; si hemos de dar oídos a sus palabras, diremos que fueron los más valerosos conquistadores de la tierra; parece como si hubiesen recorrido el universo entero; y los jóvenes alábanse de lo que no harán nunca: todos mendigan, todos corren detrás de una boqueada de humo, que ellos llaman honor. Tal es el mundo de hoy, H. M.; explorad vuestra conciencia, poned la mano sobre el corazón, y forzosamente tendréis que reconocer la verdad de lo que os digo.

Pero lo más triste y lamentable es que este pecado sume al alma en tan espesas tinieblas, que nadie se cree culpable del mismo. Nos damos perfecta cuenta de las vanas alabanzas de los demás, conocemos muy bien cuándo se atribuyen elogios que jamás merecieron; mas nosotros creemos ser siempre merecedores de los que se nos tributan. Y yo os digo, H. M., que quien busca la estimación de los hombres es ciego. — ¿Por qué, me diréis? — He aquí la razón, amigo mío. Ante todo, no diré que pierda todo el mérito de cuanto hace, que todas sus limosnas, sus oraciones y sus penitencias no sean más que motivo de condenación. El creerá haber hecho algo bueno, y todo estará estropeado por el orgullo. Pero os digo yo que es un ciego. Para merecer la estimación de Dios y de los hombres, lo más seguro es huir de los honores en vez de procurarlos; no hay más que persuadirse de que nada somos, nada merecemos; y estemos ciertos de que lo tendremos todo. En todo tiempo se ha visto que cuanto más una persona quiere ensalzarse, tanto más permite Dios su humillación; y cuanto más empeño pone en esconderse, mayor es el brillo que Dios concede a su fama. Mirad: no tenéis más que poner la mano y los ojos sobre la verdad para reconocerla. Una persona, es decir, un orgu-

lloso, corre a mendigar las alabanzas de los hombres ; ¡ y veréis que apenas si es conocido en una parroquia ! Mas aquel que hace cuanto puede para ocultarse, que se desprecia a sí mismo y se tiene en nada, hallaréis que en veinte o cincuenta leguas a la redonda son elogiadas y conocidas sus buenas cualidades. En una palabra : su fama se esparce por las cuatro partes del mundo ; cuanto más se oculta, más conocido es ; mientras que cuanto más el otro quiere hacerse visible, más profundamente se hunde en las tinieblas, lo cual hace que nadie le conozca, y él mucho menos que los demás.

Si el fariseo, según habéis visto, es el verdadero retrato del orgulloso, el publicano es una imagen visible del corazón sinceramente penetrado de su pequeñez, de su nada, de su escaso mérito y de su gran confianza en Dios. Jesús nos lo presenta como un modelo cumplido, al cual podemos tomar seguramente por guía. El publicano, nos dice San Lucas, echa en olvido todo el bien que ha podido hacer durante su vida, para ocuparse solamente de su indignidad y de su miseria espiritual ; no se atreve a comparecer delante de un Dios tan santo. Lejos de imitar al fariseo, que se situó en un lugar donde podía ser visto de todo el mundo y recibir sus alabanzas, el pobre publicano apenas se atreve a entrar en el templo, corre a ocultarse en un rincón, se considera como si estuviese solo ante su juez, la faz en tierra, el corazón quebrantado de dolor y los ojos bañados en lágrimas ; tanta es su confusión al considerar sus pecados y la santidad de Dios, delante del cual se considera tan indigno de comparecer, que ni se atreve a mirar el altar. Con el corazón lleno de amargura, exclama : « ¡ Dios mío, dignaos tener piedad de mí, pues soy un gran pecador ! » (1). Esta humildad movió de tal manera el corazón de Dios, que, no

(1) Deus, propitius esto mihi peccatori. (Luc., XVIII, 13).

solamente le perdonó sus pecados, sino que le alabó públicamente diciendo que aquel publicano, aunque pecador, le había sido más agradable por su humildad que no el fariseo con la aparatosa ostentación de sus buenas obras : «Pues os digo, afirma Jesucristo, que aquel publicano regresó a su casa libre de pecado, mientras que el fariseo regresó más culpable que antes de entrar en el templo. De donde deduzco que quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado». Hasta aquí hemos visto, H. M., en qué consiste el orgullo, cuán horrible sea este vicio, cuánto ofende a Dios y cuán duramente lo castiga el Señor. Vamos a ver ahora lo que sea su virtud contraria, a saber, la humildad.

III. — Si «el orgullo es la fuente de toda clase de vicios» (1), podemos también afirmar que la humildad es la fuente y el fundamento de toda clase de virtudes (2) ; es la puerta por la cual pasan las gracias que Dios nos otorga ; ella es la que sazona todos nuestros actos, comunicándoles tanto valor, y haciendo que resulten tan agradables a Dios ; finalmente, ella nos constituye dueños del corazón de Dios, hasta hacer de El, por decirlo así, nuestro servidor ; pues nunca ha podido Dios resistir a un corazón humilde (3).—Pero, me diréis, ¿en qué consiste esa humildad, que tantas gracias nos merece? —Helo aquí, amigo mío. Escúchame : has podido conocer ya si realmente estabas dominado por el orgullo, y ahora vas a ver si tienes la dicha de poseer esta tan rara como hermosa virtud ; si la posees en toda su integridad, tienes segura la gloria del cielo. La humildad, nos dice San Bernardo, es una virtud que nos hace conocer a nosotros mismos, y nos

(1) *Initium omnis peccati est superbia* (Eccli, X, 15).

(2) *Gloriam praecedat humilitas* (Prov., XV, 33).

(3) *Humilibus autem (Deus) dat gratiam* (I Petr., V, 5).

inclina a concebir un constante desprecio de cuanto procede de nuestra persona. La humildad es una antorcha que presenta a la luz del día nuestras imperfecciones; no consiste, pues, en palabras ni en obras, sino en el conocimiento de sí mismo, gracias al cual descubrimos en nuestro ser un cúmulo de defectos que el orgullo nos ocultara hasta el presente. Y digo que esta virtud nos es absolutamente necesaria para ir al cielo; oíd, si no, lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. En verdad os digo que, si no os convertís, si no apartáis esos sentimientos de orgullo y de ambición, tan naturales al hombre, nunca llegaréis al cielo» (1). «Sí, nos dice el Sabio, la humildad todo lo alcanza» (2). ¿Queréis alcanzar el perdón de los pecados? Presentaos ante vuestro Dios en la persona de sus ministros, y allí, llenos de confusión, considerándoos indignos de obtener el perdón que imploráis, podéis tener la seguridad de alcanzar misericordia. ¿Sois tentados? Corred a humillaros, reconociendo que por vuestra parte no podéis hacer más que perderos: y tened por cierto que os veréis libres de la tentación. ¡Oh, hermosa virtud, cuán agradables son a Dios las almas que te poseen! El mismo Jesucristo no pudo darnos más hermosa idea de sus méritos que manifestándonos que había querido tomar «la forma de esclavo» (3), la más vil condición a que puede llegar un hombre. ¿Qué es lo que tan agradable hizo a la Santísima Virgen ante los ojos de Dios sino la humildad y el desprecio de sí misma?

Leemos en la historia (4) que San Antonio tuvo una visión en la que Dios le presentó el mundo cubier-

(1) Matth., XVIII, 3.

(2) Ps. CI, 18.

(3) Philip., II, 7.

(4) *Vida de los Padres del desierto*, I, p. 52.

to con una red cuyos cuatro extremos estaban sostenidos por demonios. «¡ Ah !, exclamó el Santo, ¿quién podrá escapar de esta red?» «Antonio, le dijo el Señor, basta tener humildad : es decir, si reconoces que de tu parte nada mereces, que de nada eres capaz con tus solas fuerzas, entonces saldrás triunfante.» Un amigo de San Agustín le preguntó cuál era la virtud que debía practicar para ser más agradable a Dios. Contéstole el Santo : «Te basta la sola humildad. En vano he trabajado en buscar la verdad ; para conocer el camino que más seguramente lleve a Dios, nunca he sabido hallar otro». Escuchad lo que nos cuenta la historia (1). San Macario, un día que regresaba a su morada con un haz de leña, halló al demonio empuñando un tridente de fuego, el cual le dijo : «Oh, Macario, cuánto sufro por no poderte maltratar ; ¿por qué me haces sufrir tanto? pues cuanto haces, lo practico yo mejor que tú : si tú ayunas, yo no como nunca ; si tú pasas las noches en vela, yo no duermo nunca ; solamente me aventajas en una cosa, y con ella me tienes vencido». ¿Sabéis, H. M., cuál era la cosa que tenía San Macario y el demonio no? ¡ Ah ! amados míos, la humildad. ¡ Oh, hermosa virtud, cuán dichoso y cuán capaz de grandes cosas es el mortal que te posee !

En efecto, H. M., aunque tuvieseis todas las demás virtudes, si os faltase ésta, nada tendríais. Abandonad toda vuestra fortuna a los pobres, llorad los pecados durante toda la vida, someteos a todas las penitencias que vuestro cuerpo podrá soportar, pasad los años de vuestra existencia en el retiro ; si no tenéis humildad, habréis de condenaros (2). Por esto vemos que todos los santos pasaron su vida entera trabajando en ad-

(1) *Vida de los Padres del desierto*, San Macario de Egipto, t. II, p. 358.

(2) «Si no tenéis humildad habréis de condenaros», es decir, os pondréis al peligro de condenaros, si no tenéis la humildad que Dios exige de vosotros.

quirirla o conservarla. Cuanto más les colmaba Dios de favores, más profundamente se humillaban. Mirad a San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo; se tiene por gran pecador, un perseguidor de la Iglesia de Cristo, un miserable bastardo, indigno del lugar que ocupa (1). Mirad a San Agustín, a San Martín: entraban en el templo temblando, tanta era la confusión que sentían al considerar su miseria espiritual. Estas deberían ser nuestras disposiciones para ser agradables a Dios. Vemos, H. M., que un árbol, cuanto más cargado de fruto se halla, más inclina hacia el suelo sus ramas; así también nosotros, cuanto mayor sea el número de nuestras buenas obras, más profundamente debemos humillarnos, reconociéndonos indignos de que Dios se sirva de tan vil instrumento para hacer el bien. Sí, H. M., solamente por la humildad podemos reconocer a un buen cristiano.

Mas, me diréis, ¿de qué manera podremos distinguir si un cristiano es humilde? — Nada más fácil, según ahora vais a ver. Ante todo os digo que una persona verdaderamente humilde nunca habla de sí propia, ni en bien ni en mal; contentase con humillarse delante de Dios, que la conoce tal cual es. Sus ojos no atienden más que a su conducta propia, y gime siempre por reconocerse muy culpable; por otro lado, no deja de trabajar por hacerse cada vez más digna de Dios. Nunca la veréis emitir su juicio sobre la conducta de los demás, nunca deja de formar buena opinión de todo el mundo. ¿Hay alguien a quien sepa despreciar? A nadie más que a sí propia. Siempre echa a buena parte lo que hacen sus hermanos, pues está muy persuadida de que sólo ella es capaz de obrar el mal. De aquí viene que, si habla de su prójimo, es para elogiarlo; si no puede decir de los demás cosa buena, se calla; cuando la des-

(1) I Tim., I, 13; I Cor., XV, 8-9.

precian, piensa que en ello hacen los demás lo que deben, pues, después de haber ella despreciado a su Dios, bien merece ser despreciada de los hombres; si le tributan elogios, se ruboriza y huye, lamentándose de ver que en el día del juicio final va a causar una gran decepción a los que la creían persona de bien, cuando en realidad está llena de pecados. Siente tanto horror de las alabanzas, cuanto los orgullosos aborrecen la humillación. Prefiere siempre para amigos a los que le dan a conocer sus defectos. Si se le ofrece la ocasión de favorecer a alguien, escogerá siempre como objeto de sus atenciones a quien la calumnió o le causó algún perjuicio. Los orgullosos buscan siempre la compañía de quienes los adulan y tienen en algo; ella, por el contrario, se apartará de la lisonja para ir en busca de los que parecen tenerla en opinión desfavorable. Sus delicias consisten en hallarse sola con su Dios, mostrarle sus miserias, y suplicarle que se apiade de ella. Ya esté sola, ya en compañía de otros, ningún cambio observará en sus oraciones, ni en su manera de obrar. Encaminando todas sus acciones solamente a agradar a Dios, nunca se preocupa de lo que podrán decir de ella los demás. Trabaja por agradar a Dios, mientras que al mundo lo coloca debajo de sus plantas. Así piensan y obran los que poseen el preciado tesoro de la humildad...

Jesucristo parece no hacer distinción entre el sacramento del Bautismo, el de la Penitencia y la humildad. Nos dice que, sin el Bautismo, jamás entraremos en el reino de los cielos (1); sin el de la Penitencia, después de haber pecado, no cabe esperar el perdón, y en seguida nos dice también que sin la humildad no entraremos en el cielo (2). Sí, H. M., aunque estemos

(1) Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu sancto, non potest introire in regnum Dei. (Ioan., III, 5).

(2) Nisi... efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum (Matth., XVIII, 3).

llenos de pecados, si somos humildes, tenemos la seguridad de alcanzar perdón ; mas sin la humildad, aunque llevemos realizadas cuantas buenas obras nos sean posibles, no alcanzaremos la salvación. Ved un ejemplo que os mostrará esto perfectamente.

Leemos en el libro de los Reyes (1) que el rey Acab era el más abominable de los soberanos que habían reinado hasta su tiempo ; no creo que se pueda decir más de lo que de él dice el Espíritu Santo. Escuchad : «Era un rey dado a toda suerte de impurezas ; echaba mano, sin discreción, de los bienes de sus súbditos ; fué causa de que los israelitas se rebelasen contra su Dios ; parecía un hombre vendido y comprometido a realizar toda suerte de iniquidades : en una palabra, con sus crímenes dejó buenos a cuantos le habían precedido. Por todo lo cual, no pudiendo Dios soportar por más tiempo sus maldades, dispuesto a castigarle, llamó a su profeta Elías, ordenándole que se presentase al rey para darle a conocer los divinos propósitos : «Dile que los perros comerán sus carnes y se abrevarán en su sangre ; descargaré sobre su cabeza toda mi cólera y toda mi venganza ; nada omitiré para castigarle, hasta el punto de hacer llegar el exceso de mi furor a los perros que se hayan alimentado de sus despojos». Fijaos aquí en cuatro cosas : 1.^a ¿Se ha visto jamás hombre malvado como aquél ? 2.^a ¿Se ha visto jamás una determinación tan clara de hacer perecer a un hombre, ciertamente merecedor de tal castigo ? 3.^a ¿Se ha dado nunca orden tan precisa ? «Todo ello, dijo el Señor, tendrá efecto en este lugar.» 4.^a ¿Se ha visto nunca en la historia un hombre condenado a un suplicio tan infame cual el que debía sufrir Acab, esto es, hacer que su cuerpo y su sangre sirviesen de pasto a los perros ? ¡ Ah ! H. M., ¿quién podrá librarle de las manos de enemigo tan po-

(1) III Reg., XXI.

deroso, el cual ha comenzado ya a ejecutar sus designios?

En cuanto el profeta terminó su mensaje, Acab comenzó a rasgar sus vestiduras. Escuchad lo que le dijo el Señor: «Vamos, ya no es tiempo, comenzaste demasiado tarde; ahora me burlo de ti». Entonces ciñó a su cuerpo un áspero cilicio: «Crees tú, le dijo el Señor, que esto me inspirará piedad y hará revocar mi decreto; ahora ayunas: debías haber ayunado de la sangre de tantas personas a quienes diste muerte». Entonces el rey se arrojó al suelo y se cubrió de ceniza; cuando era preciso aparecer en público, andaba con la cabeza descubierta, y los ojos fijos al suelo. «Profeta, dijo el Señor, ¿has visto de qué manera se ha humillado Acab, postrándose con la faz en tierra? Pues ve a decirle que, ya que se ha humillado, dejaré de castigarle; ya no descargaré sobre su cabeza los rayos de mi venganza que para él tenía preparados. Dile que su humildad me ha conmovido, ha hecho revocar mis órdenes y ha desarmado mi cólera» (1).

Pues bien, H. M., ¿tenía razón al decirnos que la humildad es la más hermosa, la más preciosa de todas las virtudes, que todo lo puede delante de Dios, que Dios no sabe denegar nada a sus instancias? Poseyéndola, tenemos también todas las demás; pero, si nos falta, nada valen todas las demás. Terminemos pues, H. M., diciendo que conoceremos si un cristiano es bueno por el desprecio que haga de sí mismo y de sus obras, y por la buena opinión que en todo momento le merezcan los hechos o los dichos del prójimo. Si así nos portamos, H. M., tengamos por seguro que nuestro corazón gozará de felicidad en esta vida, y después alcanzaremos la gloria del cielo...

(1) III Reg., XXI.

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL JUICIO TEMERARIO

Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut cacteri hominum: raptors, iniusti, adulteri, vclut hic publicanus.

Os doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano que está aquí en vuestra presencia.

(S. LUCAS, XVIII, 11.)

Tal es, H. M., el lenguaje del orgulloso, el cual, hinchado con la buena opinión que de sí mismo tiene, desprecia con el pensamiento al prójimo, critica su conducta, y condena los actos realizados con la más pura e inocente intención. Sólo encuentra bien hecho o bien dicho lo que él hace o lo que él dice; le veréis siempre atento a las palabras y acciones del vecino, y, a la menor apariencia de mal, sin examinar motivo alguno, las reprende, las juzga y las condena. ¡Ah! maldito pecado, ¡de cuántas disensiones, odios y disputas eres causa, o mejor dicho, cuántas almas arrastras al infierno! Sí, H. M., vemos que los que están dominados por este pecado, se escandalizan y se extrañan de cualquier cosa. Preciso era que Jesús lo juzgase muy pernicioso, preciso es que los estragos que causa en el mundo sean horribles, cuando, para hacernos concebir grande horror al mismo, nos lo pinta tan a lo vivo en

la persona de aquel fariseo. ¡ Ah ! H. M., ¡ cuán grandes, cuán horribles son los males que ese maldito pecado encierra ! ¡ Oh ! ¡ cuán costoso le es corregirse al que está dominado por él !... Para animaros, H. M., a sacudir en todo momento el yugo de semejante defecto, voy 1.º a dároslo a conocer en cuanto me sea posible ; 2.º veremos los medios que hay que emplear para corregirnos.

I. — Ante todo habéis de saber que el juicio temerario es un pensamiento o una palabra desfavorables para el prójimo, fundados en leves apariencias. Solamente puede proceder de un corazón malvado, lleno de orgullo o de envidia ; puesto que un buen cristiano, penetrado como está de su miseria, no piensa ni juzga mal de nadie ; jamás aventura su juicio sin un conocimiento cierto, y eso todavía cuando los deberes de su cargo le obligan a velar sobre las personas cuyos actos juzga. Hemos dicho, H. M., que los juicios temerarios nacen de un corazón orgulloso o envidioso, lo cual es fácil de comprender. El orgulloso o el envidioso sólo tiene buena opinión de sí mismo, y echa a mala parte cuanto hace el prójimo ; lo bueno que en el prójimo observa, le aflige y le corroe el alma. La Sagrada Escritura nos presenta un caso típico en la persona de Caín, quien tomaba a mal cuanto hacía su hermano (1). Viendo que las obras de éste eran agradables a Dios, concibió el negro propósito de matarle. Este mismo pecado fué el que llevó a Esaú a intentar el asesinato de su hermano Jacob (2). Empleaba todo el tiempo en indagar lo que Jacob hacía, pensaba siempre mal en su corazón, sin que hallase nunca acción buena en las obras por aquél ejecutadas. Mas Jacob, de corazón bondadoso y espíritu humilde, nunca juzgó mal de su hermano ; le amaba entrañablemente, tenía de él muy

(1) Gen., IV, 5.

(2) Id., XXVII, 41.

buena opinión, hasta el punto de excusarle todos sus actos, aunque muy malvados, pues no tenía otro pensamiento que el de quitarle la vida. Jacob hacía todo lo posible para cambiar las disposiciones del corazón de su hermano. Rogaba a Dios por él, obsequiábale con regalos y presentes para manifestarle su amor y darle a entender que no abrigaba los pensamientos que Esaú creía. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuán detestable es en un cristiano el pecado que nos induce a no poder sufrir el bien de los demás y a echar siempre a mala parte cuanto ellos hacen ! Sí, H. M., este pecado es un gusano roedor que está devorando noche y día a esos pobres infelices : los hallaréis siempre tristes, cariacontecidos, sin querer declarar jamás lo que los molesta, pues en ello verían también lastimado su orgullo ; el tal pecado los hace morir a fuego lento. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán triste es su vida ! Por el contrario, ¡ cuán dichosa es la existencia, H. M., de aquellos que jamás se inclinan a pensar mal y echan siempre a buena parte las acciones del prójimo ! Su alma permanece en paz, sólo piensan mal de sí propios, lo cual les inclina a humillarse delante de Dios y a esperar en su misericordia. Ved aquí un ejemplo.

Leemos en la historia de los Padres del desierto que un religioso que había llevado una vida lo más pura y casta posible, contrajo una enfermedad que le llevó a la sepultura. Al hallarse cercano a la muerte, mientras todos los religiosos del monasterio le rodeaban, el superior le suplicó declarase en qué cosa creía haber sido más agradable a Dios. «Padre mío, respondió el moribundo, muy penoso me será declararlo, mas por obediencia lo diré. Desde mi infancia comencé a combatir las más rudas tentaciones del demonio ; pero cuanto más él me atormentaba, tanto mayores eran los consue-los que yo recibía de Dios y de la Santísima Virgen, la cual un día, en que era yo muy atormentado del maligno espíritu, se me apareció llena de gloria, echó al de-

monio y animóme al mismo tiempo a la perseverancia en la virtud. «Para que conozcas los medios más eficaces para ello, me dijo la Virgen, voy a descubrirte alguna parte de los inmensos tesoros de mi divino Hijo; quiero enseñarte tres cosas, las cuales, si las practicas rectamente, te harán muy agradable a los ojos de Dios, y te proporcionarán siempre fácil victoria sobre el demonio tu enemigo, quien sólo desea tu eterna condenación. Sé siempre humilde; en la comida, no busques nunca lo que más te guste; en el vestido, vístete siempre con sencillez; en tus funciones, no pongas jamás apego a las que puedan ensalzarte a los ojos del mundo, sino a las que son a propósito para rebajarte; en cuanto a tu prójimo, no juzgues nunca mal acerca de sus obras o palabras, ya que muy frecuentemente los pensamientos del corazón no se conforman con el acto exterior. Juzga y piensa bien de todo el mundo; es ésta una acción muy agradable a mi Hijo». Dicho esto, desapareció la Santísima Virgen, y desde entonces me he consagrado a poner en práctica sus saludables consejos; lo cual creo que habrá contribuído grandemente a ganar méritos para el cielo.»

Según esto, H. M., veis muy bien que sólo un corazón malvado puede juzgar mal del prójimo. Por otra parte, al juzgar al prójimo, debemos tener siempre en cuenta su flaqueza y su capacidad de arrepentirse. Ordinariamente, casi siempre, debemos después rectificar nuestros juicios acerca del prójimo, ya que, una vez examinados bien los hechos, nos vemos forzados a reconocer que aquello que se dijo era falso. Nos suele acontecer lo que sucedió a los que juzgaron a la casta Susana fundándose en la delación de dos falsos testigos y sin darle tiempo de justificarse (1); otros imitan la presunción y malicia de los judíos, que declararon a

(1) Dan., XIII, 41.

Jesús blasfemo (1) y endemoniado (2); otros, por fin, se portan como aquel fariseo, que, sin preocuparse de indagar si Magdalena había o no renunciado a sus desórdenes, y por más que la vió en estado de gran aflicción acusando sus pecados y llorándolos a los pies de Jesucristo su Salvador y Redentor, no dejó de considerarla como una infame pecadora (3).

El fariseo, H. M., que Jesús nos presenta como modelo infame de los que piensan y juzgan mal de los demás, cayó, al parecer, en tres pecados. Al condenar a aquel pobre publicano, piensa mal de él, le juzga y le condena, sin conocer las disposiciones de su corazón. Aventura sus juicios solamente por conjeturas: primer efecto del juicio temerario, H. M. Le desprecia en sí mismo sólo por efecto de su orgullo y malicia: segundo carácter de ese maldito pecado. Finalmente, sin saber si es verdadero o falso lo que le imputa, le juzga y le condena; y entre tanto aquel penitente, retirado en un rincón del templo, golpea su pecho y riega el suelo con sus lágrimas pidiendo a Dios misericordia.

Os digo, en primer lugar, que la causa de tantos juicios temerarios es el considerarlos como cosa de poca importancia; y no obstante, si se trata de materia grave, muchas veces podemos cometer pecado mortal. — Pero, me diréis, esto no sale al exterior del corazón. — Aquí está precisamente lo peor de este pecado, ya que nuestro corazón ha sido creado sólo para amar a Dios y al prójimo; y cometer tal pecado es ser un traidor... En efecto, muchas veces, por nuestras palabras, damos a entender (a los demás) que los amamos, que tenemos de ellos buena opinión; cuando, en realidad, en nuestro interior los odiamos. Y algunos creen que, mientras no exterioricen lo que piensan, ya no

(1) Matth., IX, 3.

(2) Ioan., VII, 20, etc.

(3) Luc., VII, 39.

obran mal. Ciertó que el pecado es menor que cuando se manifiesta al exterior, ya que en este caso es un veneno que intentamos inyectar en el corazón del vecino a costa del prójimo.

Si grande es este pecado cuando lo cometemos solamente de corazón, calculad lo que será a los ojos de Dios cuando tenemos la desgracia de manifestar nuestros juicios por palabra. Por esto hemos de examinar muy detenidamente los hechos, antes de emitir nuestros juicios sobre el prójimo, por temor de no engañarnos, lo cual acontece con suma frecuencia. Ved lo que hace un juez cuando ha de condenar a muerte a un acusado : llama primero separadamente a los testigos ; les pregunta, y está extremadamente atento a observar si se contradicen ; los amenaza, los mira con aire severo : lo cual infunde terror y espanto en el corazón ; pone además todos sus esfuerzos en arrancar la verdad de la boca del culpable. Veréis que a la menor duda suspende el juicio ; y cuando se ve obligado a pronunciar sentencia de muerte, lo hace temblando, por temor de condenar a un inocente. ¡ Ah ! H. M., ¡ cuántos juicios temerarios evitaríamos, si acertásemos a tomar todas estas precauciones cuando tratamos de juzgar la conducta y las acciones del prójimo ! ¡ Ah ! H. M., ¡ cuánto menor número de almas poblaría el infierno !

En la persona de nuestro padre Adán, nos ofrece Dios un admirable ejemplo acerca de la manera como debemos juzgar a nuestro prójimo. El Señor había visto y oído todo cuanto Adán hiciera ; no hay duda que podía condenar a nuestros primeros padres sin ulterior examen ; pero no, para enseñarnos a no precipitarnos nunca en nuestros juicios sobre las acciones del prójimo, les pregunta a uno y otro, a fin de que confiesen el mal que cometieron (1). ¿ De dónde viene, pues

(1) Gen., III.

H. M., esa multitud de juicios temerarios y precipitados acerca de nuestros hermanos? ¡Ay! del gran orgullo que nos ciega ocultándonos nuestros propios defectos, que son innumerables, y muchas veces más horribles que los de las personas de quienes pensamos o hablamos mal; y de aquí viene que casi siempre nos equivocamos juzgando mal las acciones del vecino. Algunos he conocido que hacían, indudablemente, falsos juicios, y por más que se les advirtiese de su error, ni por esas querían retroceder en sus apreciaciones. Andad, andad, pobres orgullosos, el Señor os espera, y ante El tendréis forzosamente que reconocer que sólo era el orgullo lo que os llevaba a pensar mal del prójimo. Por otra parte, H. M., para juzgar sobre lo que hace o dice una persona, sin engañarnos, sería necesario conocer las disposiciones de su corazón y la intención con que dijo o hizo tal o cual cosa. ¡Ay! H. M., nosotros no las tomamos todas estas precauciones, y por eso obramos mal al examinar la conducta del vecino. Es como si condenásemos a muerte a una persona fundándonos únicamente en las declaraciones de algunos atolondrados, y sin darle lugar a justificarse.

Pero, me diréis tal vez, nosotros juzgamos solamente acerca de lo que hemos visto, según lo que hemos visto, y aquello que hemos presenciado. «He visto hacer tal acción, pues la afirmo; con mis oídos he escuchado lo que ha dicho; después de esto no puedo ya engañarme.» — Pues yo os invito a que entréis dentro de vosotros mismos y consideréis vuestro corazón, el cual no es sino un depósito repleto de orgullo; y habréis de reconocer infinitamente más culpables que aquel a quien juzgasteis temerariamente, y con mucha razón podéis temer que un día le veréis entrar en el cielo, mientras vosotros seréis arrastrados por los demonios al infierno. «¡Ah! miserable orgulloso, nos dice San Agustín, ¿te atreves a juzgar a tu hermano ante la me-

nor apariencia de mal, y no sabes si está ya arrepentido de su culpa, y se cuenta en el número de los amigos de Dios? Anda con cuidado que no te arrebate el lugar que tu orgullo te pone en gran peligro de perder.» Sí, H. M., esas interpretaciones, esos juicios temerarios salen siempre de quien cobija un gran orgullo secreto, que no se conoce a sí mismo y se atreve a querer conocer el interior del prójimo: cosa solamente conocida de Dios. ¡Ay! H. M., si pudiésemos arrancar este pecado capital de nuestro corazón, nunca el prójimo obraría mal a nuestro entender; nunca nos divertiríamos examinando su comportamiento; nos contentaríamos con llorar nuestros pecados, y hacer todos los posibles para corregirnos, y nada más. Sí, H. M., creo que no hay pecado más temible ni más difícil de enmendar, hasta tratándose de personas que parecen cumplir rectamente sus deberes religiosos. Sí, H. M., la persona que no está dominada por ese maldito pecado, puede ser salva sin someterse a grandes penitencias. Voy a referiros un ejemplo admirable.

En la historia de los Padres del desierto se refiere que cierto religioso había llevado una vida vulgar sin manifestaciones extraordinarias de virtud, hasta el punto que los demás compañeros le tenían por muy imperfecto. Cuando estuvo en trance de muerte, el superior observó que se hallaba tranquilo y contento cual si tuviese ya el cielo asegurado. Extrañado al ver tanta paz en aquella hora, y temiendo no fuese eso un estado de ceguera suscitado por el demonio, que de esta manera a tantos ha engañado, le dijo: «Hermano mío, pareceme veros muy tranquilo, cual si nada tuvieseis que temer; sin embargo, no recuerdo, en vuestra vida, nada que os pueda inspirar tanta confianza; antes al contrario, el escaso bien que habéis hecho debería llenaros de espanto en esta hora en que los más grandes santos temblaron». — «Es muy cierto, padre mío, que

el bien que he podido ejecutar es poca cosa, casi nada ; pero lo que me llena de consuelo en este momento, es que durante toda mi vida me he ocupado en cumplir el gran precepto del Señor, dado a todo el mundo, de no pensar, hablar, ni juzgar mal de nadie : siempre he pensado que mis hermanos obraban mejor que yo, y que yo era el más criminal del mundo ; he ocultado y excusado siempre sus defectos, por cuanto ésta era la voluntad de Dios ; y, puesto que Jesucristo ha dicho : «No juzgues y no serás juzgado», confío ahora ser juzgado favorablemente. Tal es, padre mío, el fundamento de mi esperanza». Admirado el superior, exclamó : «¡ Ah ! ¡ hermosa virtud, cuán preciosa eres a los ojos de Dios ! ¡ Vete en paz, hermano mío, grandes cosas has hecho, tienes el cielo asegurado !» ¡ Oh, hermosa virtud, cuán rara eres ! ¡ Ay ! ¡ tan rara como lo son los que merecen el cielo !

En efecto, H. M., ¿qué viene a ser un cristiano que posea las demás virtudes y se halle falto de ésta ? ¡ Ay ! no es más que un hipócrita, un falsario, un malvado, a quien el aparecer virtuoso exteriormente, sírvele tan sólo para aumentar su iniquidad. ¿Queréis conocer, H. M., si sois de Dios ? Mirad de qué manera os portáis con el prójimo, mirad cómo examináis y juzgáis sus actos. Lejos de aquí, pobres orgullosos, miserables envidiosos y celosos, el infierno y sólo el infierno es vuestro destino. Mas veamos esto más detalladamente.

¿ Se habla bien de una joven refiriéndose sus buenas cualidades ? ¡ Ah !, replicará alguno, si es verdad que tiene buenas cualidades, tampoco le faltan otras malas ; ella frecuenta la compañía de fulano, quien no tiene por cierto muy buena fama ; seguro estoy de que no se encuentran para hacer nada bueno. Aquí veis venir una muy bien compuesta y que lleva muy bien compuestos a sus hijos ; pero haría mejor pagándome lo que me debe. Esotra parece buena y afable

para todo el mundo, mas, si la conocieseis cual yo la conozco, la juzgaríais de muy distinta manera; todos sus cumplidos los hace para mejor ocultar sus desórdenes; fulano se propone pedirla en matrimonio, mas, si me pidiese consejo, le diría lo que él no sabe; en una palabra, es una mala persona. ¿Quién es éste que ahora pasa? ¡Ay, amigo! poca cosa perderás no conociéndole. Sólo te diré una cosa: huye de su compañía, es un escandaloso; todos le tienen por tal. Lo mismo que esta mujer que finge discreción y piedad, siendo así que es la más aborrecible persona que la tierra haya sostenido; por otra parte, ya es cosa corriente que esas personas que quieren pasar por virtuosas y prudentes, sean las más rencorosas y malvadas.—¿Tal vez os habrá ofendido en algo? — ¡Oh! no, pero bien sabéis que todas son lo mismo. Acabo de hablar con un antiguo conocido; es ciertamente un gran borracho, un famoso insolente. — ¿Seguramente, dirá el interlocutor, os habrá dicho algo molesto? — ¡Ah! no, jamás me ha dicho nada que no estuviese en razón, pero todo el mundo le tiene por lo que he dicho. — Si no lo oyese de tus labios no quisiera creerlo. — Cuando se halla entre gente que no le conoce, el hipócrita sabe muy bien disimular; todo el mundo le tendría por buena persona. El otro día me encontré con fulano, a quien ya conocéis, y seguramente tenéis por virtuoso; yo os aseguro que, si no daña a nadie, es porque le falta ocasión; no quisiera hallarme solo con él. — ¿Seguramente, dirá el otro, os habrá perjudicado alguna vez en algo? — No, jamás he tenido tratos con él. — ¿Cómo, pues, sabéis su mal comportamiento? — ¡Oh! no es cosa difícil, todos lo dicen. Como aquel que el otro día estaba con nosotros: al oírle, diríais que es el hombre más caritativo de este mundo, que no sabe negar nada a quien le pide algún favor; mas en realidad es un avaro empedernido que andaría diez le-

guas para ganar dos cuartos ; os aseguro que el mundo está desconocido ; de nadie podemos fiarnos. Ved también al que, hace poco, hablaba con vos : sus negocios andan bien, todos los de su casa se dan una vida excelente. Poco les cuesta, pues *no duermo todas las horas de la noche*. — ¿Quizá le habréis visto robar a alguien? — ¡ Oh ! no, jamás le vi tomar cosa ajena ; pero se dice que una noche le vieron entrar en su casa muy cargado ; desde entonces no goza de muy buena reputación. Y termina su revista de esta manera : No os negaré que deje de tener yo mis defectos, pero sentiría mucho valer lo poco que valen esos sujetos de que hemos hablado. ¡ Aquí tenéis, H. M., al fariseo que ayuna dos veces por semana, paga los diezmos de cuanto posee, y da gracias a Dios porque no es como el resto de los hombres : injustos, ladrones, adúlteros ! ¡ Ya veis cuánto orgullo, cuánto odio, cuántos celos !

Pero decidme, H. M., ¿cuál es el fundamento de todos esos juicios y sentencias? ¡ Ay ! por lo general todo se funda en débiles apariencias, y casi siempre en el *se dice*. Pero tal vez me diréis que vosotros mismos lo habéis visto y oído. ¡ Ay ! aun así podéis muy fácilmente engañaros, según ahora vais a ver. Para no engañarse, es preciso conocer las disposiciones del corazón y la intención del sujeto al realizar un acto determinado. Escuchad un ejemplo que os mostrará hasta qué punto podemos engañarnos y nos engañamos las más de las veces. Decidme, H. M., ¿qué habríais dicho si hubieseis vivido en tiempo de San Nicolás, y le hubieseis visto en plena noche, rondando la casa de tres jóvenes doncellas, examinando el lugar detenidamente y cuidando de no ser visto de nadie? He aquí un obispo, habríais pensado al momento, que está deshonrando su carácter ; ¡ valiente hipócrita ! en el templo parece un santo, y aquí le tenéis, en plena noche, cabe la puerta de tres doncellas de no muy buena fama.

Sin embargo, H. M., aquel obispo, a quien indudablemente condenaríais, era un santo muy amado de Dios; y lo que allí hacía era la mejor obra del mundo. A fin de evitar a aquellas doncellas la vergüenza de mendigar, y pensando que la indigencia las haría abandonarse al pecado, iba por la noche y les echaba dinero por la ventana. Si hubieseis visto a la hermosa Judit dejar su vestido de luto, para adornarse con cuanto la naturaleza y el arte podían proporcionarle para hacer resaltar su extraordinaria belleza; al verla entrar en la tienda del general del ejército, que era un viejo impúdico; al verla poner a contribución todos los medios para hacerse agradable, seguramente habríais dicho: «He aquí una mujer de mala vida» (1). Sin embargo, era una piadosa viuda, muy casta, muy agradable a Dios, que exponía su vida para salvar la de su pueblo. Decidme, H. M., con vuestra precipitación en juzgar mal del prójimo, ¿qué habríais pensado al ver al casto José saliendo de la habitación de la mujer de Putifar, y al oír clamar a aquella pérvida, ostentando en sus manos un jirón del manto de José, persiguiéndole como a un infame que quería robarle la honra? (2). Al momento, sin examinar la cosa, habríais ciertamente pensado y dicho que aquel joven era un perverso libertino que intentaba seducir a la mujer de su amo, de quien tantos favores había recibido. Y en efecto, Putifar, su amo, le condenó, y todo el mundo le creyó culpable, le vituperó y despreció; mas Dios, que penetra los corazones y conocía la inocencia de José, le da el parabién por la victoria alcanzada, al preferir perder su reputación antes que perder su inocencia y caer en el menor pecado.

Habéis, pues, de convenir conmigo, H. M., en que,

(1) Judit, X, 17.

(2) Gen., XXXIX, 16.

a pesar de todos los datos y de las señales al parecer más inequívocas, estamos siempre en gran peligro de juzgar mal las acciones de nuestro prójimo. Lo cual debe inducirnos a no juzgar jamás los actos del vecino sin madura reflexión y aun solamente cuando tenemos por misión la vigilancia de la conducta de aquellas personas, en cuyo caso se encuentran los padres y los amos respecto a sus hijos o a sus criados; en todo otro caso, casi siempre obramos mal. Sí, H. M., he visto a muchas personas juzgar mal de los actos de otras de quienes a mí me constaba la buena intención. En vano quise persuadirles de ello; no fué posible. ¡ Ah, maldito orgullo! ¡ muy grande es el mal que causas y muchas las almas que arrastras al infierno! Decidme, H. M., ¿posemos mejores indicios acerca de las acciones del prójimo a quien juzgamos, que los que podían ver a San Nicolás rondando aquella casa, y buscando la puerta de la morada de aquellas doncellas? ¿tenemos mejores señales que los que pudieron ver a la hermosa Judit adornándose con esmero y presentándose con aire seductor ante Holofernes? No, H. M., en nuestros juicios sobre el prójimo casi nunca posemos indicios tan verosímiles como los que poseían los que vieron a la mujer de Putifar con un jirón del manto de José en sus manos, anunciando a gritos, a cuantos querían escucharla, que él había querido robarle la honra. Aquí veis, H. M., tres ejemplos que el Espíritu Santo nos ofrece, para enseñarnos cuán engañosas sean las apariencias, y cuán expuestos estamos a pecar cuando intentamos juzgar las acciones del prójimo; sobre todo si no hemos de responder de su conducta ante el tribunal de Dios.

Vemos que aquel fariseo juzgaba muy temerariamente al publicano, cuando le acusaba de ladrón, por el solo hecho de cobrar los impuestos, afirmando que exigía más de lo debido y que se valía de su autoridad

para cometer injusticias. Y con todo, aquel pretendido ladrón se retira justificado de la presencia de Dios, mientras aquel fariseo, que se creía perfecto, regresa a su casa más culpable que antes, lo cual nos muestra que muchas veces el que juzga es más culpable que el juzgado. Mas esos orgullosos, esos corazones llenos de envidia y celos, ya que esos tres vicios son los que engendran tantos juicios temerarios sobre la conducta de los demás... ¿Ha sido alguien robado? ¿Se ha perdido algo? En seguida pensamos que tal vez fulano sea el autor de la sustracción, sin tener de ello el menor conocimiento. ¡Ah! H. M., si conocierais bien este pecado, veríais cómo es uno de los más terribles, por lo mismo que es poco conocido y difícil de corregir. Escuchad esos corazones dominados por tan abominable vicio. Si alguien ejerce un empleo de aquellos que se prestan a cometer alguna injusticia, en seguida sacan por conclusión que todos cuantos ocupan aquel cargo obran de la misma manera, que todos son iguales, es decir, unos aprovechados, unos ladrones. Si en una familia hay un hijo que sigue por mal camino, todos los demás son cosa parecida. Si en una parroquia algún feligrés ha cometido algunas villanías, toda la parroquia está compuesta de malos feligreses. Si, entre los sacerdotes, hay tal vez alguno menos santo de lo que debiera, todos los demás sacerdotes son lo mismo, nada valen: lo cual muchas veces no pasa de ser un pretexto para excusar la indiferencia propia acerca de la salvación. Puesto que Judas fué malvado, ¿queréis hacernos creer que los demás apóstoles también lo fueron? De que Caín fué un criminal, ¿queréis deducir que Abel se le asemejaba en esto? Indudablemente que no. Puesto que los hermanos de José fueron unos miserables y malvados, ¿creeréis que también lo fué José? No, ciertamente, antes fué un santo. Porque vemos que una persona se niega a dar una determina-

da limosna, en seguida decimos que es un avariento, que tiene el corazón más duro que una peña, que en lo demás tampoco vale gran cosa; siendo así que, en secreto, habrá realizado grandes actos de caridad, de los cuales sólo tendremos noticia el día del juicio.

¡Ay! H. M., digamos que cada cual «habla de la abundancia de su corazón», según expresa muy bien Jesucristo; «por los frutos conoceremos el árbol» (1). ¿Queréis conocer el corazón de una persona? oíd su conversación. El avaro habla solamente de los avaros, de los que engañan y cometen injusticias; el orgulloso no cesa de zarandear a los que quieren ostentar su mérito, que piensan tener mucho talento, que se alaban de lo que hicieron o de lo que dijeron. El impúdico no sabe sacar de su boca sino comentarios acerca de si fulano lleva mala vida, de si tiene relaciones con fulana, echando a perder su reputación, etc. etc., pues sería muy largo entrar en detalles parecidos.

¡Ah! H. M., si tuviésemos la dicha de estar libres del orgullo y de la envidia, nunca juzgaríamos a nadie, sino que nos contentaríamos con llorar nuestras miserias espirituales, orar por los pobres pecadores, y nada más, bien persuadidos de que Dios no nos pedirá cuenta de los actos de los demás, sino sólo de los nuestros. Por otra parte, H. M., ¿cómo atrevernos a juzgar y a condenar a nadie, aunque le hubiésemos visto cometer un pecado? Nos dice San Agustín que aquel que ayer era un pecador, hoy puede ser un penitente. Al ver el mal que comete el prójimo, digamos a lo menos: ¡Ay! si Dios no me hubiese concedido mayores gracias que a él, tal vez habría llegado aún más lejos. Sí, H. M., el juicio temerario lleva necesariamente consigo la ruina y la pérdida de la caridad cristiana. En efecto,

(1) *Ex abundantia cordis os loquitur... Ex fructu arbor cognoscitur* (Matt., XII, 33-34).

H. M., en cuanto sospechamos que una persona se porta mal, dejamos ya de tener de ella la opinión que deberíamos tener. Además, H. M., no es a nosotros a quien los demás han de dar cuenta de su vida, sino solamente a Dios; lo contrario sería querer erigirnos en jueces de lo que no nos compete; los pecados de los demás a ellos deben interesar y los nuestros a nosotros. Dios no nos pedirá cuenta de lo que los otros hicieron, sino de lo que hicimos nosotros; cuidemos, pues, solamente de lo nuestro y en nada nos inquiete lo de los demás. Todo ello, H. M., es trabajo perdido, hijo del orgullo que en nosotros anida, como anidaba en el corazón de aquel fariseo, muy ocupado en pensar y juzgar mal del prójimo, cuando debiera ocuparse de sí propio y en gemir considerando lo miserable de su vida. Sí, H. M., dejemos a un lado la conducta del prójimo y contentémonos con exclamar como David: «Dios mío, hacedme la gracia de conocerme tal cual soy; para que así sepa en qué os he podido desagradar, pueda enmendarme, arrepentirme y alcanzar el perdón». Sí, H. M., en tanto una persona se entretendrá en examinar la conducta de los demás, en tanto dejará de conocerse a sí propia, y no será agradable a Dios, esto es, se portará cual un obstinado orgulloso.

El Señor nos dice: «No juzguéis y no seréis juzgados. De la misma manera que hubiereis tratado a los demás, mi Padre os tratará a vosotros; con la misma medida que hubiereis medido a los demás, seréis vosotros medidos» (1). Por otra parte, H. M., ¿a quién de nosotros gustaría ver mal interpretado cuanto hace o dice? A nadie. ¿Y no dice Nuestro Señor Jesucristo: «No hagas a los demás lo que no quisieras te hiciesen a ti»? (2). ¡Ay! H. M., ¡cuántos pecados cometemos

(1) Matth., VII, 1-2.

(2) *Omnia quaecumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis* (Matth., VII, 12; Tob., IV, 16).

de esta manera ! ¡ Ay ! ¡ cuántos son los que de ello no se dan cuenta, y de consiguiente, jamás se acusaron de tales culpas ! ¡ Cuántas personas condenadas, Dios mío, por no haberse instruído debidamente, o no haber reflexionado sobre cuál debía ser su manera de vivir !

II. — Acabamos de ver cuán común y frecuente sea este pecado, cuán horrible a los ojos de Dios, y, al mismo tiempo, cuán difícil su enmienda. Para no dejaros sin los medios de corregiros de él, veamos cuáles sean los remedios que debemos emplear para preservarnos de caer, o para enmendarnos, si tenemos la desgracia de estar ya dominados por él. El gran San Bernardo nos dice que, si no queremos juzgar temerariamente al prójimo, debemos evitar ante todo aquella curiosidad, aquel desco de saberlo todo, y huir de toda investigación acerca de los hechos y dichos de los demás, o acerca de lo que pasa en la casa del vecino. Dejemos que el mundo vaya siguiendo su camino según Dios le permite, y no pensemos ni juzguemos mal sino de nosotros mismos. Decían un día a Santo Tomás que se fiaba demasiado de la gente, y que muchos se aprovechaban de su bondad para engañarle. Y el Santo dió esta respuesta, digna de que la grabemos en nuestro corazón : «Tal vez sea esto cierto ; pero pienso que sólo yo soy capaz de obrar mal, siendo como soy el ser más miserable del mundo ; prefiero que me engañen a que me engañe yo mismo juzgando mal de mi prójimo» (1). Oíd lo que nos dice el mismo Jesucristo por boca de San Juan : «Quien ama a su prójimo, cumple todos los preceptos de la ley de Dios» (2). Para no juzgar mal de nadie, H. M., debemos

(1) Aquí el Santo repite el rasgo histórico citado más arriba, página 53 y sig.

(2) «Qui diligit proximum legem implevit». Esta sentencia es de San Pablo (Rom., XIII, 8).

siempre distinguir entre la acción y la intención que haya podido tener el sujeto al realizarla. Pensad siempre, para vosotros mismos : Tal vez no creía obrar mal al hacer aquello ; quizá se había propuesto un buen fin, o bien se habrá engañado ; ¿quién sabe? puede que sea ligereza y no malicia ; a veces se obra irreflexivamente, mas, cuando vea claramente lo que ha hecho, a buen seguro se arrepentirá ; Dios perdona fácilmente un acto de debilidad ; puede que otro día sea un buen cristiano, un santo...

San Ambrosio nos ofrece un admirable ejemplo, en el elogio que hace del emperador Valentiniano, diciéndonos que aquel príncipe no juzgaba nunca mal de nadie y que dilataba todo lo posible el castigo que a veces veíase obligado a imponer a los súbditos que habían delinquido. Cuando se trataba de jóvenes, atribuía sus faltas a la ligereza de la edad y a su poca experiencia. Si se trataba de ancianos, decía que la debilidad de la vejez y la naturaleza caduca podían servir de excusa ; tal vez habían resistido mucho tiempo antes de obrar el mal, al cual seguramente había ya sucedido el arrepentimiento. Si eran personas constituidas en elevada dignidad, decíase a sí mismo : ¡ Ay ! nadie ignora que las dignidades son un gran peso que nos arrastra al mal ; en cada momento se presenta ocasión de caer. Si eran simples particulares : Dios mío, decía, este pobre quizá ha obrado solamente por temor ; tal vez ha sido para no desagradar a cierta persona a quien debía algún favor. Si eran pobres miserables : ¿quién dudará de que la pobreza es algo muy duro de sufrir? será que ellos tenían necesidad de lo que han hurtado, a fin de no morir de hambre ellos o sus hijos ; es posible que no se hayan decidido sino después de lamentarlo mucho, y aun con el ánimo de reparar el daño que causaban. Pero, cuando el caso era demasiado evidente y en manera alguna podía excusarlo : ¡ Dios

mío !, exclamaba, ¡ cuán astuto es el demonio ! seguramente hará mucho tiempo que le está tentando ; ha caído en esta culpa, no hay duda, pero quizá su arrepentimiento le ha alcanzado ya el perdón ante Dios Nuestro Señor ; ¿ quién sabe ? si Dios me hubiese sometido a semejante prueba, tal vez mis obras habrían sido aún peores. ¿ Cómo tendré, pues, valor para juzgarle y castigarle ? ya le castigará Dios, el cual no se equivocará en sus juicios ; al paso que nosotros muchas veces nos equivocamos por falta de luces ; mas espero que Dios se apiadará de él, y un día rogará por mí, que en cualquier momento puedo caer y perderme.

¿ Veis, H. M., cómo se portaba aquel emperador ; veis cómo siempre hallaba manera de excusar los defectos del prójimo echándolo todo a la buena ? ¡ Ah ! H. M., es que su corazón estaba libre de ese orgullo detestable y de esa envidia que llenan por desgracia el nuestro. Mirad, H. M., mirad la conducta de la gente del mundo, y ved si observa esa caridad cristiana que impulsa a tomarlo todo en buen sentido y nunca en el malo. ¡ Ay ! H. M., si acertásemos a dar una mirada a nuestra vida pasada, no haríamos más que llorar la desgracia de haber perdido los días obrando el mal, y para nada nos preocuparíamos de lo que no nos importa.

Pocos vicios son tan aborrecidos de los santos como el de la maledicencia. Leemos en la vida de San Pacomio que, cuando oía a alguien hablar mal del prójimo, manifestaba una gran repugnancia y extrañeza, y decía que de la boca de un cristiano jamás debían salir palabras desfavorables para el prójimo. Si no podía impedir la murmuración, huía precipitadamente, para manifestar con ello la aversión que por ella sentía (1). San Juan el Limosnero, cuando observaba que alguno se

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. I, p. 327.

atreví a murmurar en su presencia, daba la orden de que otro día no se le franquease la entrada, para hacerle entender que debía corregirse. Decía un día un santo solitario a San Pacomio : «Padre mío, ¿cómo librarnos de hablar mal del prójimo?» Y San Pacomio le contestó : «Debemos tener siempre ante nuestra vista el retrato del prójimo y el nuestro : si contemplamos con atención el nuestro, con los defectos que le acompañan, tendremos la seguridad de apreciar debidamente el de nuestro prójimo para no hablar mal de su persona ; al verlo más perfecto que el nuestro, a lo menos le amaremos como a nosotros mismos». San Agustín, cuando era ya obispo, sentía un horror tal de la maledicencia y del murmurador que, a fin de desarraigar una costumbre tan indigna de todo cristiano, en una de las paredes de su comedor hizo inscribir estas palabras : «Quienquiera que esté inclinado a dañar la fama del prójimo, sepa que no tiene asiento en esta mesa» (1) ; y si alguien, aunque fuese un obispo, caía en la murmuración, le reprendía con viveza diciendo : «O han de borrarse las palabras que están escritas en esta sala, o tened la bondad de levantaros de la mesa antes que la comida haya terminado ; o bien, si no cesáis en este género de conversación, me levanto y os dejo». Possidio, que escribió la vida del Santo, nos dice que él fué testigo de este hecho.

Refiérese, en la vida de San Antonio, que, andando de viaje con otros solitarios, estaban conversando de asuntos edificantes ; pero, como es muy difícil, por no decir imposible, hablar mucho tiempo sin meterse en la conducta del prójimo, al final del camino, dijo San Antonio a los solitarios : «Muy satisfechos podéis estar por haber viajado en compañía de este buen anciano», y

(1) Quisque amat dictis absentium rodere vitam,
Hanc mensam indignam noverit esse sibi.

Vita S. Augustini, auctore Possidio, Patr. lat., t. XXXII, 52.

al mismo tiempo, dirigiéndose a un anciano que no había dicho palabra durante el viaje, le dijo: «Y vos, padre mío, ¿habéis tenido buen viaje en compañía de estos solitarios? — No hay duda que son buenos, contestó el anciano, pero no tienen puerta en su casa»; con lo cual quiso dar a entender que no tenían mucho miramiento en sus palabras, y que con frecuencia habían herido la fama del prójimo (1).

¡ Ah ! H. M., convengamos en que son pocos los que ponen puertas en su casa, es decir en su boca, para no abrirla en daño del prójimo. ¡ Dichoso el que, si no la tiene a su cargo, sabe prescindir de la conducta del prójimo, para no pensar más que en sí mismo, en llorar sus culpas y poner todo su esfuerzo en enmendarse !
¡ Dichoso aquel que sólo ocupa su corazón y su mente en lo que a Dios se refiere, y no suelta su lengua sino para pedirle perdón, ni tiene ojos más que para llorar sus pecados !...

(1) Este rasgo histórico, que sepamos, no se halla en parte alguna de la Vida de San Antonio Abad.

DOMINGO DUODÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL PRIMER PRECEPTO DEL DECÁLOGO

Diliges Dominum Deum tuum.
Amarás al Señor tu Dios.

(S. Lucas, X, 27.)

Adorar y amar a Dios, es, H. M., la más hermosa función del hombre acá en la tierra; ya que, por esta adoración, nos hacemos semejantes a los ángeles y a los santos del cielo. ¡Oh Dios mío! ¡cuánto honor y cuánta dicha para una criatura vil, representa la facultad de adorar y amar a un Dios tan grande, tan poderoso, tan amable y tan bienhechor! No, H. M., no; tengo para mí que Dios no debiera haber dado este precepto; bastaba con sufrirnos o tolerarnos postrados ante su santa presencia. ¡Un Dios, H. M., mandarnos que le amemos y le adoremos!... ¿Por qué esto, H. M.? ¿Por ventura tiene Dios necesidad de nuestras oraciones y de nuestros actos de adoración? Decidme, H. M., ¿somos acaso nosotros quienes ponemos en su frente la aureola de gloria? ¿Somos nosotros quienes aumentamos su grandeza y su poder, cuando nos manda amarle bajo pena de castigos eternos? ¡Ah! ¡vil nada, criatura indigna de tanta dicha, de la cual los mismos ángeles, con ser tan santos, se reconocen infinitamente indignos y se postran temblando ante

la divina presencia ! (1). ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán poco apreciados son del hombre una dicha y un privilegio tales !... Pero no, H. M., no salgamos por eso de nuestra sencillez ordinaria. ¡ Ah ! H. M., el pensamiento de que podemos amar y adorar a un Dios tan grande, se nos presenta tan por encima de nuestros méritos, que nos aparta de la vía sencilla. ¡ Ah ! H. M., ¡ poder amar a Dios, adorarle y dirigir a El nuestras oraciones ! ¡ Oh Dios mío, cuánta dicha !... ¿ quién podrá jamás comprenderla ?... No, H. M., nuestros actos de adoración y toda nuestra amistad, nada añaden a la felicidad y gloria de Dios ; pero Dios no quiere otra cosa que nuestra dicha acá en la tierra, y sabe que ésta sólo se halla en el amor que por El sentimos, sin que consigan jamás hallarla todos cuantos la busquen fuera de El. De manera, H. M., que, al ordenarnos Dios que le amemos y adoremos, no hace más que forzarnos a ser felices. Veamos pues ahora : 1.º en qué consiste esta adoración que a Dios debemos y que tan dichosos nos vuelve, y 2.º de qué manera debemos rendirla a Dios Nuestro Señor.

I. — Si me preguntáis ahora, H. M., qué es adorar a Dios, vedlo aquí, Es, a la vez, creer en Dios y creer a Dios. Fijaos, H. M., en la diferencia que hay entre creer en Dios y creer a Dios. *Creer en Dios*, que es la fe de los demonios, consiste en creer que hay un Dios, que premia la virtud y castiga el pecado. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuántos cristianos carecen aún de la fe de los demonios ! Niegan la existencia de Dios, y en su ceguera y frenesí se atreven a sostener que, después de este mundo, no hay ni premio ni castigo. ¡ Ah ! desgraciados, si la corrupción de vuestro corazón os ha

(1) Et caclites et inferi — Tremente curvantur genu. (Del himno *Creator alme siderum*, Tiempo de Adviento).

llevado ya hasta un tal grado de ceguera, id a interrogar a un poseso, y él os explicará lo que de la otra vida debéis pensar; os dirá que necesariamente el pecado es castigado y la virtud recompensada. ¡Oh! ¡qué desgracia, H. M.! ¿De qué extravagancias es capaz el corazón que dejó extinguir su fe? *Creer a Dios* es reconocerle como tal, como nuestro Criador, como nuestro Redentor; es tomarle por modelo de nuestra vida; es reconocerle como Aquel de quien dependemos en todas nuestras cosas, ya en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo, ya en lo espiritual, ya en lo temporal; es reconocerle como Aquel de quien lo esperamos todo y sin el cual nada podemos. Vemos, en la vida de San Francisco, que pasaba noches enteras sin hacer otra oración que ésta: «Señor, Vos lo sois todo y yo no soy nada; sois el Criador de todas las cosas y el Conservador del universo, y yo no soy nada».

Adorar a Dios, H. M., es ofrecerle el sacrificio de todo nuestro yo, o sea, someternos a su santa voluntad en las cruces, en las aflicciones, en las enfermedades, en la pérdida de bienes, y estar prestos a dar la vida por su amor, si ello fuese preciso. En otros términos, H. M., es hacerle ofrenda universal de todo cuanto somos, a saber: de nuestro cuerpo por un culto externo, y de nuestra alma, con todas sus facultades, por un culto interno. Expliquemos esto, H. M., de una manera más sencilla. Si pregunto a un niño: ¿Cuándo debemos adorar a Dios, y cómo hemos de adorarle?, me contestará: «Por la mañana, por la noche, y con frecuencia durante el día, o sea, continuamente». Es decir, H. M., hemos de hacer en la tierra lo que los ángeles hacen en el cielo. Nos dice el profeta Isaías que vió al Señor sentado en un radiante trono de gloria; los serafines adorábanle con tan gran respeto, que llegaban hasta ocultar sus pies y su rostro con las alas, mientras cantaban sin cesar: «Santo, Santo, San-

to, es el Señor Dios de los ejércitos; gloria, honor y adoración le sean dados por los siglos de los siglos» (1). Leemos en la vida de la beata Victoria, de la Orden de la Encarnación, que en su comunidad había una religiosa muy devota y llena de amor divino. Un día, mientras estaba en oración, el Señor la llamó por su nombre; y aquella santa religiosa le contestó con su sencillez ordinaria: «¿Qué queréis de mí, oh mi divino Jesús?» Y el Señor le dijo: «Tengo en el cielo los serafines que me alaban, me bendicen y me adoran sin cesar; quiero tenerlos también en la tierra, y quiero que tú te cuentes en su número». Es decir, H. M., que la función de los bienaventurados en el cielo no es otra que la de ocuparse en bendecir y alabar a Dios en todas sus perfecciones, cuya función debemos también cumplir mientras estamos en la tierra; los santos la cumplen gozando y triunfando, nosotros luchando. Nos cuenta San Juan que vió una innumerable legión de santos, los cuales estaban ante el trono de Dios, diciendo de todo corazón y con todas sus fuerzas: «Honor, bendición, acción de gracias sean dadas a nuestro Dios» (2).

II. — Digo pues, H. M., que hemos de adorar a Dios con frecuencia, primero con el cuerpo: esto es, que, al adorar a Dios, debemos arrodillarnos, para manifestar así el respeto que tenemos a su santa presencia. El santo rey David adoraba al Señor siete veces al día (3), y permanecía tanto tiempo arrodillado, que, según él mismo declara, a fuerza de orar hincado de hinojos, se le habían debilitado las rodillas (4). El profeta Daniel, durante su permanencia en Babilonia,

(1) Is., VI, 1-3.

(2) Apoc., V, 13.

(3) *Septies in die laudem dixi tibi* (Ps. CXVIII, 164).

(4) Ps. CVII, 24.

adoraba a Dios tres veces cada día, postrándose de cara a Jerusalén (1). El mismo Jesucristo, aunque ninguna necesidad tenía de orar, para darnos ejemplo, pasaba a menudo las noches en oración (2), arrodillado, y muchas veces la faz en tierra, como lo hizo en el Huerto de los Olivos. Son en gran número los santos que imitaron a Jesucristo en la oración. San Jaime adoraba con frecuencia al Señor, no solamente arrodillado, sino además con la faz en tierra, de tal manera que su frente a fuerza de estar en contacto con el suelo, se había vuelto dura como la piel de camello (3). Vemos en la vida de San Bartolomé que doblaba cien veces la rodilla durante el día y otras tantas durante la noche (4). Si no os es posible, H. M., adorar a Dios de rodillas y con tanta frecuencia, a lo menos tened como un deber estricto hacerlo por la mañana y por la noche, y de cuando en cuando durante el día, aprovechando los momentos en que os halláis solos en casa; con ello mostraréis a Dios que le amáis y que le reconocéis por vuestro Criador y Conservador.

Sobre todo, H. M., después de haber entregado nuestro corazón a Dios al despertarnos, después de haber alejado todo pensamiento que no se refiera a las cosas de Dios, después de habernos vestido con modestia, sin apartarnos de la presencia de Dios, debemos practicar nuestras oraciones con el mayor respeto posible, empleando en ello buen espacio de tiempo. Hemos de procurar no dar comienzo a trabajo alguno antes de la oración: ni tan sólo arreglar la cama, emplearnos en quehaceres domésticos, poner las ollas al fuego, llamar a los hijos o a los criados, dar de comer al

(1) Dan., VI, 10.

(2) Luc., VI, 12.

(3) Santiago el Menor. Véase lo que se lee en su oficio, en el día 1.º de mayo, 5.ª lección de maitines.

(4) Ribadeneyra, 24 de agosto.

ganado, así como tampoco ordenar trabajo alguno a los hijos o a los servidores antes que hayan practicado sus oraciones. Si hicierais esto, seríais el verdugo de su pobre alma ; y si lo habéis hecho ya, debéis confesaros de ello, y mirar de no recaer jamás en culpa semejante. Tened presente que es por la mañana la hora en que Dios nos prepara cuantas gracias nos son necesarias para pasar santamente el día. De manera que, si no practicamos nuestras oraciones o las practicamos mal, perdemos todas aquellas gracias que Dios nos tenía destinadas para que nuestras acciones fuesen meritorias. Sabe muy bien el demonio cuán provechoso sea para un cristiano hacer rectamente la oración ; por esto no perdona medio alguno para inducirnos a dejarla o hacerla mal. Decía en cierta ocasión, por boca de un poseso, que, si podía lograr para sí el primer instante del día, tenía por seguro quedar dueño del resto.

Para practicar la oración de un modo conveniente, debéis, ante todo, tomar agua bendita a fin de ahuyentar al demonio, y hacer la señal de la cruz, diciendo : «Dios mío, por esta agua bendita y por la preciosa Sangre de Jesucristo vuestro Hijo, lavadme, purifícadme de todos mis pecados». Y estemos ciertos de que, si lo practicamos con fe, mientras no estemos manchados por pecado mortal alguno, borraremos todos nuestros pecados veniales. ¡ Oh Dios mío ! ¿ podrá un cristiano cometer un pecado que, como el mortal, le roba el cielo y le aparta de Dios por toda una eternidad?... ¡ Oh Dios mío, qué desgracia ! ¡ y cuán poco conocida del pecador !

Digo que debemos practicar la oración arrodillados, y no echados en una poltrona o sobre la cama, ni tampoco cómodamente sentados al amor de la lumbre ; no obstante no hay inconveniente en que nos apoyemos en el respaldo de una silla. Hemos de comenzar la oración por un acto de fe lo más viva posible, penetrán-

donos profundamente de la presencia de Dios, o sea de la grandeza de un Dios tan bueno, que tiene a bien sufrirnos en su santa presencia, a nosotros que desde tanto tiempo mereceríamos ser precipitados en el abismo infernal. Hemos de andar con cuidado en no distraernos, ni distraer a los demás que oran, fuera de un caso evidentemente necesario; puesto que, al tener que atender a nosotros o a lo que les decimos, hacen mal su oración, por nuestra causa.

Tal vez me preguntaréis: ¿cómo hemos de adorar, o sea, orar ante Dios continuamente, siendo así que no podemos permanecer todo el día arrodillados? Nada más fácil; escuchadme un instante, y veréis cómo se puede adorar a Dios y orar ante Él sin dejar el trabajo, de cuatro maneras: de pensamiento, de deseo, de palabra y de obra. Digo, primero, que podemos hacer esto por medio del pensamiento. En efecto, cuando amamos a alguien, ¿no experimentamos un cierto placer al pensar en él? Pues bien, H. M., ¿quién nos impide pensar en Dios durante el día, ya recordando los sufrimientos que Jesús aceptó por nosotros, ya considerando cuánto nos ama, cuánto desea hacernos felices, toda vez que quiso morir por nuestro bien; cuán bueno fué para con nosotros al hacernos nacer dentro el gremio de la Iglesia Católica, donde tantos medios hallamos para ser felices, es decir, para salvarnos, al paso que muchos otros no disfrutaban de tan singular privilegio? Durante el día podemos de cuando en cuando levantar nuestros pensamientos y dirigir nuestros deseos al cielo, para contemplar anticipadamente los bienes y las felicidades que Dios nos tiene allí preparados para después de unos cortos instantes de lucha. El solo pensamiento de que un día iremos a ver a Dios, y quedaremos libres de toda clase de penas, ¿no debería ya consolarnos en nuestras tribulaciones? Si sentimos sobre nuestros hombros algún peso que nos abru-

ma, pensemos al momento que en ello seguimos las huellas de Cristo llevando la cruz a cuestas por nuestro amor; unamos, pues, entonces nuestras penas y sufrimientos a los del Salvador. ¿Somos pobres? dirijamos nuestro pensamiento al pesebre: contemplemos a nuestro amable Jesús acostado en un montón de pajas, careciendo de todo recurso humano. Y si queréis, miradle también agonizante en la cruz, despojado de todo, hasta de sus vestidos. ¿Nos vemos calumniados? pensemos, H. M., en las blasfemias que contra El vomitaron durante su pasión, siendo El la misma santidad. Algunas veces durante el día, salgan de lo íntimo de nuestro corazón estas palabras: «Dios mío, os amo y adoro juntándome a todos los ángeles y santos que están en el cielo». Dijo un día el Señor a Santa Catalina de Sena: «Quiero que hagas de tu corazón un lugar de retiro, donde te encierres conmigo y permanezcas allí en mi compañía». ¡Cuánta bondad, H. M., de parte del Salvador, al complacerse en conversar con una miserable criatura! Pues bien, H. M., hagamos también nosotros lo mismo; conversemos con el buen Dios, nuestro amable Jesús, que mora en nuestro corazón por la gracia. Adorémosle, entregándole nuestro corazón; amémosle consagrándonos enteramente a El. No dejemos transcurrir ni un solo día sin agradecerle tantas gracias como durante nuestra vida nos ha concedido; pidámosle perdón de los pecados, rogándole que no piense jamás en ellos, antes bien los olvide eternamente. Pidámosle la gracia de no pensar más que en El, y de desear tan sólo agradarle en todo cuanto practiquemos durante nuestra vida. «Dios mío, hemos de decir, deseo amaros tanto como todos los ángeles y santos juntos. Quiero unir mi amor al que por Vos sintió vuestra Santísima Madre mientras estuvo en la tierra. Dios mío, ¿cuándo podré ir a veros en el cielo, a fin de amaros más perfectamente?» Si nos hallamos

solos en casa, ¿quién nos impedirá arrodillarnos? Y mientras tanto podríamos decir: «Dios mío, quiero amaros de todo corazón, con todos sus movimientos, afectos y deseos; ¡cuánto tarda en llegar el momento de ir a veros en el cielo!» ¿Lo veis, H. M., cuán fácil sea conversar con Dios, y orar continuamente? En esto consiste, H. M., orar todo el día.

2.º Adoramos también a Dios mediante el deseo del cielo. ¿Cómo no desear la posesión de Dios y el gozar de su visión, cuando ello constituye todo nuestro bien?

3.º Hemos dicho que hemos de orar también de palabra. Cuando amamos a alguien, ¿no sentimos gran placer en ocuparnos y hablar de él? Pues bien, H. M., en vez de hablar de la conducta de fulano o de zutano, cosa que casi nunca hacemos sin ofender a Dios, ¿quién nos impide hacer girar nuestra conversación sobre las cosas de Dios, ora leyendo la vida de algún Santo, ora refiriendo lo que oímos en algún sermón o instrucción catequística? Ocupémonos sobre todo de nuestra santa religión, de la dicha que la religión nos proporciona, y de las gracias que Dios nos concede a los que a ella pertenecemos. ¡Ay! H. M., así como muchas veces basta una sola mala conversación para perder a una persona, no es raro tampoco que una conversación buena la convierta o le haga evitar el pecado. ¡Cuántas veces, después de haber conversado con alguien que nos habló del buen Dios, nos hemos sentido vivamente inclinados a El, y habremos propuesto portarnos mejor en adelante!... Esto es lo que multiplicaba tanto el número de los santos en los primeros tiempos de la Iglesia; en sus conversaciones no se ocupaban de otra cosa que de Dios. Con ello los cristianos se animaban unos a otros, y conservaban constantemente el gusto y la inclinación hacia las cosas de Dios.

4.º Hemos dicho que debíamos adorar a Dios con

nuestros actos. Nada más fácil ni más meritorio. Si queréis saber de qué manera se hace, vedlo aquí. Para que nuestras acciones sean meritorias y resulten una oración continuada, ante todo hemos de ofrecerlas todas a Dios por la mañana, de una manera general ; esto es, hemos de ofrecerle todo cuanto haremos durante el día. Antes de empezar la jornada, podemos decir a Dios Nuestro Señor : «Dios mío, os ofrezco todos los pensamientos, deseos, palabras y obras que ejecutaré en el día de hoy ; hacedme la gracia de practicarlo todo rectamente y con la sola mira de agradaros a Vos». Después, durante el día, procuraremos renovar repetidamente este ofrecimiento, diciendo a Dios : «Ya sabéis, Dios mío, que os tengo prometido desde la mañana hacerlo todo por amor vuestro». Si damos alguna limosna, dirijamos nuestra intención, diciendo : «Dios mío, recibid esta limosna o este favor que voy a hacer al prójimo ; en méritos de ella, concededme tal o cual gracia». Unas veces podéis hacerla en honor de la muerte y pasión de Jesucristo, para obtener vuestra conversión, la de vuestros hijos, la de vuestros criados o la de cualquier otra persona por la cual os intereséis ; otras veces podéis ofrecerla en honor de la Santísima Virgen, pidiéndole su protección para vosotros o para el prójimo. Cuando nos mandan algo que nos repugna, digamos al Señor : «Dios mío, os ofrezco esto en honor del sagrado momento en que se os condenó a morir por mí». ¿ Trabajamos en algo que nos causa mucha fatiga ? ofrezcamos la molestia a Dios, para que nos libre de las penas de la otra vida. En las horas de descanso, levantemos al cielo nuestra mirada, como el lugar donde otro día descansaremos eternamente. Ved pues, H. M., cuánto ganaríamos para el cielo si nos portásemos de esta manera, sin necesidad de hacer más de lo que hacemos de ordinario, con tal que lo practicásemos únicamente por Dios y con la sola intención de agradarle.

Nos dice San Juan Crisóstomo que hay tres cosas que atraen nuestro amor : la belleza, la bondad y el mismo amor. «Pues bien, nos dice este gran Santo, de estas tres cualidades está adornado Dios.» Leemos en la vida de Santa Lidwina (1) que, viéndose atacada de muy violentos dolores, apareciósele un ángel para consolarla. Ella misma nos lo cuenta : le pareció tan excelsa su hermosura y quedó tan arrebatada, que se olvidó de todos sus sufrimientos. Al ver Valeriano el ángel que custodiaba la pureza de Santa Cecilia, quedó tan prendado de su belleza y movióle de tal manera el corazón, con todo y ser todavía pagano, que se convirtió al momento (2). San Juan, el discípulo amado, nos cuenta que vió a un ángel de singular belleza, y quiso adorarle ; mas el ángel le dijo : «No hagas esto, pues soy solamente un servidor de Dios como tú» (3). Cuando Moisés pidió al Señor la gracia de poder ver su rostro, el Señor le contestó : «Moisés, es imposible que un mortal vea mi rostro sin morir ; es tan grande mi belleza, que la persona que me vea no podrá vivir más ; por la sola vista de mi belleza, es preciso que su alma salga del cuerpo» (4). Nos cuenta Santa Teresa que Jesucristo se le apareció muchas veces ; pero que jamás hombre alguno podrá formarse idea de la grandeza de su hermosura, muy superior a todo cuanto podemos imaginar. Decidme, H. M., si acertásemos a formarnos una idea de la hermosura de Dios, ¿podríamos dejar de amarle ? ¡ Oh ! ¡ cuán ciegos somos ! ¡ Ay ! no pensamos más que en la tierra y en las cosas creadas,

(1) Santa Lidwina, virgen, de la cual habla muchas veces el Santo en sus Sermones, es honrada el 14 de abril. Véase dicho día en la *Vida de los Santos* de Ribadeneyra.

(2) En la obra de Ribadeneyra de que se servía el Santo, la vida de los Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo se inserta en el mismo día 14 de abril.

(3) Apoc., XXII, 8-9.

(4) Exod., XXXIII, 20.

y nos olvidamos de las divinas, que nos elevarían hasta Dios, mostrándonos en alguna manera sus perfecciones y moviendo saludablemente nuestro corazón. Oíd a San Agustín : « ¡ Oh hermosura antigua y siempre nueva ! ¡ cuán tarde comencé a amaros ! » (1). Llama antigua la belleza de Dios, porque es eterna, y la llama siempre nueva, porque cuanto más se contempla mayores perfecciones se descubren. ¿ Por qué, H. M., los ángeles y los santos no se cansarán jamás de amar a Dios ni de contemplarle ? Porque experimentarán continuamente un placer y un gusto enteramente nuevos. Y ¿ por qué, H. M., no habremos de hacer lo mismo en la tierra, siendo ello posible ? ¡ Ah ! H. M., ¡ cuán dichosa sería nuestra vida si la empleáramos en prepararnos la gloria del cielo !

Leemos en la vida de Santo Domingo, que llegó a una renuncia tal de sí mismo, que no sabía pensar, ni desear, ni amar otra cosa que a Dios. Después de haber empleado el día trabajando por inflamar en los corazones el fuego del divino amor mediante sus predicciones, por la noche remontábase hasta el cielo mediante la contemplación y las conversaciones que sostenía con su Dios. Tales eran sus ocupaciones. En sus viajes, pensaba sólo en Dios ; nada era bastante para distraerle de este feliz pensamiento : ¡ cuán bueno y amable es Dios, y cuánto merece ser amado ! No llegaba a comprender cómo pudiesen encontrarse hombres sobre la tierra que no supiesen amar a Dios, siendo El tan amable. Derramaba torrentes de lágrimas por causa de aquellos que no querían amar a un Dios tan bueno y digno de ser amado. Un día los herejes habían hecho conjura maquinando darle muerte, pero Dios le salvó milagrosamente ; y entonces uno de aquellos herejes le preguntó ¿ qué habría hecho, caso de caer

(1) *Conf.*, lib. X, cap. XXVII.

en sus manos? Y el Santo respondía: «Siento tan vehementemente desear de amar a Dios, quisiera hasta tal punto sufrir y morir por El, que os habría rogado que no me hubieseis dado muerte de un solo golpe, sino comenzando a cortar mis miembros en tantos fragmentos como os hubiese sido posible, y que, después de arrancarme la lengua, y los ojos uno después de otro, una vez hecho rodar sobre su sangre el tronco de mi cuerpo, me hubieseis cortado la cabeza; y yo quisiera que todos los hombres estuviesen en la misma disposición, puesto que Dios es tan hermoso y tan bueno, que jamás haremos nada que se aproxime a lo que El merece» (1). Pues bien, H. M., ¿es realmente amar a Dios el hallarse en una tan heroica disposición? ¿no es esto amarle de veras, de todo corazón, más que a sí mismo?

Decidme, H. M., ¿le amamos como le amaba aquel Santo, nosotros que parecemos hallar singular placer en ofenderle, nosotros que no queremos aceptar el menor sacrificio para evitar el pecado? Decidme, H. M., ¿amamos a Dios al omitir nuestras oraciones, o hacerlas sin respeto ni devoción? ¿Cuántas veces ni tan sólo nos ponemos de rodillas? ¿Amamos a Dios, H. M., cuando no dejamos tiempo a nuestros criados o a nuestros hijos para orar? ¿Amamos a Dios, H. M., cuando comemos carne los días prohibidos? Decidme, H. M., ¿amamos a Dios cuando trabajamos en el santo día del domingo? ¿Amamos a Dios cuando estamos en el templo sin respeto alguno, ya durmiendo, ya conversando, ya volviendo la cabeza de un lado a otro, ya saliendo a fuera durante los oficios? ¡Ay! H. M., confesémoslo con pena, ¡qué simulacro de adoradores! ¡Ay! ¡cuántos cristianos lo son sólo de nombre!

En tercer lugar, decimos que hay que amar a Dios por ser El infinitamente bueno. Cuando Moisés pidió

(1) Ribadeneyra, 4 de agosto.

al Señor que le permitiese ver su rostro, el Señor le contestó: «Moisés, si te muestro mi faz, te mostraré el resumen o compendio de todo bien» (1). Leemos en el Evangelio que una mujer se postró ante el Señor y le llamó «Maestro bueno». Y el Señor le dijo: «¿Por qué me llamas Maestro bueno? sólo Dios es bueno» (2); con lo cual nos dió a entender que es la fuente de todo bien. Santa Magdalena de Pazzis nos dice que quisiera tener fuerzas para hacerse oír en los cuatro ámbitos del mundo, a fin de incitar a todos los hombres a amar a Dios, puesto que es infinitamente amable. Leemos en la vida de San Jaime, religioso de la Orden de Santo Domingo (3), que corrió la campiña y los bosques, clamando con todas sus fuerzas: «¡Oh cielo! ¡oh tierra! ¿no amáis a Dios cual lo aman las demás criaturas, ya que es El infinitamente digno de ser amado? ¡Oh Salvador mío! si los hombres son tan ingratos que no os amen, ¡amadle vosotras, criaturas todas, a vuestro Creador tan bueno y tan amable!» ¡Ah! H. M., si pudiésemos llegar a comprender la felicidad que se alcanza amando a Dios, lloraríamos día y noche por haber vivido tanto tiempo privados de esta dicha... ¡Ay! ¡cuán miserable es el hombre! ¡un simple respeto humano, un insignificante «qué dirán», le impiden mostrar a sus hermanos el amor que tiene a Dios!... ¡Oh Dios mío! ¿no resulta ello incomprensible?...

Leemos en la historia que los verdugos que atormentaban a San Policarpo, le decían: «¿Por qué no adoras a los ídolos?» — «Porque no puedo, contestó; pues no adoro sino a un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra». — «Pero, replicaban ellos, si no haces

(1) Ex., XXXIII, 18-19.

(2) Matth., XIX, 17.

(3) Su fiesta está señalada en 12 de octubre. Ribadeneyra.

nuestra voluntad, te daremos muerte». — «Acepto voluntariamente la muerte, pero jamás adoraré al demonio». — «Mas ¿qué mal hay en decir: *Señor César*, y sacrificar, para salvar la vida?» — «No lo haré, prefiero morir». — «Jura por la prosperidad del César y profiere injurias contra tu Cristo», le dijo el juez. Respondió el Santo: «¿Cómo podría proferir yo injurias contra mi Dios? hace ochenta años que le sirvo, y sólo bienes he recibido de su misericordia». El pueblo, enfurecido, al ver la manera como el santo respondía al juez, clamaba: «Es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, entregádnoslo». — «Oyeme, juez, dijo el santo obispo, he aquí mi religión: ¡soy cristiano, sé sufrir, sé morir, y sé abstenerme de proferir cualquiera injuria contra mi Salvador Jesucristo, quien tanto me ha amado y tanto merece ser amado!» — «Si no quieres obedecerme, te haré abrasar en vida». — «El fuego con que me amenazas, sólo dura un momento; mas tú no conoces el fuego de la divina justicia, que abrasará eternamente a los impíos. ¡Por qué te detienes? he aquí mi cuerpo, dispuesto a sufrir cuantos tormentos puedas inventar». Todos los paganos pusiéronse a gritar: «Merecedor es de muerte, sea quemado vivo». ¡Ay! aquellos desgraciados se apresuran a preparar la hoguera cual una turba de energúmenos, y mientras tanto San Policarpo se prepara a morir dando gracias a Jesucristo por haberle hecho participante de su precioso cáliz. Una vez encendida la pira, prendieron al Santo y le arrojaron a ella; pero las llamas, menos crueles que los verdugos, respetaron al Santo, y envolvieron su cuerpo como en un velo, sin que recibiera daño alguno: lo cual obligó al tirano a apuñalarle en la misma hoguera. Derramóse la sangre en tanta abundancia, que llegó a extinguir totalmente el fuego (1). Aquí tenéis, H. M., lo que se

(1) Ribadencyyra, 26 de enero.

llama amar a Dios perfectamente, o sea amarle más que a la misma vida. ¡Ay! en el desgraciado siglo en que vivimos, ¿dónde hallaríamos cristianos que hicieran esto por amor de su Dios? ¡Ay! ¡cuán escasa cosecha de ellos se haría! Pero también, ¡cuán raros los que al cielo lleguen!

Hemos de amar a Dios en agradecimiento de los bienes que de El continuamente recibimos. El primer beneficio con que nos favorece es el habernos creado. Estamos dotados de las más bellas cualidades: un cuerpo y un alma formados por la mano del Omnipotente (1); un alma que no perecerá jamás, destinada a pasar su eternidad entre los ángeles del cielo; un alma, digo, capaz de conocer, amar y servir a Dios; un alma que es la obra más hermosa de la Santísima Trinidad, un alma tan excelente, que sólo Dios está por encima de ella. En efecto, todas las demás criaturas terrenas perecerán, mas nuestra alma jamás será destruída. ¡Oh Dios mío!, por poco penetrados que estuviésemos de la grandeza de este beneficio, ¿no emplearíamos por ventura toda nuestra vida en acciones de gracias, al conocernos poseedores de tan precioso don?

Otro beneficio no menor, H. M., es el don que el Padre Eterno nos hizo de su divino Hijo, el cual sufrió y experimentó tantos tormentos a fin de lograr nuestro rescate, cuando habíamos sido vendidos al demonio por el pecado de Adán. ¿Qué otro mayor beneficio podía concedernos que instaurar una religión tan santa y consoladora para quienes la conocen y aciertan a practicarla? Dice San Agustín: «¡Ah! hermosa religión, si eres tan despreciada, es porque no eres conocida». «No, H. M., nos dice San Pablo, ya no os pertenecéis, puesto que habéis sido rescatados por la sangre de un

(1) Manus tuae fecerunt me et plasmaverunt me totum in circuitu (Iob., X, 8).

Dios hecho hombre» (1). «¡ Oh ! hijos míos, nos dice San Juan, ¡ cuánto honor para unas viles criaturas cual nosotros, haber sido adoptados como hijos de Dios y hermanos de Jesucristo ! ¡ Mirad qué caridad ha tenido para con nosotros el Padre, al querer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos verdaderamente (2), y al juntar además con tan gloriosa cualidad la promesa del cielo !»

Examinad además, si queréis, los beneficios particulares con que nos ha enriquecido : nos hizo nacer de padres cristianos, nos ha conservado la vida, con todo y portarnos como enemigos ; nos ha perdonado muchos pecados, y nos ha prodigado innumerables gracias durante nuestra vida. Al considerar todo esto, H. M., ¿ será posible que dejemos de amar a un Dios tan bueno y dadivoso ? ¡ Oh Dios mío ! ¿ qué desgracia es a ésta comparable ? Leemos en la historia que cierto hombre había extraído una espina del pie de un león ; el cual león fué más tarde cazado y encerrado en el foso con otros que allí se guardaban. Aquel hombre que le había extraído la espina, fué condenado a ser devorado por los leones. Al estar en el foso, fué reconocido por el león, el cual no sólo no quiso atacarle, sino que se arrojó a sus plantas y se dejó destrozar por las demás fieras defendiendo la vida de su bienhechor.

¡ Ah ! y nosotros tan ingratos, ¿ dejaremos transcurrir nuestra vida sin portarnos de manera que nuestros actos sean expresión de gratitud para con Dios Nuestro Señor, por los grandes beneficios que nos tiene concedidos ? Considerad, H. M., si alcanzáis a ello, ¡ cuál será nuestra vergüenza el día en que el Señor nos muestre el agradecimiento de que dieron prueba las bestias ante el menor beneficio que de los hombres recibieron, al paso que nosotros, colmados con

(1) Non estis vestri. Empti enim estis pretio magno (I Cor., VI, 19-20).

(2) I Ioan., III, 1.

tantas gracias, luces y bienes de toda clase, lejos de dar gracias a Dios, sólo sabemos ofenderle ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué desgracia es a ésta comparable ! Refiérese en la vida de San Luis rey de Francia, que, durante su expedición a Tierra Santa, un caballero de su cortejo fué de cacería y oyó en la selva los gemidos de un león. Acercóse al lugar de donde el ruido procedía, y vió a un león que tenía una gran serpiente enroscada en la cola y comenzaba ya a chupar la sangre de la fiera. Habiendo logrado dar muerte a la serpiente, quedó tan reconocido aquel león, que se puso a seguir al cazador como un cordero sigue a su pastor. Como debiese el caballero atravesar el mar y no pudiese entrar el león en la nave, la siguió a nado, hasta que perdió la vida sepultado en las aguas. Hermoso ejemplo, H. M. : ¡ una bestia perder la vida para testimoniar gratitud a su bienhechor ! y nosotros, lejos de testimoniar nuestra gratitud a nuestro Dios, ¡ no cesamos de ofenderle y ultrajarle con el pecado ! Nos dice San Pablo que aquel que no ama a Dios, no es digno de vivir (1) ; en efecto, o debe el hombre amar a su Dios, o dejar de vivir.

Digo que debemos amar a Dios porque El nos lo manda. San Agustín, hablando de este mandamiento, exclama (2) : « ¡ Oh precepto estimable ! ¡ Dios mío ! ¿ quién soy yo para que me ordenéis que os ame ? Si no os amo, me amenazáis con grandes calamidades : ¿ es por ventura una calamidad pequeña dejar de amaros ? ¡ Cómo ! Dios mío ¿ Vos me mandáis que os ame ? ¿ No sois Vos infinitamente amable ? ¿ No sería ya demasiado el que nos lo permitieseis ? ¡ Oh, qué dicha para una criatura tan miserable poder amar a un Dios

(1) I Cor., XVI, 22.

(2) Citado por el Padre Lejeune, t. III, sermón XLV, *Del amor de Dios*.

tan digno de ser amado ! ¡ Ah ! favor inapreciable, ¡ cuán desconocido eres !»

Lcemos en el Evangelio (1) que un doctor de la ley dijo un día a Jesucristo : «Maestro, ¿cuál es el primero o principal de los mandamientos?» Y Jesucristo le contestó : «Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». San Agustín dice : «Si tienes la dicha de amar a Dios, vendrás a ser en alguna manera semejante a El ; si amas la tierra, te volverás terreno ; mas si amas las cosas del cielo, te volverás celestial». ¡ Oh Dios mío ! cuán dichoso es el que os ama, pues con ello recibe toda suerte de bienes. No, H. M., no nos admire ver a tantos grandes del mundo abandonar el bullicio del siglo para sepultarse en el corazón de las selvas o encerrarse entre las cuatro paredes de una celda, para dedicarse solamente a amar a Dios. Mirad a un San Pablo ermitaño, cuya sola ocupación durante ochenta años fué la de orar y amar a Dios día y noche. Mirad también a un San Antonio, a quien las noches le parecían breves para orar y alabar en silencio a su Dios y Señor, y se lamentaba de que el sol saliese tan temprano (2). Amar a Dios, H. M., ¡ ah ! ¡ qué dicha cuando tengamos la suerte de comprenderlo ! ¿ Hasta cuándo, H. M., sentiremos repugnancia por una obra que debería constituir toda nuestra dicha en esta vida y nuestra eterna felicidad?... Amar a Dios, H. M., ¡ ah ! ¡ qué felicidad !... Dios mío, concedednos el don de la fe y os amaremos de todo corazón.

Digo también que debemos amar a Dios a causa de los abundantes bienes que de El recibimos. «Dios, nos

(1) Magister, quod est mandatum magnum in lege ? Ait illi Iesus : Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua (Matth., XXII, 36-37).

(2) *Vida de los Padres del desierto*, t. 1, p. 42.

dice San Juan, ama a los que le aman» (1). Decídme, H. M., ¿podemos poseer mayor ventura en este mundo que la de ser amados del mismo Dios? Así es que, H. M., Nuestro Señor nos amará según le amemos nosotros a El, es decir, que, si le amamos mucho, nos amará también mucho; lo cual debería inducirnos a amar a Dios cuanto nos fuese posible, hasta donde llegase nuestra capacidad. Este amor será la medida de la gloria de que disfrutaremos en el paraíso, ya que ella será proporcionada al amor que habremos tenido a Dios durante nuestra vida; cuanto más hayamos amado a Dios en este mundo, mayor será la gloria de que gozaremos en el cielo, y más le amaremos también, puesto que la virtud de la caridad nos acompañará durante toda la eternidad, y recibirá mayor incremento en el cielo. ¡Oh! H. M., ¡qué dicha la de haber amado mucho a Dios en esta vida! pues así le amaremos también mucho en el paraíso.

Nos dice San Antonio que a nadie teme tanto el demonio como a un alma que ame a Dios; y que aquel que ama a Dios lleva consigo la señal de predestinación, ya que sólo dejan de amar a Dios los demonios y los réprobos. ¡Ay! H. M., el peor de todos sus males es que a ellos no les cabrá jamás la dicha de amarle. ¡Oh Dios mío! ¿podremos pensar en eso sin morir de pena?... Leemos en la vida de Santa Catalina de Génova que, presenciando la exorcización de un poseso, preguntóle la Santa cómo se llamaba. El demonio contestó que se llamaba: Espíritu sin amor de Dios. «¡Cómo!, dijo la Santa, ¿tú no amas a un Dios tan digno de ser amado?» — «¡Oh! no, no, exclamó él.» — «¡Ah! jamás hubiera creído que existiese una criatura que no amase a Dios.» Y cayó desvanecida sin

(1) *Ego diligentes me diligo* (Prov., VIII, 27). — *Ipse Pater amat vos, quia vos me amatis* (Ioan., XVI, 27).

sentido. Al volver en sí, le preguntaron qué era lo que le había causado aquel desvanecimiento; y ella contestó que nunca habría podido pensar que existiese criatura alguna que no amase a Dios, por lo cual, al oír las palabras del demonio, quedó tan sorprendida, que le faltaron las fuerzas y cayó. Mas decidme, H. M., ¿no tenía razón aquella Santa, cuando fuimos creados sólo para esto? Desde el momento en que cesamos de amar a Dios, dejamos de hacer también lo que El quiere de nosotros.

En efecto, H. M., ¿cuál es la primera pregunta que se nos hace al asistir al catecismo para instruirnos en las verdades de nuestra santa religión? «¿Quién te ha creado y te conserva hasta el presente?» Y nosotros contestamos: «Dios». — «Y ¿para qué te ha creado?» — «Para conocerle, amarle, servirle, y por este medio alcanzar la vida eterna.» Sí, H. M., nuestra única ocupación acá en la tierra es la de amar a Dios; es decir, comenzar a practicar lo que haremos durante toda la eternidad. ¿Por qué hemos de amar a Dios? Pues porque nuestra felicidad consiste, y no puede consistir en otra cosa que en el amor de Dios. De manera, H. M., que, si no amamos a Dios, seremos constantemente desgraciados; y si queremos disfrutar de algún consuelo y de alguna suavidad en nuestras penas, solamente lo lograremos recurriendo al amor de Dios. Si queréis convenceros de ello, id a buscar al hombre más feliz según el mundo; si no ama a Dios, veréis cómo en realidad no deja de ser un gran desgraciado. Y por el contrario, si os encontráis con el hombre más infeliz a los ojos del mundo, veréis cómo, amando a Dios, resulta dichoso en todos conceptos. ¡Oh Dios mío! ¡abridnos los ojos del alma, y así buscaremos nuestra felicidad donde realmente podemos hallarla!

III. — Pero, me diréis finalmente, ¿de qué manera

hemos de amar a Dios? ¿Cómo hemos de amarle, H. M.? Escuchad a San Bernardo, él mismo nos lo enseñará al decirnos que hemos de amar a Dios sin medida. «Siendo Dios infinitamente digno de ser amado, jamás podremos amarle cual se merece.» Pero Jesucristo mismo (1) nos muestra la medida según la cual hemos de amarle, cuando nos dice: «Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Graba tales pensamientos en tu espíritu, y enséñalos a tus hijos». Dice San Bernardo que amar a Dios de todo corazón, es amarle decididamente y con fervor: es decir, estar presto a padecer cuanto el mundo y el demonio nos hagan sufrir, antes que dejar de amarle. Es preferible a todo lo demás, y no amar ninguna otra cosa sino por El. San Agustín decía a Dios: «Cuando mi corazón, oh Dios mío, sea bastante grande para amaros, entonces amaré con Vos a las demás cosas; mas como quiera que mi corazón será siempre demasiado pequeño para Vos, ya que sois infinitamente amable, no amaré jamás otra cosa fuera de Vos». Debemos amar a Dios no solamente como a nosotros mismos, sino más que a nosotros mismos, manteniendo constante y firme la resolución de dar nuestra vida por El.

De esta manera podemos decir que le amaron todos los mártires, puesto que, antes que ofenderle, prefirieron sufrir la pérdida de sus bienes, toda suerte de desprecios, la prisión, los azotes, las ruedas de tormento, el potro, el hierro, el fuego, en una palabra, todo cuanto la rabia de los tiranos supo inventar.

Refiérese en la historia de los mártires del Japón que, cuando se predicaba el Evangelio a aquellas gentes y se las iniciaba en el conocimiento de las grandezas de Dios, de sus bondades y de su grande amor para con los hombres; especialmente cuando se les enseña-

(1) El mismo Dios en el Deuteronomio, cap. VI, 5-7.

ban los excelsos misterios de nuestra santa religión, todo cuanto Dios había hecho por los hombres: un Dios que nace en suma pobreza, y que sufre y muere por nuestra salvación: «¡ Oh ! exclamaban aquellos sencillos cristianos, ¡ cuán bueno es el Dios de los cristianos ! ¡ oh ! ¡ cuán digno de ser amado ! » Pero, cuando se les decía que aquel mismo Dios nos había impuesto un mandamiento en el cual nos ordenaba amarle, amenazándonos con un eterno castigo caso de no cumplirlo, quedaban sorprendidos y admirados, sin acertar a comprenderlo. « ¡ Cómo !, decían, ¡ imponer a los hombres racionales un precepto que ordene amar a un Dios que tanto nos ha amado !... ¿ no es la mayor de las desgracias dejar de amarle ?, así como amarle, ¿ no es la mayor de todas las dichas imaginables ? ¡ Cómo ! ¿ y los cristianos no permanecen constantemente al pie de los altares para adorar a su Dios, atraídos por tanta bondad e inflamados de amor ? » Mas, cuando se les explicaba que existían cristianos que, no sólo dejaban de amarle, sino que empleaban su vida ofendiéndole: « ¡ Oh pueblo ingrato ! ¡ oh pueblo bárbaro !, exclamaban indignados, ¡ cómo es posible que los cristianos sean capaces de tales horrores ! ¡ Ah ! ¿ en qué tierra maldita habitan esos hombres sin corazón y sin sentimientos ? » ¡ Ay ! H. M., si aquellos mártires volviesen hoy a la tierra, y se enterasen de los ultrajes que ciertos cristianos infieren a su Dios, tan bueno y cuyo único anhelo es procurarles la salvación ; ¡ ay ! H. M., ¿ acertarían a creerlo ? Triste es decirlo, H. M., ¡ hasta el presente no hemos amado a Dios !...

Y el cristiano no solamente ha de amar a Dios de todo corazón, sino que además debe poner todo su esfuerzo en procurar que los demás le amen. Los padres y las madres, los dueños y las amas de casa, deben emplear todo su poder y autoridad en hacer que sus hijos y sus criados le amen. ¡ Oh ! ¡ cuánto será el mé-

rito de un padre o de una madre delante de Dios, si, por sus esfuerzos, cuantos viven con ellos le aman de todo corazón !... ¡ Oh ! ¡ cuán abundantemente bendecirá Dios aquellas casas !... ¡ Oh ! ¡ cuántos bienes temporales y eternos derramará sobre aquellas familias !...

Y ¿ cuáles son los signos que nos certifican de nuestro amor a Dios ? Vedlos aquí, H. M. : si pensamos en El con frecuencia, si nuestro espíritu se ocupa y entretiene en las cosas divinas, si experimentamos gusto y placer al oír hablar de Dios en las pláticas e instrucciones y nos complacemos en todo aquello que pueda traernos su recuerdo. Si amamos a Dios, H. M., andaremos con gran temor de ofenderle, vigilaremos constantemente los movimientos de nuestro corazón, temiendo siempre ser engañados por el demonio. Pero el último medio, es suplicarle a menudo que nos conserve en su amor, pues éste viene del cielo. Debemos, durante el día, dirigir hacia El nuestros pensamientos, y hasta por la noche, al despertarnos, hemos de prorrumpir en actos de amor a Dios, diciéndole : « Dios mío, hacedme la gracia de amaros cuanto posible me sea ». Hemos de sentir gran devoción a la Santísima Virgen, pues ella sola amó más a Dios que todos los santos juntos ; también hemos de mostrar gran devoción al Espíritu Santo, especialmente a las nueve de la mañana. Fué en aquel momento cuando descendió sobre los apóstoles, para llenarlos de su amor (1). Al mediodía, deberemos recordar el misterio de la Encarnación, por el cual el Hijo de Dios tomó carne mortal en las entrañas virginales de la bienaventurada Virgen María, y suplicarle que baje a nuestros corazones, como descendió al seno de su santa Madre (2). A las tres de la tarde, debere-

(1) Act., II, 15.

(2) La tradición de la Iglesia es que la Santísima Virgen estaba en oración, a *media noche*, cuando el ángel Gabriel le anunció el misterio de la Encarnación.

mos representarnos al Salvador muriendo para merecernos un amor eterno. En tal instante debemos hacer un acto de contrición, para testimoniarle la pena que experimentamos por haberle ofendido.

Y concluyamos, H. M., diciendo que, puesto que nuestra felicidad solamente se halla en el amor de Dios, deberemos temer grandemente el pecado, pues sólo él nos causa su pérdida. Acudid, H. M., a proveeros de este divino amor en los sacramentos que os es dado recibir. Acudid a la Sagrada Mesa con gran temor y confianza, puesto que allí recibimos a nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre, el cual no desea sino nuestra felicidad; y es la que también os deseo...

FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARÍA (1)

Quia respexit humilitatem ancillae suae.

Porque el Señor consideró la pequeñez de su esclava.

(S. Lucas, I, 48.)

Si por una parte, H. M., vemos a la Santísima Virgen rebajarse, en su humildad, por debajo de todas las criaturas, por otra vemos que esta misma humildad la encumbra por encima de todo lo que no es Dios. No, no son los grandes de la tierra quienes la elevaron a ese supremo grado de dignidad donde tenemos la dicha de contemplarla ahora. Las tres Personas de la Santísima Trinidad la colocaron sobre aquel trono de gloria; la proclamaron Reina de cielos y tierra, y la hicieron depositaria de todos los celestiales tesoros. No, H. M., jamás comprenderemos totalmente las grandezas de María, ni el poder que Jesús su divino Hijo le concedió; jamás llegaremos a penetrar el gran deseo que Ella siente de hacernos felices. Ella nos ama como a hijos; ella se siente gozosa del poder que Dios le ha dado, porque con él puede sernos más útil. Sí, María es nuestra mediadora; Ella es quien presenta a su divino Hijo nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nues-

(1) Véase Ribadeneyra, 15 agosto.

tros suspiros ; Ella la que atrae sobre nosotros las gracias que nos son necesarias para nuestra salvación. Nos dice el Espíritu Santo que María es, entre todas las criaturas, un prodigio de grandeza, un prodigio de santidad y un prodigio de amor. ¡ Qué dicha la nuestra, H. M., qué fuente de esperanza para nuestra salvación ! Reavivemos, pues, nuestra confianza en una Madre tan buena y tan tierna, considerando : 1.º su grandeza ; 2.º su celo por nuestra salvación ; 3.º lo que hemos de hacer para serle agradables y merecer su protección.

I. — Hablar de las grandezas de María, H. M., es querer empequeñecer la idea sublime que de Ella tenéis ; pues nos dice San Ambrosio que María está encumbrada en un tan alto grado de gloria, de honor y de poder, que los mismos ángeles son incapaces de comprenderlo ; a sólo Dios está reservado tal conocimiento. De donde concluyo que todo cuanto ahora podréis oír, será nada o casi nada respecto a lo que Ella realmente es a los ojos de Dios. El mayor elogio que de Ella puede hacernos la Iglesia es decirnos que María es la Hija del Padre Eterno, la Madre del Hijo de Dios, Salvador del mundo, la Esposa del Espíritu Santo. Si el Padre Eterno escogió a María para que fuese su hija por excelencia, ¿ qué torrente de gracias no habrá derramado sobre su alma ? Las recibió Ella sola en mayor abundancia que todos los ángeles y santos juntos. Comenzó preservándola del pecado original, gracia que sólo a Ella ha sido concedida, y la confirmó en dicha gracia con la seguridad de no perderla jamás. Sí, H. M., el Padre Eterno la enriqueció con dones del cielo, a proporción de la dignidad a que debía elevarla. Hizo de Ella el templo vivo de las tres Personas de la Santísima Trinidad. En una palabra : hizo por ella todo cuanto le era posible hacer por una criatura. Y si el Padre Eterno cuidó tanto de honrar a María, vemos

también al Espíritu Santo apresurarse a embellecerla de tal manera, que, desde el instante de su concepción, queda convertida en el objeto de las complacencias de las tres divinas Personas. Sólo a María cabe la dicha de ser la Hija del Padre Eterno, la Madre del Hijo y la esposa del Espíritu Santo. Y por esta incomparable dignidad, hállese asociada a las tres Personas de la Santísima Trinidad, en orden a formar el cuerpo adorable de Jesucristo. De Ella debía servirse Dios para destruir y aniquilar el imperio del demonio; de Ella se sirvieron las tres divinas Personas para salvar al mundo dándole un Redentor. ¿Habríais jamás imaginado en María un abismo tal de grandezas, de poder y de amor? Después del cuerpo adorable de Jesucristo, es Ella el mejor ornamento de la corte celestial.

Podemos afirmar que el triunfo de la Santísima Virgen en el paraíso, es la consumación de todos los méritos de esta augusta Reina de cielos y tierra. Fué en aquel momento cuando recibió el adorno final, en su incomparable dignidad de Madre de Dios. Después de haber estado sujeta por algún tiempo a las miserias de la vida y a las humillaciones de la muerte, pasó a gozar de una vida la más gloriosa y feliz de que es capaz criatura alguna. Nos extrañará tal vez el hecho de que Jesús, que tanto amaba a su Madre, la dejase tanto tiempo sobre la tierra después de su resurrección. La razón de ello está en que con aquella demora quería proporcionarle un mayor grado de gloria, y además hay que considerar que los apóstoles tenían aún necesidad de su presencia para que los consolase y guiase. Fué María quien reveló a los apóstoles los más grandes e interesantes secretos de la vida oculta de Jesús; y fué también María la que levantó el estandarte de la virginidad, poniendo de manifiesto todo su esplendor y hermosura y mostrándonos la inestimable recompensa que a tan santo estado le está reservada.

Mas volvamos a nuestro propósito, H. M., siguiendo a María hasta el momento en que abandona este mundo. Quiso Jesucristo que, antes de subir al cielo, pudiese volver a ver una vez más a sus apóstoles. Todos, excepto Santo Tomás, fueron transportados alrededor de su humilde lecho. Llevando hasta el exceso la humildad de que siempre había hecho tanta estima, besó a todos los pies, pidiéndoles su bendición. Aquel acto preparábala a la gloria eminente a que debía elevarla su Hijo. A su vez, María dió también su bendición a todos. Resúltame imposible daros una idea de las lágrimas que en aquella hora derramaron los apóstoles, ante la inminencia de la pérdida que iban a experimentar. ¿No constituía acaso la Santísima Virgen, después del Salvador, toda su felicidad, todo su consuelo? Mas, para aminorar un poco la pena que experimentaban, María prometió no olvidarlos nunca cerca su divino Hijo. Créese que el mismo ángel que le anunciara el misterio de la Encarnación, bajó a avisarla, de parte de su Hijo, acerca de la hora en que iba a morir. La Santísima Virgen contestó al ángel: «¡ Ah ! ¡ qué felicidad ! ¡ cuánto he deseado yo este momento ! » Después de aquella dichosa noticia, quiso hacer su testamento, lo cual costóle poco trabajo. Tenía dos túnicas y las dejó a dos vírgenes que desde mucho tiempo la servían. Sintióse después abrasada en tan ardiente amor, que su alma, semejante a una encendida hoguera, no podía contenerse en su cuerpo. ¡ Momento feliz !...

¿Podremos contemplar, H. M., las maravillas que se obraron en aquella muerte, sin sentir un ardiente deseo de vivir santamente para morir también santamente? Ciertamente que no debemos esperar morir de amor, mas a lo menos abriguemos la esperanza de morir en el amor de Dios. María no teme en manera alguna la muerte, pues la muerte la pondrá en posesión de la

felicidad perfecta ; sabe que el cielo la está aguardando, y que será allí uno de sus más hermosos ornatos. Su Hijo y toda la corte celestial prepáranse a celebrar aquella brillante fiesta, y los santos y santas del cielo no aguardan más que las órdenes de Jesús para salir en busca de aquella Reina y llevarla en triunfo a su reino. Todo queda preparado en el cielo para recibirla ; va a disfrutar de unos honores que exceden a cuanto puede concebirse. Para salir de este mundo, María no se vió sujeta a enfermedad alguna, pues estaba exenta de pecado. A pesar de su edad avanzada, su cuerpo no quedó decrepito como el de los demás mortales ; antes al contrario, a medida que se acercaba su fin parecía adquirir nuevos atractivos. San Juan Damasceno dice que el mismo Jesucristo vino a buscar a su Madre. Y así desapareció aquel hermoso astro que por espacio de setenta y dos años iluminara al mundo. Sí, H. M., volvió Ella a ver a su Hijo, mas en un aspecto muy distinto de aquel en que le viera cuando, lleno de sangre, estaba clavado en cruz.

¡ Oh Amor divino ! ¡ he aquí la más excelsa de tus victorias y de tus conquistas ! No podías llegar a más, pero tampoco podías hacer menos. Sí, H. M., si era necesario que la Madre de Dios muriese, sólo de un transporte de amor podía morir. ¡ Oh muerte hermosa ! ¡ oh muerte feliz ! ¡ oh muerte apetecible ! ¡ Ah ! ¡ muy bien indemnizada quedó de aquel cúmulo de humillaciones y dolores que su santa alma hubo de experimentar durante su vida mortal ! Sí, volvió Ella a ver a su Hijo, pero muy diferente de cuando le vió en su dolorosa pasión, en manos de sus verdugos, con la cruz a cuestas, coronado de espinas, y sin poder socorrerle ni aliviarle. ¡ Oh ! no, no le ve ahora rodeado de aquel triste aparato, capaz de anonadar a las criaturas menos sensibles, sino radiante de luz y revestido de una gloria que es la alegría y felicidad de los cielos ; vese ella ro-

deada de los ángeles y los santos, que la alaban, la bendicen y la adoran hasta anonadarse en su presencia. Sí, vuelve Ella a ver a su dulce Jesús, libre de todo cuanto pueda hacerle sufrir. ¡ Ah ! ¿ quién de nosotros no querrá hacer los posibles para ir a juntarse a la Madre y al Hijo en aquel lugar de delicias ? Algunos instantes de lucha y sufrimiento son largamente recompensados.

¡ Ah ! H. M., ¡ qué muerte tan dichosa ! María está libre de todo temor, pues amó a Dios en todo momento ; no le duele tener que dejar nada, pues nunca ha poseído más que a Dios. ¿ Queremos morir también sin temor ? Vivamos, cual María, en la inocencia ; huyamos del pecado, que constituye nuestra mayor desgracia para el tiempo y para la eternidad. Si tuvimos la desdicha de cometerlo, a ejemplo de San Pedro, lloremos hasta la hora de la muerte, y nuestros remordimientos no acaben más que con nuestra vida. A imitación del santo rey David, bajemos al sepulcro derramando lágrimas ; lavemos nuestras almas en la amargura de nuestro llanto (1). ¿ Queremos, como María, morir sin pesar ni tristeza ? Vivamos cual ella vivió, sin aficionarnos a las cosas creadas ; hagamos lo que Ella, amemos sólo a Dios, no deseemos más que a El, no busquemos otra cosa que agradarle en todas nuestras obras. ¡ Feliz el cristiano, que no deja nada para hallarlo todo !...

Acerquémonos aun por unos momentos a ese humilde lecho, al que cabe la suerte de sostener tan preciosa perla, aquella rosa siempre fragante y sin espinas, aquel foco de luz y de gloria, que debe añadir nuevo resplandor a la corte celestial. Dícese que los ángeles entonaron cánticos de alegría en la humilde morada donde descansaba el santo cuerpo, y la estancia quedó saturada de una tan agradable fragancia, que

(1) Ps. VI, 7.

parecía hubiesen descendido allí todas las dulzuras y suavidades del cielo. Vamos, H. M., a lo menos en espíritu, y acompañemos ese sagrado cortejo; sigamos al tabernáculo donde el Padre había encerrado tantos tesoros, el cual va ser encerrado por algún tiempo, como lo fué el de su divino Hijo. El dolor y los suspiros impusieron el más respetuoso silencio a los apóstoles y a los demás fieles, venidos en masa para ver una vez más a la Madre de su Redentor. Mas, volviendo sobre sí, prorrumpieron en himnos y cánticos a fin de honrar al Hijo y a la Madre. Una parte de los ángeles subió a los cielos para llevar en triunfo aquella alma sin igual; y otra parte quedóse en la tierra para celebrar las exequias del santo cuerpo. Y pregunto yo, H. M., ¿quién será capaz de pintarnos y describirnos tan hermoso espectáculo? De un lado oíase a los espíritus bienaventurados consagrar todo su ingenio celeste a testimoniar la alegría inmensa que sentían por la gloria de su Reina; de otro lado veíase a los apóstoles y a gran número de fieles elevar también sus voces para juntarlas a la armonía de los celestiales cantores. Dice San Juan Damasceno que, antes de colocar el santo cuerpo en el sepulcro, les cupo a todos la dicha de besar sus santas y sagradas manos, las cuales tantas veces habían sostenido al Salvador del mundo. Y en aquella hora, no hubo enfermo que no sanase; no hubo en Jerusalén persona que, pidiendo a Dios alguna gracia por mediación de María, dejase de obtenerla. Dios lo dispuso así para darnos a entender que, en adelante, todos cuantos a ella recurriesen, tendrían la seguridad de alcanzarlo todo.

Y cuando todos, nos dice el mismo Santo, hubieron satisfecho su devoción, y recibido lo que en sus peticiones formulaban, determinaron dar sepultura a la Madre de Dios. Los apóstoles, siguiendo la costumbre de los judíos, dispusieron que el santo cuerpo fuese lavado

y embalsamado. Encomendaron aquella tarea a las dos vírgenes que estaban al servicio de María. Mas a aquellas, a causa del prodigio que aconteció, les fué imposible ver ni tocar el santo cuerpo. Interpretando que tal era la voluntad de Dios, sepultaron el cuerpo con sus propios vestidos. Si María en la tierra fué de una humildad sin igual, sin igual fueron también su muerte y su sepultura, por la grandeza de las maravillas que ocurrieron. Los mismos apóstoles fueron los encargados de llevar el precioso depósito, y aquel santo y sagrado cortejo atravesó las calles de Jerusalén y llegó hasta el sitio destinado a sepultura, que era el huerto de Getsemaní en el valle de Josafat. Los fieles todos seguían la comitiva con antorchas encendidas, y muchos transcientes juntábanse al piadoso cortejo que llevaba el arca del Nuevo Testamento para conducirla al lugar de su descanso. Nos dice San Bernardo que también los ángeles formaban en la procesión, precediendo y siguiendo al cuerpo de la soberana Virgen con cánticos de alegría; todos los presentes oían el canto de los ángeles, y en todas partes donde pasaba el santo cuerpo quedaba el ambiente saturado de un aroma delicioso, cual si todas las suavidades y todos los perfumes celestes hubiesen bajado a la tierra. Hubo un desgraciado judío, añade este Santo, que, lleno de rabia al ver los grandes honores que a la Madre de Dios se tributaban, se abalanzó sobre el cuerpo para hacer que cayese sobre el fango del camino; mas aun no hubo tocado el santo cuerpo, sus manos cayeron desecadas. Habiéndose arrepentido, pidió a San Pedro permiso para acercarse al cuerpo de la Santísima Virgen. Con sólo tocarlo, las manos volvieron a juntarse por sí mismas, cual si nunca hubiesen estado separadas. Una vez colocado con reverencia el cuerpo de la Madre de Dios en el sepulcro, los fieles regresaron a Jerusalén; mas los ángeles continuaron cantando durante tres días las alabanzas de

María. Los apóstoles acudían también alternativamente, para unirse a los ángeles que permanecían sobre el sepulcro. Al cabo de tres días Santo Tomás, que no había asistido a la muerte de la Virgen, pidió a San Pedro la gracia de ver por última vez su cuerpo virginal. Fueron al sepulcro, y una vez abierto no hallaron allí más que las vestiduras. Los ángeles se lo habían llevado al cielo, pues no se oían ya sus cánticos.

Para haceros una descripción fiel de su entrada gloriosa y triunfante en el cielo, fuera necesario, H. M., ser el mismo Dios que en aquellos momentos quiso prodigar a su Santísima Madre todas las riquezas de su amor y de su reconocimiento. Bien podemos afirmar que juntó y congregó todo cuanto fuese capaz de embellecer y adornar su triunfo en el cielo. «Abríos de par en par, puertas del cielo, aquí tenéis a vuestra Reina que deja la tierra para venir a hermostear los cielos con la grandeza de su gloria y la inmensidad de sus méritos y de su dignidad». ¡Oh espectáculo arrebatador! jamás el cielo había visto entrar en su recinto a una criatura tan hermosa, tan excelsa, tan perfecta y tan rica en virtudes. «¿Quién es esa, dice el Espíritu Santo, que asciende del desierto de la vida, llena de delicias y amor, descansando en los brazos de su amado?»... (1). Acercaos, y veréis cómo, al abrirse las puertas del cielo, toda la corte celestial se prosterna ante ella cual ante su Soberana. El mismo Jesucristo la acompaña en su triunfo, y la lleva a sentarse en el más hermoso trono de su reino. Las tres personas de la Santísima Trinidad le ponen sobre su cabeza una corona brillante, y la constituyen depositaria de los tesoros del cielo. ¡Oh! H. M., ¡cuánta gloria para María! y también ¡qué gran motivo de esperanza para nosotros, saber que ocu-

(1) Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum (Cant., VIII, 5).

pa una tan encumbrada dignidad, y conocer el gran deseo que Ella siente de salvar nuestras almas !

II. — ¿Cómo nos ama María? Nos profesa amor de madre, nos tiene como hijos suyos; ella hubiera querido morir por nosotros si hubiese sido necesario. Encomendémonos a Ella con gran confianza y tendremos la seguridad de que, por grande que sea nuestra miseria, nos alcanzará la gracia de nuestra conversión. ¡ Tanto es el interés que siente por la salvación de nuestra alma, tan grande su anhelo de vernos felices !... Leemos en la vida de San Estanislao, gran devoto de la Reina de los cielos (1), que un día, estando en oración, suplicó a la Virgen que se le apareciese con el Niño Jesús. Fué tan agradable a Dios aquella oración, que al momento San Estanislao vió aparecérselle la Santísima Virgen llevando el Divino Niño en sus brazos. Otro día, encontrándose enfermo en una casa de luteranos, quienes se oponían a que comulgase, dirigióse a la Santísima Virgen suplicándole le procurase aquella dicha. Apenas terminó su oración cuando vió llegarse a él un ángel llevándole la Hostia Santa, acompañado de la Virgen María. En otra circunstancia análoga le sucedió lo mismo, y un ángel le llevó el adorable Cuerpo de Jesús, y le administró la sagrada Comunión. ¡ Ved, pues, H. M., cuánto se interesa María por la salvación de los que en Ella confían !

¡ Qué suerte para nosotros el tener una tan cariñosa Madre que nos preceda en la práctica de las virtudes que han de hacernos agradables a Dios y llevarnos al cielo ! Mas procuremos no despreciar nunca ni a Ella ni el culto que se le tributa. Nos refiere San Francisco de Borja que un gran pecador, estando en el lecho de muerte, no quería oír hablar ni de Dios, ni de su

(1) Ribadeneyra, 15 de agosto.

alma, ni de confesión. San Francisco, que se hallaba entonces en el país de aquel pobre desgraciado, púsose a orar por él; mientras se deshacía en lágrimas, orando, oyó una voz que le dijo: «Ve, Francisco, ve a llevar mi cruz a aquel desgraciado, exhortale a penitencia». San Francisco corrió hacia el pobre enfermo, que estaba ya en brazos de la muerte. ¡Ay! había ya cerrado su corazón a los movimientos de la gracia. Incitóle San Francisco a compadecerse de su pobre alma y a pedir perdón a Dios; mas era inútil, todo estaba perdido para él. El Santo oyó aún otras dos veces la voz que le dijo: «Ve, Francisco, lleva mi cruz a aquel desgraciado». El Santo volvió a mostrarle su crucifijo, el cual apareció cubierto de sangre, que se derramaba por todos lados; dijo al pecador que aquella sangre le alcanzaría el perdón, si quería implorar misericordia. Mas todo fué en vano, murió blasfemando del santo nombre de Dios: y su desgracia le vino de que había escarnecido y despreciado a la Santísima Virgen en los honores que se le tributaban. ¡Ah! H. M., ¡vayamos, pues, con gran cuidado en no despreciar jamás nada de lo que se refiere al culto de María, esta Madre tan buena y siempre inclinada a socorrernos, por insignificante que sea la confianza que en ella depositemos! Aquí veréis algunos ejemplos que os mostrarán cómo, siendo constantes en la más pequeña práctica de devoción a la Santísima Virgen, jamás permitirá Ella que muramos en pecado.

Refiérese en la historia que un joven libertino se entregaba, sin remordimiento alguno, a toda suerte de vicios. Una enfermedad detuvo, empero, su desordenada carrera. Con ser tan depravado, había constantemente perseverado en la práctica de rezar diariamente un Ave María; era ésta su única oración y aún mal rezada; no pasaba de ser un sencilla costumbre casi rutinaria. En cuanto pudo verse que estaba sin esperanzas de

sanar, fué llamado el rector de la parroquia, quien le invitó a confesarse. Mas el enfermo contestó que, si había de morir, quería hacerlo tal como había vivido, y, si salía de aquella enfermedad, no quería tampoco cambiar de vida. Esta fué la respuesta que dió a todos cuantos le hablaron de confesión. Los que le rodeaban estaban consternados; nadie se atrevía a hablarle de los negocios del alma por temor de darle nueva ocasión de vomitar las mismas blasfemias y las mismas impiedades. Estando en esas, vino a visitarle uno de sus camaradas que, más juicioso que él, le había reprendido alguna vez por sus desórdenes. Después de hablar de cosas indiferentes, le dijo sin rodeos: «Amigo mío, deberías pensar en convertirte». — «Compañero, respondió el enfermo, soy un pecador demasiado criminal; bien conoces tú la vida que he llevado». — «Pues encomiéndate a la Santísima Virgen, que es el refugio de los pecadores.» — «¡Ah! todos los días le he rezado un Ave María; mas es ésta mi única oración. ¿Crees que puede servirme de algo?» — «¡Cómo! esto te servirá de todo. ¿No le pedías que rogase por ti en la hora de tu muerte? Es, pues, ahora cuando rogará e intercederá por ti.» — «Ya que crees que la Santísima Virgen ruega por mí, vete a buscar al cura párroco para confesarme cuanto antes.» Y al pronunciar estas palabras, púsose a derramar torrentes de lágrimas. «¿A qué llorar?, le dijo su amigo». — «¡Ah! ¿podré yo llorar nunca bastante, después de haber llevado una vida tan criminal, después de haber ofendido a un Dios tan bueno, quien todavía quiere perdonarme? Quisiera poder llorar lágrimas de sangre, para mostrar a Dios cuánto me pesa de haberle ofendido; pero mi sangre es demasiado impura para que la ofrezca a Jesucristo en expiación de mis pecados. Lo que me consuela es que Jesucristo mi Salvador ofreció la suya a su Padre por mí, y esto me hace esperar». Su amigo, al

oir aquellos razonamientos y al ver las lágrimas del enfermo corriendo en tanta abundancia, púsose a llorar de alegría. Era tan extraordinario aquel cambio, que lo atribuyó a la protección de la Virgen María. En aquel momento entró el sacerdote, y, viendo que ambos lloraban, preguntó qué es lo que había sucedido. — «¡ Ah ! señor, dijo el enfermo, ¡ estoy llorando mis pecados ! ¡ Ay ! ¡ muy tarde comienzo a llorar ! Mas ya sé que los méritos de Jesucristo son infinitos y que su misericordia es sin límites ; me anima aún la esperanza de que el buen Dios se apiadará de mí.» Admirado el sacerdote, preguntóle cuál era la causa de semejante transformación.—«La Santísima Virgen, contestó el enfermo, ha rogado por mí, y esto es lo que me ha abierto los ojos sobre mi desgraciada situación». — «¿ Os queréis, pues, confesar ?» — «¡ Oh ! sí, señor, quiero confesarme, y hasta en alta voz ; ya que tanto he escandalizado con mi vida, quiero que sea público mi arrepentimiento.» El sacerdote le dijo que aquella precaución no era necesaria, pues, para reparar los escándalos, bastaba con que se supiese que había recibido los Santos Sacramentos. Confesóse con tanto dolor y tantas lágrimas, que el sacerdote hubo de detenerse diferentes veces para darle lugar a que llorase. Recibió los sacramentos con tan grandes señales de arrepentimiento, que parecía iba a morir de pesar.

¿ No tenía, pues, razón San Bernardo al decir que quien se pone bajo la protección de María está en seguridad ; y que jamás se ha visto que la Santísima Virgen abandonase a quien haya practicado actos de devoción en su honor ? No, H. M., esto nunca se ha visto ni se verá. Así es cómo la Santísima Virgen recompensó un «Ave María» rezada todos los días por aquel joven, y considerad aún de qué manera la rezaba. No obstante, bien acabáis de ver cómo por dicha practica obró la Virgen un milagro, a fin de que el joven aquel no

muriese sin confesión. ¡ Felices nosotros si invocamos a María, pues así Ella nos salva y nos hace perseverar en la gracia ! ¡ Gran motivo de esperanza es considerar que, a pesar de nuestros pecados, se ofrece Ella constantemente a Dios implorando para nosotros el perdón ! Sí, H. M., Ella es quien aviva nuestra esperanza en Dios, la que le presenta nuestras lágrimas, la que nos libra de caer en la desesperación al considerar la enormidad de nuestros pecados.

San Alfonso M.^a de Ligorio refiere que un sacerdote compañero suyo vió entrar cierto día en un templo a un joven cuyo porte exterior hacía adivinar que su alma se hallaba devorada por los remordimientos. Acercóse el sacerdote al joven y le dijo : «¿ Os queréis confesar, amigo mío ? » Contestóle afirmativamente, mas suplicó al mismo tiempo que le oyese en un lugar apartado, pues su confesión debía ser larga. Al hallarse solos, el nuevo penitente habló en estos términos : « Padre mío, soy noble y extranjero ; mas no creo que pueda nunca merecer la misericordia de un Dios, a quien tanto he ofendido con mi vida criminal. Dejando a un lado los asesinatos y otras infamias en que he tenido parte, debo deciros que, desesperando de mi salvación, me he entregado a toda suerte de pecados, no tanto para contentar a mis pasiones, como para ultrajar a Dios y dar satisfacción al odio que contra El sentía. Llevaba encima un crucifijo y lo tiré con desprecio. Esta misma mañana he acudido a la Sagrada Mesa para cometer un sacrilegio ; mi intención era hollar bajo mis plantas la Sagrada Hostia, cosa que no he podido realizar por hallarse presentes otras personas ; y al decir esto, puso en manos del confesor la partícula que había conservado en un papel. Mientras pasaba por delante de esta iglesia, me sentía movido a entrar, en tal forma que no pude resistir ; he experimentado tan fuertes remordimientos y éstos desgarraban de tal ma-

nera mi conciencia, que, al acercarme a vuestro confesionario, me sentía presa de la mayor desesperación. Si no hubieseis venido a mi encuentro, estaría ya fuera de la iglesia; aun no sé darme cuenta de cómo me hallo a vuestras plantas para confesarme». Entonces el sacerdote le dijo: «¿No realizasteis acaso alguna buena obra que os pudiese merecer esta gracia? ¿tal vez habréis ofrecido algunos sacrificios a la Santísima Virgen o habréis implorado su auxilio, pues tales conversiones son casi siempre efecto del poder de esta buena Madre?» — «Padre mío, os equivocáis, tenía un crucifijo y lo tiré con desprecio». — «A pesar de ello, haced memoria, pues un tal milagro no se suele realizar sin alguna razón». — «Padre mío, dijo el joven mostrando el escapulario que llevaba, ved aquí todo cuanto he conservado». — «¡ Ah ! amigo mío, díjole el sacerdote abrazándole, ¿veis cómo es la Santísima Virgen quien os ha alcanzado esta gracia, atrayéndoos hacia esta iglesia que le está consagrada?» Al oír esto el joven rompió a llorar; describió todos los pormenores de su vida criminal, hasta que el exceso de dolor le hizo caer a los pies del confesor cual si estuviese muerto; al volver en sí, terminó su confesión. Antes de abandonar el templo, prometió referir a todo el mundo la extraordinaria misericordia que María le había alcanzado de su divino Hijo.

III. — ¡ Felices nosotros, H. M., por tener una Madre tan buena y tan atenta a la salvación de nuestras almas ! No obstante, no hemos de contentarnos con elevar a Ella nuestras preces, sino que además hemos de practicar todas aquellas otras virtudes que sabemos son agradables a Dios. Un gran devoto de María, San Francisco de Paula, fué un día llamado por Luis XI, el cual esperaba obtener de él su curación. El Santo halló en el rey muchas cualidades buenas, pues practicaba mu-

chas buenas obras y rezaba numerosas oraciones en honor de María. Todos los días recitaba el rosario, hacía muchas limosnas en honor de la Santísima Virgen, llevaba encima muchas reliquias; mas vino también en conocimiento de que no usaba de mucha moderación ni modestia en sus palabras, y de que toleraba en su casa a personas de mala vida; por lo cual díjole, llorando, San Francisco de Paula: «Príncipe, ¿creéis acaso que estas vuestras devociones son agradables a la Santísima Virgen? No, no, Príncipe, comenzad por imitar a María, y entonces tened por seguro que os tenderá su mano». En efecto, hecha confesión de toda su vida, recibió tantas gracias y tantos medios de salvación, que murió de la manera más edificante, prociando el valimiento de María para alcanzarle la protección del cielo. El mundo está lleno de monumentos que atestiguan y dan fe de las gracias que la Santísima Virgen nos alcanza; contemplad, si no, esos santuarios, esos cuadros, esas capillas en honor de María. ¡Ah! H. M., ¡si sintiésemos una tierna devoción a la Virgen María, cuántas gracias alcanzaríamos para salvación nuestra! ¡Oh padres y madres! si por la mañana pudieseis a vuestros hijos bajo la protección de la Santísima Virgen, Ella rogaría por su bien y los salvaría a ellos y a vosotros. ¡Oh! ¡cuánto teme el demonio la devoción a la Santísima Virgen!... Quejábase aquél, un día, amargamente a San Francisco de los dos linajes de personas que más le hacen sufrir. Unas son las que contribuyen a extender la devoción a la Virgen María, y otras las que llevan el santo Escapulario.

¡Ah! H. M., ¿no será, lo dicho, bastante para inspirarnos una gran confianza en la Santísima Virgen y un gran deseo de consagrarnos enteramente a Ella poniendo en sus manos nuestra vida, nuestra muerte y nuestra eternidad? ¡Qué inefable consuelo en nuestras penas y tristezas, saber que María quiere y puede so-

corrernos ! Sí, bien podemos decir que aquel que acierta a concebir una gran confianza en María tiene asegurada la salvación, pues jamás se oyó decir que quien puso su salvación en manos de María, se condenase. En la hora de la muerte conoceremos los innumerables pecados que María nos hizo evitar, y las muchas obras buenas que sin su protección jamás hubiésemos realizado. Tomémosla por modelo, y tendremos la certeza de que andamos por el camino que conduce al cielo. Admiraremos en Ella aquella humildad, aquella pureza, aquella caridad, aquel menosprecio de la vida, aquel celo por la gloria de su Hijo y por la salvación de las almas. Sí, H. M., entreguémonos y consagrémonos a María por toda nuestra vida. ¡ Feliz aquel que vive y muere bajo la protección de María, pues tiene seguro el cielo ! Esto es lo que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA ABSOLUCIÓN

Quorum remisistis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt.

A quien perdonareis los pecados le serán perdonados, y a quien se los retuviereis le serán retenidos.

(S. Juan, XX, 23.)

¡Cuán costoso en verdad no fué a nuestro divino Salvador el dar eficacia a estas palabras: «A quien perdonareis los pecados le serán perdonados, y a quien se los retuviereis le serán retenidos»! ¡Ay! ¡cuántos tormentos, cuántos oprobios, y qué muerte tan dolorosa!... Pero somos tan ciegos, tan groseros, tan poco espirituales, que la mayor parte de los hombres creen que únicamente depende del sacerdote el dar o denegar la absolución a quien le plazca. No, H. M., nos engañamos lastimosamente; el ministro del sacramento de la Penitencia no es más que el dispensador de las gracias y de los méritos de Jesucristo (1); y sólo los puede otorgar según las reglas prescritas. ¡Ay! cuál no ha de ser el temor del pobre sacerdote ejerciendo tan difícil ministerio, ya que, al querer salvar las almas de los demás, se pone en gran peligro de perder la suya. ¡Cuán terrible será para el sacerdote el acto de rendir

(1) I Cor., IV, 1.

cuentas, cuando, en la hora del juicio, serán presentadas a la revisión del mismo Dios todas las absoluciones por él concedidas, para examinar si fué demasiado pródigo o demasiado severo en dispensar las gracias del cielo ! ¡ Ay ! H. M., ¡ cuán difícil es andar siempre por el recto camino !... ¡ Cuántos sacerdotes, en el día del juicio, querrían no haber sido tales, sino simples legos !... ¡ Cuántos fieles se hallarán también culpables de no haber jamás orado por sus pastores, los cuales tal vez expusieron su alma por salvarlos !... Pero, si el sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados, tiene también el de retenerlos, de manera que nos dice San Gregorio Magno que el ministro debe examinar muy atentamente las disposiciones del pecador, antes de darle la absolución. Debe mirar si su corazón ha realmente cambiado, si ha tomado todas aquellas resoluciones que debe tomar un pecador convertido.

Es, pues, evidente que el ministro de la penitencia debe diferir o denegar la absolución a ciertos pecadores, bajo pena de condenarse él junto con sus penitentes. Voy, pues, a mostraros : 1.º qué cosa sea la absolución ; 2.º a quiénes debe darse y a quiénes denegarse : materia ésta muy interesante, pues se trata de vuestra salvación o de vuestra perdición.

¡ Cuán feliz el hombre, H. M., pero cuán culpable ! Digo que es feliz, puesto que, después de haber perdido a su Dios, al cielo y a su alma, tiene aún la esperanza de hallar medios muy fáciles de reparar aquella grande pérdida, que no es otra cosa que la pérdida de una eternidad de dicha. El rico que ha perdido su fortuna, no puede, las más de las veces, a pesar de su buena voluntad, recobrarla ; mas cuando el cristiano pierde su eterna fortuna, puede recobrarla sin gran trabajo. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuánto amáis a los pecadores, pues tantos medios nos proporcionáis de recobrar el cielo ! ¡ Muy culpables somos cuando, pudiendo lograr tantos bienes,

lo despreciamos todo ! Has perdido el cielo, amigo mío, ¿por qué te resignas a vivir sujeto a una tal pobreza?... ¡Dios mío ! ¡cuán fácilmente puede el hombre pecador evitar su desdicha, y cuán fácilmente también repararla cuando le sobreviene !

I. — Si me preguntáis qué es la absolución, os diré que es una sentencia que el sacerdote pronuncia, en nombre y por autoridad de Jesucristo, en virtud de la cual sentencia nuestros pecados quedan de tal manera perdonados y borrados, como si jamás los hubiésemos cometido : todo ello con la condición de que el que se confiesa la reciba con las disposiciones que en dicho sacramento se exigen. ¡ Ah ! H. M., ¿quién de nosotros no se admirará de la eficacia de ese juicio de misericordia ? ¡ Oh, momento feliz para el pecador convertido !... Apenas el ministro ha pronunciado aquellas palabras : «Yo te absuelvo», queda el alma lavada y purificada de todas las inmundicias, por la virtud de la preciosa Sangre que sobre ella se derrama. ¡ Dios mío ! ¡cuán bueno sois para el pecador !... Pero además, H. M., nuestra pobre alma es arrebatada de la tiranía del demonio y restituída a la gracia y amistad de Dios ; recobra su paz, aquella paz tan preciosa que constituye toda su felicidad en este mundo y en el otro ; devuélvesele la perdida inocencia, con todos los derechos al reino de Dios que los pecados le arrebataran. Decidme, H. M., ¿no llegaremos a conmovernos y enternecernos hasta derramar lágrimas al ver tantas maravillas ? ¿Lo hubierais nunca pensado que, cuantas veces recibe el pecador la absolución, le son concedidos todos esos bienes ? Pero esto no se otorga ni debe otorgarse más que a los que lo merecen, o sea, a los pecadores, pero pecadores convertidos, que detestan su vida pasada, no solamente porque perdieron el cielo, sino porque se atrevieron a ultrajar al que merece ser infinitamente amado.

II. — Si queréis saber cuándo se os ha de diferir o denegar la absolución, vais ahora a verlo: atended bien y grabadlo en vuestra mente, a fin de que, siempre que vayáis a confesaros, podáis conocer si merecéis ser absueltos o despedidos sin la absolución. Hallo yo ocho razones o causas que deben inducir al sacerdote a aplazar la absolución, según las reglas que la misma Iglesia ha establecido, las cuales no deben ser jamás quebrantadas por el sacerdote; y si lo hace, ¡desgraciados él y su dirigido! son un ciego que conduce a otro, y ambos van a precipitarse en el infierno (1). El deber del ministro es aplicar bien estas reglas, y el vuestro, no quejaros nunca cuando no se os conceda la absolución. Cuando un sacerdote os la deniega, es porque os ama y desea de veras salvar vuestra alma; mas vosotros no os haréis cargo de esto hasta el día del juicio: entonces veréis cómo sólo fué el deseo que sentía de guiaros al cielo lo que le indujo a diferir la absolución. Si os la hubiese concedido, según deseabais, os habríais condenado. No debéis, pues, quejaros nunca, H. M., porque un sacerdote no os conceda la absolución; antes al contrario, habéis de dar gracias a Dios y poner todas vuestras fuerzas en merecer aquella dicha.

1.º Digo, en primer lugar, que aquellos que no están suficientemente instruídos, no merecen la absolución: el sacerdote no debe ni puede dársela, so pena de hacerse culpable; pues todo cristiano tiene obligación de conocer a Jesucristo, sus misterios, su doctrina, sus leyes y sus sacramentos. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, nos dice claramente que no debe concederse la absolución a los que no conocen los principales misterios del cristianismo y las obligaciones de su estado: «Sobre todo, nos dice, cuando se observa que su ignorancia proviene de su indiferencia por la

(1) Matth., XV, 14.

salvación del alma». Las leyes de la Iglesia prohíben dar la absolución a los padres, madres y dueños que no instruyen a sus hijos o criados, o que no procuran hacerlos instruir por otros acerca de lo necesario para alcanzar la salvación; que no vigilan su comportamiento; que no cuidan de corregir sus defectos y desórdenes. Deciros que no merecen la absolución aquellos que ignoran lo necesario para salvarse, es como si advirtiese a una persona que ha caído en un principio sin proporcionarle los medios para salir de él. Voy, pues, a mostraros lo que debéis saber para salir de ese abismo de la ignorancia; fijadlo bien en vuestro corazón, a fin de que no se os olvide jamás, y así podáis enseñarlo a vuestros hijos y ellos a otros. Repitamos, pues, lo que os he dicho ya muchas veces: un cristiano debe saber el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, el *Yo Pecador*, los tres actos de Fe, Esperanza y Caridad, los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Iglesia, el acto de contrición. Pero no solamente la letra debéis saber, ya que lo contrario sería el colmo de la ignorancia, sino que además es preciso que, al ser preguntados, sepáis dar razón de cada artículo en particular y del sentido o significado de los mismos. Esto es lo que se os preceptúa, y no únicamente saber las palabras. Debéis saber que el *Padre Nuestro* lo compuso el mismo Dios; que el *Ave María* la compusieron, una parte el ángel cuando llevó a la Santísima Virgen la embajada anunciándole el misterio de la Encarnación (1), y otra parte la Iglesia; debéis saber que el *Credo* lo compusieron los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, antes de su dispersión por el mundo; de donde proviene que una misma religión y unos mismos misterios sean enseñados en todas las partes de la tierra. Contiénese en él el compendio de toda nuestra santa religión, el misterio

(1) Luc., I, 28.

de la Santísima Trinidad, esto es, que en Dios hay tres Personas, el Padre que nos creó, el Hijo que nos libró de la muerte con sus sufrimientos, y el Espíritu Santo que nos santificó en el sacramento del Bautismo. Cuando decís : «Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador, etc.», es como si dijeseis : Creo que el Padre Eterno lo ha creado todo, nuestro cuerpo y nuestra alma, que el mundo no ha existido ni durará siempre, que un día será aniquilado... «Creo en Jesucristo», es como si dijeseis : Creo que Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hizo hombre, que sufrió y murió para redimirnos, para merecernos el cielo que el pecado de Adán nos había arrebatado. «Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, etc.», es como si afirmaseis : Creo que hay solamente una religión verdadera, y ésta es la Iglesia, fundada por el mismo Jesucristo ; que vinculó a ella todas sus gracias ; que los que se hallen fuera de esta Iglesia no se salvarán ; que durará hasta la consumación de los siglos. Cuando decís : «Creo en la comunión de los santos», es como si dijeseis : Creo que todos los cristianos se hacen mutuamente participantes de sus oraciones y de sus buenas obras ; creo que los santos en el cielo ruegan a Dios por nosotros, y que nosotros podemos orar por aquellos que arden en las llamas del Purgatorio. Cuando decís : «Creo en la remisión de los pecados», venís a decir : Creo que en la Iglesia de Cristo hay sacramentos que tienen eficacia para perdonar toda suerte de pecados, y que no hay pecado alguno que la Iglesia de Cristo no pueda perdonar. Al decir : «La resurrección de la carne», queréis afirmar que el mismo cuerpo que ahora nos sustenta, resucitará un día y se unirá al alma para entrar en el cielo, si tuvimos la suerte de servir bien y fielmente a Dios, o para bajar al infierno y arder por toda una eternidad, si... Al decir : «Creo en la vida perdurable», es como si dijéramos : Creo que la otra

vida no tendrá fin, que nuestra alma durará lo que dure Dios que es eterno. Cuando decís : «Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos», afirmáis : Creo que Jesucristo está en el cielo en cuerpo y alma, y que El en persona vendrá a juzgarnos, a fin de premiar a los que obraron bien y castigar a los que le despreciaron.

Debéis saber que los Mandamientos de Dios fueron dados a Adán, al ser creado ; esto es, que Dios los grabó en el corazón de nuestro primer padre, y que, después de haber pecado Adán, el Señor los dió a Moisés escritos en unas tablas de piedra, en el monte Sinaí (1). Y son ellos los mismos que renovó y reprodujo el Señor al venir a la tierra para salvarnos (2). Digo también que debéis saber los tres actos de Fe, Esperanza y Caridad, y no sólo las palabras, ¿quién no las sabe?, sino el sentido de tales actos. La fe nos inclina a creer todo cuanto nos enseña la Iglesia, aunque no lleguemos a comprenderlo ; nos hace creer que Dios nos ve, que está atento a nuestra conservación, que nos premiará o nos castigará según obremos bien o mal ; que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos ; que Dios padeció y murió por nosotros. La esperanza nos inclina a realizar todos nuestros actos con la mira de agradar a Dios, puesto que así serán eternamente recompensados. Hemos de tener presente que ni la fe ni la esperanza nos serán necesarias en el cielo, o mejor, que no tendremos allí ni fe ni esperanza : nada tendremos que creer, pues ya no habrá misterios para nosotros y veremos lo que antes debíamos creer ; ni nada que esperar, pues poseeremos lo que era objeto de nuestros anhelos ; sólo quedará el amor, el cual nos abrasará por toda una eternidad, y en eso consistirá toda nuestra di-

(1) Exod., XXX, 18.

(2) Diferencia que existe entre los Mandamientos de Dios y los de la Iglesia (Nota del Santo).

cha. En esta vida, el amor de Dios consiste en amar a Dios por encima de todo lo creado, preferirle a todo, incluso a nuestra vida. Esto es, H. M., lo que se quiere indicar al decir que debéis saber el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, el *Yo Pecador*, y los actos de Fe, Esperanza y Caridad. Si no sabéis esto, no sabéis lo que es necesario para salvarnos; es preciso, por lo menos, que, si se os pregunta acerca de lo que os acabo de hablar, podáis contestar sabiendo lo que decís.

Y aun no hay bastante: es necesario, además, que sepáis en qué consiste el misterio de la Encarnación y lo que significa esta palabra. Debéis necesariamente saber que este misterio significa que la segunda Persona de la Santísima Trinidad tomó un cuerpo como el nuestro en las entrañas de la Santísima Virgen, por obra del Espíritu Santo. Honramos este misterio el día 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, pues fué en este día cuando el Hijo de Dios juntó su divinidad a nuestra humanidad; tomó un cuerpo como el nuestro, libre empero del pecado, y cargó sobre sí todos los nuestros para satisfacer a la justicia de su Padre. Debemos saber que fué en 25 de diciembre cuando Jesucristo vino al mundo, o sea a la media noche del día de Navidad. Ya sabéis que aquel día se celebran tres misas, para honrar los tres nacimientos de Jesús: el primero, en el seno de su Padre, que existe desde toda la eternidad; el segundo, su nacimiento corporal en el establo, y el tercero, su nacimiento en las almas por la sagrada Comunión (1).

Debéis saber que, el Jueves Santo, Jesucristo instituyó el sacramento adorable de la Eucaristía (2). La vigilia del día de su muerte, hallándose en compañía de sus

(1) V. P. Lejeune, t. VIII, Sermón CCXVI; para el día de Navidad, *De los tres nacimientos del Hijo de Dios.*

(2) Luc., XXII.

apóstoles, tomó pan, lo bendijo y lo transformó en su cuerpo. Tomó vino, mezclado con una pequeña cantidad de agua, lo transformó en su sangre, y otorgó a todos los sacerdotes, en la persona de sus apóstoles, el poder de obrar el mismo milagro cuantas veces pronunciasen las mismas palabras : lo cual tiene lugar durante la Santa Misa, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración. Debéis también saber que el Viernes Santo murió Jesucristo, es decir, murió como hombre, no como Dios, puesto que como Dios no podía morir ; que resucitó el santo día de Pascua, o sea que aquel día su alma volvió a unirse al cuerpo, y, después de haber permanecido cuarenta días en la tierra, subióse a los cielos el día de la Ascensión (1) ; que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Es preciso que, si os preguntan cuándo fueron instituidos por Jesucristo los sacramentos, o cuándo comenzaron a obrar su efecto, esto es, cuándo comenzaron a comunicarnos la gracia, es necesario que sepáis contestar que ello no fué sino hasta después de Pentecostés. Si se os preguntase quién los instituyó, debéis responder que sólo Jesucristo pudo instituirlos : y, por lo tanto, ni la Santísima Virgen ni los apóstoles. Debéis saber cuántos son los sacramentos, cuáles son los efectos de cada uno, y cuáles las disposiciones especiales con que debemos recibirlos ; debéis saber que el del Bautismo borra en nosotros el pecado original, o sea el pecado de Adán que contrajimos al venir al mundo ; que el de la Confirmación es administrado por el Obispo, y en él recibimos el Espíritu Santo con la mayor abundancia de sus gracias ; que el de la Penitencia lo recibimos al confesarnos, y que, mientras el sacerdote nos da la absolución, si estamos bien dispuestos, quedan borrados todos nuestros pecados. En la Sagrada Euca-

(1) Act., I, 3, 9.

ristía, recibimos no a la Santísima Virgen, ni a los ángeles, ni a los santos, sino el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo. En cuanto Dios, recibimos con El a las tres Personas de la Santísima Trinidad : a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y en cuanto hombre, recibimos al Hijo solamente : es decir, su cuerpo y su alma unidos a su divinidad. El sacramento de la Extremaunción es aquel que nos ayuda a bien morir, y está instituído para purificarnos de los pecados que con los sentidos cometimos. El del Orden comunica a los hombres el mismo poder que el Hijo de Dios confirió a sus apóstoles. Este sacramento fué instituído cuando Jesús dijo a los apóstoles : «Haced esto en memoria de mí (1), y, cuantas veces pronunciéis las mismas palabras, obraréis el mismo milagro». El sacramento del Matrimonio santifica a los cristianos que se unen según las leyes de la Iglesia y del Estado. Hay que observar, además, la gran diferencia que existe entre el sacramento de la Eucaristía y los demás. En aquél recibimos el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo, mientras que en los otros sólo recibimos la aplicación de su preciosa Sangre. Hay sacramentos de muertos y sacramentos de vivos. ¿Sabéis por qué al Bautismo, a la Penitencia y a veces a la Extremaunción se los llama sacramentos de muertos? Porque, al recibirlos, está nuestra alma muerta por el pecado. Tales sacramentos resucitan a nuestra alma por virtud de la gracia ; a los demás se los llama sacramentos de vivos..., porque hemos de estar en gracia para recibirlos, es decir, sin pecado. Debéis, finalmente, saber que, cuando Jesucristo sufrió en la cruz, no sufrieron ni murieron el Padre y el Espíritu Santo ; sólo padeció el Hijo, y no como Dios, sino como hombre.

Ahora bien, H. M., si os hubiese preguntado esto,

(1) Luc., XXI, 19.

¿me habríais contestado satisfactoriamente?... Si ignoráis cuanto os acabo de decir, carecéis de la suficiente instrucción para salvaros. Hemos dicho que los padres y cabezas de familia deben conocer, para salvarse, las obligaciones de su estado. Un padre, una madre, un amo, deben conocer las obligaciones que tienen para con sus hijos y criados; esto es, deben conocer perfectamente su religión para enseñarla a los hijos y a los servidores; de lo contrario serán unos desgraciados que habrán de caer en los abismos del infierno. ¡Ay! ¡cuántos padres y madres, cuántos amos y señoras que ni conocen lo más elemental de la religión, sumidos con sus hijos y domésticos en la más crasa ignorancia, aguardando sólo la hora de la muerte para verse arrojados al infierno! Dice San Pablo que aquel que desconoce sus deberes merece ser desconocido de Dios (1). Habréis de convenir conmigo en que todas esas personas son indignas de la absolución, y si la reciben, afean aún más su alma con el sacrilegio. ¡Oh Dios mío! ¡cuánta gente se condena por su ignorancia! Estoy persuadido de que este pecado condenará a muchos más que los otros juntos; puesto que una persona ignorante no sabe ni el mal que hace al pecar, ni el bien que pierde; ¡de manera que una persona ignorante es persona perdida!

2.º Digo que debe ser dilatada la absolución a aquellos que no dan muestra alguna de dolor: o sea que no manifiestan pesar alguno por los pecados cometidos. Por de pronto, la experiencia nos enseña que hemos de fiar muy poco en las protestas y promesas que en aquel momento se hacen. Todos nos dicen, en efecto, que les sabe mal haber ofendido a Dios, que quieren corregirse de veras, y que vienen a confesarse precisamente para esto. El sacerdote, creyéndolos sinceros, les da la abso-

(1) Si quis autem ignorat, ignorabitur (I Cor., XIV, 38).

lución. ¿Qué sale de todas aquellas resoluciones? Pues que, a los ocho días de ser absueltos, olvidaron ya todas sus promesas y retornaron a su vómito, es decir, a todas sus malas costumbres. De manera que las más expresivas protestas no llegan a ser pruebas suficientes de conversión. Nos dice Jesucristo que «por el fruto se conoce el árbol» (1); asimismo, sólo por el cambio de vida podrá conocerse si se tiene el arrepentimiento necesario para merecer la absolución. Cuando de veras se renuncia a los pecados, no hay bastante con llorarlos, sino que es preciso además renunciar, apartar, huir todo cuanto sea capaz de hacernos recaer: es decir, debemos estar dispuestos a arrostrarlo todo antes que caer nuevamente en los pecados que acabamos de confesar. Ha de observarse en nosotros una entera transformación, de lo contrario no habremos merecido la absolución, y se podrá creer con fundamento que nuestra confesión ha sido un sacrilegio. ¡Ay! ¡cuán escasos los que dan muestras de ese cambio, después de recibida la absolución!... ¡Cuántos sacrilegios, Dios mío!... ¡Ah! si de las treinta absoluciones que se conceden hubiese a lo menos una buena, presto el mundo quedaría convertido. Las personas que no dan suficientes señales de dolor, no merecen, pues, la absolución. ¡Ay! cuántas veces, al verse despedidas, ya no vuelven. Ello indica cuán débil era su deseo de convertirse, pues, de lo contrario, lejos de diferir la confesión para la otra Pascua, hubieran puesto todo su esfuerzo en cambiar de vida, para volver a reconciliarse con Dios.

3.º Digo que debe ser denegada la absolución a cuantos conserven el odio y el resentimiento en su corazón, y se resistan a perdonar o a dar los primeros pasos para reconciliarse con el enemigo; de manera, H. M., que debéis guardaros mucho de recibir la abso-

(1) *Ex fractu arbor agnoscitur* (Matth., XII, 33).

lución cuando mantenéis diferencias con el prójimo. Después de haber tenido alguna dificultad con él, habéis de hallaros dispuestos a servirle con tan buena voluntad y agrado cual si durante la vida no os hubiese hecho más que favores. Si os limitáis a decir que no le deseáis mal alguno, pero continuáis sin reanudar las relaciones; si no le saludáis cortésmente, huís de su compañía, lo posponéis a otros: entonces es que no le amáis cual debierais para que Dios os perdone los pecados. Dios no os perdonará sino a condición de que perdonéis de veras a vuestro prójimo; por lo cual, mientras en vuestro corazón sintáis la más leve sombra de resquemor, lo más procedente es esforzarse en desarraigarlo; y después de ello podréis recibir dignamente la absolución. No ignoro que se puede, y hasta debe, evitar la compañía de aquellas gentes que pueden exponernos a disputas y desavenencias con otros, por no saber hablar de otra cosa que de la conducta del vecino. Por lo que se refiere a esa clase de personas, ved cómo debéis portaros: no frecuentar su compañía sino en caso necesario; no odiarlas, ni hablar mal de ellas, contentarse con encomendarlas a Dios. Oíd lo que Jesucristo nos dice en el Evangelio: «Si, al hallarte junto al altar para presentar tu ofrenda, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, o que le ofendiste en alguna cosa, deja allí tu ofrenda y corre primeramente a reconciliarte con el hermano» (1). «Un juicio especial está reservado para aquel que no habrá sido misericordioso con su hermano» (2). Comprenderéis pues, H. M., lo mismo que yo, que, cuando guardamos resentimiento contra alguien, no debemos recibir la absolución, ya

(1) Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te: relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo (Matth., V, 23-24).

(2) Iudicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam (Iac., II, 13).

que ello sería exponernos al sacrilegio, que es la mayor de todas las desgracias.

4.º De la misma manera deben ser tratados los que causaron perjuicio al prójimo y se resisten a reparar el mal que le hicieron, ya en sus personas, ya en sus bienes; ni aún puede absolverse al que se halla en trance de muerte, y, estando obligado a alguna restitución, la deja para sus herederos. Todos los Padres están contestes en que aquel que posee bienes ajenos, y, pudiendo restituir, no los restituye, no debe esperar el perdón de sus pecados.

5.º Digo también que ha de ser denegada la absolución a los que se hallan en ocasión próxima de pecado y no quieren salir de ella. Entiéndese por ocasión próxima de pecado, todo cuanto, ordinariamente, es causa de cometerlo, como los espectáculos inmorales, los bailes y danzas, los malos libros, las conversaciones impuras, las canciones profanas, las pinturas indecentes, los vestidos deshonestos, las malas compañías, la comunicación arriesgada con personas de distinto sexo, mantener relaciones con las personas con quienes se pecó ya, etc... Están también en ocasión próxima los comerciantes que no saben vender sin mentir o injuriar, los taberneros que venden bebidas a los beodos, o durante la misa del domingo, o a altas horas de la noche; como también los criados que se ven solicitados al mal por alguien de la casa en que sirven. A todas estas personas, el sacerdote, si no quiere condenarse, no debe ni puede darles la absolución, a menos que prometan formalmente apartar la ocasión dejando y renunciando a todo lo que puede llevarlas al pecado. De lo contrario, al recibir la absolución, cometen un horrible sacrilegio.

6.º Débese también denegar la absolución a los escandalosos, esto es, a los que, con sus palabras, consejos o perversos ejemplos, inducen a los demás a pe-

car ; tales son los malos cristianos que hacen mofa de la palabra de Dios y se burlan de los que la predicán, sean sus pastores, sea otro sacerdote cualquiera ; que se ríen de la religión, de la piedad y de las cosas santas ; que profieren palabras contrarias a la fe o a las buenas costumbres ; los que sostienen en sus casas reuniones mundanas, bailes profanos y juegos prohibidos ; los que poseen cuadros deshonestos o indecentes, libros malos ; así como también las mujeres que se adornan con intención de llamar la atención de los hombres, y con sus miradas, con sus maneras y con su porte son causa de que se cometan tantos adulterios y fornicaciones en lo íntimo del corazón. El confesor, dice San Carlos, debe denegar la absolución a todas esas personas, pues escrito está : «Desgraciado aquel por quien el escándalo entra en el mundo» (1).

7.º Digo, además, que debe ser denegada la absolución, o bien diferida, a los pecadores habituales, que caen tiempo ha y constantemente en los mismos pecados y no hacen esfuerzo alguno, o a lo menos no ponen la adecuada diligencia, en corregirse. Pertencen a este número los que tienen la costumbre de mentir en todo momento, sin hacer escrúpulo de ello, complaciéndose en faltar a la verdad tan sólo para hacer reír a los demás ; como también los que poseen el mal hábito de murmurar del prójimo, teniendo siempre algo que decir a su costa ; los que juran sin motivo alguno y profieren malas palabras por cualquier cosa ; los que acostumbran comer a todas horas, aun sin necesidad ; los que en todo momento y por la más leve cosa se impacientan ; los que comen y beben en exceso ; los que no ponen diligencia alguna en corregir los pensamientos de orgullo, de vanidad o contra la pureza ; finalmente, tampoco han de ser absueltos los que no confiesan por sí

(1) *Vae homini illi, per quem scandalum venit* (Matth., XVIII, 7).

mismos sus pecados, sino que aguardan a que el confesor los pregunte. No es el sacerdote quien debe confesarse, sino vosotros ; si el sacerdote os hace alguna pregunta, es para suplir lo que vosotros no podíais llegar a conocer. ¡ Ay ! a algunos débenseles arrancar los pecados del fondo de su corazón, por decirlo así ; y los hay hasta que llegan a discutir con el confesor diciendo que, al cometer tal o cual cosa, no hicieron gran mal. Es evidente que tales personas no son dignas de recibir la absolución, pues les faltan las disposiciones necesarias para recibir sin profanación el sacramento. Todos los Padres están de acuerdo en este punto, a saber, que cuando en la persona que se confiesa no se nota enmienda ni cambio alguno, su penitencia es falsa y engañosa. El Santo Concilio de Trento nos prescribe dar la absolución tan sólo a aquellos en quienes se observa la cesación del pecado, el odio y detestación del pasado, el propósito y el comienzo de una vida nueva. Tales son, H. M., las reglas de las cuales no puede apartarse el confesor si no quiere perder a sus penitentes y a sí mismo.

Pero veamos ahora cuáles son las razones que se alegan para inducir al confesor a prodigar la absolución. Unos dicen que denegar la absolución a los que se confiesan con cierta frecuencia, es destruir la religión, y presentar como muy difícil lo que ella nos ordena ; que ello es rechazar a los pecadores, y moverlos a abandonar la religión ; que es arrojarlos al infierno ; que muchos otros no son tan exigentes ; que a lo menos se tendría el consuelo de ver cada año en las parroquias a mucha gente que cumpliría la Pascua y acudiría gustosa a confesarse ; que quien todo lo quiere, todo lo pierde. Los que argumentan de esta manera, H. M., son, en primer lugar, los que no merecen tal gracia. Pero, amados míos, desde los comienzos de la Iglesia, todos los Padres siguieron esta regla, a saber :

que es absolutamente necesario haber dejado el pecado para recibir la absolución. Tales negativas sólo parecen duras a los pecadores impenitentes; semejante criterio sólo puede repugnar a los que no piensan en convertirse. En efecto, H. M., ¿cuál es el resultado de esas absoluciones precipitadas? Demasiado lo sabéis por experiencia propia. ¡Ay! una cadena de sacrilegios. Apenas recibisteis la absolución, volvéis a caer en los mismos pecados de antes; la facilidad con que obtuvisteis el perdón, os hizo esperar que de la misma manera lo obtendríais otra vez, y esta es la causa de continuar en el mismo género de vida; mientras que, si os hubiesen denegado la absolución, habríais reflexionado, y hubierais abierto los ojos ante el triste cuadro de vuestra desgracia, de la cual ahora quizá no saldréis jamás. Vuestra vida miserable es realmente una serie de absoluciones y recaídas. ¡Dios mío, cuánta desgracia! Ya veis a dónde os lleva nuestra desdichada facilidad en absolveros. De manera que, cuando estáis faltos de las debidas disposiciones para recibir la absolución, es mayor crueldad concedérosela que denegárosla. Dice San Cipriano que un sacerdote debe atenerse a las reglas de la Iglesia, y esperar a que su penitente dé señales ciertas del cambio operado en su corazón, comenzando a llevar una vida distinta de la que llevaba antes de confesarse; pues vemos que el mismo Jesucristo, con ser Dios y dueño y señor de la gracia, sólo concedió el perdón a los verdaderamente arrepentidos, acogió al buen ladrón, por ser sincera su conversión; pero rechazó al malo a causa de su impenitencia. Perdonó a San Pedro, cuyo arrepentimiento conocía; y abandonó a Judas, por ser falsa también su penitencia. ¡Triste cosa para el sacerdote y para el penitente, dar el primero la absolución al segundo cuando éste no la merece, y que, en el momento de pronunciar el ministro: «Yo te absuelvo», Jesucristo diga: «Yo te condeno...»!

¡ Ay ! ¡ cuán grande es el número de esos infelices, pues son tan pocos los que, después de haber recibido la absolución, dejan el pecado y cambian de vida !

Todo esto es muy cierto, me diréis ; pero ¿ qué pensarán de mí, si, después de haberme visto confesar varias veces, no cumplo con la Pascua ? Van a creer que llevo mala vida ; por otra parte, conozco yo a otros mucho más pecadores que yo y, no obstante, *pasaron*: ha recibido usted a fulano que comió carne conmigo en día prohibido ; que los domingos se fué como yo mismo, a... — La conciencia del otro no es la tuya ; si él obra mal, no debes escucharle. ¿ Es decir, que, para salvar las apariencias, estás dispuesto a cometer un sacrilegio y condenarte ? ¿ No sería ello la peor de todas las desdichas ? ¿ Temes ser notado porque te confesaste muchas veces y no te ven comulgar ? ¡ Ah ! amigo mío, teme principalmente los ojos de Dios, ante quien cometiste el mal, y no te preocupes de lo demás. Dices que conoces personas más culpables que tú y que, no obstante, *pasaron*. ¿ Qué sabes tú ? ¿ Es que tal vez ha bajado un ángel del cielo para comunicarte que Dios no les tocó el corazón y no se convirtieron de veras ? Y aunque esto fuese cierto, ¿ debes acaso obrar mal porque los demás lo hacen ? ¿ Querrás condenarte porque los otros se condenan ? Dios mío, ¡ qué manera de hablar tan descabellada ! — Pero dicen aún esos penitentes que no sólo no se convirtieron, sino que ni tienen ganas de hacerlo, y sí solamente de salvar las apariencias : ¿ Cuándo podré venir a comulgar ? desearía no tardar mucho. — ¿ Cuándo podrás venir a comulgar ? Escucha a San Juan Crisóstomo ; él nos enseñará cuándo hay que venir a comulgar. ¿ Será por Pascua, por Pentecostés, por Navidad ? No, dice. ¿ Será, pues, a la hora de la muerte ? No, dice también. ¿ Cuándo será, pues ? Cuando hayáis renunciado para siempre y de veras al pecado y estéis resueltos a no recaer jamás,

con el auxilio de la gracia divina ; cuando hayáis restituido esas riquezas que no os pertenecen ; cuando os hayáis reconciliado con vuestro enemigo ; es decir, cuando os hayáis convertido totalmente y de verdad. — Otros pecadores nos dirán : si oponéis tantos reparos, iremos a otro confesor que nos absolverá más fácilmente. Mirad cuántas veces he venido ya ; y yo tengo otras ocupaciones que no me permiten perder el tiempo en tantas idas y venidas ; mucho tardará usted en verme ; bien se ve que me tiene antipatía. ¿ Qué mal tan grave cometí ? — ¿ Acudirás a otro, amigo mío ? muy dueño eres de acudir a quien te parezca mejor ; pero ¿ vas a creer que otro confesor se hallará más dispuesto que yo a condenarse ? Indudablemente que no. Si te recibe es porque no te conoce bastante. ¿ Quieres saber lo que es la persona que habla de esta suerte y se va a otra parte a buscar la absolución ? Escucha pues, y tiembla. Es una persona que abandona al guía que podría conducirla a puerto seguro, para procurarse un pasaporte que la lleve directamente al infierno. — Pero, me dirás, ¡ cuántas veces he venido ya ! — Pues enmiéndate, amigo, y pasarás al momento. — Mucho tiempo tardaré en volver. — Tanto peor para ti, amigo mío. Y si no vienes más, andas a paso de gigante por el camino del infierno. Los hay tan ciegos que llegan a creer que el confesor, al no darles la absolución, es que les tiene mala voluntad, que *quiere algo de ellos* (1). No hay duda, amigo mío, que quiere algo de ti : es la salvación de tu pobre alma ; por esto no quiere absolverte, pues con ello, lejos de salvarte, te condenaría por toda una eternidad. — Pero, añades aún, ¿ qué mal tan grave he cometido ? No maté ni robé... — ¿ No mataste ni robaste, dices ? Pero has de saber,

(1) Ha sido preciso traducir literalmente la frase «leur en veut», para no deshacer el juego de palabras del original (N. del Trad.).

amigo, que en el infierno hay muchas personas que jamás robaron ni mataron; no son estos los únicos pecados que arrastran las almas al infierno. Pero si nosotros, los sacerdotes, fuésemos demasiado indulgentes en daros la absolución sin merecerla, vendríamos a convertirnos en verdugos de vuestra pobre alma, que tantos sufrimientos costó a Jesucristo (1).

Escuchad, H. M., este rasgo histórico, y con ello veréis lo que vienen a ser esas absoluciones precipitadas, sin aguardar a que el penitente esté dispuesto. Nos refiere San Carlos Borromeo que había en Nápoles un hombre rico que llevaba una vida no muy cristiana. Dirigióse a un confesor tenido por indulgente y fácil en absolver. Y en efecto, el sacerdote, no bien hubo oído la confesión, absolvió al penitente sin que éste diese muestra alguna de arrepentimiento. El caballero aquel, aunque sin religión, quedó extrañado de tanta facilidad en absolver, cosa muy distinta de lo que había observado en otros confesores sabios e inteligentes; levántose de súbito, y sacando del bolsillo algunas monedas dijo: «Tomad, Padre, recibid estas monedas y guardadlas hasta que nos volvamos a encontrar en un mismo lugar. — ¿Cuándo, y en qué lugar nos veremos, le contestó el sacerdote extrañado? — Padre mío, en lo profundo de los infiernos, donde muy pronto estaremos ambos: vos, por haberme dado una absolución de la que era indigno, y yo, por haber tenido la desdicha de recibirla sin estar convertido».

¿Qué os parece todo esto, H. M.? Meditémoslo juntos; unos y otros tenemos de qué temblar. — Pero, me diréis, ¿cuándo, pues, se puede recibir la absolución?—Cuando estéis convertidos, y hayáis cambiado en vuestra manera de vivir; cuando supliquéis a Dios que haga conocer al confesor las disposiciones de vues-

(1) Instrucción a los jóvenes, p. 172. (Nota del Santo).

tro corazón ; cuando hayáis cumplido exactamente lo que el confesor os prescribió, y seáis puntuales en volver en el tiempo que os señaló. Refiérese de un pecador que se convirtió en una misión, y habiéndose confesado, hallóle el confesor tan bien dispuesto que quiso absolverle. Y aquel pobre le dijo : «¡ Cómo, Padre mío ! ¡ absolverme a mí ! ¡ Ah ! deje usted que por algún tiempo llore los pecados que tuve la desgracia de cometer ; póngame a prueba, a fin de que le quede la seguridad de que es sincero mi arrepentimiento ». Y al recibir la absolución, creía morir de dolor. ¡ Dios mío ! ¡ cuán raras son tales disposiciones ! ¡ Pero cuán raras son también las buenas confesiones ! De todo lo cual hemos de sacar que nunca hemos de pedir con urgencia la absolución al confesor, ya que siempre hemos de vivir bajo el temor de no estar bastante dispuestos, es decir, convertidos. Pidamos a Dios, al confesarnos, que nos convierta de veras, a fin de que nuestros pecados sean realmente perdonados. Esta es la gracia que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL SÉRVICIO DE DIOS

*Quærite primum regnum Dei et
iustitiam eius.*

Buscad primeramente el reino de
Dios y su justicia.

(S. Mateo, VI, 33.)

Cuéntanos San Mateo que, hallándose Jesucristo un día ante ciertas gentes que se preocupaban demasiado de los negocios temporales, les dijo : «No os inquietéis demasiado por todo esto ; buscad primeramente el reino de los cielos y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» ; queriendo significar con ello que, si acertaban a emplear todas sus energías en agradar a Dios y salvar el alma, su Padre los proveería de cuanto les fuese necesario para atender al cuerpo. — Pero, pensaréis, ¿cómo lo haremos para buscar el reino de los cielos y su justicia? — ¿Cómo, H. M.? Nada más fácil ni más consolador : consagrándoos al servicio de Dios como el solo y único medio que nos queda para alcanzar el fin noble y dichoso para el cual fuimos creados. Sí, H. M., todos lo sabemos, y hasta los más grandes pecadores están de ello convencidos, que en este mundo no tenemos otra misión que la de servir a Dios, practicando lo que El nos mande. — Pero, me diréis, ¿por qué son tan escasos los que a este fin laboran? — Ved la razón, H. M. : porque muchos

consideran el servicio de Dios como una cosa muy difícil; se creen sin fuerzas para tamaña empresa, o bien piensan que, después de comenzada, no podrán perseverar. Esto es precisamente lo que desanima y extravía a la mayor parte de los cristianos. En vez de atender a esas consoladoras palabras del Salvador, que no puede engañarnos, y nos dice que es dulce y agradable emplearnos en su servicio, y que en ello encontraremos la paz del alma y la alegría del corazón (1)... Pero, para que lo comprendáis mejor, os haré ver ahora quién lleva una vida más dura, más triste, más penosa: aquel que cumple con fidelidad sus deberes religiosos, o aquel que los abandona para ir en pos de sus placeres y de sus pasiones para gozar de toda libertad (2).

I. — Sí, H. M., en cualquier aspecto que consideremos el servicio de Dios, el cual consiste en la oración, la penitencia, la frecuencia de sacramentos, el amor a Dios y al prójimo y una absoluta renuncia de sí mismo; sí, H. M., en todo esto hallaremos sólo alegría, placer, felicidad para el presente y para el porvenir, según vais a ver. Quien conozca la religión y la practique, sabe que las cruces, las persecuciones, los desprecios, los sufrimientos, la pobreza y la muerte, vienen a transformarse en dulzura, consuelo y recompensa eterna. Decidme, ¿os habéis jamás formado de ello perfecta idea? Seguramente que no. Sin embargo H. M., es tal como os lo digo, y, para probároslo de manera que no os quepa duda, escuchad al mismo Jesucristo: «Bienaventurados los pobres, pues de ellos es el reino de los cielos; y desgraciados los ricos, puesto

(1) Matth., XI, 29-30.

(2) Es decir, que sólo se preocupa de las necesidades del cuerpo, diciendo: ¿Qué vamos a comer, con qué nos vestiremos? (Nota del Santo).

que es muy difícil que los ricos se salven» (1). Ya veis, pues, cómo, según Jesucristo, la pobreza no nos hará desgraciados, ya que el mismo Salvador nos dice: «Bienaventurados los pobres».

Tampoco nos hará infelices el sufrimiento y la tristeza; puesto que nos dice Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran y se ven perseguidos, pues día vendrá en que serán consolados (2); pero desgraciado el mundo y los que se aficianan a sus placeres, pues día vendrá en que su alegría se transformará en lágrimas y tristeza eterna» (3).

Tampoco el vernos despreciados nos acarreará desgracia, pues dijo Jesucristo: «Así como me desprecian a Mí, también os despreciarán a vosotros; así como me persiguen a Mí, también os perseguirán a vosotros; pero, lejos de entristeceros por ello, regocijaos, pues una gran recompensa os espera en el cielo» (4). Decidme, H. M., ¿qué podrá objetar aquel hombre que quiere darnos a entender que es desgraciado, y nos pregunta cómo podrá salvarse en medio de tantas persecuciones, calumnias e injusticias de que es objeto? No, no, hermano, habremos de decirle: sólo una cosa hay en este mundo capaz de hacernos desgraciados, y es la falta de religión; así es que el hombre, a pesar de cuantas tribulaciones pueda experimentar acá en la tierra, si se mantiene fiel en servir a Dios, no dejará de ser feliz.

Hemos dicho, H. M., que el que se aficiona al servicio de Dios se siente más feliz que la gente del mundo en las horas en que todo anda según sus deseos; y hasta vemos que muchos santos sólo se gozaban en

(1) *Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum* (Matth., V, 3). — *Quia dives difficile intrabit in regnum caelorum* (Matth., XIX, 23).

(2) Matth., V, 5, 10.

(3) Luc., VI, 25.

(4) Ioan., XV, 20; Luc., VI, 23.

la felicidad del sufrimiento; de lo cual tenemos un ejemplo admirable en la persona de San Andrés. Refiérese en su vida (1) que Egeo, gobernador de la ciudad, viendo que San Andrés con sus predicaciones dejaba casi desierto el templo de sus falsas divinidades, mandó prenderle. Al presentarse el Santo ante su tribunal, díjolo aquél en tono amenazador: «¿Eres tú el que hace alarde de destruir el templo de nuestros dioses, y predica una nueva religión?» San Andrés respondió: «La religión que predico no es nueva, ella comenzó con el mundo.» — «O renuncias a tu crucificado, o te haré morir en cruz como El». — «Nosotros los cristianos, contestó San Andrés, no tememos los sufrimientos, ellos constituyen toda nuestra felicidad en la tierra; cuanto más nos asemejemos a Jesús crucificado, tanto mayor será nuestra gloria en el cielo; antes te cansarás tú de atormentarme que yo de sufrir». El procónsul le condenó a muerte de cruz; mas, para prolongar el suplicio, mandó que no fuese clavado, sino atado a la misma con cuerdas, a fin de hacerle padecer más tiempo. Fué tanto el contento de San Andrés al saber que le habían condenado a morir en cruz como Jesucristo, su divino Maestro, que, al ver que iban a asistir a su muerte más de dos mil personas afligidas y derramando lágrimas, temiendo no le privasen de lo que él consideraba como una gran dicha, levantó la voz para pedir por favor a los concurrentes que no retardasen su martirio. Y en cuanto divisó a lo lejos la cruz donde debían sujetarle, exclamó, con transportes de alegría: «¡Salve, oh Cruz venerable, que fuiste consagrada y honrada por el contacto del Cuerpo adorable de Jesucristo, mi divino Salvador! ¡Oh sagrada Cruz! ¡oh Cruz tan deseada! ¡oh Cruz amada con tanto

(1) V. Ribadeneyra, 30 de noviembre. De este autor sacó el Santo la narración del martirio del santo apóstol y muchos otros rasgos de la vida de los Santos que refiere en el transcurso del libro.

ardor ! ¡ oh Cruz a la que he buscado y deseado con tanto celo y sin descanso ! ¡ tú serás la que vas a satisfacer todos los anhelos de mi corazón ! Oh Cruz amada, recíbeme de manos de los hombres, para entregarme en manos de Dios, a fin de que desde tus brazos pase a los de Aquel que me redimió». El autor que escribió esta Vida (1) nos dice que, al hallarse el Santo al pie de la cruz para ser atado a ella, ni cambió el color de su rostro, ni se le crisparon los cabellos, como sucede por lo regular a los criminales, ni perdió la voz, ni la sangre se le heló en las venas, ni quedó sobrecogido del menor espanto ; antes al contrario, el fuego de la caridad en que se abrasaba su corazón, salía en ardientes llamas por su boca. Cuando estuvo junto a la cruz, despojóse él mismo de sus vestiduras y las entregó al verdugo ; subió sin ayuda de nadie al peldaño que estaba cabe el madero. Los espectadores, que pasaban de veinte mil, al ver a San Andrés atado a la cruz, pusieronse a gritar que era una injusticia dar muerte a un hombre tan santo, y se dirigieron turbulentamente al palacio para vengarse en el procónsul, caso de que no librase al mártir. Temiendo por su vida, el procónsul se fué al lugar del suplicio para mandar que desatasen al Santo. En cuanto San Andrés le vió llegar a lo lejos, exclamó : «Oh Egeo, ¿ a qué vienes ? Si vienes para comenzar a conocer a Jesucristo, bien venido ; pero si vienes para hacerme desatar, deténte, no pases adelante, sabe que no conseguirás tu objeto y que tendré el consuelo de morir por mi divino Maestro ! ¡ Ah ! veo ya a mi Dios, y le adoro junto con todos los bienaventurados». A pesar de esto, el gobernador quiso hacerle desatar, por temor de que el pueblo no se volviese contra él ; pero resultó imposible cumplir el mandato : a medida que se acercaban a él para soltarle las ligaduras,

(1) San Bernardo, citado por Ribadeneira.

faltábanles las fuerzas y quedaban inmóviles. Entonces San Andrés, levantando los ojos al cielo, exclamó : «Dios mío, os pido la gracia de que no permitáis que vuestro siervo, que está en cruz por haber confesado vuestro nombre, reciba la humillación de ser libertado en virtud de las órdenes de Egeo. ¡ Dios mío ! Vos sois mi Maestro, y sabéis que no he buscado ni deseado más que a Vos». Al terminar estas palabras, vióse una luz en forma de globo rodear todo su cuerpo, despidiendo un suavísimo olor que deleitó a todos los asistentes, y en aquel mismo momento su alma salió de este mundo para volar a la eternidad. ¿ Lo veis, H. M. ? el que conoce su religión y se mantiene fiel en servir a Dios, no considera los sufrimientos como desgracias ; antes bien los desea y los tiene por bienes inestimables. Sí, H. M., hasta en este mundo, el que tiene la suerte de mantenerse unido a su Dios, es más dichoso que el mundo con todos sus placeres. Escuchad a San Pablo : « Sí, nos dice (1), soy más feliz en medio de mis cadenas, en mis prisiones, en los desprecios y sufrimientos, que no lo son mis perseguidores en su libertad, en su abundancia y en su crápula. Mi corazón está tan lleno de alegría, que es incapaz de contenerla, y le rebosa por todos lados » (2). Sí, no hay duda, H. M., que San Juan Bautista es más feliz en el desierto donde mora, abandonado de todo humano auxilio, que Herodes en su trono, como sepultado en sus riquezas y sumido en la bienandanza de sus infames pasiones. San Juan en el desierto conversa plácida y familiarmente con Dios, como un amigo habla a otro amigo, mientras Herodes se ve devorado por un secreto temor de perder el reino, que le llevó a ordenar la degollación de tantos y tantos niños (3). Mirad también a David : ¿ no se siente más dichoso huyen-

(1) Act., XXVI, 29.

(2) II Cor., VII, 4.

(3) Matth., II, 16.

do de la ira de Saúl, aunque compelido a pasar la noche en las selvas (1); traicionado y abandonado de sus mejores amigos, pero unido durante todo aquel tiempo a su Dios, en quien deposita toda la confianza; no es más feliz, digo, que Saúl en medio de la abundancia, de las riquezas y de los placeres? David bendice al Señor por alargarle aquellos días de prueba, ya que así dispone de más tiempo para sacrificarse por amor de su Dios, mientras que Saúl maldice su vida y viene a convertirse en verdugo de sí mismo (2). ¿De dónde proviene todo esto, H. M.? ¡Ay! es que el uno es fiel en el servicio de Dios y el otro lo ha abandonado.

¿Qué habremos de concluir de todo esto, H. M.? Pues, que no son ni los bienes ni los honores ni la vanidad lo que puede hacer feliz al hombre aquí en la tierra, sino solamente la fidelidad en el servicio de Dios, cuando tenemos la dicha de conocerlo y de someternos a él. Aquella mujer que se ve despreciada de su marido, no es infeliz en su estado precisamente por verse despreciada, sino porque ignora su religión, o bien no practica lo que ella le ordena. Enseñadle la doctrina cristiana, y veréis cómo, desde el momento en que la practique, cesa de quejarse y de tenerse por infeliz. ¡Oh! ¡cuán dichoso sería el hombre, hasta en este mundo, si conociese su religión y acertase a practicar lo que ella ordena, si considerase los bienes con que nos brinda para la otra vida!

¡Oh! ¡cuán grande es el poder de una persona ante Dios, cuando le ama y le sirve con fidelidad! ¡Ay! H. M., contemplad a una persona, despreciada del mundo como si sólo fuese digna de ser hollada bajo sus plantas, y ved cómo se hace dueña de la voluntad y omnipotencia del mismo Dios. Contemplad a un Moisés

(1) I Reg., XXIII.

(2) I Reg., XXXI.

forzando al Señor a perdonar a trescientos mil hombres muy culpables por cierto (1) ; mirad a Josué mandando al sol detener su carrera, y dejándole inmóvil (2) : cosa que jamás sucediera y que quizá no volverá a suceder en los futuros tiempos. Mirad a los apóstoles : sólo por la fuerza de su grande amor a Dios, huían los demonios en su presencia, los cojos andaban, los ciegos veían, los muertos resucitaban. Contemplad a un San Benito, que ordena a los peñascos detenerse en su caída, y ellos quedan suspendidos en el aire ; vedle multiplicando los panes, haciendo manar agua de las peñas, y convirtiendo las piedras y maderos en cosas ligeras cual una paja (3). Ved a un San Francisco de Paula ordenando a los peces que salgan a escuchar la palabra de Dios, y acudiendo éstos tan fielmente a su invitación que llegan a dar muestras de asentimiento a la palabra del Santo (4). Mirad a un San Juan imponiendo silencio a los pájaros y siendo obedecido por ellos (5). Ved a otros atravesando los mares sin bajel ni auxilio humano (6). Pues bien, fijaos ahora en esos impíos, en esos grandes según el mundo, con su talento y su ciencia : ¡ ay ! ¿ de qué son ellos capaces ? de nada absolutamente ; y ¿ por qué esto sino porque no están adscritos al servicio de Dios ? ¡ Oh ! ¡ cuán feliz y al mismo tiempo cuán poderoso es aquel que conoce su religión y practica sus preceptos !

¡ Ay ! H. M., ¡ cuán desgraciado e impotente es el que vive dominado por sus pasiones y abandona el ser-

(1) Exod., XXXII, 31.

(2) Ios., X, 12.

(3) Véase *Las Vidas de los Santos*, de Ribadeneyra, t. II, 21 marzo.

(4) Este milagro de los peces está referido en la vida de San Antonio de Padua, pero no, que sepamos, en la de San Francisco de Paula.

(5) Este milagro está narrado en la vida de San Francisco de Asís.

(6) Por ejemplo, San Ramón de Peñafort y San Francisco de Paula, citado más arriba.

Todos estos rasgos se hallarán en las *Vidas de los Santos* citados, escritas por Ribadeneyra.

vicio de Dios ! Poned un cadáver ante un ejército de cien mil hombres, y haced que todos se esfuercen en probar de resucitarle : no, no, H. M., no lograrán su objeto ; y, con todo, es capaz de obrar tan extraordinario prodigio una sola persona insignificante, si vive en amistad con Dios : al imperio de su voz veréis al muerto levantarse y andar. Y aun otras muchas pruebas os podría dar (1). Si, para servir a Dios, fuese necesario ser rico o sabio, muchas personas tendrían que renunciar a ello. Pero no, H. M., ni las ciencias ni las riquezas son en manera alguna necesarias para servir a Dios ; antes bien, son ellas, con frecuencia, un obstáculo. Sí, H. M., ricos o pobres, sabios o ignorantes, cualquiera que sea nuestro estado, podemos agradar a Dios y salvarnos ; y hasta San Buenaventura dice que lo podemos : «En cualquier estado o condición en que nos hallemos». Escuchadme un momento, y veréis cómo el servicio de Dios es lo más consolador que hallar podemos en medio de todas las miserias de esta vida. Para servir a Dios, no es necesario ni dejar las riquezas, ni los padres, ni los amigos, a menos que ellos os induzcan a pecar ; no tenéis necesidad de ir a pasar vuestra vida en un desierto para llorar allí los pecados ; cierto que, si ello se nos exigiese, deberíamos hasta sentirnos dichosos por haber hallado un remedio eficaz de nuestros males ; pero no, un padre o una madre de familia pueden servir a Dios viviendo junto a sus hijos y educándolos cristianamente ; un criado puede muy bien servir a Dios y a su amo, nada hay que se lo impida ; antes al contrario, su trabajo y la obediencia debida al dueño, se convierten en motivo de méritos. No, H. M., el servicio de Dios no impide ningún modo honesto de

(1) Poned a todos esos grandes emperadores cual Nerón, Maximiano, Diocleciano... Ved al profeta Elías : él solo hizo bajar fuego del cielo sobre el altar del sacrificio, y, en cambio, los sacerdotes de Baal eran quinientos (Nota del Santo).

vivir; al contrario, en él todo lo hacemos mejor: somos más puntuales y asiduos en el cumplimiento de los deberes de nuestro estado; somos más suaves, más humanos, más caritativos; más sobrios en nuestras comidas, más reservados en nuestras palabras; menos sensibles a las pérdidas que experimentamos y a las injurias que se nos infieren; es decir, H. M., que, al someternos al servicio de Dios, realizamos mejor todos nuestros actos, obrando de una manera más noble, más elevada, más digna de un cristiano. En vez de trabajar por ambición o interés, sólo lo hacemos para servir y agradar a Dios que nos lo manda, y para satisfacer a su justicia. En lugar de hacer limosna al prójimo por orgullo o para buscar la estimación de los demás, sólo la hacemos para complacer al Señor y expiar nuestros pecados. Sí, H. M., repitámoslo, el cristiano que conoce su religión y la practica, santifica sus obras sin alterar la manera de portarse; y, sin cambiar ni añadir nada, todo se convierte en objeto de mérito para el cielo. Decidme ahora, H. M.: ¿si hubieseis pensado que era tan dulce y consolador el servir a Dios, habríais podido vivir cual hasta el presente? ¡Ah! H. M., ¡qué remordimiento a la hora de la muerte, al ver que, si hubiésemos sido fieles en servir a Dios, solamente con hacer lo que hicimos habríamos ganado el cielo! ¡Oh Dios mío! ¡qué desgracia para quien se cuente en el número de esos pobres ciegos!

Ahora os preguntaré yo: ¿es por ventura lo externo de la religión lo que os aparece tan repugnante y difícil? ¿Es la oración, los divinos oficios, los días de abstinencia, el ayuno, la frecuencia de sacramentos, la caridad para con el prójimo? Pues vais a ver cómo nada hay costoso en todo esto, según creáis vosotros.

1.º ¿Os parece la oración difícil? ¿Cómo? ¿No es, por ventura, el momento más feliz de nuestra vida? ¿no es por la oración como nos es dado conversar con

Dios cual un amigo con otro amigo? ¿no es en aquel momento cuando comenzamos a practicar lo que después practicaremos en compañía de los ángeles del cielo? ¿no es una gran dicha para nosotros, miserables criaturas, ser admitidos en la santa presencia de un Dios tan grande, y en dicho momento participar tan benignamente de toda suerte de consuelos? Además, ¿no es El quien nos ha dado todo cuanto tenemos? ¿no será, pues, justo que le adoremos y le amemos de todo corazón? ¿No es aquél el momento más feliz de nuestra vida, pues experimentamos en él tantas dulzuras? ¿Es acaso una pena ofrecer a Dios todas las mañanas nuestras oraciones y obras para que las bendiga y nos las recompense en la eternidad? ¿Es por ventura demasiado consagrarle un día cada semana? ¿No debemos, por el contrario, ver con placer la llegada de ese día santo, toda vez que en él se nos enseñan los deberes que hemos de cumplir para con Dios y para con el prójimo, y en él se nos hace concebir un gran deseo de los bienes de la otra vida, lo cual nos induce a despreciar todo cuanto es merecedor de desprecio? ¿No es en los sermones donde venimos en conocimiento de las grandes penas que merece el pecado? ¿No nos sentimos por ellos favorablemente dispuestos a no cometerlo jamás, a fin de librarnos de los tormentos que le están reservados? ¡Oh Dios mío! ¡cuán poco conoce el hombre su felicidad!

Dime: ¿es tal vez la confesión lo que te repugna? Mas ¿dónde hallarás, amigo mío, ventura semejante a la que significa cambiar, en menos de tres minutos, una eternidad desgraciada por otra eternidad de placeres, de alegría y de felicidad? ¿No es la confesión lo que nos devuelve la amistad de Dios? ¿No es la confesión lo que extingue aquellos remordimientos de conciencia que nos atormentaban de continuo? ¿No es ella lo que devuelve la paz a nuestra alma, y nos hace

concebir nuevas esperanzas de conseguir el cielo? ¿No es en aquel momento cuando Jesucristo parece desplegar hasta el infinito los tesoros de su misericordia? ¡Ah! H. M., si no existiera este sacramento, ¡cuánto mayor sería el número de condenados, y cuánto menor el de santos!... ¡Oh! ¡cuán agradecidos a Jesucristo están los santos del cielo, por haber instituído este sacramento!

Decidme, H. M., ¿serán los ayunos que la Iglesia os prescribe lo que os hace considerar pesado el servicio de Dios? Mas la Iglesia no os ordena mayor número de ayunos de los que podéis practicar. Por otra parte, H. M., si consideramos esto con los ojos de la fe, ¿no es una dicha muy grande que, por esas pequeñas privaciones, podamos librarnos de las rigurosas penas del purgatorio? Pero, ¿cuántos hay, H. M., que se condenan a otros ayunos mucho más rigurosos, para conservar la salud, o para satisfacer la gula o el afán de placeres? ¿No vemos muchas veces a una mujer dejar su casa y sus hijos abandonados en manos extrañas?... ¿No vemos a otros pasar las noches en la taberna, en medio de gente ebria, y donde sólo se oyen palabras sucias y abominables? ¿No vemos a muchas viudas malversando los pocos días que les quedan de vida, y que deberían destinar a llorar las locuras de su juventud?... ¿no hallamos a algunas entregadas a toda suerte de vicios, cual si hubiesen perdido la cabeza, siendo la piedra de escándalo de toda una parroquia? ¡Ah! H. M., si hiciésemos por Dios lo que hacemos por el mundo, ¡cuántos cristianos alcanzarían el cielo! ¡Ay! H. M., si tuvieseis que permanecer tres o cuatro horas en la iglesia orando, como las permanecéis en el baile o en la taberna, ¡cuán largo hallaríais ese tiempo!... Si, para oír un sermón, tuvieseis que andar varias leguas, cual las andáis para satisfacer el afán de placeres o la avaricia, ¡ay! H. M., ¡cuántos pretextos, cuán-

tos rodeos para excusaros ! mas para el mundo nada halláis costoso ; y aun más, ni teméis perder a Dios, el alma y el cielo. ¡ Oh ! H. M., ¡ cuánta razón tenía Jesucristo al afirmar que los hijos del siglo eran mucho más celosos en servir a su señor, el mundo, que los hijos de la luz en servir a su dueño que es Dios ! (1). ¡ Ay ! H. M., digámoslo para vergüenza nuestra, no se repara en gastos ni en contraer deudas cuando se trata de buscar placeres ; mas, si un pobre nos implora una limosna, respondemos que nos es imposible, que no tenemos de qué dar ; esto es lo que pasa : todo para el mundo, nada para Dios, puesto que amamos al mundo y no amamos a Dios.

Pero ¿ cuál es la causa, H. M., de que abandonemos el servicio de Dios ? Vedla aquí, H. M. Nosotros quisiéramos servir a Dios y al mundo : es decir, aliar la ambición y el orgullo con la humildad, la avaricia con el espíritu de desprendimiento que el Evangelio nos exige ; deseábamos poder mezclar la corrupción con el espíritu de santidad de la vida divina, en una palabra, el cielo con el infierno. Si la religión ordenase, o a lo menos permitiese, el odio y la venganza, la fornicación y el adulterio, si esto fuese lícito, todos seríamos excelentes cristianos, todo el mundo sería fiel a la religión ; el libertinaje y los demás vicios dejarían de llenar el infierno de réprobos. Mas, para servir a Dios, es imposible llevar semejante conducta ; hemos de ser o todos de Dios, o no serlo en manera alguna.

Si bien hemos dicho, H. M., que todo es consolador en nuestra santa religión, lo cual es muy verdadero, no obstante hemos de añadir que, quien la sigue, debe estar dispuesto a hacer bien a quienes nos causan mal, amar a los que nos odian, no dañar la reputación de los enemigos, defenderlos cuando nos hallamos en pre-

(1) Luc., XVI, 8.

sencia de personas que hablan mal de ellos ; y, en vez de desearles mal, hemos de rogar a Dios que los llene de bendiciones. Cuando Dios nos envía alguna pena o tristeza, lejos de quejarnos, hemos de agradecersele, a semejanza del santo rey David, que besaba la mano que le castigaba (1). Quiere nuestra santa religión que empleemos santamente el domingo, trabajando en procurarnos la amistad de Dios si no tenemos la suerte de poseerla, o en conservarla si felizmente vivimos ya en ella ; quiere también que miremos al pecado como nuestro más cruel enemigo. Pues bien, H. M., esto es lo que en todo caso parece más duro y repugnante. Pero, decidme, al practicar esto, ¿no buscamos nuestra felicidad en este mundo y en la eternidad ? ¡ Ah ! H. M., ¡ cosa ligera e insignificante nos parecería todo esto, si conociésemos a fondo nuestra santa religión, y supiésemos el placer que se siente practicándola ! ¡ cuántos santos sobrepasaron la medida de lo que Dios les exigía para darles el cielo ! Y ellos son los que nos dicen que, si hubiésemos gustado una sola vez las dulzuras y consuelos que se hallan en el servicio de Dios, nos fuera imposible abandonarlo para servir nuevamente al mundo y sus placeres. El santo rey David nos dice que vale más un solo día empleado en el servicio de Dios, que mil de aquellos que los mundanos pasan en medio de sus placeres y alegrías profanas (2).

II. — Decidme, ¿quién de nosotros querría servir al mundo, si tuviésemos la dicha, la gran dicha de comprender todo el alcance de las miserias que en él se experimentan y los tormentos que nos preparamos para la eternidad, al correr en pos de sus placeres ? ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán ciegos somos al dejar perder tantos

(1) II Reg., XVI, 12.

(2) Quia melior est dies una in atriis tuis super millia (Ps., LXXXIII, 11).

bienes, ya temporales, ya eternos ! ¡ Y todo esto, para gozar unos placeres que sólo tienen la apariencia de tales, para disfrutar una alegría que va mezclada con tantas tristezas y sinsabores ! En efecto, ¿quién quisiera pertenecer al servicio de Dios, si fuesen necesarias tantas precauciones, tantas mortificaciones y tantos sobresaltos, como los que sufrimos por el mundo ? Mirad al que se ha metido en la cabeza atesorar riquezas : no hay viento ni mal tiempo que le detenga ; soporta el hambre, la sed y toda suerte de contrariedades ; muchas veces llega hasta a exponer su vida y perder su reputación. ¡ Cuántos hay que hacen salidas de noche a fin de hurtar algo a sus vecinos, y se ponen en peligro de muerte, o de perder su fama y la de toda su familia ! Sin ir más lejos, H. M., ¿os sería más costoso permanecer en la iglesia durante los divinos oficios y oír la palabra de Dios con respeto, que quedaros fuera del templo para conversar de vuestros negocios temporales o de cosas que nada valen ? Y cuando cantamos aquí las Vísperas, ¿no quedaríais más satisfechos viniendo a la iglesia, que no quedándoos en casa para fastidiaros, mientras aquí se cantan las alabanzas al Señor ?

Pero, me diréis, son muchas las violencias que debemos imponernos si queremos servir a Dios. — Pues yo os digo que hemos de sujetarnos a muchas menos violencias para ir en pos de nuestro Dios y aceptar la cruz que nos ofrece, que para servir al mundo y seguir las propias pasiones, según ahora vais a ver. Pensáis, tal vez, que es muy difícil perdonar una injuria que se os ha inferido ; mas decidme, ¿cuál de los dos sufre mayor pena, aquel que al momento perdona las injurias por amor de Dios, de todo corazón, o aquel que alimenta, durante dos o tres años, negros sentimientos de odio contra el prójimo ? ¿No son tales sentimientos un gusano que le roe y devora continuamente, impidiéndole

a menudo comer con tranquilidad y dormir con sosiego, al paso que el otro, perdonando, al momento halla la paz del alma? ¿No se siente uno más satisfecho teniendo domadas sus pasiones impuras, que queriendo contentarlas? ¿Acaso podemos nunca satisfacerlas del todo? No, H. M., jamás: al salir de un crimen os incitan ya a la comisión de otro, sin que nunca os digan basta; sois su esclavo, y os arrastran a donde quieren. Mas, para convenceros mejor de ello, busquemos a uno de esos hombres que cifran su felicidad en el placer de los sentidos, y se abandonan perdidamente a la inmundicia de las más infames y vergonzosas pasiones. Sí, H. M.; si, antes de entregarse el tal hombre al libertinaje, se le hubiese hecho la pintura de la vida que ahora lleva, ¿habría podido considerarla sin horrorizarse? Si le hubieseis dicho: He aquí, amigo mío, dos partidos a escoger: o reprimir tus pasiones o abandonarte a ellas. Uno y otro ofrecen sus placeres y sus penas, aquí las tienes: escoge de los dos caminos el que prefieras. Si quieres tomar el partido de la virtud, habrás de guardarte de frecuentar la compañía de gente libertina y tomarás por amigos a quienes piensen y obren como tú piensas y obras. Todas tus lecturas serán de libros santos, los cuales te animarán a la práctica de la virtud y te llevarán a amar a Dios; cada día se te presentará un nuevo motivo de amor a El; emplearás santamente el tiempo, y todos tus placeres serán placeres inocentes, los cuales, al mismo tiempo que te aliviarán el cuerpo, fortalecerán tu alma; cumplirás tus deberes religiosos sin afectación, pero con fidelidad; para andar por el camino de la salvación, escogerás un confesor ilustrado y prudente, que no se proponga otra cosa que el bien de tu alma, y seguirás con fidelidad todos sus dictámenes. He aquí, amigo mío, las penalidades que habrás de experimentar en el servicio de Dios. La recompensa será mantener constantemente la paz en el

alma y la alegría en el corazón ; serás amado y apreciado de toda la gente de bien ; te prepararás una vejez dichosa, exenta de un buen número de dolencias, patrimonio frecuente de quienes vivieron una juventud desordenada ; tus postreros momentos serán dulces y tranquilos ; en cualquier aspecto que consideres tu vida, nada en ella hallarás que pueda entristecerte, antes al contrario, todo contribuirá a alegrarte. Las cruces, las lágrimas y todas tus penitencias, vendrán a ser embajadores que el cielo te enviará para consolarte con la certeza de que tu felicidad será eterna y de que nada tienes que temer. Si en tales momentos diriges tu vista hacia el porvenir, verás el cielo abierto para recibirte ; en fin, saldrás de este mundo cual una santa y casta paloma que va a esconderse y recogerse en el seno de su amado ; nada dejarás, y lo recibirás todo. Deseaste solamente a Dios, y hete ahí junto a El por toda una eternidad.

Ahora, si quieres dejar a Dios y abandonar su servicio para seguir al mundo y sus placeres, pasarás la vida siempre deseando y buscando, sin jamás quedar satisfecho ni lograr la felicidad ; en vano pondrás en juego todos los resortes : nunca alcanzarás el objeto propuesto. Comenzarás a borrar de tu espíritu los principios religiosos aprendidos en tu niñez y conservados hasta el presente ; dejarás de leer aquellos libros piadosos con que se alimentaba tu alma, y por medio de los cuales preservábase de la corrupción del mundo ; ya no serás dueño de tus pasiones, sino que ellas te arrastrarán a seguir ciegamente sus impulsos ; te formarás una singular religión para tu uso particular ; te entretendrás leyendo algunos libros malos, de aquellos que sólo respiran libertinaje y sentimientos de desprecio contra la religión, y andarás por el camino que ellos te hayan trazado ; ya no te acordarás de tus pasados días empleados en la penitencia y la práctica de la virtud, en

cuyo tiempo considerabas como el colmo de la satisfacción poder acercarte a recibir los sacramentos, donde el Señor te llenaba de gracias espirituales; y, si te acuerdas de aquel tiempo de tu vida, será sólo para lamentarte de no haberlo dedicado todo a los placeres mundanales; llegarás hasta no creer en nada y negarlo todo; en una palabra, te convertirás en impío: y en este punto, darás rienda suelta a tus pasiones, diciendo que, pues todo acaba con la vida, hay que procurarse todos cuantos placeres estén al alcance. Cegado por las pasiones, te precipitarás de pecado en pecado, sin apenas darte cuenta de ello; te entregarás a todos los excesos de una juventud agitada y corrompida, sin miedo a sacrificar el descanso, los bienes, la salud, el honor, y hasta la misma vida; y no digo tu alma, puesto que no crees en su existencia. Serás el objeto de las hablillas de toda la parroquia; serás mirado como un monstruo, las personas buenas huirán de ti, y sentirán miedo en tu presencia; pero nada de eso te importa, te burlarás de todo y de todos, continuarás tu ordinaria manera de vivir, siguiendo el camino trazado por las desenfrenadas pasiones, las cuales te arrastrarán miserablemente a toda suerte de abominaciones. Unas veces se te verá junto a una joven, poniendo en juego todos los artificios y astucias que el demonio te inspire para engañarla, seducirla y perderla; otras veces te verán, en plena noche, ante la puerta de una viuda ofreciéndole toda suerte de dádivas y promesas para obtener que acceda a tus infames deseos. Te verán también, sin guardar respeto alguno a los sagrados derechos del matrimonio, hollando bajo tus plantas todas las leyes de la religión, de la justicia y de la naturaleza misma, convertido en un infame adúltero. Llegarás hasta a convertir los miembros de Jesucristo en miembros de una prostituta miserable. Y aun irás más lejos, puesto que, viviendo en medio del libertinaje, no solamente te toca-

rá devorar las penas que hieren la mente y el corazón, sino que las enfermedades corporales, la degeneración y la vejez decadente serán tu herencia. Durante tu vida abandonaste a tu Dios; mas la muerte hará revivir aquella fe que con tu mala conducta ahogaste... Y si llegas a reconocer que abandonaste a Dios, El te hará ver que también te dejó ya de su mano, rechazándote para siempre y maldiciéndote por toda una eternidad. Entonces los remordimientos de conciencia, que con tanto empeño habías procurado extinguir, se harán sentir más fuertemente que nunca y te devorarán, a pesar de todo cuanto hagas para ahogarlos; todo te turbará y contribuirá a sumirte en la más desolada desesperación. Si pasas revista a tu vida anterior, contarás los días por el número de crímenes, que serán como otros tantos tiranos que te desgarrarán el alma; tu vida no te ofrecerá sino un cúmulo de gracias despreciadas y un lapso de tiempo precioso, perdido miserablemente; lo necesitabas todo y no te aprovechaste de nada. Si quieres fijarte en el porvenir, los tormentos que devorarán a tu alma te harán pensar si te alcanzan ya las llamas que abrasan a los miserables réprobos; el mundo, al que tanto amaste, al que tanto temías desagradar, al que sacrificaste tu Dios y tu alma, te rechaza y te abandona para siempre. Quisiste seguir sus placeres, y ahora, o sea en el momento en que tanto te aprovecharía cualquier auxilio, vas a quedar abandonado a ti mismo; no tendrás otro recurso que la desesperación, y aun más, al morir y caer al infierno, dirás que el mundo te sedujo, pero que era tarde cuando reconociste tu desgracia. Pues bien, H. M., ¿qué os parece todo esto? Estas son las penas y las alegrías de quienes viven en la virtud, y las de quienes viven para el mundo.

¡ Oh ! H. M., ¡ qué desgracia para aquel que sólo ama al mundo, y deja de lado la salud de su alma !... ¡ cuán dichosa es la vida del que sólo anda en pos de

Dios y de la salvación de su alma ! ¡ Cuántas penas se ahorra ! ¡ cuántos placeres que no son dados gustar a los demás ! ¡ de cuántos remordimientos de conciencia se librará en la hora de la muerte ! ¡ cuántos tormentos evitará para la eternidad !... ¡ Oh ! H. M., ¡ cuán feliz sería nuestra vida, a pesar de todo cuanto puedan hacernos sufrir el mundo y el demonio, si acertásemos a mantenernos fieles en el servicio de Dios, despreciando al mundo y todo lo suyo ! ¡ Oh ! H. M., ¡ cuán profundo es el cambio que se opera en aquel que sólo busca a Dios ! Si os encontráis con un orgulloso que no quiere someterse a sufrimiento alguno, rogad a Dios que le aficione a su servicio : y entonces presenciareis su transformación ; gustará de los desprecios y se despreciará a sí mismo. ¿ Que un marido y su mujer son desgraciados en su hogar ? haced que sirvan a Dios ; entonces no se tendrán ya por desgraciados : la paz y la unión reinarán en su casa. ¿ Que un criado es tratado duramente por su dueño ? aconsejadle que se entregue al servicio de Dios ; desde aquel momento dejará de quejarse, y hasta bendecirá la bondad de Dios por hacerle sufrir el purgatorio en este mundo. Todavía más, H. M., la persona que conoce su religión y la practica, no piensa ya en sí misma, sino solamente en hacer feliz a su prójimo. Y para que os hagáis mejor cargo de esto, ved aquí un ejemplo.

Leemos en la historia que había en la ciudad de Tolosa un santo sacerdote que por su celo y caridad era tenido allí por el padre de los pobres. Con ser él mismo muy pobre, nunca le faltaba con qué socorrer. Un día se le acercó una buena mujer comunicándole que acababan de meter a su marido en la cárcel, quedando ella desamparada y con cuatro hijos ; si nadie se apiadaba de su miseria, forzosamente tendría que morir de hambre. Compadecióse el santo sacerdote hasta derramar lágrimas, y aunque venía ya de hacer la acostumbrada

cuestación para sus pobres, volvió a salir para mendigar otra vez, y dirigióse, entre otros, a casa de un rico comerciante. Mas, en el momento en que aquel sacerdote ponía los pies en aquella casa, el comerciante acababa de recibir una carta en la que se le anunciaba una pérdida considerable. El sacerdote, ignorando el caso, hízole la narración de la miseria en que se hallaba aquella pobre familia. El comerciante le contestó en tono desabrido: «¿Otra vez por aquí? esto es ya demasiado». — «¡Ah, señor! ¡si supieseis lo que pasa!», dijo el sacerdote. — «No, no quiero saber nada, dejadme al momento». — «Pero, señor, insistió el sacerdote, ¿qué será de aquella pobre familia? ¡ah! ¡por favor, tened piedad de sus desgracias!» El otro, preocupado solamente con su propia desgracia, volvióse hacia el sacerdote y le dió un tremendo bofetón. El sacerdote, sin inmutarse en lo más mínimo, presentóle la otra mejilla, diciendo: «Señor, golpeadme cuanto os plazca mientras me deis con qué aliviar a esa pobre familia». Admirado el comerciante de aquello, le dijo: «Pues seguidme»; y tomándole de la mano, condújole a su despacho y, abriendo la caja de caudales, le dió libertad para tomar cuanto quisiese. — «No, señor, replicó humildemente el sacerdote, dadme lo que vos queráis». Y el comerciante, echando mano a sus sacos de moneda, le dijo: «Venid cuantas veces os parezca bien». ¡Ah! H. M., ¡cuán preciosa es la religión para quien la conoce!

En efecto, todo lo bueno que hay en el mundo, es fruto de la religión. Esos hospitales, esos colegios, esas casas de educación, todo ha sido fundado por quienes están al servicio de Dios. ¡Ah! ¡si los padres conociesen la felicidad de que se harían acreedores y la gloria que a Dios tributarían educando santamente a sus hijos! ¡Ah! si estuviesen persuadidos de que en la tierra representan al mismo Dios, ¡cuánto trabajarían para ha-

cerse acreedores a los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo !...

Concluuyamos, pues, diciendo, H. M., que, si seguimos al mundo y queremos contentar nuestras pasiones, jamás seremos felices, ni lograremos alcanzar lo que tan afanosamente anhelamos ; mientras que, alistándonos entre los servidores de Dios, veremos mitigadas nuestras miserias, o mejor, ellas se convertirán en consuelo y alegría sólo al pensar que trabajamos para el cielo. ¡ Qué diferencia entre la muerte del que vivió mal y la del que vivió bien ! la herencia de éste es el cielo ; todas sus luchas van a acabar ; y la felicidad, que presente, va ya a comenzar para nunca tener término. Sí, H. M., ¡ entreguémonos a Dios de todo corazón, y experimentaremos en nosotros los grandes beneficios que Él jamás ha denegado a quien le amó de veras ! Esta es la gracia que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

*Cum appropinquaret portae civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae: et haec vi-
dua erat.*

Al acercarse Jesús a las puertas de la ciudad (de Naim), vió que llevaban a enterrar al hijo único de una mujer que era viuda.

(S. Lucas, VII, 12.)

Nada tan eficaz, H. M., para quitarnos la afición a esta vida y a los placeres del mundo, y para llevarnos a pensar seriamente en aquel momento terrible que debe decidir nuestra eternidad, como la vista de un cadáver que llevan a enterrar. Por esto la Iglesia, siempre atenta y ocupada en proporcionarnos los medios más adecuados para inducirnos a trabajar por nuestra salvación, nos evoca, tres veces al año, el recuerdo de los muertos que Jesucristo resucitó (1); a fin de forzarnos, en alguna manera, a preparar tan temible viaje. En un pasaje del Evangelio (2), nos presenta a una niña de doce años solamente, o sea de aquella edad en que apenas se ha comenzado a gozar de placer alguno.

(1) En la dominica XXIII.^a después de Pentecostés, leemos en el Evangelio de la Misa la resurrección de la hija de Jairo; el jueves de la IV.^a semana de Cuaresma y la dominica XV.^a después de Pentecostés, la del hijo de la viuda de Naim, y el viernes de la IV.^a semana de Cuaresma, la resurrección de Lázaro.

(2) Marc., V, 42.

Con todo y ser hija única, muy rica, y amada con ternura por sus padres, a pesar de todo esto, la muerte la hiere y la arrebatata del mundo de los vivientes. En otro pasaje (1), vemos a un joven de unos veinticinco años, en la flor de su edad, el cual constituía el mayor y casi único apoyo y el solo consuelo de una madre viuda; sin embargo, ni las lágrimas ni la ternura de aquella madre desolada pueden impedir que la muerte, esa implacable muerte, haga presa en aquella naturaleza joven. En otra parte del Evangelio (2), hallamos a otro joven, a Lázaro. Este joven hacía las veces de padre respecto a sus dos hermanas, Marta y Magdalena; bien parece que la muerte debiera haberlo tenido en consideración; mas no, la muerte cruel siega aquella vida, y condena sus despojos a la sepultura para ser allí pasto de gusanos. Fué necesario que Jesús obrase tres milagros para devolverlos a los tres a la vida. Abramos los ojos, H. M., y contemplemos por un momento ese conmovedor espectáculo, el cual nos demostrará en forma irrefragable la fragilidad de nuestra vida, y la necesidad de despegarnos de ella, antes que la inexorable muerte nos arranque a pesar nuestro del mundo. «Joven o viejo, decía el santo rey David, pensaré con frecuencia que he de morir, y me prepararé a ello con tiempo». A fin de animaros a hacer lo mismo, voy ahora a mostraros cuán necesario nos sea el pensamiento de la muerte para desengañarnos de la vida y para aficionaros a sólo Dios.

I. — Vemos, H. M., que, a pesar del deplorable grado de impiedad e incredulidad a que han llegado los hombres de este desgraciado siglo en que vivimos, no se han atrevido aún a negar la certeza de la muer-

(1) Luc., VII, 12.

(2) Ioan., XI.

te; limítanse a dirigir todos sus esfuerzos a desterrar su pensamiento, cual si se tratase de un vecino que podría inquietarlos en sus placeres y turbarlos en sus desórdenes. Pero vemos también en el Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo quiere que nunca perdamos de vista la consideración de la salida de este mundo para la eternidad (1). Para darnos claramente a entender que podemos morir en todas edades, vemos que no resucita ni a tiernos niños, insensibles aún a los goces de la vida, ni a ancianos decrepitos, quienes, a pesar de su afición a la tierra, han de pensar ya que no tardará mucho en llegar la hora de su partida. Sólo resucita a los que se hallan en aquellas edades en que más fácilmente olvidamos este saludable pensamiento: a saber, desde los doce hasta los cuarenta años. En efecto, pasados los cuarenta años, parece que la muerte nos persigue rápidamente; cada día experimentamos alguna pérdida que es presagio de nuestra pronta salida del mundo; cada día vemos disminuir nuestras fuerzas, encanecerse los cabellos, volverse calva la cabeza, caerse los dientes, debilitarse la voz: todo esto nos dice adiós para siempre, y nos es forzoso reconocer que no somos ya lo que en otro tiempo. No, H. M., nadie se atreve a dudar de todo esto. Sí, H. M., es cierto que llegará un día en que yá no perteneceremos al mundo de los vivos, y en que nadie pensará en nosotros, cual si nunca hubiésemos existido. Aquí tenéis a aquella joven mundana que tanto se esforzó en ataviarse para llamar la atención del mundo: vedla ahora convertida en un puñado de polvo, hollada bajo los pies de los viandantes. Aquí tenéis a aquel orgulloso que tan pagado estaba de su talento, de sus riquezas, de su crédito y de su oficio: vedlo metido en una estrecha sepultura, convertido en comida de gusanos, y echado al

(1) Videte, vigilate, et orate: nescitis quando tempus sit (Marc., XIII, 33).

olvido hasta el fin del mundo ; es decir, hasta el día de la resurrección general en que le volveremos a ver con todo el bagaje de las obras por él realizadas durante su desgraciada vida.

Mas, tal vez me preguntaréis, ¿qué viene a ser ese momento de la muerte, en el cual debemos siempre pensar y que por sí solo es capaz de convertirnos? — Es un instante, H. M., que, no siendo de duración muy perceptible, nos es poco conocido, y, sin embargo, él es el que determina nuestro paso de este mundo a la eternidad. Momento espantoso en sí mismo, H. M., en el que todo cuanto hay en el mundo muere para el hombre, y el hombre muere para todo cuanto le pertenece aquí en la tierra. Momento terrible, H. M., en el que nuestra alma, a pesar de su unión íntima con el cuerpo, se ve separada de su compañía por la violencia de la enfermedad ; después del cual el hombre, despojado ya de todo, deja solamente a la vista del mundo una imagen asquerosa de sí mismo, con los ojos sin expresión, la boca muda, las manos yertas, los pies sin movimiento, el rostro desfigurado, y un cuerpo que presto comienza a corromperse y que ya no es más que objeto de horror. Momento implacable, H. M., en el que los más poderosos y ricos pierden todas sus riquezas, toda su gloria, y sólo les queda por herencia la ceniza de los sepulcros. Momento altamente humillante, H. M., en el que lo más grande queda confundido con lo más miserable de la tierra. Se acabaron los honores y las distinciones, todos quedan a un mismo nivel. Pero momento, H. M., mil veces aun más terrible por sus consecuencias que por su misma realidad presente, pues las pérdidas que en él nos sobrevienen son irreparables. «El hombre, nos dice el Espíritu Santo hablando del moribundo, irá a la mansión de su eternidad» (1).

(1) Quoniam ibit homo in domum aeternitatis suae (Eccles., XII, 5).

Momento breve, es cierto, H. M., pero decisivo, después del cual ni el pecador puede esperar ya misericordia, ni el justo adquirir nuevos méritos. Instante cuyo solo pensamiento ha llenado los monasterios de grandezas mundanas que abandonaron el siglo para no pensar más que en aquel terrible tránsito de este mundo al otro. Momento, H. M., cuyo solo pensamiento ha poblado los desiertos de santos, entregados continuamente a todos aquellos rigores y penitencias que su amor a Dios supo inspirarles. Momento terrible, aunque breve, H. M., el cual, sin embargo, lo decide todo por una eternidad.

Y siendo esto así, H. M., ¿cómo es posible que dejemos de pensar en él, o le dediquemos una atención tan secundaria y débil? ¡Ay! H. M., ¡cuántas almas están ahora ardiendo por haber desechado ese saludable pensamiento! Olvidemos, H. M., olvidemos un poco el mundo, sus riquezas y sus placeres, para ocuparnos en aquel terrible momento. Imitemos, H. M., a los santos, que hacían de ello su principal ocupación; dejemos perecer lo que con el tiempo perece, y cuidemos de lo que es permanente y eterno. Sí, H. M., nada tan eficaz como el pensamiento de la muerte para hacernos abandonar la vida de pecado, para hacer temblar a los reyes en sus tronos, a los jueces y a los libertinos en medio de sus placeres. Os recordaré un ejemplo, H. M., que os mostrará cómo nada resiste a este pensamiento cuando se medita seriamente. Nos refiere San Gregorio que había un joven, por cuya alma se interesaba mucho, el cual estaba ardientemente apasionado por una joven, hasta el punto de que, al morir ésta, quedó poseído de una tristeza tal que nada era capaz de consolarle. El Papa San Gregorio, después de muchas oraciones y penitencias, fué al encuentro del joven aquel y le dijo: «Amigo mío, sígueme, y podrás ver aún a aquella que te hace exhalar tantos sus-

piros y derramar tantas lágrimas». Y tomándole de la mano, le condujo ante la sepultura de la joven. Allí hizo levantar la tapa que cerraba la tumba, y aquel joven, al ver un cuerpo tan horrible, tan hediondo, lleno de gusanos, es decir, que otra cosa no era ya sino una masa corrupta, retrocedió lleno de horror. «No, no, amigo mío, le dijo San Gregorio, acércate, y fija por un momento tu atención en ese espectáculo que la muerte te ofrece. Mira, amigo mío, contempla lo que ha sido de aquella hermosura deleznable a la cual tan aficionado estabas. ¿No ves ese cráneo descarnado, esos ojos sin vida, esa osamenta lívida, esa amalgama horrible de cenizas, de podredumbre y de gusanos? He aquí, amigo mío, el objeto de tu pasión, por el cual tantos suspiros has exhalado, sacrificando tu alma, tu salvación, tu Dios y tu eternidad». Aquellas conmovedoras palabras, aquel triste espectáculo causaron una tan viva impresión en el corazón del joven, que, reconociendo desde entonces la nada de este mundo y la fragilidad de toda belleza perecedera, renunció al momento a las vanidades terrenas, no pensó ya en otra cosa que en morir bien, y a este fin huyó del mundo para ir a pasar su vida en un monasterio y llorar, por el resto de sus días, los extravíos de su juventud, y al fin morir como un santo. ¡Qué dicha, H. M., la de aquel joven! Imitémosle, H. M., puesto que nada es tan eficaz para desarraigarnos de esta vida y determinarnos a dejar el pecado como este feliz pensamiento de la muerte.

¡Ah! H. M., ¡cuán distintos son los pensamientos que nos vienen a la hora de la muerte de los que nos ocurren durante la vida! Ved aquí un ejemplo. Refiérese en la historia, que había una dama adornada de todas aquellas cualidades que tanto agradan al mundo, a cuyos placeres era ella muy aficionada. ¡Mas ay! H. M., esto no impidió que, como los demás, llegase a sus postreros momentos, por cierto, mucho antes de

lo que ella deseara. Al principio de su enfermedad le ocultaron el peligro en que se hallaba, cosa que se acostumbraba en la mayoría de los casos. No obstante, el mal iba progresando cada día y fué necesario advertirle que había llegado la hora de prepararse para la eternidad. Entonces tuvo que hacer aquello que nunca había hecho, y hubo de pensar en lo que jamás había pensado; de todo lo cual quedó en extremo atemorizada. «No creo, decía ella a los que le dieron tan saludable advertencia, que mi enfermedad sea tan peligrosa, aun me queda tiempo»; mas volvieron a conminarla diciéndole que el médico la creía en peligro. Púsose a llorar, lamentando tener que dejar la vida en una edad en que aún podía disfrutar de muchos placeres. Pero, a pesar de su llanto, le hicieron presente que en este mundo no había nadie inmortal, y que, si escapaba de aquella enfermedad, más tarde vendría otra y se la llevaría de este mundo; que lo que debía hacer, pues, era poner en orden su conciencia, a fin de poder comparecer con confianza ante el tribunal de Dios. Poco a poco fué entrando en sí misma, y, como no le faltaba instrucción, pronto quedó convencida de lo que le decían; comenzó a derramar lágrimas por sus pecados; pidió un confesor, para declararle sus culpas, las cuales no quisiera haber jamás cometido. Ofreció ella misma el sacrificio de su vida; confesó sus culpas con gran dolor y abundancia de lágrimas; rogó a sus compañeras o amigas que fuesen a visitarla antes no saliese de este mundo, lo cual se apresuraron ellas a cumplir. Una vez las tuvo alrededor de su cama, díjoles llorando: «Ya veis, estimadas amigas, en qué estado me hallo; he de comparecer ante Jesucristo para darle cuenta de todos los actos de mi vida; no ignoráis cuán mal he servido a Dios, y, por lo tanto, cuánto tengo ahora que temer; sin embargo, voy a abandonarme en brazos de su misericordia. El gran consejo

que quiero daros en esta hora, mis buenas amigas, es de que, si queréis convertirlos de veras, no esperéis a aquel momento en que ya nada se puede, y en que, a pesar de las lágrimas y del arrepentimiento, se corre gran peligro de perderse por toda una eternidad. Al veros hoy por última vez, os conjuro a que no perdáis ni un momento del tiempo que Dios os concede, y que tanta falta me está haciendo ahora a mí. Adiós, amigas mías, voy a partir para la eternidad; no me olvidéis en vuestras oraciones, a fin de que, si tengo la dicha de ser perdonada, podáis ayudarme a salir del purgatorio». Aquellas compañeras de la moribunda, que ciertamente no aguardaban un tal discurso, se retiraron derramando lágrimas y animadas de un gran deseo de prepararse para aquel momento en que tanto atormenta el pesar de haber perdido un tiempo tan precioso.

¡ Oh ! H. M., ¡ cuán dichosos, si el pensamiento de la muerte y la presencia de un cadáver nos causasen la misma impresión y obrasen en nosotros idéntica transformación ! Y no obstante, al igual que aquellas personas que se convirtieron viendo la muerte de aquella joven, tenemos nosotros también un alma por salvar ; y tenemos también a nuestra disposición las mismas gracias, si queremos aprovecharnos de ellas. ¡ Ay, Dios mío ! ¿ por qué aficionarnos tan perdidamente a la vida, cuando sabemos que participamos de ella sólo un instante, pasado el cual deberemos dejarlo todo, para no llevarnos otra cosa que el bien o el mal que hayamos hecho?... ¿ Por qué, H. M., unirnos tan débilmente a Dios, cuando El hasta en este mundo constituye toda nuestra felicidad, para continuarla después eternamente ? ¿ Cómo podríamos aficionarnos a los bienes y placeres de este mundo, siuviésemos fuertemente grabadas en el corazón estas palabras : « Venimos al mundo desnudos, y salimos de la misma manera ». Sin embar-

go, sabemos, y lo vemos todos los días, que el más rico no se lleva de aquí más que el más pobre. El gran Saladino, aquel sultán que por la magnitud de sus victorias hiciera temblar el universo entero, hubo de reconocerlo así antes de morir. Al ver llegada su última hora, reconociendo mejor que nunca el vacío de las grandezas humanas, ordenó al que acostumbraba a precederle llevando su estandarte, que tomase un pedazo de tela de la que estaba preparada para amortajarle, la colocase en la punta de una pica y recorriese las calles de la ciudad, gritando lo más alto posible : «Ved todo lo que el gran Saladino, vencedor del Oriente y señor del Occidente, se lleva de entre todos sus tesoros y victorias : un sudario». ¡ Oh Dios mío ! cuán prudentes seríamos si este pensamiento de la muerte no nos abandonase jamás.

En efecto, H. M., si el avaro, en los momentos en que no repara en injusticias ni engaños para atesorar riquezas, pensase que pronto lo habrá de dejar todo, ¿podría aficionarse tan fuertemente a los objetos que han de labrar su perdición eterna ? Mas no, H. M., al ver nuestra manera de vivir, creeríase que nunca debemos dejar este mundo. ¡ Ay ! ¡ cuánto es de temer que, si nos obstinamos en vivir en la ceguera, muramos también del mismo modo ! Oíd un espantoso ejemplo de lo que os digo.

Leemos en la historia que el cardenal Belarmino, de la Compañía de Jesús, fué llamado a la cabecera de un enfermo que había sido procurador, y que, durante su vida, había por desgracia preferido el dinero a la salvación del alma. Creyendo que le llamaba sólo para arreglar los asuntos de su conciencia, se apresuró a complacerle. Al entrar, comenzó a hablarle del estado de su alma ; mas pronto el enfermo le atajó diciendo : «Padre, no os he llamado por esto, sino solamente para consolar a mi mujer que está desolada al ver mi muerte

inminente ; por lo que a mí se refiere, voy derecho al infierno». Refiere el Cardenal que estaba tan ciego y endurecido aquel hombre, que pronunció aquellas palabras con la misma tranquilidad y frescura que si hubiese anunciado que se iba a pasar un buen rato con sus amigos. «Hijo mío — le dijo el Cardenal, profundamente apenado al ver que aquella alma iba realmente a bajar al infierno, — tened a bien pedir a Dios perdón de vuestros pecados, confesaos, y el Señor os perdonará». Aquel miserable le dijo que no había por qué perder el tiempo, pues no recordaba sus pecados ni quería recordarlos ; tiempo tendría de conocerlos y recordarlos en el infierno. En vano el cardenal le suplicó, le pidió encarecidamente que no quisiese perderse por toda una eternidad, cuando estaban aún en su mano los medios de ganar el cielo ; en vano le prometió que le ayudaría a satisfacer a la divina justicia, añadiendo que tenía la certeza de que Dios se apiadaría aún de él. Nada fué bastante a moverle, y murió sin dar señal alguna de arrepentimiento.

¡ Ay ! H. M., quien durante su vida no piensa en la muerte, pónese en gran peligro de no pensar jamás en ella, o bien de no querer reparar el mal sino cuando no haya ya remedio. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuántos pecados evitan en su vida, y de cuántos pesares se libran en la eternidad, aquellos que nunca pierden de vista el pensamiento de la muerte ! Refiere el mismo Cardenal que, yendo a visitar a un amigo suyo enfermo, víctima de sus desórdenes, quiso exhortarle a que se arrepintiese y confesase sus culpas, o a lo menos a que hiciese un acto de contrición. Mas el enfermo le contestó : «Padre mío, ¿ qué es eso de un acto de contrición ? nunca he oído hablar de tal cosa». En vano el Cardenal se esforzó en darle a entender que era un pesar de haber pecado, para que Dios nos perdone. — «Padre, dejadme, me estáis inquietando, dejadme tranquilo.» Y mu-

rió sin querer formular un acto de contrición, sumido en su endurecimiento y en su ceguera. ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué desgracia la de una persona que ha perdido la fe ! ¡ Ay ! ¡ no le queda ya recurso alguno ! ¡ Ah ! H. M., cuán cierto es aquello de : Tal la vida, tal la muerte. ¡ Ay ! H. M., si aquel borracho reflexionase un poco sobre ese momento de la muerte, el cual debe dar fin a todas sus disoluciones y desórdenes ; momento en que su cuerpo será entregado a los gusanos, mientras su pobre alma irá a abrasarse en el infierno ; ¡ ah ! H. M., ¿ tendría valor para continuar en sus excesos ? Pero, no, cuando se lo hacen presente, ríese de ello ; no piensa en otra cosa que en divertirse, en dar satisfacción a su cuerpo, como si todo debiese acabar con él, dice el profeta Isaías.

¡ Ah ! H. M., el demonio pone gran cuidado en hacernos perder tal recuerdo, pues mejor que nosotros sabe cuán saludable sea para librarnos del pecado y conducirnos a Dios. Los santos, que tan a pechos tomaban la salvación de su alma, cuidaban de no perder jamás de vista dicho pensamiento. San Guillermo, arzobispo de Bourges, siempre que le era posible asistía a los entierros, a fin de penetrarse bien del pensamiento de la muerte. Y en su interior ponderaba cuán miserables somos al aficionarnos a una vida tan desdichada y llena de tales peligros que pueden perdernos por toda una eternidad (1). Hubo otro que permaneció en un bosque durante un año, para tener allí ocasión de prepararse a bien morir ; « puesto que, decía, al llegar la hora aquella, no es ya tiempo a propósito ». No hay duda que a dichos santos no les faltaba razón, H. M., puesto que todo depende de aquella hora, y no es raro el caso en que, esperando a pensar en la muerte cuando ella

(1) Véase Ribadencyra, 10 de enero.

venga a herirnos, nuestros buenos deseos resultan ya inútiles.

¡ Oh ! ¡ cuán poderoso es el pensamiento de la muerte para librarnos del pecado e inducirnos al bien !
¡ Ay ! H. M., si aquel desgraciado que se está revolcando en el fango de la impureza, pensase seriamente en la hora de la muerte, en que su cuerpo, al que procura satisfacer con tanto cuidado, será entregado a la tierra para pudrirse allí, ¡ ah !, por poco que reflexionase sobre aquellos huesos secos y áridos amontonados en el cementerio ; por poco que se tomase la molestia de detenerse ante los sepulcros, para contemplar allí aquellos cadáveres hediondos y corrompidos, aquellos cráneos medio roídos por los gusanos, ¿ no se sentiría conmovido ante tal espectáculo ? ¿ Acaso podría pensar en otra cosa que en llorar sus pecados y su ceguera, si considerase el remordimiento que tendrá a la hora de la muerte por haber profanado un cuerpo que es « templo del Espíritu Santo, y cuyos miembros son miembros de Jesucristo » ? (1). ¿ Queréis saber, H. M., el desastroso fin del impúdico que no ha querido hacer memoria de la muerte durante su vida ? Refiere San Pedro Damián que cierto inglés, para lograr los medios encaminados a satisfacer su vergonzosa pasión, se entregó al demonio, con la condición de que tres días antes de morir se lo advertiría, contando que así le iba a quedar tiempo para convertirse. ¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre una vez engolfado en la culpa ! Así pues, cuando se hubo arrastrado, revolcado y sumido en el cenagal de sus impurezas, llegó la hora de su partida de este mundo. El demonio, con ser tan mentiroso, cumplió su palabra. Mas el inglés quedó muy engañado en su cuenta, pues sucedió que, con suma admiración y espanto

(1) I Cor., III, 16 ; VI, 19.

de cuantos lo presenciaron, apenas se le hablaba de su salvación, quedaba como dormido, y no daba respuesta alguna; mas, si se hablaba de negocios temporales, daba muestras de un pleno conocimiento; de manera que murió en medio de sus impurezas, tal como había vivido. Para darnos a entender su reprobación, permitió Dios que apareciesen en la cabecera de su cama unos grandes perros negros, en actitud de arrojarse sobre su presa; los cuales fueron también vistos sobre el sepulcro de aquel desgraciado, como si guardasen tan abominable depósito. ¡Ay! H. M., ¡cuántos ejemplos tan espantosos como éste podría yo citaros!...

Decidme, si aquel ambicioso pensase seriamente en la hora de la muerte, aquella hora que tan claramente le hará conocer la nada de las glorias humanas, ¿podría sustraerse a considerar el destino que le espera, cuando, sepultado en la tierra y hollado bajo las plantas de los viandantes, no le quede otro signo de su grandeza que esas pocas palabras: «Aquí descansa fulano»? ¡Oh Dios mío! ¡cuán ciego es el hombre! Leemos en la historia que hubo un cierto hombre el cual durante su vida entera anduvo totalmente distraído respecto al negocio de su salvación, pensando solamente en divertirse y en atesorar riquezas. Cuando se halló próximo a morir, hubo de reconocer su ceguera al no haber jamás procurado prepararse para una buena muerte. Entonces encargó que se pudiese en su sepulcro la siguiente inscripción: «Aquí descansa un insensato, que salió de este mundo sin saber por qué le había puesto Dios en él». Sí, H. M., si esos pecadores que desprecian las gracias que Dios les concede para romper con el pecado, pensasen que, llegada la hora de salir de este mundo, aquellas gracias les serán ya denegadas y que Dios, de quien huyeron, huirá a su vez de ellos y los dejará morir en medio de sus pecados; decidme, ¿tendrían ahora valor para

despreciar tantas y tantas gracias como Dios les ofrece para salvar su pobre alma?

¡ Ah ! H. M., ¡ cuántos pecados dejaríamos de cometer si pensásemos con frecuencia en la muerte ! Por esta razón el Espíritu Santo nos recomienda con insistencia que no olvidemos nunca nuestras postrimerías como medio de no pecar jamás (1). Tal pensamiento fué el que determinó la conversión de San Francisco de Borja. Cuando vivía aún en el mundo, hallóse en la corte de España a la sazón de la muerte de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Debiendo ser el cadáver enterrado en el sepulcro de sus antecesores, que estaba en Granada, se encomendó a Francisco de Borja la custodia y conducción de los despojos de la emperatriz hasta dicha ciudad. Al llegar a Granada, en cumplimiento del ceremonial, abrieron el ataúd que encerraba el cadáver. Francisco de Borja debía certificar ser aquél el mismo cuerpo que, a la salida se había colocado en el ataúd. Aquel rostro, que tan bello era en vida, apareció negro y medio corrompido ; los ojos estaban hundidos en sus órbitas ; el cuerpo despedía un hedor insoportable. Entonces dijo Francisco : « Sí, juro que éste es el cuerpo que fué depositado en el ataúd, y que es el de la princesa ; mas ahora está desconocido para mí ». Desde entonces, comenzó a reflexionar sobre la insignificancia y la nada de las humanas grandezas ; y formó el propósito de dejar el mundo para pensar solamente en la salvación del alma. « ¡ Ah !, decía, ¿ qué ha sido de la belleza de esta mujer, que era la más hermosa criatura del mundo ? ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre, al perder su alma para aficionarse a viles criaturas ! » ¡ Pensamiento feliz, H. M., el cual valió el cielo a aquel cortesano !

(1) Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis (Eccli., VII, 40).

¿Por qué, H. M., nos olvidamos de esa muerte, cuando su pensamiento nos tendría siempre dispuestos a bien morir? ¡Ay! nadie quiere pensar en ella, la gente se muere sin pensar en la muerte, mirámosla siempre como cosa lejana. El demonio no nos dice como a nuestros primeros padres: «No moriréis» (1); pues sería una tentación demasiado burda, y con ella a nadie engañaría; pero nos dice «no moriréis todavía»; y, con esta idea, dilatamos nuestra conversión para la última enfermedad, cuando no estaremos ya en disposición de hacer nada bueno. Por esto, H. M., la muerte ha sorprendido a tantos, y sorprenderá a otros muchos antes el mundo no acabe. Es, sin embargo, este pensamiento de la muerte lo que ha sacado a muchos del pecado; escuchad un conmovedor ejemplo de ello. Refiérese en la historia que hubo un joven y una joven que mantuvieron relaciones infames. Aconteció que, pasando aquel joven por un bosque, fué asesinado por unos malhechores. Un perro de su pertenencia, que le seguía, al ver muerto a su amo, corrió al encuentro de aquella desgraciada joven que con él tenía relaciones, y, tomando con la boca el extremo de su delantal, tiraba de él como indicando que le siguiese. Admirada de aquella insistencia, siguió al perrito, el cual la condujo hasta el lugar donde yacía su mancebo, y se detuvo junto a un montón de hojarasca. Removiendo la joven el montón, vió que yacía allí ensangrentado y destrozado el cadáver del joven: los ladrones le habían apuñalado. Entrando entonces en sí misma, rompió a llorar, diciéndose: «¡Ah! desgraciada, si esto te hubiese ocurrido a ti, ¿dónde estarías a estas horas? ¡ay! arderías ya en el infierno. ¡Tal vez este joven está ahora ardiendo en los abismos por tu culpa!... ¡Ah! desgraciada, ¿cómo has podido llevar una vida tan criminal?

(1) Gen., III, 4.

¡ Ah ! ¡ en qué estado se halla tu pobre alma !... ¡ Dios mío ! ¡ os doy gracias por no haberme destinado a servir de ejemplo a los demás ! » Aquella joven abandonó el mundo, para sepultarse por el resto de su vida en un monasterio, donde murió como una santa. ¡ Ah ! H. M., ¡ cuántos pecadores se han convertido ante ejemplos tales ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán duros e insensibles han de ser nuestros corazones para no conmoverse por nada, y vivir en el pecado, tal vez sin pensar en salir nunca de él !

¡ Ay ! H. M., mucho hemos de temer que, cuando queramos volver a Dios, no nos sea ya posible hacerlo ; el Señor, en castigo de nuestros pecados, nos habrá abandonado. Voy a mostraros esto con un ejemplo. Leemos en la historia (1) el caso de un hombre que por mucho tiempo vivió en el desorden. Después de haberse convertido, recayó nuevamente en sus anteriores pecados. Sus amigos, que lamentaban de veras su extravío, hicieron todo lo posible para volverle a Dios ; cada día prometía él complacerles, mas nunca lo cumplía. Anunciáronle que se celebraban Santos Ejercicios en una parroquia vecina ; que se preparase para asistir a ellos, pues irían a buscarle para acompañarle allí. El otro, que desde hacía mucho tiempo se burlaba de Dios y de los consejos de sus amigos, les respondió riendo que asistiría ; que no tenían más que ir a buscarle por la mañana del día en que los Ejercicios comenzasen, y partirían juntos. Sus amigos no dejaron de acudir, confiando volverle a Dios ; mas, al entrar, le hallaron tendido en medio de su casa : había fallecido aquella noche, de muerte repentina, sin haber tenido tiempo de confesarse ni de dar el menor signo de arrepentimiento. ¡ Ay ! H. M., ¿ dónde fué a parar aquella

(1) El Santo ha ya referido este episodio en otro sermón.

alma miserable, que tanto había despreciado las gracias que Dios le ofreciera?

II. — Hemos dicho que es muy útil pensar a menudo en la muerte: 1.º para con ello evitar el pecado, y expiar los que hemos tenido la desgracia de cometer, y 2.º para desprendernos de la afición a esta vida. Nos dice San Agustín que no debemos pensar sólo en la muerte de los mártires, para quienes, en virtud de una gracia admirable, la pena del pecado se convierte en instrumento de mérito, sino que hemos de pensar en la muerte de todos los hombres. Este pensamiento de la muerte sería para nosotros uno de los más eficaces medios de salvación, y uno de los más decisivos remedios para nuestros males, si supiésemos sacar el provecho que la divina misericordia tiene a bien procurarnos, junto con el castigo que su justicia exige de nosotros. Si estamos castigados a morir es porque hemos pecado (1); pero, para no volver a pecar, según nos dice el Espíritu Santo, nos bastaría pensar seriamente en la muerte (2).

Decimos, H. M., que el pensamiento de la muerte produce en nosotros tres efectos: 1.º nos induce a desprendernos del mundo; 2.º modera nuestras pasiones; 3.º nos anima a llevar una vida más santa. Si el mundo llega a engañarnos por algún tiempo, no durará ello mucho, pues es muy cierto que todas sus cosas poca fuerza tienen ante el pensamiento de la muerte. Si consideramos que dentro breves momentos nos habremos despedido ya de la vida ¡para no recobrarla jamás!... Quien tiene siempre a la muerte presente en su espíritu, no puede dejar de considerarse como un viajero sobre la tierra, en la que está sólo de paso, y abandona sin

(1) *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors* (Rom., V, 12).

(2) *Eccli., VII, 40.*

pesar alguno cuanto halla en el camino, pues se dirige hacia otro término y camina hacia otra patria. Tales fueron las disposiciones de San Jerónimo: viendo este santo que después de muerto no podría ya animar a sus discípulos con los ejemplos de secretas virtudes, quiso, al morir, dejarles estas santas instrucciones: «Hijos míos, les dijo, si queréis, como yo, no tener remordimiento ni tristeza en la hora de la muerte, acostumbrados a deshaceros de todo en vida. ¿Queréis, además, no abrigar temor alguno en aquel terrible momento? No os aficionéis a nada de lo que tendréis que dejar. Cuando uno se ha desengañado totalmente del mundo y de sus ilusiones, cuando se han despreciado sus bienes, sus falsas dulzuras y sus locas promesas; cuando no se cifra la felicidad en el goce de las criaturas, ninguna pena causa tener que separarse de ellas y dejarlas para siempre». ¡Oh dichoso estado, exclamaba aquel gran Santo, el del hombre, que, lleno de una justa confianza en Dios, no se halla retenido por afición alguna al mundo ni a los bienes de la tierra! Estas son las disposiciones, H. M., a que nos conduce el pensamiento de la muerte.

El segundo efecto que en nosotros produce el pensamiento de la muerte, es moderar nuestras pasiones. Sí, H. M., al sentirnos tentados, no tenemos más que pensar al momento en la muerte, y pronto sentiremos decaer la pasión: ésta era la práctica de los santos. Nos dice San Pablo que moría todos los días (1). Nuestro Señor Jesucristo, mientras estaba en la tierra, hablaba con frecuencia de su pasión (2). Santa María Egipcíaca, al sentirse tentada, pensaba al momento en la muerte, y en seguida cesaba la tentación (3). San Jerónimo pro-

(1) Quotidie morior (I Cor., XV, 31).

(2) Matth., XVI, 21, etc.

(3) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, San Zósimo, y Santa María Egipcíaca.

curaba tanto no perder ese pensamiento como procuraba no perder la respiración. Refiérese en la «Vida de los Padres del desierto» que un solitario que había pasado buena parte de sus años en medio del gran mundo, al ser tocado de la gracia fué a sepultarse en un desierto. El demonio no dejó de recordarle aquella joven por la cual había sentido un amor criminal. Momentos antes de que ella muriese, Dios lo dió a conocer al joven aquel; el cual dejó al momento su soledad, y fué a verla: estaba ya a punto de ser depositada en la tierra; acercóse al ataúd, descubrióle el rostro y tomó con el pañuelo una postema que por la boca le salía. Hecho esto regresó a su soledad y, en cuanto se sentía tentado, tomaba aquel pañuelo y representándose en su memoria la hediondez de aquella criatura, decíase a sí mismo: «Insensato, he aquí el dulce favor del objeto que tanto amaste en daño de tu alma; si ahora no puedes sufrir el hedor procedente del cuerpo de aquella criatura, ¿cuál no fué tu locura al amarla en vida, en daño de tu salvación; pero cuánta tu ceguera si aun pensases en ella después de muerta!» Dice San Agustín que, cuando se sentía violentamente inducido al mal, la sola cosa que le detenía era pensar que un día había de morir y después de su muerte ser juzgado. «Cuando conversábamos con mi caro amigo Alipio acerca de lo que debía constituir el patrimonio de los buenos y el de los malos, yo le confesaba que, a pesar de cuanto pudieran decir los impíos, siempre había creído que, a la hora de la muerte, Dios nos exigirá cuenta de todo el mal que hayamos hecho durante nuestra vida» (1).

Refiérese en la historia de los Padres del desierto que cierto joven solitario decía a un anciano: «Padre mío, ¿qué debo hacer cuando me siento tentado, sobre todo contra la santa virtud de la pureza?» — «Hijo

(1) Conf., lib. VI, cap. XVI.

mío, le dijo el santo, piensa al momento en la muerte y en los tormentos reservados a los deshonestos en el infierno, y está seguro de que ese pensamiento alejará al demonio de tu lado». Nos dice San Juan Clímaco de un solitario que tenía siempre el pensamiento de la muerte grabado en su espíritu, y que, cuando el demonio le tentaba invitándole a una vida relajada, exclamaba: «¡Ah, desgraciado! vas a morir, y aun no has hecho nada digno de ser ofrecido a Dios». Sí, H. M., el que quiera salvar su alma, nunca debe abandonar el pensamiento de la muerte.

Además, el pensamiento de la muerte nos sugiere piadosas reflexiones: nos pone delante de los ojos toda nuestra vida; y entonces pensamos que todo aquello que nos regocija según el mundo durante nuestra vida, nos hará derramar lágrimas en la hora de la muerte; nuestros pecados, que nunca deben borrársenos de la memoria, son otras tantas serpientes que nos devoran; el tiempo que perdimos, las gracias que despreciamos: todo ello se nos representará a la hora de la muerte. Y al considerar esto, es imposible que dejemos de encaminar todos nuestros esfuerzos a vivir mejor y a dejar de obrar el mal. Refiérese que un moribundo, antes de exhalar su último suspiro, hizo llamar a su príncipe, a cuya persona había sido muy fiel durante muchos años. El príncipe acudió solícito y le dijo: «Pídeme lo que quieras, y está seguro que lo tendrás». — «Príncipe, le dijo aquel pobre moribundo, sólo una cosa tengo que pedir y es un cuarto de hora de vida». — «Ay, amigo mío, contestó el príncipe, esto no está en mis manos; pídemme cualquiera otra cosa, a fin de que te la pueda conceder». — «¡Ay! exclamó el enfermo, si hubiese servido a Dios tan fielmente como os he servido a vos, no sólo tendría un cuarto de hora de vida, sino toda una eternidad». Los mismos remordimientos sentía un hombre de leyes, cuando estuvo a punto de salir

de esta vida y vió que aun no había pensado en salvar su alma : «¡ Ah ! insensato de mí, yo que tanto he escrito para el mundo, nada escribí para mi alma ; debo morir y nada he hecho aún que pueda darme seguridad alguna, mas ahora no hay ya remedio ; nada hallo en mi vida digno de ser ofrecido a Dios». Feliz él, H. M., si a lo menos se aprovechó de esto, es decir, de sus buenos sentimientos.

3.º Ved cuáles son las reflexiones que el pensamiento de la muerte debe sugerirnos : Si somos negligentes en prepararnos para la muerte, durante toda la eternidad estaremos apartados de la compañía de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los ángeles y de los santos, y nos veremos forzados a pasar toda nuestra eternidad en compañía de los demonios y abrasarnos con ellos. Leemos en la vida de San Jerónimo, a quien una larga experiencia tan sabio hiciera en la ciencia de la salvación, que, estando el Santo en su lecho de muerte, sus discípulos le suplicaron que les dejase, como por testamento, aquella de entre todas las verdades cristianas de que estaba más persuadido. ¿ Qué pensáis, H. M., les respondió el santo doctor ? « Voy a morir, les dijo, el alma está ya al borde de mis labios ; mas os declaro que, de todas las verdades de la moral cristiana, aquella de que estoy más convencido, es la de que apenas, entre cien mil personas que hayan vivido mal, se hallará una que tenga buena muerte y se salve, puesto que, para bien morir, es preciso pensar en aquel trance todos los días de nuestra vida. Y no creáis que estas ideas sean efecto de mi enfermedad ; hablo de ello por una experiencia de más de sesenta años. Sí, hijos míos, entre cien mil personas que hayan vivido mal, apenas habrá una que tenga buena muerte. ¡ No, hijos míos, nada nos inclinará tan eficazmente a vivir bien como el pensamiento de la muerte ! »

¿ Qué hemos de sacar de todo esto ? Vedlo aquí,

H. M. : si pensamos a menudo en la muerte, pondremos gran cuidado en conservar la gracia de Dios; si por desdicha perdiésemos esta gracia, nos daremos prisa a recobrarla, perderemos nuestra afición a los bienes y placeres del mundo, soportaremos las miserias de la vida con espíritu de penitencia y reconoceremos que Nuestro Señor es quien nos la envía para expiación de nuestros pecados. ¡ Ay !, hemos de decir para nosotros mismos, estoy corriendo a grandes pasos hacia la eternidad, dentro poco tiempo ya no seré de este mundo... Después de esta vida, ¿dónde iré a pasar mi eternidad?... ¿iré al cielo o al infierno?... Eso dependerá de la vida que haya llevado; así, joven o viejo, pensaré con frecuencia en la muerte, a fin de prepararme a ella con tiempo.

¡ Dichoso, H. M., el que esté siempre dispuesto !
¡ Esta es la gracia que os deseo !...

DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA HUMILDAD

Omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur.

Aquel que se exalta, será humillado, y aquel que se humilla será exaltado.

(S. Lucas, XVIII, 14.)

¿Podía manifestarnos de una manera más evidente, nuestro divino Salvador, la necesidad de humillarnos, esto es, de formar bajo concepto de nosotros mismos, ya en nuestros pensamientos, ya en nuestras palabras, ya en nuestras acciones, como condición indispensable para ir a cantar las divinas alabanzas por toda una eternidad? — Hallándose un día en compañía de otras personas y viendo que algunos se alababan del bien por ellos obrado y despreciaban a los demás, Jesucristo les propuso esta parábola, la cual tiene todas las apariencias de una verdadera historia. «Dos hombres, dijo, subieron al templo a orar; uno de ellos era fariseo, y el otro publicano. El fariseo permanecía en pie, y hablaba a Dios de esta manera: «Os doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano: ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de cuanto poseo». Tal era su oración, nos dice San Agustín (1). Bien

(1) Serm. CXV, cap. 2, in illud Lucac.

veis que ella no es más que una afectación llena de orgullo y vanidad; el fariseo no viene para orar ante Dios, ni para darle gracias; sino para alabarse a sí propio y aun para insultar a aquel que realmente ora. El publicano, por el contrario, apartado del altar, sin atreverse ni siquiera a elevar al cielo su mirada, golpeaba su pecho diciendo: «Dios mío, tened piedad de mí, que soy un miserable pecador». — «Habéis de saber, añade Jesucristo, que éste regresó justificado a su casa, mas no el otro». Al publicano le fueron perdonados sus pecados, mientras que el fariseo, con todas sus pretendidas virtudes, volvió a su casa más criminal que antes. Y la razón de ello es ésta: la humildad del publicano, aunque pecador, fué más agradable a Dios que todas las buenas obras del fariseo, mezcladas de orgullo (1). Y Jesucristo saca de aquí la consecuencia de que «el que quiera exaltarse será humillado, y el que se humille será exaltado». Desengañémonos, H. M., esta es la regla; la ley es general, nuestro divino Maestro es quien la ha publicado. «Aunque remontes tu cabeza hasta el cielo, de allí te arrojaré» (2), dice el Señor. Sí, H. M., el único camino que conduce a la exaltación provechosa para la otra vida, es la humildad (3). Sin esta bella y preciosa virtud de la humildad, no entraréis en el cielo; será como si os faltase el bautismo (4). De aquí podéis ya colegir, H. M., la obligación que tenemos de humillarnos, y los motivos que a ello deben impulsarnos. Voy pues ahora, H. M., a mostraros: 1.º Que la humildad es una virtud absolutamente necesaria para que nuestras acciones sean agradables a Dios y premiadas en la otra vida; 2.º Tenemos gran-

(1) *Respexit in orationem humilium, et non sprexit precem eorum* (Ps. CI, 18).

(2) *Ier., XLIX, 16.*

(3) *Gloriam praecedat humilitas* (Prov., XV, 33).

(4) *Matth., XVIII, 3.*

des motivos para practicarla, sea mirando a Dios, sea mirando a nosotros mismos.

I. — Antes de haceros comprender, H. M., la necesidad de esta hermosa virtud, para nosotros tan necesaria como el Bautismo después del pecado original; tan necesaria, digo yo, como el sacramento de la Penitencia después del pecado mortal, debo primero exponeros en qué consiste una tal virtud, que tanto mérito atribuye a nuestras buenas obras, y que tan prodigamente enriquece nuestros actos. San Bernardo, aquel gran santo que de una manera tan extraordinaria la practicó, que abandonó las riquezas, los placeres, los parientes y los amigos para ir a pasar su vida en las selvas, entre las bestias fieras, a fin de llorar allí sus pecados, nos dice que la humildad es una virtud por la cual nos conocemos a nosotros mismos y, mediante esto, nos sentimos llevados a despreciar nuestra propia persona y a no hallar placer en ninguna alabanza que de nosotros se haga (1).

Digo: 1.º que esta virtud nos es absolutamente necesaria, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo; puesto que el mismo Jesucristo nos dice que tan imposible nos es salvarnos sin la humildad como sin el Bautismo. Dice San Agustín: «Si me preguntáis cuál es la primera virtud de un cristiano, os responderé que es la humildad; si me preguntáis cuál es la segunda, os contestaré que es la humildad; si volvéis a preguntarme cuál es la tercera, os contestaré aún que es la humildad; y cuantas veces me hagáis esta pregunta, os haré la misma respuesta» (2).

Si el orgullo engendra todos los pecados (3), pode-

(1) *De gradibus humilitatis et superbiae*, cap. I.

(2) *Epist. CXVIII ad Dioscorum*, cap. III, 22.

(3) *Initium omnis peccati est superbia* (Eccli., X, 15).

mos también decir que la humildad engendra todas las virtudes (1). Con la humildad tendréis todo cuanto os hace falta para agradar a Dios y salvar vuestra alma ; mas sin ella, aun poseyendo todas las demás virtudes, será cual si no tuvieseis nada. Lecmos en el santo Evangelio (2) que algunas madres presentaban sus hijos a Jesucristo para que les diese su bendición. Los apóstoles las hacían retirar, mas Nuestro Señor desaprobó aquella conducta, diciendo : «Dejad que los niños vengan a Mí ; pues de ellos y de los que se les asemejan, es el reino de los cielos». Los abrazaba y les daba su santa bendición. ¿A qué viene esa buena acogida del divino Salvador ? Porque los niños son sencillos, humildes y sin malicia. Asimismo, H. M., si queremos ser bien recibidos de Jesucristo, es preciso que nos mostremos sencillos y humildes en todos nuestro actos. «Esta hermosa virtud, dice San Bernardo, fué la causa de que el Padre Eterno mirase a la Santísima Virgen con complacencia ; y si la virginidad atrajo las miradas divinas, su humildad fué la causa de que concibiese en su seno al Hijo de Dios. Si la Santísima Virgen es la Reina de las Vírgenes, es también la Reina de los humildes» (3). Preguntaba un día Santa Teresa al Señor por qué, en otro tiempo, el Espíritu Santo se comunicaba con tanta facilidad a los personajes del Antiguo Testamento, patriarcas o profetas, declarándoles sus secretos, cosa que no hace al presente. El Señor le respondió que ello era porque aquéllos eran más sencillos y humildes, mientras que en la actualidad los hombres tienen el corazón doble y están llenos de orgullo y vanidad. Dios no comunica con ellos ni los ama como amaba a aquellos buenos patriarcas y profetas, tan simples y humildes.

(1) Véase Rodríguez. *Tratado de la humildad*, cap. III.

(2) Matth., XIX, 13.

(3) Hom. 1.ª super Missus est, 5.

Nos dice San Agustín : «Si os humilláis profundamente, si reconocéis vuestra nada y vuestra falta de méritos, Dios os dará gracias en abundancia ; mas, si queréis exaltaros y teneros en algo, se alejará de vosotros y os abandonará en vuestra pobreza».

Nuestro Señor Jesucristo, para darnos a entender que la humildad es la más bella y la más preciosa de todas las virtudes, comienza a enumerar las bienaventuranzas por la humildad, diciendo : «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos». Nos dice San Agustín que esos pobres de espíritu son aquellos que tienen la humildad por herencia (1). Dijo a Dios el profeta Isaías : «Señor, ¿sobre quiénes descende el Espíritu Santo? acaso sobre aquellos que gozan de gran reputación en el mundo, o sobre los orgullosos? — No, dijo el Señor, sino sobre aquel que tiene un corazón humilde» (1).

Esta virtud no solamente nos hace agradables a Dios, sino también a los hombres. Todo el mundo la ama a una persona humilde, todos se deleitan en su compañía. ¿De dónde viene, en efecto, que por lo común los niños son amados de todos, sino de que son sencillos y humildes? La persona que es humilde cede siempre, no contraría jamás a nadie, no causa enfado a nadie, conténtase de todo y busca siempre ocultarse a los ojos del mundo. Admirable ejemplo de esto nos lo ofrece San Hilarión. Refiere San Jerónimo que este gran Santo era solicitado de los emperadores, de los reyes y de los príncipes, y atraía hacia el desierto a las muchedumbres por el olor de su santidad, por la fama y renombre de sus milagros ; mas él se escondía y huía del mundo cuanto le era posible. Frecuentemente cambiaba de celda, a fin de vivir oculto y desconocido ;

(1) Serm. LIII, in illud Matth. *Beati pauperes spiritu*

(2) Is., LXVI, 2.

lloraba continuamente a la vista de aquella multitud de religiosos y de gente que acudían a él para que les curase sus males. Echando de menos su pasada soledad, decía, llorando: «He vuelto otra vez al mundo, mi recompensa será sólo en esta vida, pues todos me miran ya como persona de consideración». «Y nada tan admirable, nos dice San Jerónimo, como el hallarle tan humilde en medio de los muchos honores que se le tributaban. Habiendo corrido el rumor de que iba a retirarse a lo más hondo del desierto donde nadie pudiese verle, interpusiéronse veinte mil hombres para atajarle el paso; mas el Santo les dijo que no tomaría alimento hasta que le dejaran libre. Persistieron ellos durante siete días, pero, viendo que no comía nada... Huyó entonces a lo más apartado del desierto, donde se entregó a todo cuanto el amor de Dios pudo inspirarle. Sólo entonces creyó que comenzaba a servir a Dios» (1). Decidme, H. M., ¿es esto humildad y desprecio de sí mismo? ¡Ay! ¡cuán raras son estas virtudes! ¡mas también cuánto escasean los santos! En la misma medida que se aborrece a un orgulloso, se aprecia a un humilde, puesto que éste toma siempre para sí el último lugar, respeta a todo el mundo, y ama también a todos; esta es la causa de que sea tan buscada la compañía de las personas que están adornadas de tan bellas cualidades.

2.º Digo que la humildad es el fundamento de todas las demás virtudes (2). Quien desee servir a Dios y salvar su alma, debe comenzar por practicar esta virtud en toda su extensión. Sin ella nuestra devoción será como un montón de paja que habremos levantado muy voluminoso, pero al primer embate de los vientos que-

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 191-194.

(2) Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? de fundamento prius cogita humilitatis (S. Agust., *Serm. in Matth.*, cap. XI).

da derribado y deshecho. Sí, H. M., el demonio teme muy poco esas devociones que no están fundadas en la humildad, pues sabe muy bien que podrá echarlas al traste cuando le plazca. Lo cual vemos aconteció a aquel solitario que llegó hasta a caminar sobre carbones encendidos sin quemarse ; pero, falto de humildad, al poco tiempo cayó en los más deplorables excesos (1). Si no tenéis humildad, podéis decir que no tenéis nada, a la primera tentación seréis derribados. Refiérese en la vida de San Antonio (2) que Dios le hizo ver el mundo sembrado de lazos que el demonio tenía parados para hacer caer a los hombres en pecado. Quedó de ello tan sorprendido, que su cuerpo temblaba cual la hoja de un árbol, y dirigiéndose a Dios, le dijo : « ¡ Ay ! Señor, ¿ quién podrá escapar de tantos lazos ? » Y oyó una voz que le dijo : « Antonio, el que sea humilde ; pues Dios da a los humildes la gracia necesaria para que puedan resistir a las tentaciones ; mientras permite que el demonio se divierta con los orgullosos, los cuales caerán en pecado en cuanto sobrevenga la ocasión. Mas a las personas humildes el demonio no se atreve a atacarlas ». Al verse tentado San Antonio, no hacía otra cosa que humillarse profundamente ante Dios, diciendo : « ¡ Ay, Señor, bien sabéis que no soy más que un miserable pecador ! » Y al momento el demonio emprendía la fuga.

Cuando nos sintamos tentados, H. M., mantenámonos escondidos bajo el velo de la humildad y veremos cuán escasa sea la fuerza que el demonio tiene sobre nosotros. Leemos en la vida de San Macario que, habiendo un día salido de su celda en busca de hojas de palma, apareciósele el demonio con espantoso furor, amenazando herirle ; mas, viendo que le

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. 1.º pág. 256.

(2) *Ibid.*, pág. 52.

era imposible porque Dios no le había dado poder para ello, exclamó : «¡ Oh Macario, cuánto me haces sufrir ! no tengo facultad para maltratarte, aunque cumpla más perfectamente que tú lo que tú practicas : pues tú ayunas algunos días, y yo no como nunca ; tú pasas algunas noches en vela, yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la cual ciertamente me aventajas ». San Macario le preguntó cuál era aquella cosa. — «Es la humildad». El Santo postróse, la faz en tierra, pidió a Dios no le dejase sucumbir a la tentación, y al momento el demonio emprendió la fuga (1). ¡ Oh, H. M. ! ¡ cuán agradables nos hace a Dios esta virtud, y cuán poderosa es para ahuyentar el demonio ! ¡ Pero también cuán rara ! lo cual claramente se ve con sólo considerar el escaso número de cristianos que resisten al demonio cuando son tentados.

Y para desengañaros, para ver que no la habéis poseído nunca, H. M., fijaos sólo en un detalle bien sencillo. No, H. M., no son todas las palabras, todas las manifestaciones de desprecio de sí mismo lo que nos prueba que tenemos humildad. Voy a citaros ahora un ejemplo, el cual os probará lo poco que valen las palabras. Hallamos en la «Vida de los Padres del desierto» que, habiendo venido un solitario a visitar a San Serapio (2), no quiso acompañarle en sus oraciones, porque, decía, he cometido tantos pecados que soy indigno de ello, ni me atrevo a respirar aquí donde vos estáis. Permanecería sentado en el suelo por no atreverse a ocupar el mismo asiento que San Serapio. Este Santo, siguiendo la costumbre entonces muy común, quiso lavarle los pies, y aún fué mayor la resistencia del solitario. Veis aquí una humildad que, según los humanos juicios, tiene todas las apariencias de sincera ; mas ahora vais también

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II, p. 358. S. Macario de Egipto.

(2) *Ibid.*, p. 417.

a ver en qué paró. San Serapio se limitó a decirle, a manera de aviso espiritual, que tal vez haría mejor permaneciendo en su soledad, trabajando para vivir, que no corriendo de celda en celda como un vagabundo. Ante este aviso, el solitario no supo ya disimular la falsedad de su virtud; enojóse en gran manera contra el Santo y se marchó. Al ver esto, le dijo aquél: «¡ Ah ! hijo mío, ¡ me decíais hace un momento que habíais cometido todos los crímenes imaginables, que no os atrevíais a rezar ni a comer conmigo, y ahora, por una sencilla advertencia que nada tiene de ofensiva, os dejáis llevar del enojo ! Vamos, hijo mío, vuestra virtud y todas las buenas obras que practicáis, están desprovistas de la mejor de las cualidades, que es la humildad ».

Por este ejemplo podéis ver cuán rara es la verdadera humildad. ¡ Ay ! cuánto abundan los que, mientras se los alaba, se los lisonjea, o a lo menos, se les manifiesta estimación, son todo fuego en sus prácticas de piedad, lo darían todo, se despojarían de todo ; mas una leve reprensión, un gesto de indiferencia, llena de amargura su corazón, los atormenta, les arranca lágrimas de sus ojos, los pone de mal humor, los induce a mil juicios temerarios, pensando que son tratados injustamente, que no es éste el trato que se da a los demás. ¡ Ay ! ¡ cuán rara es esta hermosa virtud entre los cristianos de nuestros días ! ¡ cuántas virtudes tienen sólo la apariencia de tales, y a la primera prueba viénense abajo !

Pero ¿ en qué consiste la humildad ? Vedlo aquí : ante todo os diré que hay dos clases de humildad, la interior y la exterior. La *exterior* consiste : 1.º en no alabarse del éxito de alguna acción por nosotros practicada, en no relatarla al primero que nos quiera oír ; en no divulgar nuestros golpes audaces, los viajes que hicimos, nuestras mañas o habilidades, ni lo que de nosotros se dice favorable ; 2.º, en ocultar el bien que

podemos haber hecho, como son las limosnas, las oraciones, las penitencias, los favores hechos al prójimo, las gracias interiores de Dios recibidas; 3.º, en no complacernos en las alabanzas que se nos dirigen; para lo cual deberemos procurar cambiar de conversación, y atribuir a Dios todo el éxito de nuestras empresas; o bien deberemos dar a entender que el hablar de ello nos disgusta, o marcharnos, si nos es posible. 4.º Nunca deberemos hablar ni bien ni mal de nosotros mismos. Muchos tienen por costumbre hablar mal de sí mismos, para que se los alabe: esto es una falsa humildad a la que podemos llamar humildad *con anzuelo*. No habléis nunca de vosotros, contentaos con pensar que sois unos miserables, que es necesaria toda la caridad de un Dios para soportaros sobre la tierra. 5.º Nunca se debe disputar con los iguales; en todo cuanto no sea contrario a la conciencia, debemos siempre ceder; no hemos de figurarnos que nos asiste siempre el derecho; aunque louviésemos, hemos de pensar al momento que también podríamos equivocarnos, como tantas veces ha sucedido; y, sobre todo, no hemos de tener la pertinacia de ser los últimos en hablar en la discusión, ya que ello revela un espíritu repleto de orgullo. 6.º Nunca hemos de mostrar tristeza cuando nos parece ser despreciados, ni tampoco ir a contar a los demás nuestras cuitas; esto daría a entender que estamos faltos de toda humildad, pues, de lo contrario, nunca nos sentiríamos bastante rebajados, ya que jamás se nos tratará cual nuestras culpas tienen merecido; lejos de entristecernos, debemos dar gracias a Dios, a semejanza del santo rey David, quien volvía bien por mal (1), pensando cuánto había él también despreciado a Dios con sus pecados. 7.º Debemos estar contentos al vernos despreciados, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, de quien se dijo que

(1) Ps. VII, 5.

se «vería harto de oprobios» (1), y el de los apóstoles, de quienes se ha escrito (2) «que experimentaban una grande alegría porque habían sido hallados dignos de sufrir ignominia por amor de Jesucristo»; todo lo cual constituirá nuestra mayor dicha y nuestra más firme esperanza en la hora de la muerte. 8.º Cuando hemos cometido algo que pueda sernos echado en cara, no debemos excusar nuestra culpa; ni con rodeos, ni con mentiras, ni con el gesto debemos dar lugar a pensar que no lo cometimos nosotros. Aunque fuésemos acusados falsamente, mientras la gloria de Dios no sufra menoscabo, deberíamos callar. Ved lo que sucedió a aquella joven que fué conocida con el nombre de hermano Marín... ¡Ay! ¿quién de nosotros se habría sometido a semejantes pruebas sin justificarse, cuando tan fácilmente podía hacerlo? 9.º Esta humildad consiste en practicar aquello que más nos desagrada, lo que los demás no quieren hacer, y en complacerse en vestir con sencillez.

En esto consiste, H. M., la humildad exterior. Mas ¿en qué consiste la *interior*? Vedlo aquí. Consiste: 1.º, en sentir bajamente de sí mismo; en no aplaudirse jamás en lo íntimo de su corazón al ver coronadas por el éxito las acciones realizadas; en creerse siempre indigno e incapaz de toda buena obra, fundándose en las palabras del mismo Jesucristo cuando nos dice que sin Él nada bueno podemos realizar (3), pues ni tan sólo una palabra, como por ejemplo «Jesús», podemos pronunciar sin el auxilio del Espíritu Santo (4). 2.º Consiste en sentir satisfacción de que los demás conozcan nuestros defectos, a fin de tener ocasión de mantener-

(1) Saturabitur opprobriis (Thren., III, 30).

(2) Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati (Act., V, 41).

(3) Ioan., XV, 5.

(4) Nemo potest dicere, Dominus Iesus, nisi in Spiritu Sancto (I Cor., XII, 3).

nos en nuestra insignificancia ; 3.º, en ver con gusto que los demás nos aventajen en riquezas, en talento, en virtud, o en cualquier otra cosa ; en someternos a la voluntad o al juicio ajenos, siempre que ello no sea contra conciencia. Sí, H. M., la persona verdaderamente humilde debe semejar un muerto, que no se enoja por las injurias que se le infieren, ni se alegra de las alabanzas que se le tributan.

En esto consiste, H. M., poseer la humildad cristiana, la cual tan agradables nos hace a Dios y tan apreciables a los ojos del prójimo. Considerad ahora si la tenéis o no. Y si desgraciadamente no la poseéis, no os queda otro camino, para salvaros, que pedirla a Dios hasta obtenerla ; ya que sin ella no entraríamos en el cielo. Leemos en la vida de San Elzear que, habiendo corrido el peligro de perecer engullido por el mar junto con todos los que se hallaban con él en el barco, pasado ya el peligro, Santa Delfina, su esposa, le preguntó si había tenido miedo. Y el Santo contestó : «Cuando me hallo en peligro semejante, me encomiendo a Dios junto con todos los que conmigo se hallan ; y le pido que, si alguien debe morir, éste sea yo, como el más miserable y el más indigno de vivir» (1). ¡ Cuánta humildad !... San Bernardo estaba tan persuadido de su insignificancia, que, al entrar en una ciudad, hincábase antes de hinojos, pidiendo á Dios que no castigase a la ciudad por causa de sus pecados ; pues se creía capaz de atraer la maldición de Dios sobre aquel lugar (2). ¡ Cuánta humildad, H. M. ! ¡ Un Santo tan grande cuya vida era una cadena de milagros ! (3).

Es preciso, H. M., que, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo, vayan todas ellas

(1) V. Ribadencyra, 27 septiembre, t. IX, p. 399.

(2) Refiérese lo mismo de Santo Domingo.

(3) Ejemplo : Rodríguez, tomo IV, págs. 483 y 365. (Nota del Santo).

acompañadas de la humildad (1). Al orar, ¿poseéis aquella humildad que os hace consideraros como miserables e indignos de estar en la santa presencia de Dios? ¡Ah! si fuese así, no haríais vuestras oraciones vistiéndoos o trabajando. No, no la tenéis. Si fueseis humildes, ¡con qué reverencia, con qué modestia, con qué santo temor estaríais en la Santa Misa! ¡Ah! no, no se os vería reír, conversar, volver la cabeza, pasear vuestra mirada por el templo, dormir, orar sin devoción, sin amor de Dios. Lejos de hallar largas las ceremonias y funciones, os sabría mal el término de ellas, y pensaríais en la grandeza de la misericordia de Dios al sufiros entre los fieles, cuando por vuestros pecados merecáis estar entre los réprobos. Si tuvieseis esta virtud, al pedir a Dios alguna gracia, haríais como la Cananea, que se postró de hinojos ante el Salvador, en presencia de todo el mundo (2); como Magdalena, que besó los pies de Jesús en medio de una numerosa reunión (3). Si fueseis humildes, haríais como aquella mujer que hacía doce años que padecía flujo de sangre y acudió con tanta humildad a postrarse a los pies del Salvador, a fin de conseguir tocar el extremo de su manto (4). ¡Si tuvieseis la humildad de un San Pablo, quien, aun después de ser arrebatado hasta el tercer cielo (5), sólo se tenía por un aborto del infierno, el último de los apóstoles, indigno del nombre que llevaba!... (6). ¡Oh Dios mío! ¡cuán hermosa, pero cuán rara es esta virtud!... Si tuvieseis esta virtud, H. M., al confesaros, ¡ah! ¡cuán lejos andaríais de ocultar vuestros pecados, de referirlos como una his-

(1) Ejemplo de la emperatriz que fué arrastrada por sus criados (Nota del Santo).

(2) Matth., XV, 25.

(3) Luc., VII, 38.

(4) Marc., V, 25.

(5) II Cor., XII, 2.

(6) I Cor., XV, 8-9.

toria de pasatiempo y, sobre todo, de relatar los pecados de los demás ! ¡ Ah ! ¿ cuál sería vuestro temor al ver la magnitud de vuestros pecados, los ultrajes inferidos a Dios, y al ver, por otro lado, la caridad que muestra al perdonaros ? ¡ Dios mío ! ¿ no moriríais de dolor y de agradecimiento ?... Si, después de haberos confesado, tuvieseis aquella humildad de que habla San Juan Clímaco (1), el cual nos cuenta que, yendo a visitar un cierto monasterio, vió allí a unos religiosos tan humildes, tan humillados y tan mortificados, y que sentían de tal manera el peso de sus pecados, que el rumor de sus gritos, y las preces que elevaban a Dios Nuestro Señor eran capaces de conmover a corazones tan duros como la piedra. Algunos había que estaban enteramente cubiertos de llagas, de las cuales manaba un hedor insoportable ; y tenían tan poco atendido su cuerpo, que no les quedaba sino la piel adherida al hueso. El monasterio resonaba con gritos los más desgarradores. « ¡ Ah, desgraciados de nosotros miserables ! ¡ Sin faltar a la justicia, oh Señor, podéis precipitarnos en los infiernos ! » Otros exclamaban : « ¡ Ah ! Señor, perdonadnos si es que nuestras almas son aún capaces de perdón ! » Tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte, y se decían unos a otros : « ¿ Qué será de nosotros después de haber tenido la desgracia de ofender a un Dios tan bueno ? ¿ Podremos todavía abrigar alguna esperanza para el día de las venganzas ? » Otros pedían ser arrojados al río para ser comidos de las bestias. Al ver el superior a San Juan Clímaco, le dijo : « ¡ Ah ! Padre mío, ¿ habéis visto a nuestros soldados ? » Nos dice San Juan Clímaco que no pudo allí hablar ni rezar : pues los gritos de aquellos penitentes, tan profundamente humillados, arrancábanle lágrimas y sollozos sin que en manera alguna pudiera

(1) *La Escala Santa*, grado quinto.

contenerse. ¿De dónde proviene, H. M., que nosotros, siendo mucho más culpables, carezcamos enteramente de humildad? ¡Ay! ¡porque no nos conocemos!

II. — Sí, H. M., al cristiano que bien se conozca, todo debe inclinarse a ser humilde, y especialmente estas tres cosas, a saber: la consideración de las grandezas de Dios, el anonadamiento de Jesucristo, y nuestra propia miseria. 1.º ¿Quién podrá, H. M., contemplar la grandeza de un Dios, sin anonadarse en su presencia, pensando que con una sola palabra ha creado el cielo de la nada, y que una sola mirada suya podría aniquilarlo? ¡Un Dios tan grande, cuyo poder no tiene límites, un Dios lleno de toda suerte de perfecciones, un Dios de una eternidad sin fin, con la magnitud de su justicia, con su providencia que tan sabiamente lo gobierna todo y que con tanta diligencia provee a todas nuestras necesidades! ¡Oh Dios mío! ¿no deberíamos temer, con mucho mayor razón que San Martín, que la tierra se abriese bajo nuestros pies por ser indignos de vivir? Ante esta consideración, H. M., ¿no haríais como aquella gran penitente de la cual se habla en la vida de San Pafnucio? (1) Aquel buen anciano, dice el autor de su vida, quedó en extremo sorprendido, cuando, al conversar con aquella pecadora, la oyó hablar de Dios. El santo abad le dijo: «¿Ya sabes que hay un Dios?» — «Sí, dijo ella; y aun más, sé que hay un reino de los cielos para aquellos que viven según sus mandamientos, y un infierno donde serán arrojados los malvados para abrasarse allí». — «Si conoces todo esto, ¿cómo te expones a abrasarte en el infierno, causando la perdición de tantas almas?» Al oír estas palabras, la pecadora conoció que era un hom-

(1) *Vida de los Padres del desierto* t. 1.º, p. 212. San Pafnucio y Santa Thais.

bre enviado de Dios, se arrojó a sus pies y, deshaciéndose en lágrimas : «Padre mío, le dijo, imponedme la penitencia que queráis, y yo la cumpliré». El anciano la encerró en una celda y le dijo : «Mujer tan criminal como tú has sido, no merece pronunciar el santo nombre de Dios ; te limitarás a volverte hacia el oriente, y dirás por toda oración : ¡ Oh Vos que me creasteis, tened piedad de mí ! » Esta era toda su oración. Santa Thais pasó tres años haciendo esta oración, derramando lágrimas y exhalando amargos sollozos noche y día. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuánto nos hace profundizar en el propio conocimiento la humildad !

2.º Decimos que el anonadamiento de Jesucristo debe humillarnos aún más y más. «Cuando contemplo, nos dice San Agustín, a un Dios que, desde su encarnación hasta la cruz, no hizo otra cosa que llevar una vida de humillaciones e ignominias, un Dios desconocido en la tierra, ¿habré yo de sentir temor de humillarme? Un Dios busca la humillación, ¿y yo, gusano de la tierra, querré ensalzarme? ¡ Dios mío ! dignaos destruir este orgullo que tanto nos aparta de Vos.»

Lo tercero, H. M., que debe conducirnos a la humildad, es nuestra propia miseria. No tenemos más que mirarla algo de cerca, y hallaremos una infinidad de motivos de humillación. Nos dice el profeta Miqueas (1) : «En nosotros mismos llevamos el principio y los motivos de nuestra humillación. ¿No sabemos por ventura, dice, que nuestro origen es la nada, que antes de venir a la vida transcurrieron una infinidad de siglos, y que, por nosotros mismos, nunca habríamos podido salir de aquel espantoso e impenetrable abismo? ¿Podemos ignorar que, aun después de ser creados, conservamos una vehemente inclinación hacia la nada, siendo preciso que la mano poderosa de Aquel que de

(1) Esta cita no es del profeta Miqueas.

ella nos sacó, nos impida volver al caos, y que, si Dios dejase de mirarnos y sostenernos, seríamos borrados de la faz de la tierra con la misma rapidez que una brizna de paja es arrastrada por una tempestad furiosa?» ¿Qué es, pues, el hombre para envanecerse de su nacimiento y de sus demás cualidades? «¡Ay!, nos dice el santo varón Job, ¿qué es lo que somos? inmundicia antes de nacer, miseria al venir al mundo, infección cuando salimos de él. Nacemos de mujer, nos dice (1), y vivimos breve tiempo; durante nuestra vida, por corta que sea, mucho hemos de llorar, y la muerte no tarda en herirnos». — «Tal es nuestra herencia, nos dice San Gregorio, Papa; juzgad, según esto, si tenemos lugar a ensalzarnos por nada del mundo; así es que quien temerariamente se atreve a creer que es algo, resulta ser un insensato que jamás se conoció a sí mismo, puesto que, conociéndonos tal cual somos, sólo horror podemos sentir de nosotros mismos».

Pero no son menos los motivos que tenemos de humillarnos en el orden de la gracia. Por grandes talentos y dones que poseamos, hemos de pensar que todos nos vienen de la mano del Señor, que los da a quien le place, y, por consiguiente, no nos podemos alabar de ellos. Un concilio ha declarado que el hombre, lejos de ser el autor de su salvación, sólo es capaz de perderse, ya que de sí mismo sólo tiene el pecado y la mentira. San Agustín nos dice que toda nuestra ciencia consiste en saber que nada somos, y que todo cuanto tenemos, de Dios lo hemos recibido.

Finalmente, digo que debemos humillarnos considerando la gloria y la felicidad que esperamos en la otra vida, pues, de nosotros mismos, somos incapaces de merecerla. Siendo Dios tan magnánimo al concedérsela, no hemos de confiar sino en su misericordia y

(1) Job, XIV, 1.

en los infinitos méritos de Jesucristo su Hijo. Como hijos de Adán, sólo merecemos el infierno. ¡ Oh ! ¡ cuán caritativo es Dios al permitirnos tener esperanza de tantos y tan grandes bienes, a nosotros que nada hicimos para merecerlos !

¿ Qué hemos de concluir de todo esto ? Vedlo aquí, H. M. : todos los días hemos de pedir a Dios la humildad, esto es, que nos conceda la gracia de conocer nuestra nada, que de nosotros mismos nada tenemos, que los bienes que poseemos, tanto del cuerpo, como del alma, nos vienen todos de El... Practiquemos la humildad cuantas veces nos sea posible ;... quedemos bien persuadidos de que no hay virtud más agradable a Dios que la humildad, y de que con ella obtendremos todas las demás. Por muchos que sean los pecados que pesen sobre nuestra conciencia, estemos seguros de que, con la humildad, Dios nos perdonará. Sí, H. M., cobremos afición a esa virtud tan hermosa ; ella será la que nos unirá con Dios, la que nos hará vivir en paz con el prójimo, la que aligerará nuestras cruces, la que mantendrá nuestra esperanza de ver otro día a Dios. El mismo nos lo dice : « Bienaventurados los pobres de espíritu, pues ellos verán a Dios ! » (1). Esto es lo que os deseo.

(1) Matth., V, 3.

DOMINGO DÉCIMOSÉPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA PUREZA

*Beati mundo corde, quoniam ipsi
Deum videbunt.*

Bienaventurados los que tienen
un corazón puro, pues ellos verán
a Dios.

(S. Mateo, V, 8.)

Leemos en el Evangelio que, queriendo Jesucristo instruir al pueblo que acudía en masa a fin de conocer lo que hay que practicar para alcanzar la vida eterna, sentóse, y tomando la palabra, dijo: «Bienaventurados los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». Si tuviésemos un gran deseo de ver a Dios, H. M., estas solas palabras deberían darnos a entender cuán agradables nos hace a El la virtud de la pureza, y cuán necesaria sea esta virtud; puesto que, según nos dice el mismo Jesucristo, sin ella nunca conseguiríamos verle. «Bienaventurados, nos dice Jesucristo, los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». ¿Puede esperarse mayor recompensa que la que Jesucristo vincula en esa hermosa y amable virtud, a saber, la eterna compañía de las tres personas de la Santísima Trinidad?... San Pablo, que conocía todo su valor, escribiendo a los de Corinto, les dijo: «Glorificad a Dios, pues le lleváis en vuestros cuerpos; y permaneced fieles conservándolos en una gran pureza. Acordaos siempre, hijos míos, de que vuestros miem-

bro son los miembros de Jesucristo, de que vuestros corazones son templos del Espíritu Santo. Andad con gran cuidado en no ensuciarlos con el pecado, que es el adulterio, la fornicación y todo cuanto puede deshonrar vuestro corazón y vuestro cuerpo a los ojos de un Dios que es la misma pureza» (1). ¡ Oh ! H. M., cuán preciosa y bella es esta virtud, no sólo a los ojos de los ángeles y de los hombres, sino también a los del mismo Dios. La tiene El en tanta estima, que no cesa de hacer su elogio en cuantos tienen la dicha de conservarla. Esa hermosa virtud es el adorno más preclaro de la Iglesia, y, por consiguiente, debiera ser la más apreciada de los cristianos. Nosotros, H. M., que en el santo Bautismo fuimos rociados con la sangre adorable de Jesucristo, la pureza misma ; con esa Sangre adorable que tantas vírgenes ha engendrado de uno y otro sexo (2) ; nosotros a quienes Jesucristo ha hecho participantes de su pureza convirtiéndonos en miembros y templos suyos... Mas ¡ ay ! H. M., en el desgraciado siglo de corrupción en que vivimos, ¡ esta virtud celeste, que tanto nos asemeja a los ángeles, no es conocida !... Sí, H. M., la pureza es una virtud que nos es necesaria a todos, ya que sin ella nadie verá a Dios. Quisiera yo ahora haceros concebir de ella una idea digna de Dios, mostrándoos : 1.º cuán agradables nos hace a sus ojos comunicando un nuevo grado de santidad a nuestras acciones, y 2.º, lo que debemos hacer para conservarla.

I. — Para haceros comprender la estima en que hemos de tener esa incomparable virtud, para daros ahora la descripción de su hermosura, y hacer que apreciaseis su valor ante el mismo Dios, sería necesario que os

(1) I Cor., VI, 15-20.

(2) *Fru mentum electorum, et vinum germinans virgines* (Zac., IX, 17).

hablase, no un hombre mortal, sino un ángel del cielo. Al oírle, diríais admirados : ¿Cómo es posible que no estén todos los hombres prestos a sacrificarlo todo antes que perder una virtud que de una manera tan íntima nos une con Dios? Probemos, sin embargo, de formarnos algún concepto de ella considerando que dicha virtud viene de lo alto, que hace bajar a Jesucristo sobre la tierra, y eleva al hombre hasta el cielo por la semejanza que le comunica con los ángeles y con el mismo Jesucristo. Decidme, H. M., según esto, ¿no merece tal virtud el título de *preciosa*? ¿No es ella digna de toda estima y de que hagamos todos los sacrificios para conservarla?

Decimos que la pureza viene del cielo, pues sólo Jesucristo era capaz de dárnosla a conocer y hacernos apreciar todo su valor. Nos dejó prodigiosos ejemplos de la estima en que tuvo a esa virtud. Al determinar, en su inmensa misericordia, redimir al mundo, tomó un cuerpo mortal como el nuestro ; pero quiso escoger a una virgen por madre. ¿Quién fué esa incomparable criatura? Fué María, la más pura entre todas las criaturas, la cual, por una gracia singular no concedida a otra alguna, estuvo exenta del pecado original. Desde la edad de tres años, consagró su virginidad a Dios, ofreciéndole su cuerpo y su alma, presentándole el sacrificio más santo, más puro y el más agradable que jamás haya recibido Dios de una criatura terrena. Mantúvose en una fidelidad inviolable, guardando su pureza y evitando todo cuanto pudiese tan sólo empañar su brillo. Tenía la Santísima Virgen esa virtud en tanta estima, que no quiso consentir en ser Madre de Dios antes que el ángel le diese seguridad de que no la había de perder. Mas en cuanto el ángel le anunció que, al ser Madre de Dios, lejos de perder o empañar su pureza, de la cual tanta estima hacía, sería aún más agradable a Dios, consintió gustosa, a fin de dar nuevo esplendor a aque-

lla angelical virtud (1). Vemos también que Jesucristo escogió un padre nutricio pobre, es verdad; mas quiso que su pureza sobrepujase a la de las demás criaturas, excepto la de la Virgen. Entre los discípulos distinguió a uno, al cual testimonió una amistad y una confianza singulares, y le hizo participante de grandes secretos; pero escogió al más puro de todos, el cual estaba consagrado a Dios desde su juventud.

Dice San Ambrosio que la pureza nos eleva hasta el cielo y nos hace dejar la tierra en cuanto le es posible hacerlo a una criatura. Nos levanta por encima de la criatura corrompida, y, por los sentimientos y deseos que inspira, nos hace vivir la vida de los ángeles. Según San Juan Crisóstomo, la castidad de un alma es de mayor precio a los ojos de Dios que la de los ángeles, ya que los cristianos sólo pueden adquirir esta virtud luchando, mientras que los ángeles la tienen por naturaleza; los ángeles no deben luchar para conservarla, al paso que el cristiano se ve obligado a mantener consigo mismo una guerra constante. Y San Cipriano añade que, no solamente la castidad nos hace semejantes a los ángeles, sino que además nos da un rasgo de semejanza con el mismo Jesucristo. Sí, nos dice aquel gran Santo, el alma casta es una viva imagen de Dios en la tierra.

Cuanto más un alma se desprende de sí misma por la resistencia a las pasiones, más también se acerca a Dios y, por un venturoso retorno, más íntimamente se une Dios a ella: contéplala, y la considera como su amantísima esposa; la hace objeto de sus más dulces complacencias, y establece en su corazón su perpetua morada. «Felices, nos dice el Salvador, los que tienen el corazón puro, pues ellos verán a Dios» (2). Según San Basilio, cuando en un alma hallamos la castidad,

(1) Luc., I.

(2) Matth., V, 8.

descubrimos también todas las demás virtudes cristianas; las cuales practicará entonces muy fácilmente, «pues, nos dice, para ser casta, debe imponerse grandes sacrificios y hacerse mucha violencia. Pero, una vez ha logrado tales victorias del demonio, la carne y la sangre, poca dificultad le ofrece lo demás; ya que el alma que domina con energía este cuerpo sensual, vence con facilidad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la virtud». Por lo cual, vemos, H. M., que los cristianos castos son los más perfectos. Vémoslos reservados en sus palabras, modestos en el andar, sobrios en la comida, respetuosos en los lugares sagrados y edificantes en todo su comportamiento. San Agustín compara los que tienen la gran dicha de conservar puro su corazón con los lirios, que crecen derechos hacia el cielo y embalsaman el ambiente que los rodea con un aroma exquisito y agradable; con sólo verlos, nos evocan ya esa preciosa virtud. Así la Santísima Virgen inspiraba la pureza a cuantos la veían...; Dichosa virtud, H. M., que nos pone al nivel de los ángeles, y parece elevarnos hasta por encima de ellos! Todos los santos la tuvieron en mucho, prefiriendo perder sus bienes, su fama y su misma vida antes que empañarla.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Inés. Su belleza y sus riquezas fueron causa de que, a la edad de doce años, fuese pretendida por el hijo del prefecto de la ciudad de Roma. Ella le dió a entender que estaba consagrada a Dios. Entonces la prendieron, bajo el pretexto de que era cristiana, mas, en realidad, para que consintiese a los deseos de aquel joven... Pero ella estaba tan firmemente unida a Dios que ni las promesas, ni las amenazas, ni la vista de los verdugos y de los instrumentos expuestos en su presencia para amedrentarla, no consiguieron hacerla cambiar de sentimientos. Viendo sus perseguidores que nada podían obtener de la Santa, la cargaron de cade-

nas, y quisieron ponerle una argolla y varios anillos en la cabeza y en las manos ; pero tan débiles eran aquellas pequeñas e inocentes manos, que sus verdugos no pudieron lograr su propósito. Permaneció firme en su resolución y, en medio de aquellos lobos rabiosos, ofreció su cuerpecito a los tormentos con una decisión que admiró a los mismos atormentadores. La llevaron arrastrándola a los pies de los ídolos, mas ella declaró públicamente que sólo reconocía a Jesucristo, y que aquellos ídolos eran demonios. El juez, bárbaro y cruel, viendo que nada podía conseguir, pensó que sería más sensible ante la pérdida de aquella pureza de la cual hacía tanta estima. La amenazó con hacerla exponer en un infame lupanar ; mas ella le respondió con firmeza : «Podréis muy bien darme muerte ; pero jamás podréis hacerme perder este tesoro ; pues Jesucristo mismo es su más celoso guardián». El juez, lleno de rabia, hízola conducir a aquel lugar de *infernales inmundicias*. Mas Jesucristo, que la protegía de una manera muy particular, inspiró tan grande respeto a los guardias, que sólo se atrevían a mirarla con una especie de espanto, y al mismo tiempo confió su custodia a uno de sus ángeles. Los jóvenes, que entraban en aquel recinto abrasados en impuro fuego, al ver, al lado de la doncella, a un ángel más hermoso que el sol, salían abrasados en amor divino. Pero el hijo del prefecto, más corrompido y malvado que los otros, se atrevió a penetrar en el cuarto donde se hallaba Santa Inés. Sin hacer caso de aquellas maravillas, acercóse a ella con la esperanza de satisfacer sus impuros deseos ; mas el ángel que custodiaba a la joven mártir hirió al libertino, el cual cayó muerto a sus pies. Al momento divulgóse por toda la ciudad de Roma la noticia de que el hijo del prefecto había recibido la muerte de manos de Inés. El padre, lleno de furor, fué al encuentro de la Santa, y se entregó a todo cuanto la desesperación podía inspirarle. Llamóla

furia del infierno, monstruo nacido para llevar la desolación a su vida, pues había dado muerte a su hijo. Entonces Santa Inés contestó tranquilamente: «Es que quería hacerme violencia, y entonces mi ángel le dió muerte». El prefecto, algo más calmado, le dijo: «Pues ruega a tu Dios que le resucite, para que no se diga que tú le has dado muerte». — «Es innegable que no merecéis esta gracia, dijo la Santa; mas, para que sepáis que los cristianos no se vengan nunca, antes al contrario vuelven bien por mal, salid de aquí, y voy a rogar a Dios por él.» Entonces prosternóse Inés, la faz en tierra. Mientras estaba orando, se le apareció el ángel y le dijo: «Ten valor». Al momento aquel cuerpo inanimado recobró la vida. Aquel joven, resucitado por las oraciones de la Santa, sale de aquella casa y recorre las calles de Roma clamando: «No, no, amigos míos, no hay otro Dios que el de los cristianos; todos los dioses que nosotros adoramos no son más que demonios engañadores que nos arrastran al infierno». Sin embargo, a pesar de aquel gran milagro, no dejaron de condenarla a muerte. El lugarteniente del prefecto ordenó encender una gran hoguera, en la cual hizo arrojar a la Santa. Mas las llamas se abrieron sin dañar a Inés, y en cambio, quemaron a los idólatras que habían acudido a aquel lugar para presenciar tales tormentos. Viendo el lugarteniente que el fuego la respetaba y no le causaba daño alguno, ordenó degollarla con la espada, a fin de quitarle de una vez la vida; mas el verdugo púsose a temblar, como si él fuese el condenado a muerte... Como, después de su muerte, sus padres lloraban su pérdida, aparecióseles y les dijo: «No lloréis mi muerte; al contrario, alegraos de que haya yo alcanzado un tal grado de gloria en el cielo» (1).

Ya veis, H. M., cuánto sufrió aquella Santa para

(1) Ribadencyra, 21 enero.

no perder su virginidad. Ahora os podéis formar cargo de lo estimable que es la pureza, y de lo que agrada a Dios cuando así se complace en obrar grandes milagros a fin de mostrarse su guardián y protector. Este ejemplo confundirá un día a aquellos jóvenes que tan poca estima hicieron de esa virtud. Nunca conocieron su valor. Razón tiene el Espíritu Santo para exclamar : « ¡ Oh ! ¡ cuán bella es esa generación casta ; su memoria es eterna, y su gloria brilla ante los hombres y ante los ángeles ! » (1). Es innegable, H. M., que todo ser ama a sus semejantes ; por lo cual, los ángeles, que son espíritus puros, aman y protegen de una manera especial a las almas que imitan su pureza. Leemos en la Escritura Santa (2) que el ángel Rafael, acompañando al joven Tobías, le protegió con mil favores. Preservóle de ser devorado por un pez, de ser estrangulado por el demonio. Si el joven aquel no hubiese sido casto, ciertamente que el ángel no le hubiera acompañado y, por lo tanto, no le habría protegido en aquellos trances. ¡ Cuánto es el gozo que experimenta el ángel custodio de un alma pura !

No hay virtud para la conservación de la cual haga Dios tantos milagros como los que ejecuta para favorecer a la persona que, conociendo el valor de la pureza, se esfuerza en conservarla. Mirad lo que hizo por Santa Cecilia. Nacida en Roma de padres muy ricos, estaba perfectamente instruída en la religión cristiana, y, siguiendo las inspiraciones de Dios, le consagró su virginidad. Ignorándolo sus padres, la prometieron en matrimonio a Valeriano, hijo de un senador de la ciudad. A los ojos del mundo era, pues, aquel matrimonio un gran partido. No obstante, ella

(1) *O quam pulchra est casta generatio cum claritate : immortalis est enim memoria illius : quoniam et apud Deum nota est, et apud homines* (Sap., IV, 1).

(2) Tob., V-VIII.

pidió a sus padres tiempo para reflexionar. Pasó muchos días ayunando, orando y llorando, para obtener de Dios la gracia de no perder la flor de aquella virtud a la que amaba más que a su propia vida. Dijole el Señor que nada temiese, y que obedeciese a sus padres; pues no solamente no perdería aquella virtud, sino que aun obtendría... Consintió, pues, en el matrimonio. El día de las bodas, al hallarse en compañía de Valeriano, le dijo ella: «Querido Valeriano, tengo un secreto que comunicarte».—Respondióle éste: «¿Cuál es ese secreto?»—«He consagrado a Dios mi virginidad, por lo cual jamás hombre alguno podrá acercarse a mí, pues tengo un ángel que protege mi pureza; si te acercases, hallarías la muerte». — Valeriano quedó muy sorprendido al oír todo aquello, pues, pagano como era, no entendía aquel lenguaje. Y contestó así: «Muéstrame el ángel que te protege». Replicó la Santa: «Tú no lo puedes ver, porque eres pagano. Ve de mi parte a hablar al Papa Urbano, pídele el bautismo, y al momento verás el ángel». Partió Valeriano al momento. Una vez bautizado por el Papa Urbano, fué otra vez al encuentro de su esposa. Al entrar en la habitación, vió efectivamente al ángel custodiando a Santa Cecilia. Hallóle tan bello y radiante de gloria, que quedó prendado de su hermosura; y no solamente permitió a su esposa permanecer consagrada a Dios, sino que hizo él mismo voto de virginidad... Uno y otro alcanzaron pronto la dicha de morir mártires (1). ¿Veis, pues, de qué manera protege Dios a la persona que ama esa virtud y trabaja por conservarla?

Leemos en la vida de San Edmundo (2) que, estudiando dicho santo en París, hallóse en compañía de ciertas personas que hablaban torpemente; y las dejó

(1) Ribadeneira, 22 noviembre.

(2) Ribadeneira, 16 noviembre. San Edmundo o Edmé, arzobispo de Cantorbery.

al momento. Fué tan agradable al Señor aquella acción, que se le apareció en figura de un hermoso niño y, saludándole con gran afabilidad, le dijo que le había visto con gran satisfacción apartándose de la compañía de aquella gente que sostenía conversaciones licenciosas; y en recompensa de ello prometióle que no le abandonaría nunca. Además, San Edmundo tuvo la dicha de conservar su inocencia hasta la muerte. Cuando Santa Lucía acudió al sepulcro de Santa Agata para implorar su intercesión ante Dios a fin de que le alcanzase la salud de su madre, apareciósele Santa Agata y le dijo que por sí misma podía obtener la gracia que imploraba, ya que con su pureza había preparado en su corazón una agradabilísima morada a su Creador (1). Todo esto nos da a comprender cómo no puede denegar nada Dios al que tiene la dicha de conservar puros su corazón y su alma...

Oíd lo que aconteció a Santa Potamiena, que vivió en tiempos de la persecución de Maximiniano (2). Aquella joven era esclava de un señor disoluto y libertino, el cual continuamente la estaba solicitando. Mas ella prefirió sufrir toda suerte de crueldades y suplicios antes que consentir a las solicitudes de aquel señor infame. Enfurecido éste al ver que nada podía lograr, la entregó, como cristiana, en manos del gobernador, a quien prometió una fuerte recompensa para el caso de que la conquistase para sus infames apetitos. El juez mandó comparecer a aquella virgen ante su tribunal, y viendo que ninguna amenaza podía hacerla cambiar de sentimientos, sometiéndola a todo cuanto su rabia supo inspirarle. Mas Dios, que jamás abandona a los que a El se consagran, concedió tantas fuerzas a la joven mártir, que parecía insensible a todos los tormentos a

(1) Ribadeneyra, 5 febrero.

(2) Ribadeneyra, 28 de junio.

que hubo de someterse. No pudiendo, aquel juez inicuo, vencer su resistencia, mandó poner sobre una grande hoguera una caldera llena de pez, y le dijo : «Mira lo que te está preparado si no obedeces a tu señor». Y la santa joven respondió sin vacilar : «Prefiero sufrir todo cuanto pueda inspiraros vuestro furor antes que obedecer a la infame voluntad de mi amo ; además, nunca habría yo creído que un juez fuese injusto hasta el punto de mandarme obedecer a los propósitos de un amo disoluto». Irritado el tirano al oír esta respuesta, mandó arrojarla a la caldera. «A lo menos disponed, dijo ella, que sea arrojada allí vestida. Ahora veréis las fuerzas que el Dios a quien adoramos, concede a los que sufren por El». Después de tres horas de suplicio, entregó Potamiena su alma al Criador, y así ganó la doble palma del martirio y de la virginidad.

¡ Ay ! H. M., ¡ cuán desconocida en el mundo es esa virtud, cuán poco la apreciamos, cuán poco cuidado ponemos en conservarla, cuán negligentes somos en pedirla a Dios, habida cuenta que no podemos obtenerla por nosotros mismos ! ¡ No, no la conocemos esa hermosa y amable virtud, la cual tan fácilmente gana el corazón de Dios, tan hermoso esplendor comunica a nuestras buenas obras, tan por encima de nosotros mismos nos levanta, y nos hace vivir en la tierra una vida tan semejante a la de los ángeles del cielo !...

No, H. M., ella no es conocida de esos *infames e impúdicos viejos*, que se arrastran, se revuelcan y se anegan en el lodazal de sus torpezas, cuyo corazón es semejante a los... sobre la cumbre de los montes... encendidos y abrasados por ese impuro fuego. ¡ Ay ! lejos de esforzarse en extinguirlo, lo avivan continuamente con sus miradas, con sus pensamientos, con sus deseos y con sus actos. ¿ Cómo estará la pobre alma al comparecer ante Dios que es la pureza misma ? No, H. M., esa hermosa virtud no es conocida de aquellas

personas cuyos labios no son más que una boca y un tubo de que se sirve el infierno para vomitar sobre la tierra sus impurezas, y con las cuales dichos desgraciados se nutren como si fuesen su pan cotidiano. ¡ Ay ! ; su pobre alma es sólo objeto de horror para el cielo y para la tierra ! No, H. M., esa amable virtud no es tampoco conocida de aquellos jóvenes cuyos ojos y cuyas manos están manchados por miradas y... (1). ¡ Oh Dios ! ; a cuántas almas arrastra al infierno ese pecado !... No, H. M., esa virtud no es conocida de aquellas jóvenes mundanas y corrompidas que tanto se afanan por atraer a sí las miradas de las gentes ; que, por sus atavíos exagerados e indecentes, dan públicamente a entender que son infames instrumentos de que se sirve el infierno para perder las almas : ¡ esas almas que tantos trabajos, lágrimas y tormentos costaron a Jesucristo !... Miradlas a esas desgraciadas, y veréis su cabeza y su pecho rodeados de mil demonios, ¡ Oh Dios mío ! ; cómo puede sostener la tierra a tales secuaces del infierno ? ¡ Y lo más triste y doloroso es ver cómo las madres las toleran en un estado tan indigno de una cristiana ! Al ver esto, casi me atrevería a decir que tales madres no valen más que sus hijas. ¡ Ay ! ese corazón desgraciado y esos ojos impuros vienen a ser una fuente emponzoñada que causa la muerte a quien los mira o los escucha. ¡ Cómo tales monstruos se atreven a presentarse ante un Dios tan santo y tan declaradamente enemigo de la impureza ! ¡ Ay ! su vida miserable no viene a ser otra cosa que un montón de grasa que están amasando para cebar el fuego del infierno por toda una eternidad. Mas, H. M., dejemos ya esta materia tan enojosa y poco grata para el cristiano, cuya pureza debe remedar la del mismo Jesucristo ; y volvamos a esa hermosa virtud

(1) Oculos habentes plenos adulterii et incessabilis delicti (II Petr., II, 14).

de la pureza que nos levanta hasta el cielo, que nos franquea la entrada en el corazón adorable de Jesucristo, y nos atrae toda suerte de bendiciones espirituales y temporales.

II. — Hemos dicho, H. M., que esa virtud es de un valor muy grande a los ojos de Dios ; mas hemos de afirmar también que no carece de enemigos que se esfuerzan por arrebatárnosla. Hasta podríamos decir que casi todo cuanto nos rodea está conspirando para robárnosla. El demonio es uno de los enemigos más temibles ; viviendo él en medio de la hediondez de los vicios impuros y sabiendo que no hay pecado que tanto ultraje a Dios, y conociendo además lo agradable que es a Dios el alma pura, nos tiende toda suerte de lazos para arrebatarnos esta virtud. Por su parte, el mundo, que sólo busca sus regalos y placeres, labora también para hacérmola perder, muchas veces bajo la capa de amistad. Pero podemos afirmar que el más cruel y peligroso enemigo somos nosotros mismos, esto es, nuestra carne, la cual habiendo quedado ya maleada y corrompida por el pecado de Adán, nos induce furiosamente a la corrupción. Si no estamos constantemente sobre aviso, pronto nos abrasa y devora con sus llamas impuras. — Pero, me diréis, puesto que es muy difícil conservar una virtud tan preciosa a los ojos de Dios, ¿qué es lo que debemos hacer ? — Ved aquí los medios de conservarla, H. M. El primero es ejercer una gran vigilancia sobre nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos ; el segundo, recurrir a la oración ; el tercero, frecuentar dignamente los sacramentos ; el cuarto, huir de todo cuanto pueda inducirnos al mal ; el quinto, ser muy devotos de la Santísima Virgen. Observando todo esto, a pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos, a pesar de la fragilidad de esa virtud, tendremos la seguridad de conservarla.

He dicho 1.º que debemos vigilar nuestras miradas ; lo cual es muy cierto, pues vemos, por experiencia, a muchos que cayeron por una sola mirada, y no se levantaron ya jamás... (1). No os permitáis nunca libertad alguna sin ser ella verdaderamente necesaria. Primero sufrir cualquiera incomodidad antes que exponeros al pecado...

2.º Nos dice San Jaime que esta virtud viene del cielo y que jamás llegaremos a obtenerla si no la pedimos a Dios (2). Debemos, pues, suplicar a Dios con frecuencia que nos dé la pureza en los ojos, en las palabras y en las acciones.

3.º He dicho, en tercer lugar, que, si queremos conservar esa hermosa virtud, debemos recibir a menudo y dignamente los santos sacramentos ; de lo contrario jamás alcanzaremos tal dicha. Jesucristo no sólo instituyó el sacramento de la Penitencia a fin de perdonarnos los pecados, sino además para darnos fuerzas con que combatir al demonio. Lo cual se comprende fácilmente. ¿Quién será, en efecto, que habiendo hecho hoy una buena confesión, se dejará vencer por las tentaciones? El pecado, con todo el placer que encierra, le causaría horror. ¿Quién habrá que, al poco tiempo de haber comulgado, pueda consentir, no digo ya en un acto impuro, sino tan sólo en un mal pensamiento? ¡ Ah ! el divino Jesús que mora entonces en su corazón, le hace muy bien comprender lo infame que es ese pecado, y cuánto le desagrada y cuánto le aparta de El. Sí, H. M., el cristiano que frecuenta santamente los sacramentos podrá ser tentado, mas difícilmente pecará. En efecto, cuando tenemos la gran dicha de recibir

(1) *Propter speciem mulieris multi perierunt* (Prov., IX, 9).

(2) Salomón, y no el apóstol San Jaime, dice : *Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cuius esset hoc donum : adii Dominum, et deprecatus sum illum* (Sap., VIII, 21).

el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿no sentimos extinguirse en nuestro corazón el fuego impuro? La Sangre adorable que corre por nuestras venas, ¿qué menos hará que purificar nuestra sangre? La carne sagrada que se mezcla con la nuestra, ¿no la diviniza en cierta manera? ¿No parece nuestro cuerpo retornar a aquel primer estado en que se hallaba Adán antes de pecar? ¡Ah! ¡esa Sangre adorable «que engendró tantas vírgenes!...» (1). Tengamos por cierto, H. M., que, dejando de frecuentar los sacramentos, a cada momento caeremos en pecado.

Además, para defendernos del demonio, hemos de evitar la compañía de aquellas personas que pueden inducirnos al mal. Ved lo que hizo José, al ser tentado por la mujer de su amo: dejóle el manto entre sus manos, y huyó para salvar su alma (2). Los hermanos de Santo Tomás de Aquino viendo con malos ojos que su hermano se consagraba a Dios, a fin de estorbar su propósito, le encerraron en un castillo e hicieron entrar allí una mujer de mala vida para que intentase corromperle. Viéndose en tal apuro por la desvergüenza de aquella malvada criatura, tomó un tizón encendido, y con él la arrojó ignominiosamente de su aposento. A la vista del peligro a que había estado expuesto, oró con tan copioso llanto, que Nuestro Señor le concedió el precioso don de continencia, o sea, de no ser jamás tentado contra esa hermosa virtud (3).

Ved lo que hizo San Jerónimo para poder conservar la pureza; miradle en el desierto abandonarse a todos los rigores de la penitencia, a las lágrimas y a las duras maceraciones de su carne (3). Aquel gran Santo nos

(1) Vinum germinans virgines (Zach., IX, 17).

(2) Gen., XXXIX, 12.

(3) Ribadeneyra, 7 marzo.

(4) Vida de los Padres del desierto, t. V, p. 264.

refiere (1), además, la victoria alcanzada por un joven virtuoso, en una lucha quizá única en la historia, en tiempos de la cruel persecución del emperador Decio. Este tirano, después de haber sometido al joven a todas las pruebas que el demonio le inspirara, pensó que, si lograba hacerle perder la pureza del alma, tal vez le conduciría fácilmente a renunciar a su religión. A este objeto mandó que fuese llevado a un jardín de delicias, lleno de rosas y lirios, junto a un riachuelo de aguas cristalinas y juguetonas, bajo la sombra de corpulentos árboles agitados por deliciosa y suave brisa. Una vez allí, le pusieron en un lecho de plumas; atáronle con ligaduras de seda, y le dejaron solo. Entonces hicieron que se acercase a él una cortesana, vestida muy rica y provocativamente. Y comenzó a incitarle al mal con toda la impudencia y las provocaciones que la pasión puede inspirar. Aquel pobre joven que hubiera dado mil veces su vida antes que manchar la pureza de su hermosa alma, hallábase sin defensa, pues estaba atado de pies y manos. No sabiendo cómo resistir a los ataques de la voluptuosidad, impulsado por el espíritu de Dios, cortóse la lengua con los dientes y la escupió al rostro de aquella mujer; lo cual causó a ésta tanta confusión, que la obligó a huir. Este hecho nos muestra cómo nunca permitirá Dios que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.

Ved también a San Martiniano, que vivió en el siglo iv (2). Después de haber morado veinticinco años en el desierto, vióse expuesto a una ocasión muy próxima de pecar. Había ya consentido de pensamiento y de palabra. Mas Dios le tocó el corazón y acudió en su auxilio. Concibió entonces un tan hondo pesar del pecado que iba a cometer, que, entrando en seguida en

(3) S. Hieron., *Vita S. Pauli, primi Eremitae*, 3.

(1) Ribadencyra, 13 febrero.

su celda, encendió fuego, y puso en él sus pies. El dolor que experimentaba y el remordimiento del pecado, hacíanle exhalar horribles gritos. Zoé, la mujer malvada, que había ido allí a tentarle, al oír los gritos corrió para ver lo que sucedía ; y quedó tan conmovida ante aquel espectáculo, que, lejos de pervertir al santo, ella se convirtió. Y pasó el resto de su vida en las lágrimas y en la penitencia. En cuanto a San Martiniano, permaneció siete meses echado en el suelo sin poder moverse, a causa de las heridas de sus pies. Una vez curado, retiróse a otro desierto, donde no hizo más que llorar durante toda su vida, pensando en el peligro que corriera de perder su alma. Aquí veis, H. M., lo que los santos hacían ; aquí veis los tormentos a que se sometieron antes que perder la pureza de su alma. Tal vez eso os extrañe ; mas lo que debería extrañaros es la poca estima en que tenéis a tan hermosa virtud. ¡ Ay ! ¡ tan deplorable desdén proviene de no conocer su verdadero valor !

Digo, finalmente, que debemos profesar una ferviente devoción a la Santísima Virgen, si queremos conservar esta hermosa virtud ; de lo cual no nos ha de caber duda alguna, si consideramos que ella es la reina, el modelo y la patrona de las vírgenes...

San Ambrosio llama a la Santísima Virgen señora de la castidad ; San Epifanio la llama princesa de la castidad, y San Gregorio reina de la castidad...

Oíd un ejemplo que nos pone de manifiesto cuánto protege la Santísima Virgen la castidad de los que en ella confían, hasta el punto de que no sabe denegarles nada de cuanto le piden. Un caballero muy devoto de la Santísima Virgen había construído una capilla en su honor, en una de las dependencias del castillo que habitaba. Nadie conocía la existencia de dicha capilla. Todas las noches, después del primer sueño, sin decir nada a su mujer, levantábase y dirigíase a la capilla

de la Virgen, para pasar allí lo restante de la noche... Su mujer estaba muy apesadumbrada del proceder del marido, pues creía ella que salía de noche para entrevistarse con mujeres de mala vida. Cierta día, la esposa no pudo soportar ya por más tiempo aquel secreto sufrimiento y dijo a su marido que muy bien se veía que tenía otra mujer preferida. El marido, pensando en la Santísima Virgen, le contestó afirmativamente. Esta respuesta hirió vivamente los sentimientos de aquella mujer, y viendo que su marido no cambiaba de conducta, en un arrebato de pesar, se suicidó clavándose un puñal en el pecho. Al volver de la capilla el marido, halló al cadáver de su mujer bañado en sangre. Afligido en extremo ante aquel espectáculo, cerró con llave la puerta de su cuarto, y se dirigió de nuevo a la capilla de la Virgen, y allí, desconsolado y lloroso, prosternóse ante aquella santa imagen, exclamando: «Ya veis, oh Santísima Virgen, que mi esposa se ha suicidado porque venía yo por la noche a permanecer en vuestra compañía. Ya veis que mi mujer está condenada; ¿la dejaréis ardiendo en las llamas, cuando se ha suicidado desesperada a causa de mi devoción para con Vos? Virgen santa, refugio de los afligidos, servíos devolverle la vida; mostrad cuánto os place hacer bien a todos. No saldré yo de aquí hasta que me hayáis alcanzado esta gracia de vuestro divino Hijo». Mientras se hallaba abstraído en sus lágrimas y oraciones, una criada le estaba buscando y llamándole, diciéndole que la señora pedía por él. Y el caballero le dijo: «¿Estás segura de que es ella quien me llama?»—«Escuchad su voz, dijo la criada». La alegría del caballero fué tan grande que no acertaba a separarse de la compañía de la Virgen. Por fin levantóse, llorando de alegría y de gratitud, y halló a su mujer en plena salud. De sus heridas sólo le quedaban las cicatrices, para que nunca olvidase tan gran milagro obrado por la protección de la Santísima

Virgen. Al ver entrar a su marido, abrazóle diciendo : « ¡ Ah, amado mío ! te estoy altamente agradecida por tu caridad en rogar por mí. Estaba ya en el infierno, condenada a arder eternamente, pues me había dado yo la muerte. ¡ Demos gracias, pues, a la Santísima Virgen por haberme sacado de tales abismos (1). ¡ Ah ! ¡ cuánto se sufre en aquel fuego ! ¡ quién podrá decirlo y sobre todo comprenderlo ! » Quedó tan agradecida por aquel prodigioso favor, que pasó el resto de su vida en las lágrimas y la penitencia ; no podía nunca relatar la gracia que la Virgen le había alcanzado de su divino Hijo, sin llorar a lágrima viva, y no tenía otro deseo sino manifestar a todos cuán poderosa es la Santísima Virgen para socorrer a los que en ella confían.

Decidme, H. M., si la Virgen Santísima tiene poder hasta para arrancar del infierno a las almas, ¿ podremos abrigar duda alguna de que nunca dejará de concedernos cuantas gracias le pidamos, a nosotros que estamos aún en la tierra, lugar propicio para la misericordia del Hijo y para la compasión de la Madre ? Siempre que tengamos que pedir una gracia a Dios, dirijámonos a la Virgen Santa, y con seguridad seremos escuchados. ¿ Queremos salir del pecado, H. M., ? acudamos a María ; ella nos tomará de la mano y nos conducirá a la presencia de su divino Hijo para recibir de El el perdón. ¿ Queremos perseverar en el bien ?

(1) Este y otros ejemplos edificantes, que suelen hallarse en los libros de piedad, de muertos condenados, que, por la intercesión de un bienaventurado o por las oraciones de alguna alma santa, volvieron a la vida y a la gracia, dado que sean verdaderos hechos históricos, nada dicen contra la eternidad e irremisibilidad de las penas del infierno, ni contra el uso general de la Iglesia de no rogar por los condenados. Se trataría en estos casos no de una sentencia firme y definitiva de condenación eterna, sino de una sentencia provisional, atendidos los méritos actuales del difunto, que en los designios de Dios está previsto que ha de resucitar, por especial privilegio. Es doctrina del Angélico Doctor en el Suplemento de su Suma Teológica, cuestión 71, art. 5, ad 5.º, donde se ocupa del caso del emperador Trajano, referido por San Gregorio y San Juan Damasceno,

dirijámonos a la Madre de Dios; ella nos cobijará bajo su manto protector, y contra nosotros nada podrá el infierno. ¿Queréis de ello una prueba? Vedla aquí: leemos en la vida de Santa Justina (1), que cierto joven sintió por ella vehemente amor; y viendo que nada podía obtener con sus solicitudes, acudió a un sujeto llamado Cipriano, el cual tenía tratos con el demonio. Prometióle una cantidad de dinero para el caso de que lograrse hacer que Justina consintiese en lo que él deseaba. Al momento la joven se sintió fuertemente tentada contra la pureza; mas ella acudió en seguida a la protección de la Virgen, y con ello lograba siempre ahuyentar al demonio. El joven aquel preguntó a Cipriano por qué no podía ganar a la doncella, y éste a su vez se dirigió al demonio y le echó en cara su escaso poder en aquel caso, cuando en otros parecidos había siempre satisfecho sus designios. — El demonio le contestó: «Es verdad, pero ello es porque la joven acude a la Madre de Dios; y, en cuanto comienza a orar, pierdo todas mis fuerzas y no puedo ya nada». Admirado Cipriano, al ver que quien recurre a la Santísima Virgen resulta tan terrible al mismo infierno, se convirtió y murió santo y mártir.

Terminaré diciendo que, si queremos conservar la pureza de alma y cuerpo, debemos mortificar la imaginación; nunca hemos de permitir que nuestro espíritu divague pensando en aquellos objetos que nos llevan al mal, y poner también mucho cuidado en no ser para los demás ocasión de pecado, ya con nuestras palabras, ya con la manera de vestirnos: esto principalmente por lo que hace a las personas del sexo femenino. Si nos ocurre hallarnos ante una mujer indecentemente vestida, debemos apartar en seguida nuestra vista, y no hacer como aquellos desgraciados que

(1) Ribadeneira, 26 septiembre.

con mirada impúdica fijan en ella sus ojos tanto tiempo cuanto le place al demonio. Hemos de mortificar nuestros oídos: nunca debemos oír con gusto palabras ni canciones inmundas. ¡ Ah ! Dios mío, ¿ cómo se explica que tantos padres y madres, tantos amos y señoras, en las veladas de invierno, en los trabajos, oigan sin protesta las más infames canciones, vean cometer actos que escandalizarían a los paganos, sin que se resuelvan a impedirlos, bajo el pretexto de que son bagatelas ? ¡ Ah, desgraciados ! el Señor os está esperando para el gran día de las venganzas... ¡ Ay ! ¡ cuántos pecados habrán cometido por vuestra culpa vuestros hijos y servidores !...

« Bienaventurados, nos dice Jesucristo, los que tienen puro su corazón, pues ellos verán a Dios. » ¡ Cuán dichosos los que tienen la fortuna de poseer esta hermosa virtud ! ¿ No son ellos los amigos de Dios, los preferidos de los ángeles, los hijos mimados de la Santísima Virgen ? Pidamos frecuentemente a Dios, H. M., por intercesión de nuestra Santísima Madre, que nos dé un alma y un corazón puros y un cuerpo casto ; y así tendremos la dicha de agradar a Dios en esta vida, y poder glorificarle durante la eternidad : lo cual a todos deseo...

DOMINGO DÉCIMOCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA TIBIEZA

Sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te vomere ex ore meo.

Mas porque eres tibio, y no frío, ni caliente, comienzo ya a vomitarte de mi boca.

(Apoc., III, 16.)

¿Podremos, H. M., oir sin temblar, de boca del mismo Dios, una tal sentencia, proferida contra un obispo que parecía cumplir perfectamente todos los deberes de un digno ministro de la Iglesia? Su vida era arreglada, no malgastaba sus bienes. Lejos de tolerar los vicios, se oponía a ellos con tesón; en nada daba mal ejemplo, y su vida parecía digna de ser imitada. Sin embargo, a pesar de todo esto, vemos que el Señor le advierte, por ministerio de San Juan, que, si continúa viviendo de aquella manera, le rechazará, esto es, le castigará y reprobará. Sí, H. M., tanto más espantoso es este ejemplo cuanto son muchísimos los que siguen tal camino, viven del mismo modo, y tienen su salvación muy insegura. ¡Ay! H. M., ¡cuán grande es el número de los que a los ojos del mundo no son tenidos por pecadores reprobados, ni pertenecen tampoco a los escogidos! ¿Por cuál de esos caminos andamos? ¿Seguimos la recta vía? Lo que más debe espantarnos es que no lo sabemos. ¡Horrible incertidumbre!... Probemos, sin embargo, de investigar si sois tan desgraciados

que pertenezcáis al número de los tibios. Voy pues : 1.º, a mostraros las señales por las cuales podréis conocerlo, y 2.º, si pertenecéis a tal clase, os indicaré los medios de salir de ella.

I. — Al hablaros hoy, H. M., del estado espantoso de un alma tibia, no es mi propósito haceros la pintura horrible y desesperante del alma que vive en pecado mortal, sin deseos de salir de él ; esta *pobre desgraciada* ya no es sino una víctima de la cólera de Dios para la otra vida. ¡ Ay ! esos pecadores me están escuchando, y saben bien a quiénes me refiero en estos momentos... No hablemos más de esto, pues cuanto dijéramos sólo serviría para acrecentar su endurecimiento de corazón. Al hablaros del alma tibia, H. M., no quiero referirme tampoco a los que *no confiesan ni cumplen la Pascua*; saben ellos muy bien que, a pesar de todas sus oraciones y buenas obras, están perdidos. Dejémoslos en su ceguera, ya que en ella quieren permanecer. — Pero, me dirá alguno, ¿ es que aquellos que se confiesan, cumplen la Pascua y comulgan con frecuencia, no se salvarán ? — Cierto que no todos, amigo mío ; pues, si se salvaran la mayoría de los que frecuentan los sacramentos, habríamos de convenir en que el número de los escogidos no es tan pequeño como realmente será. Sin embargo, reconozcámoslo : cuantos tengan la dicha de llegar al cielo, serán escogidos entre los que frecuentan los sacramentos, mas nunca entre los que *ni cumplen la Pascua ni se confiesan*. — ¡ Ah !, me dirás entonces, si todos los que *no se confiesan ni cumplen la Pascua* se condenan, ¡ grande será el número de los réprobos ! — Sí, no hay duda que será grande. Y por más que digas, si vives como pecador, serás también contado en ese número. Mas ¿ no te hace temblar tal pensamiento ?... Si no llegaste al último grado de endurecimiento, al pensar en esto debieras estreme-

certe y casi *desesperarle*. ¡ Ay ! ¡ Dios mío ! ¡ cuán desdichada la persona que ha perdido la fe ! Lejos de aprovecharse de estas verdades, esos pobres ciegos se burlarán de ellas ; y no obstante, digan lo que digan, pasará lo que yo os anuncio : sin confesión ni cumplimiento Pascual, no habrá cielo ni felicidad eterna. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán horrible ceguera la del pecador !

No entiendo tampoco, H. M., por alma tibia la que quisiera pertenecer al mundo sin empero dejar de ser de Dios : la que ahora veréis postrarse delante de Dios, su Salvador y Maestro, y más tarde la veréis postrarse ante el mundo, su ídolo. ¡ Pobre ciego, el que tiende una mano a Dios y otra al mundo, llamando a los dos en su auxilio, prometiendo a ambos su corazón ! Ama a Dios, o a lo menos quiere amarle ; pero también quisiera agradar al mundo. Cansado de esforzarse en ser de ambos, acaba por entregarse exclusivamente al mundo. Vida extraordinaria la suya, la cual nos ofrece tan singular espectáculo, que uno no llega a convenirse de que se trate de la vida de una misma persona. Voy a mostraros ese espectáculo de una manera tan clara, que tal vez muchos de vosotros os tendréis por ofendidos ; mas ello poco me importa, yo os diré siempre lo que debo y vosotros haréis lo que bien os plazca.

Digo, H. M., que aquel que quiere ser del mundo sin dejar de pertenecer a Dios lleva una vida tan extraordinaria, que las diferentes circunstancias que la rodean son difíciles de conciliar. Decidme : ¿ os atreveríais a creerlo que esa joven que veis en esas partidas de placer, en esas reuniones mundanas, en las que siempre triunfa el mal en daño del bien, entregándose a todo cuanto puede desear un corazón maleado y pervertido, es la misma que, no hace aún quince días o un mes, visteis postrada ante el tribunal de la Penitencia, confesando sus culpas, haciendo ante Dios protestas de estar dispuesta a morir antes que recaer en pecado ?

¿No es aquella misma que visteis acercarse a la Sagrada Mesa con los ojos bajos y la plegaria en los labios? ¡Oh Dios mío! ¡qué horror! ¿Podremos pensar en ello sin morir de compasión? ¿Creeréis, H. M., que aquella madre que, hará unas tres semanas, enviaba a su hija a confesarse y, muy razonablemente, le recomendaba que considerase seriamente lo que iba a hacer, y al mismo tiempo le entregaba un rosario o un libro; hoy la instiga a ir a un baile, a un casamiento o a una fiesta de esponsales? Las mismas manos que le entregaban un libro piadoso, se están ahora ocupando en componer sus atavíos para mejor parecer ante el mundo. Decidme, H. M.: ¿no es esa persona que esta mañana estaba en el templo cantando las alabanzas del Señor, la misma que ahora emplea aquella misma lengua en cantar canciones infames y sostener las más torpes conversaciones? ¿No es éste aquel dueño o padre de familia que no ha mucho estaba oyendo la Santa Misa con gran reverencia, cual si quisiese emplear muy santamente el domingo, el mismo que ahora está trabajando y haciendo trabajar a toda su dependencia? ¡Oh Dios mío! ¡qué horror! ¿cómo pondrá Dios todo esto en orden el día del juicio? ¡Ay! ¡cuántos cristianos condenados!

Y digo más, H. M.: aquel que quiere agradar al mundo y a Dios, lleva una vida de las más desdichadas. Ahora vais a ver cómo. Ved aquí una persona que frecuenta los placeres, o que ha contraído algún mal hábito; ¿cuál no ha de ser su temor mientras cumple sus deberes religiosos, es decir, mientras ora, se confiesa o comulga? No quisiera ser vista de aquellos con quienes danzó, en cuya compañía pasó las noches en la taberna, y con los cuales se entregó a toda suerte de desórdenes. Ha llegado hasta a engañar a su confesor, ocultándole lo peor de sus culpas, y de esta manera ha obtenido permiso para comulgar, o mejor, para come-

ter un horrendo sacrilegio; su gusto sería comulgar antes o después de la Santa Misa, o sea cuando en la iglesia no hay nadie. Aunque también le complace ser vista de las personas buenas, que ignoran su mala vida, y a las cuales espera hacer concebir ventajosa opinión de sí misma. Con las personas piadosas habla de religión, mas con la gente irreligiosa sólo se ocupa de placeres mundanos. Se avergonzaría de cumplir sus prácticas religiosas delante de los compañeros o compañeras de sus desórdenes. Es esto tan cierto, que un día alguien llegó a pedirme que le diese la sagrada comunión en la sacristía, para que no lo viese nadie. ¡Qué horror! H. M., ¿podremos considerar sin estremecernos tal manera de proceder?

Mas sigamos adelante, y veremos los apuros y compromisos de esas personas que quieren seguir al mundo, sin dejar tampoco a Dios, a lo menos en apariencia. He aquí que se acerca el tiempo del cumplimiento pascual. Es preciso ir a confesar; no es que lo deseen, ni que de ello sientan necesidad; antes, a ser posible, quisieran que la Pascua viniese sólo cada treinta años. Mas sus padres conservan aún la práctica exterior de la religión, y se hallan satisfechos al ver que sus hijos se acercan a la Sagrada Mesa, y casi los fuerzan a confesarse: en lo cual no obran bien, por cierto. Rueguen por ellos enhorabuena, mas no los inquieten, para llegar por fin a un sacrilegio; ¡ay! ¡ya se hubieran bastado ellos solos! Para librarse de la importunidad de sus padres, para salvar las apariencias, esas personas se confabularán para tratar del confesor de quien mejor pueden esperar el ser absueltas la primera o la segunda vez. «He aquí, dirá uno, que hace ya muchos días que mis padres me están importunando para que vaya a confesar. ¿Dónde iremos, pues?» — «No podemos ir a nuestro párroco, pues es muy escrupuloso, y no nos dejaría cumplir la Pascua. Iremos a ver a fulano. El absolvió a éstos y

aquéllos que ciertamente llevan realizadas más hazañas que nosotros». Otro dirá : «Te aseguro que, si no fuese por mis padres, no cumpliría el precepto pascual ; pues el catecismo nos dice que, para hacer una buena confesión, es preciso dejar el pecado y las ocasiones de pecar, y nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro. Háblote sinceramente, me hallo muy apurada cada vez que llega la Pascua. Estoy descando *estar colocada*, para dejar definitivamente esa vida de doblez. Entonces haré una confesión de toda mi vida, para reparar las que ahora estoy haciendo ; de lo contrario no moriría contenta». — «A mi parecer, le contestará su interlocutora, deberías volver al mismo con quien te confesaste hasta el presente, pues te conocerá mejor.» — «¡ Ah ! eso sí que no ; iré al otro que no me quiso absolver, porque no quería llevarme a la condenación». — «¡ Ah, tonta ! ¿ qué importa eso ?, todos tienen el mismo poder». — «Esto es lo que se dice cuando se está bueno y se mira la muerte de lejos ; mas, en cuanto una se pone enferma, ve las cosas de muy distinta manera. Fuí un día a visitar a fulana, que estaba muy enferma ; me dijo que jamás volvería a confesarse con aquellos sacerdotes tan fáciles en absolver, pues, queriéndolos salvar, os arrojan al infierno». Mirad de qué manera se portan esos pobres ciegos. «Padre mío, dicen, al sacerdote, vengo a confesarme con usted, porque nuestro párroco es demasiado escrupuloso. Quiere hacernos prometer cosas que no podemos cumplir ; quisiera él que fuésemos santos, y esto no es posible en este mundo. Quisiera que nunca pusiésemos el pie en una sala de baile, que nunca frecuentásemos las tabernas y casas de juego. Si alguien ha contraído algún mal hábito, no concede la absolución hasta que se haya enmendado en absoluto. Si debiésemos seguir sus órdenes, jamás podríamos cumplir la Pascua. Mis padres, que son muy religiosos, siempre me están importunando porque no cumplo

la Pascua. Haré cuanto pueda ; pero es imposible asegurar que jamás volveré a las diversiones citadas, pues uno no sabe en qué ocasiones se ha de encontrar». — «¡ Ah !, le dirá el confesor, engañado por ese lenguaje, bien veo que tu párroco es un poco escrupuloso. Reza el acto de contrición ; yo te absolveré, mas procura ser bueno». Esto es, inclina tu cabeza ; vas a hollar la Sangre adorable de Jesucristo, vas a vender a tu Dios, como Judas le vendió a sus verdugos, y mañana comulgarás, o mejor, le crucificarás. ¡ Oh horror ! ¡ oh abominación ! ¡ Anda, infame Judas, anda a la Sagrada Mesa ; ve a dar muerte a tu Dios y a tu Salvador ! Deja clamar a tu conciencia ; mira de ahogar los remordimientos en cuanto te sea posible... Mas, H. M., yo me extendiendo demasiado ; dejemos a esos pobres ciegos en las tinieblas donde moran.

Pienso, H. M., que estáis descando saber en qué consiste el estado de un alma tibia. Pues vedlo aquí : El alma tibia no está aún absolutamente muerta a los ojos de Dios, ya que no están enteramente extinguidas en ella la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen su vida espiritual. Pero su fe es una fe sin celo ; su esperanza, una esperanza sin firmeza, y su caridad, una caridad sin ardor. Voy ahora a pintaros el retrato de un cristiano fervoroso, esto es, de un cristiano que desea verdaderamente salvar su alma, en parangón con el de una persona que lleva una vida tibia en el servicio de Dios. Pongámoslos uno al lado del otro, y podréis ver a cuál de los dos os asemejáis. El buen cristiano no se contenta con creer todas las verdades de nuestra santa religión, sino que además las ama, las medita, busca todos los medios de penetrarlas mejor ; le gusta oír la palabra de Dios ; cuanto más la oye, mayores deseos tiene de volver a oirla, pues desea aprovecharse de ella, esto es, evitar todo cuanto Dios le prohíbe, y practicar todo cuanto Dios le manda. Nunca los sermones le pa-

recen demasiado largos ; antes al contrario, aquellos momentos son para él los más dichosos, pues entonces viene en conocimiento de cuanto debe practicar para ir al cielo y salvar su alma. No solamente cree que Dios ve todas sus acciones y las juzgará a la hora de la muerte ; sino que además tiembla cuantas veces le viene el pensamiento de que un día habrá de dar cuenta de toda su vida ante un Dios que no tendrá misericordia para el pecado. Y no se contenta con pensar y temer, sino que todos los días trabaja en enmendarse, todos los días inventa nuevas maneras de mortificarse ; tiene en nada todo cuanto ha hecho hasta el presente ; se lamenta de haber perdido un tiempo tan precioso, durante el cual hubiera podido atesorar grandes riquezas para el cielo.

¡ Cuán diferente es el cristiano que vive en la tibieza ! No deja de creer todas las verdades que la Iglesia enseña, mas de una manera tan débil, que en ello casi no toma parte su corazón. No duda de que Dios le ve, de que está siempre en su santa presencia ; pero, a pesar de ese pensamiento, no es ni más bueno ni menos pecador ; cae en pecado con tanta facilidad cual si no creyese en nada ; está muy persuadido de que, mientras viva en tal estado, es enemigo de Dios ; mas no por eso sale del mismo. Sabe que Jesucristo dió al sacramento de la Penitencia el poder de perdonar nuestros pecados y de acrecentar nuestra virtud. Sabe que dicho sacramento nos concede gracias proporcionadas a las disposiciones con que nos acercamos a recibirlo ; mas no importa : la misma negligencia, la misma tibieza en la práctica. Sabe que Jesucristo está real y verdaderamente en el sacramento de la Eucaristía, alimento absolutamente necesario para su alma ; sin embargo, ¡ mirad cuán poco desea recibirlo ! Sus confesiones y comuniones no son frecuentes ; solamente se determina con ocasión de alguna gran festividad, de un jubileo,

de una misión; o bien va para no distinguirse de los demás, pero no para alimentar su pobre alma. No solamente no trabaja para merecer una tal dicha, sino que ni tan sólo envidia la suerte de los que se acercan frecuentemente a gustar de sus dulzuras. Si le habláis de las cosas de Dios, os responderá con una indiferencia que muestra bien a las claras cuán insensible sea su alma a los bienes que nos puede proporcionar nuestra santa religión. Nada le conmueve: escucha la palabra de Dios, es cierto, pero no es raro el caso en que se fastidie; la escucha con pena, por costumbre, cual una persona que cree saber ya bastante, y portarse lo suficientemente bien para no necesitar tales instrucciones. Las oraciones demasiado largas le molestan. Su espíritu está aún absorbido por las obras que acaba de ejecutar, o por las que va a comenzar terminada la oración; se fastidia tanto, que su pobre alma parece estar en la agonía: vive aún, pero ya no es capaz de hacer nada en orden al cielo.

La esperanza del buen cristiano es firme; su confianza en Dios es inquebrantable. Nunca pierde de vista los bienes y los males de la otra vida, tiene siempre presente en su espíritu el recuerdo de los sufrimientos de Jesucristo; su corazón casi no se ocupa en otra cosa. Unas veces piensa en el infierno, para considerar la magnitud del castigo que el pecado merece, y la desgracia de quien lo comete, lo cual le dispone a preferir la muerte al pecado; otras veces, para excitarse al amor de Dios y para sentir la grandeza de la dicha de quien ama más a Dios que a todas las cosas, fija su pensamiento en el cielo, y se representa la magnitud del premio de quien lo deja todo por Dios. Entonces sólo desea a Dios, sólo quiere a Dios: nada valen para él los bienes de este mundo; le gusta verlos despreciados, y los desprecia él mismo; los placeres mundanos le causan horror. Piensa que, siendo discípulo de un Dios

crucificado, su vida debe ser sólo una vida de lágrimas y de sufrimientos. La muerte no le atemoriza, pues sabe muy bien que sólo ella puede librarle de los males de esta vida y juntarle con Dios para siempre.

Mas el alma tibia está muy alejada de tales sentimientos. Los bienes y los males de la otra vida casi no le interesan : piensa en el cielo, es cierto, mas sin desear verdaderamente alcanzarlo. Sabe que el pecado le cierra las puertas de la celestial mansión ; a pesar de esto no procura corregirse, a lo menos de una manera eficaz ; por eso se la encuentra siempre ser la misma. El demonio la engaña haciéndole formar muchos propósitos de convertirse, de obrar mejor eg adelante, de ser más mortificada, más reservada en sus palabras, más paciente en sus penas, más caritativa para con el prójimo. Pero nada de esto cambia sensiblemente su vida : hace ya veinte años que se halla animada de buenos deseos, sin haber mejorado en nada sus costumbres. Se parece a una persona que sintiese deseos de pasear en carro triunfal, mas no se dignase ni tan sólo levantar el pie para subir a él. No quisiera renunciar a los bienes eternos por los bienes terrenales ; pero no desea ni abandonar la tierra, ni llegar al cielo, y si pudiese pasar esta vida sin penas ni tristezas, nunca pediría salir de este mundo. Si la oís quejarse de que esta vida es muy larga y despreciable, será porque las cosas no le andan como quisiera. Si el Señor, para forzarla en alguna manera a desligarse de esta vida, le envía penas y miserias, ya la tenemos inquieta, triste, abandonándose al llanto, a las quejas y muchas veces a una especie de desesperación. Parece como si no quisiese reconocer que es Dios quien le envía esas pruebas para su bien, para hacerle perder la afición a esta vida y atraerla a El. ¿Qué hizo ella para merecerlas ? piensa para sí ; otros mucho más culpables no se ven tan castigados.

En la prosperidad, no diremos que el alma tibia lle-

gue a olvidarse de Dios, mas tampoco se olvida de sí misma. Sabe referir muy bien todos cuantos medios empleó para salir con éxito ; piensa que muchos otros no habrían logrado lo que ella logró ; y se complace en repetirlo, y le gusta oírlo repetir ; cuantas veces lo oye, experimenta una nueva sensación de alegría. Con aquellos que la lisonjean, toma un aire jovial ; mas con los que no le tuvieron el respeto que cree merecer, con los que no se mostraron agradecidos a sus favores, muestra siempre un gesto de frialdad e indiferencia, cual si continuamente les estuviese echando en cara su ingratitud.

El buen cristiano, en cambio, lejos de creerse digno de algo y capaz de la menor obra buena, sólo tiene ante sus ojos la humana miseria. Desconfía de quienes le adulan, cual si fuesen lazos que el demonio le tiende ; sus mejores amigos son aquellos que le dan a conocer sus defectos, pues sabe que, para enmendarse, es preciso conocerlos. En cuanto le es posible, huye las ocasiones de pecar ; teniendo siempre presente que la más leve cosa es capaz de hacerle caer, no fía nunca en sus solos propósitos, en sus fuerzas, ni tan sólo en su virtud. Conoce, por propia experiencia, que no es capaz de otra cosa que de pecar ; pone toda su esperanza y toda su confianza en sólo Dios. Sabe que el demonio a nadie teme tanto como al alma aficionada a la oración, y esto le mueve a hacer de su vida una oración continuada, mediante una íntima conversación con su Dios. Pensar en Dios le es cosa tan familiar como la respiración ; con gran frecuencia levanta su corazón a lo alto : se complace en pensar en Dios como en su Padre, su amigo, su Señor que le ama tiernamente y desea con anhelo hacerle feliz en este mundo y aun más en el otro. El buen cristiano, H. M., raras veces se ocupa de las cosas de la tierra ; si le habláis de ellas, se muestra tan indiferente como las gentes del mundo cuando se

les habla de los bienes de la otra vida. En una palabra, hace consistir su felicidad en las penas y aflicciones, en la oración, el ayuno y la práctica de la presencia de Dios. El alma tibia no pierde enteramente su confianza en Dios; pero no desconfía lo bastante de sí propia. Aunque se pone a menudo en ocasiones de pecar, piensa siempre que no va a caer. Si sobreviene la caída, la atribuye al prójimo y afirma que otra vez tendrá mayor firmeza.

Aquel que ama verdaderamente a Dios, H. M., y pone el mayor interés en la salvación de su alma, toma todas las precauciones posibles para evitar la ocasión de pecar. No se contenta con evitar las faltas graves, sino que pone gran diligencia en combatir las más leves culpas que en su conducta descubre. Considera siempre como un gran mal todo cuanto pueda desagradar a Dios en lo más mínimo; mejor dicho, aborrece todo cuanto desagrada a Dios. Figúrase como si estuviese al pie de una escalera, a cuya cima debe subir; ve que, para lograrlo, no hay tiempo que perder; por esto cada día adelanta de virtud en virtud hasta el momento de entrar en la eternidad. Es cual un águila que cruza los aires, o mejor, como un relámpago que no pierde nada de su rapidez desde que aparece hasta que se extingue. Sí, H. M., aquí tenéis lo que hace el alma que trabaja por Dios y desea verle. Como el relámpago, no encuentra límites ni retrasos, hasta que llegue a sepultarse en el seno de su Creador. ¿Por qué nuestro espíritu se traslada con tanta facilidad de una parte a otra del mundo? Para darnos a entender con cuánta rapidez debemos dirigirnos a Dios con nuestros pensamientos y deseos.

Mas no es éste el amor de Dios del alma tibia. No hallamos en ella esos deseos ardientes, ni esas llamas abrasadoras que nos hacen vencer todos cuantos obstáculos se oponen a la salvación. Para pintarlos, H. M., exa-
c-

talemente el estado del alma que vive en la tibieza, os diré que se parece a una tortuga o a un caracol. No anda, sino que se arrastra por la tierra, y apenas se la ve cambiar de sitio. El amor divino que siente en su corazón es semejante a una pequeña chispa de fuego, oculta en un montón de cenizas; ese amor se halla rodeado de tantos pensamientos y deseos terrenales, que, si no llegan a ahogarlo, impiden su incremento y poco a poco lo van extinguiendo. Cuando el alma tibia llega a este punto, permanece ya del todo indiferente ante tal pérdida. Su amor carece de ternura, de actividad, de energía, apenas capaz de mantenerla en la observancia de lo que es esencialmente necesario para salvarse; pero ella tiene por nada o muy poca cosa todo lo demás. ¡Ay! H. M., el alma vive en su tibieza como una persona en el estado de somnolencia. Quisiera obrar, pero su voluntad está tan debilitada que no tiene ánimo ni fuerza para cumplir sus deseos (1).

Cierto que el cristiano que vive en la tibieza cumple aún con bastante regularidad sus deberes, a lo menos en apariencia. Todas las mañanas rezará arrodillado sus oraciones; recibirá los sacramentos por la Pascua y aun muchas otras veces durante el año; mas todo ello con tanta displicencia, tanta dejadez y tanta indiferencia, con tal falta de preparación, con tan poca eficacia en el mejoramiento de su vida, que claramente se ve que cumple sus deberes sólo por hábito y por rutina; porque es tal fiesta y en ese día tiene la costumbre de practicar tal devoción. Sus confesiones y comuniones no serán sacrílegas, si queréis; pero son confesiones y comuniones sin fruto, las cuales, en vez de perfeccionarle a los ojos de Dios, le hacen aún más culpable. En cuanto a sus oraciones, sólo Dios sabe de qué ma-

(1) *Desideria occidunt pigrum; noluerunt enim quidquam manus eius operari; tota die concupiscit et desiderat (Prov., XXI, 25).*

nera son hechas : ¡ ay ! sin preparación. Por la mañana, no es de Dios de quien se ocupa, ni tampoco de la salvación del alma, sino solamente de trabajar. Su espíritu está tan lleno de las cosas de la tierra, que no queda en él lugar para el pensamiento de Dios. Piensa en lo que hará durante el día, dónde enviará sus hijos o sus criados, de qué manera emprenderá tal o cual obra. Para rezar, se arrodilla, es verdad ; mas no sabe ni lo que quiere pedir a Dios, ni lo que le es necesario, ni hasta delante de quién se halla ; claramente lo delatan sus modales tan faltos de respeto. Viene a ser un pobre que, aunque miserable, no quiere nada, se complace en su pobreza. Es un enfermo casi desahuciado, que desprecia los médicos y los remedios, y se complace en su enfermedad. Veréis a esa alma tibia no tener reparo alguno en hablar durante el curso de sus oraciones, bajo cualquier pretexto ; cualquier cosa se las hace abandonar, si bien pensando que las continuará más tarde. ¿ Quiere ofrecer a Dios el día, rezar el *benedicite*, dar las gracias ? Todo eso practica, es verdad ; pero muchas veces sin saber ni atender a quién habla. Quizá ni tan sólo deja su trabajo. ¿ Se trata de un hombre ? pues lo veréis entretenerse dando vueltas a su gorro o sombrero entre las manos, cual si mirase si es bueno o estropeado, cual si quisiera venderlo. ¿ Se trata de una mujer ? pues rezará mientras corta el pan para la sopa, echa leña al fuego, o bien yendo a la zaga de sus hijos o de sus sirvientas. Las distracciones en la oración no serán del todo voluntarias, si queréis ; preferiría no tenerlas ; pero, como para apartarlas debe hacerse cierta violencia, las deja ir y venir libremente.

El alma tibia quizá no pasa el día del domingo trabajando en obras que los que tienen menos religión consideran como prohibidas ; pero no tiene escrúpulo en remendar una prenda de ropa, en arreglar tal o cual cosa de uso doméstico, en enviar los pastores al campo

durante la hora de los oficios, bajo pretexto de que no tienen qué dar de comer al ganado; prefiere dejar perecer su alma y la de sus trabajadores a dejar perecer las bestias. Si es un hombre, reparará sus herramientas o sus vehículos para el día siguiente; irá a visitar sus tierras, tapaná un agujero, arreglará sus cuerdas, transportará cubos o los remendará. ¿Qué os parece, H. M.? ¿No es esto, ¡ay!, lo que sucede en realidad?...

El alma tibia se confesará aun todos los meses y quizá más a menudo. Pero, ¡ay! ¿qué confesiones? Sin preparación, sin descos de corregirse; y si los concibe, son ellos tan débiles que el primer soplo los echa por tierra. Sus confesiones no son más que una repetición de las pasadas, y aun gracias que no tenga nada que añadir. Hace ya veinte años se acusaba de lo que se acusa hoy; dentro veinte años, si aun se confiesa, repetirá lo mismo. El alma tibia no cometerá, si queréis, grandes pecados; pero, si se trata de una leve murmuración de una mentira, de un sentimiento de odio, de aborrecimiento, de celos, de un pequeño disimulo, con facilidad los comete. Si no la respetáis cual cree ser merecedora, os lo echará en cara so pretexto de que con ello se ofende a Dios; pero mejor diría que es porque ella misma se siente ofendida.

Cierto que no dejará de frecuentar los sacramentos, mas las disposiciones con que va a recibirlos inspiran lástima. El día en que quiere recibir a su Dios, pasará buena parte de la mañana pensando en sus negocios temporales. Si es un hombre, pensará en sus viajes o en sus ventas; si es una mujer, pensará en su hogar o en sus hijos; si es una joven, pensará en la manera de disponer sus atavíos; si es un muchacho, divagará acerca de ciertos frívolos placeres, etc. Encierra a su Dios en una cárcel sucia y oscura. No le da muerte, pero le deja en su corazón sin alegría, sin consuelo; todas sus disposiciones delatan que aquella pobre alma no tiene

más que un soplo de vida. Una vez recibida la Sagrada Comunión, el alma tibia casi no piensa en Dios más que los otros días. La manera de portarse nos da a entender que no se ha dado cuenta de la magnitud de su dicha.

La persona tibia reflexiona muy poco sobre el estado de su alma, y casi nunca vuelve la vista hacia el pasado; si le viene al pensamiento la necesidad de portarse mejor, cree que, una vez confesados sus pecados, debe permanecer perfectamente tranquila. Asiste a la Santa Misa casi como a un acto ordinario; no considera seriamente la alteza de aquel misterio, y no tiene inconveniente en conversar sobre cualquier cosa mientras se dirige al templo; quizá ni se le ocurrirá nunca pensar que va a participar del más grande de los dones, que Dios, con ser Dios, pudo otorgarnos. Piensa ciertamente en las necesidades de su alma, pero con debilidad de espíritu; muchas veces se presenta ante su Dios sin saber siquiera lo que ha de pedirle. No tiene el menor escrúpulo en omitir, bajo el menor pretexto, el *Passio*, la procesión, o el *Asperges* (1). Durante los oficios, no quiere dormirse, es cierto, y hasta teme que los demás lo adviertan; pero no se hace la menor violencia. Tampoco quisiera tener distracciones durante la oración o la Santa Misa; mas, como ello implicaría cierta lucha, las tolera con paciencia, aunque no las desee. Los días de ayuno casi no los distingue, pues o bien adelanta la hora de la comida, o bien hace una abundante colación, casi equivalente a una cena, alegando el pretexto de que *el cielo no se alcanza con hambre*. Al practicar algunas buenas obras, a menudo su intención no es del todo pura: unas veces son para complacer a alguien, otras por compasión, otras hasta para agradar al mundo. Para los tales, todo cuanto no sea un grave pecado,

(1) Véase en el tomo II, las notas de la pág. 139.

resulta ya aceptable... Les gusta hacer el bien, pero no quieren hallar dificultades al practicarlo. Hasta les gustaría visitar a los enfermos, pero sería preciso que los enfermos viniesen a ellos. Tienen medios de hacer limosna, conocen a las personas que están necesitadas; pero esperan a que se la vengán a pedir, en vez de anticiparse, con lo cual sus obras serían doblemente meritorias. En una palabra, H. M., la persona que lleva una vida tibia no deja de practicar muchas buenas obras, de frecuentar los sacramentos, de asistir puntualmente a las funciones; mas en todos sus actos veréis una fe débil, lánguida, una esperanza que a la menor prueba se viene abajo, un amor de Dios y del prójimo sin ardor y sin gusto; todo cuanto hace no resulta enteramente perdido, mas poco le falta para ello.

Considerad ahora delante de Dios, H. M., en qué lado os halláis: ¿en el de los pecadores, que lo abandonaron ya todo, que no piensan ya en la salvación de su pobre alma, que se hunden en el pecado sin remordimiento alguno? ¿En el lado de las almas justas, que sólo ven y buscan a Dios, que se inclinan siempre a pensar mal de sí mismas y quedan en seguida convencidas cuando se les hace notar algún defecto suyo; que se creen siempre mil veces más miserables de lo que opinan los demás, y tienen en nada todo cuanto hicieron hasta el presente? O bien, ¿pertenecéis al número de aquellas almas perezosas, tibias e indiferentes, tal como acabamos de pintarlas? ¿Cuál es el camino por donde andáis? ¿Quién podrá estar seguro de que no es ni pecador, ni tibio, sino de los escogidos? ¡Ay! H. M., ¡cuántos parecen buenos cristianos a los ojos del mundo, mas son tibios a los ojos de Dios que lo ve todo, y conoce nuestro interior!

II. — Pero, me diréis, ¿de qué medios hemos de valernos para salir de tan miserable estado? — Si

deseáis saberlo, H. M., atended un momento. Y, ante todo, debo advertiros que, el que vive en la tibieza, en cierto sentido está más en peligro que aquel que vive en pecado mortal; y que las consecuencias de un tal estado son acaso más funestas. He aquí la prueba. El pecador que no cumple el precepto pascual, o que ha contraído hábitos malos o criminales, lamentase, de vez en cuando, del estado en que vive, en el cual está resuelto a no morir; desea salir del mismo, y un día llegará a hacerlo. Mas el alma que vive en la tibieza, no piensa en salir de ella, pues cree estar bien con Dios.

¿Qué habremos de concluir de esto? Vedlo aquí, H. M. Esa alma tibia viene a ser un objeto insípido, insubstancial, desagradable a los ojos de Dios, quien acaba por vomitarlo de su boca; o sea acaba por maldecirlo y reprobarlo. ¡Oh Dios mío, a cuántas almas pierde ese estado! Si queréis hacer que un alma tibia salga de su estado, os contestará que no pretende ser santa; que, con tal de entrar en el cielo, ya tiene bastante. No pretendes ser santa, y no consideras que sólo los santos llegan al cielo. O ser santo, o ser réprobo: no hay término medio.

¿Queréis salir de la tibieza, H. M.? llegaos frecuentamente a la puerta de los abismos, en donde se oyen los gritos y los alaridos de los réprobos, y podréis formaros idea de los tormentos que experimentan por haber vivido tibiamente y con negligencia respecto al negocio de su salvación. Levantad vuestros pensamientos hacia el cielo, y considerad cuál sea la gloria de los santos por haber luchado y por haberse violentado mientras estaban en la tierra. Trasladaos, H. M., al corazón de las selvas y hallaréis allí aquella multitud de santos que pasaron cincuenta, sesenta años llorando sus pecados en medio de toda suerte de rigores y penitencias. Mirad, H. M., lo que hicieron para merecer el cielo. Mirad qué respeto sentían por la presencia de Dios;

qué devoción en sus oraciones, las cuales no cesaban en toda su vida. Habían abandonado sus riquezas, sus parientes y sus amigos, para pensar solamente en Dios. Mirad su valentía en combatir las tentaciones del demonio. Mirad el celo y diligencia de aquellos que se hallaban reclusos en los monasterios, para hacerse dignos de recibir con frecuencia los sacramentos. Ved con qué gusto perdonaban y hasta favorecían a los que los perseguían, difamaban o les descaban mal. Mirad su humildad, el desprecio de sí mismos, el gusto con que se veían despreciados, y el temor con que miraban las alabanzas y la estimación del mundo. Mirad con qué atención evitaban los más leves pecados, y cuán copiosas lágrimas derramaban por sus culpas pasadas. Mirad qué pureza de intención en todas sus buenas obras: no tenían otra mira que Dios, sólo deseaban agradar a Dios. ¿Qué más os diré? Mirad aquella muchedumbre de mártires que no pueden hartarse de sufrimientos, que suben a los cadalsos con mayor alegría que los reyes al trono. Terminemos, H. M. No hay estado más temible que el de aquella persona que vive en la tibieza, pues antes se convertirá un gran pecador que un tibio. Si nos hallamos en tal estado, pidamos a Dios, de todo corazón, la gracia de salir de él, para emprender el camino que todos los santos siguieron, y así poder llegar a la felicidad de que ellos disfrutaban. Esto es lo que os deseo.

DOMINGO DÉCIMONONO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA IMPUREZA

*Ligatis manibus et pedibus eius,
mittite eum in tenebras exteriores.
ibi erit fletus et stridor dentium.*

Atadle de pies y manos, y arrojadle en las tinieblas exteriores, donde todo será llanto y rechinar de dientes.

(S. Mateo, XXII, 13.)

Si todo pecado mortal, H. M., debe arrastrarnos, precipitarnos y abrasarnos en los infiernos, según nos dice Jesucristo en el Evangelio, ¿cuál será la suerte del desgraciado que se abandone al más infame pecado, la impureza? ¡Oh Dios mío! ¿podremos atrevernos ni siquiera a pronunciar el nombre de un vicio tan horrible, no ya a los ojos de un cristiano, sino aun de toda criatura racional? ¿Podré yo hablar, H. M., y vosotros oírme sin estremeceros? ¡Ah! ¡ojalá tuviese la dicha, al mostraros la negrura y asquerosidad de ese pecado, de haceros huir de él para siempre jamás! ¡Oh Dios mío! ¡cómo puede el cristiano abandonarse a una pasión que le degrada a un nivel inferior al de la bestia más vil, más bruta, más inmundada! ¡Cómo puede el cristiano entregarse a un crimen que tantos destrozos causa en su pobre alma! ¡Un cristiano, digo, que es templo del Espíritu Santo, miembro de Jesucristo, puede sumergirse, revolcarse, anegarse, por decirlo así, en el fango de un tan infame vicio, el cual, además de abreviar sus días y robarle la reputación, le prepara tantos males y desgracias por toda una eternidad! Sí,

H. M., para daros una idea de la gravedad de ese pecado, voy : 1.º, a mostraros, cuanto posible me sea, lo horrible que es dicho crimen ; 2.º, de cuántas maneras podemos caer en él ; 3.º, cuáles son las causas que a cometerlo nos inducen ; 4.º, finalmente, lo que debemos practicar para preservarnos de ese vicio.

I. — Para daros a entender la gravedad de un pecado que tantas almas echa a perder, sería necesario presentar ante vuestros ojos todo cuanto el infierno tiene de más horrible y desesperante y, al mismo tiempo, todo cuanto la omnipotencia de Dios realiza sobre la víctima que se hizo culpable de un tal crimen. Por eso ya comprenderéis, como yo, que jamás nos será dado alcanzar la magnitud de ese pecado, ni el rigor de la justicia de Dios para con los impúdicos. Sólo diré que quien comete el pecado de impureza se hace culpable de una especie de sacrilegio, pues, siendo nuestro corazón templo del Espíritu Santo y nuestro cuerpo miembro de Jesucristo, profanamos realmente ese templo al abandonarnos a la impureza, y convertimos nuestro cuerpo, miembro de Jesucristo, en miembro de una infame prostituta (1). Considerad ahora si será nunca posible formarnos idea aproximada de la magnitud del ultraje que dicho pecado infiere a Dios, y del castigo que merece. ¡ Ah ! H. M., sería preciso arrastrar aquí, a mi lugar, a aquella infame Jezabel que tantas almas perdió con sus torpezas ; sería preciso que ella misma os hiciese la desesperante relación de los tormentos que experimenta y experimentará por toda una eternidad, en aquel lugar de horror donde ella se precipitó con sus liviandades. ¡ Ah ! la oiríais clamar revolcándose en aquellas llamas que la devoran : « ¡ Ay ! ¡ horribles sufrimientos los míos ! ¡ Adiós, hermoso cielo, jamás te

(1) I Cor., VI, 15-19.

veré, todo acabó para mí ! ¡ Ah ! ¡ maldito pecado de impureza, muy caros me hacen pagar las llamas de la divina justicia los placeres de que disfruté ! Si me cupiese la dicha de estar aún en la tierra, ¡ cuánto más preciosa que en otro tiempo me sería la virtud de la pureza !

Pasemos adelante, H. M., pues así sentiréis quizá algo mejor el aborrecimiento que debe inspiraros ese maldito pecado. No hablo ahora de un pagano, quien no tiene la suerte de conocer a Dios ; sino a un cristiano que conoce hasta qué punto ese vicio se opone a la santidad de su condición de hijo de Dios, de un cristiano que fué rociado con la Sangre adorable de Jesús, a quien tantas veces sirvió de morada y tabernáculo. ¡ Cómo ese cristiano puede abandonarse a un tal pecado ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ podemos pensar en ello y no morir de horror ! Oíd lo que dice el Espíritu Santo : Aquel que es tan infeliz que llegue a abandonarse a ese maldito pecado, merece ser pisoteado bajo los pies del demonio como el estiércol lo es bajo los pies de los hombres (1). Dijo un día Jesús a Santa Brígida que se veía obligado a preparar horribles tormentos para castigar a los impúdicos, y que casi todos los hombres estaban atacados de ese infame vicio.

Si queremos tomarnos la molestia de recorrer las páginas de la Sagrada Escritura, veremos que, desde los comienzos del mundo, Dios ha perseguido severamente a los impúdicos. Ved a los hombres antes del diluvio abandonándose a tan infame vicio ; el Señor no puede sufrir tanta maldad ; se arrepiente de haberlos creado ; se ve forzado a castigarlos de la manera más espantosa, pues abre las cataratas del cielo y los condena a morir bajo aquel diluvio universal (2). Fué preciso que la tierra manchada con tantos crímenes, aborrecible a los

(1) *Omnis mulier, quae est fornicaria, quasi stercus in via conculcabitur* (Prov., IX, 10).

(2) Gen., VI.

ojos de Dios, fuese purificada por el diluvio, es decir, por las aguas de la ira divina. Siguiendo adelante, veréis a los moradores de Sodoma y Gomorra, así como a los de las ciudades vecinas, entregarse a los más repugnantes pecados de impureza, lo cual provocó la justa ira del Señor, quien les envió una lluvia de fuego y azufre que abrasó aquellas ciudades infames junto con todos sus habitantes; los hombres, las bestias, los árboles, las tierras, las piedras todo quedó como aniquilado; aquel lugar fué maldito de Dios y convertido en un lago o mar fatídico y triste (1). Llámase Mar Muerto, pues en él no vive pez alguno, y en sus riberas sólo se hallan ciertas frutas de hermoso aspecto pero que en su interior no encierran más que un puñado de cenizas. En otro lugar vemos que el Señor ordenó a Moisés que hiciese morir a veinticuatro mil hombres, por haberse abandonado a la impureza (2).

Sí, H. M., podemos muy bien decir que ese maldito pecado de impureza fué, desde los comienzos del mundo hasta la venida del Mesías, la causa de casi todas las desgracias del pueblo judío. Mirad a David, a Salomón y a tantos otros. ¿Qué es lo que atrajo tantos castigos sobre sus personas y las de sus súbditos sino ese maldito pecado? ¡Oh Dios mío! ¡cuántas almas os arrebató ese pecado! ¡ah! ¡cuántos infelices son por él arrastrados al infierno!

Si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, veremos cómo no son menores los castigos. Nos dice San Juan que Jesucristo le hizo ver, en una revelación, el pecado de impureza bajo la figura de una mujer sentada sobre una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos (3), para darnos a entender con ello que dicho pecado atenta contra los diez mandamientos divinos,

(1) Gen., XIX.

(2) Num. XXV, 9.

(3) Apoc., XVII, 3.

y encierra en sí los siete pecados capitales (1). Si queréis convencerlos de ello, no tenéis más que examinar la conducta del impúdico; veréis que no hay mandamiento que no quebrante, ni pecado capital de que no se haga culpable para satisfacer los deseos de su cuerpo. No voy a entrar en detalles, escudriñadlo vosotros mismos, y veréis ser ello muy cierto. Mas debo añadir que no hay pecado en el mundo que sea causa de tantos sacrilegios: unos no conocen ni la mitad de los pecados de ese género que cometen, por lo cual tampoco los confiesan; otros se resisten a declararlos, aunque los conozcan; de manera que el día del juicio veremos que no hay pecado que tantas almas haya echado al infierno. Sí, H. M., ¡es tan deshonesto ese pecado, que no solamente nos ocultamos para cometerlo, sino que hasta quisiéramos ocultárnoslo a nosotros mismos. ¡Tan infame aparece hasta a los ojos de los mismos que de él son culpables!

II. — Mas, para mejor haceros comprender hasta qué punto ese pecado, aunque tan horroroso, sea corriente entre los cristianos, y con cuánta facilidad podemos cometerlo, os indicaré las maneras que hay de pecar contra el sexto precepto del Decálogo. Pécase de seis maneras: de pensamiento, de deseo, con la vista, de palabra, de obra y de ocasión.

He dicho: 1.º de pensamiento: son muchos los que no saben distinguir entre un pensamiento y un deseo; lo cual puede llevarlos a hacer confesiones sacrílegas. Atendedme y lo veréis: hay mal pensamiento cuando nuestro espíritu se detiene voluntariamente en considerar cosas impuras, sea con relación a nosotros, sea con relación a los demás, sin desear poner en eje-

(1) El santo autor seguramente ha sacado del P. Lejeune, t. II, Sermón LIX, *De la Lujuria*, esta aplicación de la figura del Apocalipsis al vicio de la impureza.

cución lo que piensa ; solo se permite al espíritu revolcarse en cosas inmundas y deshonestas. Cuando os acusáis de ello, debéis decir por cuánto tiempo detuvisteis vuestro pensamiento sin distraeros, y además si habéis pensado en cosas que os podían llevar al mal pensamiento por el recuerdo de alguna conversación que tuvisteis, de alguna familiaridad que os permitisteis, o de algún objeto en que se fijaron vuestros ojos. El demonio os pone eso delante de vuestros ojos con la esperanza de que con ello os llevará al pecado, a lo menos de pensamiento.

2.º Pecamos también de desco. Ved, H. M., cuál es la diferencia que existe entre pensamiento y deseo : es desco, querer realizar lo que pensamos ; hablando más claramente, es querer cometer el pecado de impureza, después de haber pensado algún tiempo en él, cuando tengamos ocasión o cuando nos la procuremos. Hay que declarar si el deseo quedó sólo en nuestro corazón, o si hemos hecho pasos para realizar lo que deseamos ; si hemos solicitado a alguien a pecar con nosotros ; también debemos declarar la calidad o condición de las personas con quienes quisimos pecar ; si era un hermano, una hermana, un niño, una madre, un cuñado, una cuñada, un primo. Todo esto debe declararse ; de lo contrario, nada valdría vuestra confesión. No hay empero que declarar los nombres de las personas cómplices, sino en cuanto es necesario para dar a conocer el propio pecado. Es muy cierto que, si peccasteis con un hermano o una hermana y os limitaseis a decir que habéis faltado contra la santa virtud de la pureza, ello no bastaría.

3. Se peca con la vista, fijando nuestros ojos en cosas impuras, o en cualquier objeto que nos pueda llevar a la impureza. No hay puerta por la cual entre el pecado tan fácilmente y con tanta frecuencia como los ojos ; por esto el santo varón Job decía : «Que ha-

bía hecho un pacto con sus ojos para no mirar jamás a mujer alguna cara a cara» (1).

4.º Pecamos de palabra. Hablamos, H. M., para manifestar al exterior lo que pensamos interiormente, es decir, lo que pasa en nuestro corazón. Debéis acusaros de las palabras impuras que pronunciasteis, declarando si vuestra conversación duró mucho tiempo, el motivo que os indujo a hablar de tal manera, y cuántas y cuáles personas os pudieron oír. ¡Ay! H. M., muchos pobres niños hay a quienes mejor les sería topar con un león o con un tigre que con ciertos impúdicos. Si, como se ha dicho, la boca habla de lo que rebosa el corazón, juzgad cuál debe de ser la corrupción de esos infames que se revuelcan, se arrastran, se anegan, por decirlo así, en el fango de sus impurezas. ¡Oh Dios mío! si, según nos decís, el árbol se conoce por su fruto, ¡qué abismo de corrupción es a ése semejante!

5.º Pecamos de obra. Tales son las libertades culpables consigo mismo o con los demás, los besos impuros, y todo lo demás que no quiero ahora detallar; bien comprendéis a qué me refiero. ¡Dios mío! ¿dónde hallaremos a los que en sus confesiones se acusan de todo esto? Mas también, ¡cuántos y cuántos sacrilegios se cometen por causa de ese maldito pecado! Sólo conoceremos plenamente todo esto el gran día de las venganzas. ¡Cuántas jóvenes permanecerán dos o tres horas en compañía de libertinos, cuya boca no dejará de vomitar constantemente toda suerte de impurezas! ¡Ay! Dios mío, ¿cómo no abrasarse en medio de una tan ardiente hoguera?

6.º Pécase por ocasión, ya dándola, ya tomándola. Digo dándola, lo cual suele acontecer en las personas

(1) *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine* (Iob, XXXI, 1).

del otro sexo que se visten de manera indecente, ya dejando demasiado abierto el mantón o pañuelo, ya poniendo al descubierto el cuello y los hombros, ya usando vestidos que delaten demasiado la forma del cuerpo o bien ataviándose con excesiva afectación. Ésas desgraciadas sólo ante el tribunal de Dios conocerán el número de crímenes de que fueron causa. ¡ Cuántos casados guardan menos reserva que los mismos paganos ! Además, una joven es también culpable de gran número de pecados impuros, los cuales casi siempre son mortales, por haberse mostrado demasiado asquible o familiar para con los jóvenes. También se peca cuando se anda en compañía de personas de las cuales se sabe que sólo tienen en su boca conversaciones malas. Podréis no haberos complacido en ello, pero habéis faltado al exponeros a pecar.

A veces uno se hace la ilusión de que no comete mal alguno, cuando en realidad peca miserablemente. Así, los jóvenes que se hablan bajo pretexto de futuro matrimonio, creen no hacer mal alguno estando solos durante mucho tiempo, de día y de noche. Pensad que esos abrazos que se prodigan en tales ocasiones, son casi todos pecado mortal, pues ordinariamente proceden de los impulsos de una amistad meramente carnal. ¡ Cuántos novios o prometidos vemos abstenerse ya de reserva alguna ! cárganse de crímenes los más espantosos, parecen forzar la divina justicia para que los maldiga en el momento de entrar en el matrimonio. En el tiempo que duran los esponsales, debéis guardar la misma reserva que mantenéis con vuestras hermanas ; todo lo que a ella exceda, es pecado. ¡ Ay ! Dios mío, ¿ dónde están los que de esto se acusan ? casi no hay nadie. Pero también, ¿ dónde hallaremos los que entran santamente en el estado del matrimonio ? ¡ Ay ! si casi no existe uno. De todo lo cual se originan grandes males en dicho estado, así para el alma como para el

cuerpo. ¡ Oh Dios mío ! ¡ y los padres que saben todo esto, pueden dormir tranquilos ! ¡ Ay ! ¡ cuántas almas van rodando hacia los abismos !

Pecan contra la santa virtud de la pureza las personas que por la noche salen del cuarto sin vestirse, ya para servir a un enfermo, ya para abrir una puerta. Las madres deben poner gran cuidado en no tener nunca miradas deshonestas ni tocar a sus hijos sin necesidad. Los padres y los amos son culpables de las familiaridades que, pudiéndolas evitar, permiten entre sus hijos o criados. Se peca también leyendo o dejando leer libros malos o canciones licenciosas ; manteniendo correspondencia con personas de distinto sexo. Participase también en el pecado favoreciendo entrevistas entre jóvenes de distinto sexo, aunque sea con pretexto de matrimonio.

Si queréis que vuestra confesión sea buena, debéis declarar todas las circunstancias agravantes. Atended un momento y vais a comprender esto. Pecar con una persona abandonada ya al vicio, del cual hace su profesión, es hacerse voluntariamente esclavo de Satán, y correr gran riesgo de condenarse. Mas enseñar el mal a una joven, llevarla a pecar por primera vez, arrebatárle su inocencia, robarle la flor de su virginidad, abrir al demonio la puerta de su corazón, cerrar la del cielo a aquella alma que era objeto del amor de las tres personas de la Santísima Trinidad, hacerla digna de execración ante el cielo y la tierra : es todo esto un pecado infinitamente mayor que el primero, por lo cual debéis acusaros de todas esas circunstancias. Pecar con persona libre, ni casada, ni pariente, es, según San Pablo, un crimen que nos cierra las puertas del cielo y nos abre los abismos ; pero pecar con persona ligada por los lazos del matrimonio, es un crimen que encierra en sí muchos otros ; es una infidelidad horrible que aniquila y profana todas las gracias del sacramento del matrimonio ; es también un execrable perjurio, con el

cual se pisotea una fe jurada al pie de los altares, en presencia, no solamente de los ángeles, sino del mismo Jesucristo; crimen capaz de atraer toda suerte de maldiciones, no sólo sobre una familia, sino también sobre toda una parroquia. Pecar con persona que no es consanguínea ni afín, es gran pecado, pues nos pierde para siempre; mas pecar con pariente o afín, esto es, un padre con su hija, una madre con su hijo, un hermano con una hermana, un cuñado con una cuñada, un primo con una prima, es el mayor pecado que podemos imaginar; es burlarse de las más inviolables reglas del pudor; es hollar bajo sus pies los más sagrados derechos de la religión y de la naturaleza. Finalmente, pecar con persona consagrada al Señor, es el colmo de todos los males, es un sacrilegio espantoso. ¡Oh Dios mío! ¿es posible haya cristianos que se entreguen a tales torpezas! ¡Ay! ¡si a lo menos, después de cometidos tales horrores, acudiesen pronto a Dios para que los sacase de tan profundo abismo! Mas no, continúan viviendo tranquilos, y la mayor parte no abren los ojos hasta el momento de caer en el infierno. ¿Os habéis hecho cargo, H. M., de la magnitud de ese pecado? Seguramente que no, pues, de lo contrario, os inspiraría mayor horror y tomaríais mayores precauciones para no caer en él.

III. — Si queréis ahora saber qué es lo que puede inducirnos a un tal crimen, no tenéis más que interrogar a un niño que sepa el catecismo, diciéndole: ¿Qué es lo que ordinariamente nos conduce a ese vergonzoso vicio? Y él os contestará sencillamente: Son las danzas y bailes, la compañía demasiado familiar con personas de distinto sexo; las canciones, las palabras libres, la inmodestia en el vestir, los excesos en la comida y en la bebida.

He dicho: los excesos en la comida y en la bebida. Si

me preguntáis por qué esto, vedlo aquí, H. M. : Nuestro cuerpo sólo tiende a la perdición del alma ; es preciso, pues, mortificarle de una u otra manera ; de lo contrario, tarde o temprano arrastrará nuestra alma al infierno. La persona que tome a pechos la salvación de su alma no pasará día sin mortificarse en la comida, en la bebida o en el sueño. Nos dice terminantemente San Agustín que, por beber en exceso, los borrachos son impúdicos también, lo cual se ve todos los días. No hay más que entrar en una taberna o seguir los pasos de un borracho, para ver que sólo salen de su boca palabras las más inmundas ; le veréis realizar los actos más torpes ; todo lo cual no realizaría si no fuese el vino. De lo cual podéis colegir, H. M., que, si queremos conservar la pureza del alma, es preciso privar de algo al cuerpo o, de lo contrario, él será nuestra perdición.

He dicho que los bailes y danzas nos llevan a ese infame pecado. Este es el medio de que se sirve el demonio para arrebatarse la inocencia a lo menos a las tres cuartas partes de nuestra juventud. No tengo necesidad de demostrarlo, pues, por desgracia, demasiado lo sabéis por experiencia propia. ¡ Ay ! ¡ cuántos malos pensamientos, malos deseos y acciones vergonzosas traen su origen de una sala de baile ! Me bastará con haceros notar que ocho concilios celebrados en Francia prohibían los bailes, hasta en las bodas, bajo pena de excomunión. — Pero, me diréis, ¿ por qué hay sacerdotes que conceden la absolución a esas personas, sin ponerlas a prueba ? — No me meto en ello, pues cada cual dará cuenta de su conducta. ¡ Ay ! H. M., ¿ de dónde proviene la perdición de los jóvenes ? ¿ Por qué no frecuentan más asiduamente los sacramentos ? ¿ Por qué dejaron hasta sus oraciones ? No hallo otra causa que la danza. ¿ De dónde puede venir que muchos se abstengan de cumplir el precepto pascual o lo cumplan

mal? ¡Ay! del baile. ¡Cuántas jóvenes por causa del baile perdieron su reputación, su pobre alma, el cielo y a su Dios! Dice San Agustín que no sería tan malo trabajar todo el santo día del domingo como el bailar. Sí, H. M., en el gran día del juicio veremos cómo esas infelices jóvenes mundanas fueron causa de mayor número de pecados que cabellos se cuentan en su cabeza. ¡Ay! ¡cuántas miradas culpables, malos deseos, cuántos tocamientos deshonestos, cuántas palabras impuras, cuántos abrazos pecaminosos, cuántos celos, cuántas disputas, cuántas querellas no vemos en el baile o como consecuencia del baile! Para convenceros mejor de ello, oíd lo que dice el Señor por boca del profeta Isaías: «Los mundanos danzan al son de flautas y tamboriles, mas al poco tiempo bajan al infierno» (1). El Espíritu Santo nos dice por boca del profeta Ezequiel: «Ve a decir a los hijos del amor que, por haberse entregado a la danza, los castigaré rigurosamente, para que todo Israel quede sobrecogido de horror». San Juan Crisóstomo nos dice que los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob jamás permitieron que se bailase en sus bodas, temiendo con ello atraer sobre sus cabezas las maldiciones del cielo. Pero no tengo necesidad de buscar otras pruebas ni testigos que vosotros mismos. Habladme sinceramente: ¿verdad que no quisiérais morir al salir del baile? Indudablemente que no, pues no os hallaríais muy bien dispuestos para presentaros ante el tribunal de Dios. Decidme: ¿por qué no quisiérais morir en tal estado, y por qué no dejáis nunca de confesaros de haber asistido al baile? Ello demuestra claramente que vosotros mismos os dais cuenta de que

(1) «Tenent tympanum et citharam, et gaudent ad sonitum organi. Ducunt in bonis dies suos, et in punctum ad inferna descendunt» (Job, XXI, 12, 13). Este texto es de Job y no del profeta Isaías. Haremos notar que no es ésta la primera ni la única vez que el Santo atribuye a un autor los textos que pertenecen a otro.

obráis mal ; de lo contrario, no tendríais necesidad de acusaros de ello, ni temeríais comparecer con tales actos ante Jesucristo. Oíd lo que nos dice San Carlos Borromeo hablando de la danza : en su tiempo la persona que acudía al baile era condenada a tres años de penitencia pública, y, si reincidía, se la amenazaba con la excomunión. No nos detengamos más en esto, H. M. ; la muerte os probará lo que ahora estamos diciendo, mas demasiado tarde para muchos. Se necesita estar ciego para creer que no hay gran mal en la danza, cuando vemos que todas las personas que desean asegurarse la gloria del cielo la dejaron, y lloraron amargamente haber concurrido a ella en los días de su locura. Mas corramos el velo hasta el gran día de las venganzas en que veremos todo esto más claramente, y en que la corrupción del corazón no podrá encontrar disculpa alguna.

Digo también que la inmodestia en el vestir nos lleva a tan vergonzoso vicio. Sí, H. M., la persona que no viste decentemente es causa de muchos pecados : de malas miradas, de malos pensamientos, de palabras deshonestas. ¿Queréis conocer, a lo menos en parte, el mal de que sois causa ? Postraos por un momento a los pies del Crucifijo, cual si estuviéscis a punto de ser juzgados. Puede afirmarse que las personas ataviadas de una manera mundana, son una fuente de impureza, o como un veneno que causa la muerte a todo el que no tiene valor para huir. Contemplad su aire afeminado y halagüeño, sus miradas penetrantes, sus gestos vergonzosos, los cuales, como otras tantas saetas emponzoñadas en el veneno de su impudicia, hieren a cuantos ojos son bastante desdichados para mirarlas. ¡ Ay ! ¡ de cuántos pecados es causa un corazón, cuando está impregnado de ese fango impuro ! ¡ Ay ! muchos corazones arden en ese vicio inmundo, del mismo modo que un manojo de paja arde en medio de una hoguera. No sé si

habréis comenzado a formaros idea de la magnitud de ese pecado y de cuántas maneras podemos hacernos culpables del mismo ; rogad a Dios que os lo haga conocer con claridad, a fin de concebir un tal horror a él, que no oséis cometerlo jamás en adelante.

IV. — Veamos ahora lo que debemos poner en práctica para librarnos de ese pecado, tan horrible a los ojos de Dios y que tantas almas arrastra al infierno. Para mostrároslo de una manera clara y sencilla, no tengo más que abrir otra vez el catecismo. Si pregunto a un niño cuáles son los medios que debemos poner en práctica para no caer en ese maldito pecado, me contestará con su ordinaria sencillez : Hay muchos, mas los principales son : el recogimiento, la oración, la frecuencia de sacramentos, una acendrada devoción a la Santísima Virgen, la fuga de las ocasiones y, finalmente, rechazar al momento todos los malos pensamientos que el demonio nos sugiera.

Digo que hemos de amar el recogimiento, pero no quiero significar que hayamos de ocultarnos en un bosque, ni tan sólo en un monasterio, lo cual no dejaría empero de ser para vosotros muy provechoso ; quiero decir solamente que debemos evitar la compañía de aquellas personas que sólo hablan de cosas capaces de manchar la imaginación, o bien que sólo se ocupan en objetos terrenos, olvidando enteramente las cosas de Dios. Ved aquí, H. M., lo que quiero significar. El domingo, sobre todo, en vez de visitar a vuestros vecinos o vecinas, tomad un libro — la Imitación de Cristo, o las Vidas de los Santos, por ejemplo ; — y allí veréis la manera cómo éstos rechazaron las tentaciones que el demonio presentaba a su espíritu ; veréis hasta qué punto se sacrificaron por agradar a Dios y salvar su alma : todo lo cual os dará ánimo y valor. Haced como San Ignacio, quien, hallándose herido, se puso a leer vidas de san-

tos ; y al ver los combates que éstos habían sostenido y el ardimiento con que luchaban por Dios Nuestro Señor, díjose a sí mismo : «Y ¿por qué no puedo hacer yo lo que estos santos hicieron? ¿no tengo en mi favor al mismo Dios que me ayudará a luchar, el mismo cielo que esperar y el mismo infierno que temer?» (1)... Haced también esto vosotros. Sí, H. M., es necesario evitar la compañía de quienes no aman a Dios. Permanezcamos entre el mundo sólo por necesidad, cuando a ello nos llame el deber.

Hemos dicho que, si queremos conservar la pureza del alma, hemos de ser aficionados a la oración. Si me preguntáis por qué debemos orar, he aquí la razón : esa hermosa virtud de la pureza viene del cielo, así es que debemos obtenerla y conservarla mediante la oración. Es indudable que quien no acude a la oración jamás podrá conservar su alma pura a los ojos de Dios. Mediante la oración, conversamos con Dios, con los ángeles y con los santos, y estas celestiales pláticas necesariamente nos espiritualizan ; nuestra mente y nuestro corazón se desprenden poco a poco de las cosas creadas, para contemplar y amar solamente los bienes del cielo. De todas maneras no vayamos a creer que cuantas veces somos tentados ofendamos a Dios : el pecado está en el consentimiento y el placer que en él se encuentra. Si somos tentados, aunque sea durante ocho o quince días continuos, si aborrecemos el pecado y nos causa horror la tentación, entonces nos asemejamos a los niños en el horno de Babilonia, que salieron de allí aun más hermosos (2). Al momento debemos recurrir a Dios diciéndole : «Dios mío, venid en mi auxilio ; ya sabéis que sin Vos forzosamente he de perderme ; mas, con el auxilio de vuestra gracia, tengo la seguridad de salir

(1) Ribadeneyra, 31 julio.

(2) Dan., III, 94.

victorioso en la lucha. ¡ Ah ! Virgen Santa, debemos decir, no permitáis que el demonio arrebathe mi alma, que tantos sufrimientos costó a vuestro divino Hijo».

Para conservar la pureza, hemos de acudir a los sacramentos con frecuencia y con buenas disposiciones. Sí, H. M., la persona que tiene la suerte de recibir los sacramentos a menudo y santamente, puede muy fácilmente conservar esa tan hermosa virtud. La mayor prueba de que los sacramentos son un poderoso auxilio la constituyen los grandes esfuerzos que hace el demonio para apartarnos de ellos o para llevarnos a que los profanemos. Mirad cómo, al querer recibirlos, el demonio suscita en nosotros toda suerte de temores, turbaciones y desabrimientos. Unas veces nos dice que casi siempre lo hacemos mal, otras que el sacerdote no nos conoce, otras que no nos damos a conocer como debiéramos, ¿ qué se yo ? Mas, para burlarle, hemos de redoblar nuestras precauciones, acercarnos a recibirlos aun más a menudo y sepultarnos en seguida en el seno de la misericordia de Dios, diciéndole : Ya sabéis, Dios mío, que sólo os busco a Vos y la salvación de mi pobre alma». No, H. M., nada nos hace tan temibles ante el demonio como la frecuencia de sacramentos. Ved una prueba de ello. Contemplad a Santa Teresa. El demonio confesó, por boca de un poseso, que aquella Santa se le había hecho tan temible por la santidad adquirida en la sagrada comunión, que no podía ni respirar el aire de los lugares por donde había ella pasado. Si buscáis la razón, no os ha de ser difícil hallarla : ¿ no es, por ventura, el adorable sacramento de la Eucaristía aquel vino que engendra la virginidad ? (1). ¿ Cómo no permanecer virgen recibiendo al Rey de la pureza ? ¿ Queréis conservar o adquirir esa hermosa virtud que nos hace seme-

(1) *Quid enim bonum est eius, et quid pulchrum eius, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines ?* (Zac., IX, 17).

tes a los ángeles? Recibid a menudo y santamente los sacramentos, y tendréis la seguridad de que, a pesar de todos los esfuerzos del demonio, os ha de caber la dicha de conservar la pureza del alma.

Si queremos conservar puro este templo del Espíritu Santo, debemos tener gran devoción a la Santísima Virgen, ya que ella es la Reina de las vírgenes. Es ella la primera que levantó el estandarte de esa incomparable virtud. Mirad en cuánta estima la tiene Dios: no tuvo a menos nacer de una madre pobre, desconocida en el mundo, de tener por padre nutricio a un artesano pobre; mas no quiso dejar de tener una madre pura y sin mancha y un padre de una pureza tal, que sólo excedía a ella la de la Virgen Santísima. San Juan Damasceno nos anima a concebir una tierna devoción a la pureza de la Virgen María; nos dice que todo cuanto se pide a Dios en honor de la pureza de la Virgen, alcánzase siempre. Nos dice que esa virtud es tan agradable a los ángeles, que están continuamente cantando en el cielo: «¡Oh Virgen de las vírgenes, te alabamos; te bendecimos, oh Madre del Amor Hermoso!» San Bernardo, aquel gran siervo de María, declara que convirtió más almas con el auxilio del *Ave María* que con todos sus sermones. ¿Te sientes tentado?, nos dice, llama a María en tu socorro, y tendrás la seguridad de no sucumbir en la tentación (1). Cuando rezamos el *Ave María*, nos dice, el cielo todo se regocija y se estremece de alegría, y al mismo tiempo todo el infierno tiembla al recordar que María fué el instrumento de que se sirvió Dios para encadenarle. Por esto aquel gran Santo nos recomienda encarecidamente la devoción a la Madre de Dios, a fin de lograr que María nos mire como a hijos suyos. Si sois predilectos de María, tened la certeza de que también seréis predilectos de su Hijo.

(1) Hom. 2.^a super *Missus est*, 17.

Son muchos los Santos Padres que nos recomiendan la acendrada devoción a la Virgen, incitándonos a comulgar muchas veces en su honor y, sobre todo, en honor de su santa pureza ; le es ello tan agradable, que no dejará de hacernos sentir su intercesión cerca de su divino Hijo.

Para conservar esa angélica virtud, debemos combatir las tentaciones y huir de las ocasiones, tal como hicieron los santos, los cuales prefirieron la muerte a perder esa hermosa virtud. Mirad lo que hizo el patriarca José cuando la mujer de Putifar quiso incitarle al pecado : dejó la mitad de su manto en las manos de aquella infeliz (1). Ved a la casta Susana, la cual prefirió perder su fama, la de su familia y la misma vida, antes que perder una virtud tan agradable a Dios (2). Considerad también lo que sucedió a San Martiniano, cuando estaba retirado en la selva para no pensar en otra cosa que en agradar a Dios. Fingiendo haberse perdido en el bosque, una mujer de mala vida le salió al encuentro y le suplicó se apiadase de ella. El Santo la recibió en su retiro y la dejó sola. Al día siguiente, al volver para ver qué había sido de ella, la halló muy ataviada. Díjole ella entonces que Dios la enviaba allí para que se asociasen ambos ; y así podría hacer él grandes limosnas con las muchas riquezas que ella poseía. El Santo, antes de decidirse, quiso saber si aquello venía de Dios o del demonio ; pidióle que esperase, pues todos los días venía gente a encomendarse a él en sus oraciones, y no era caso de ocasionarles un viaje inútil ; que, de momento, él se dirigía a la cumbre de la montaña para ver si venía alguien. Una vez en el monte, oyó una voz que le dijo : «Martiniano, Martiniano, ¿qué haces ? estás escuchando la voz de Satán».

(1) Gen., XXXIX, 12.

(2) Dan., XIII.

Quedó tan atemorizado, que se volvió a su retiro, encendió fuego y puso los pies en la hoguera; el dolor del pecado que estaba expuesto a cometer y el dolor del fuego, le hicieron exhalar grandes gritos. Aquella infeliz, al oír los clamores del Santo, acudió para ver lo que era, y le preguntó quién le había puesto en tal estado. «¡ Ah !, respondió el Santo, no puedo soportar el fuego de este mundo, ¿ cómo podré, pues, aguantar el del infierno, si tengo la desgracia de pecar como tú deseas? » Lo cual movió tan hondamente a aquella mujer, que se quedó en la celda del Santo, donde pasó el resto de su vida haciendo penitencia, y San Martiniano se marchó a lugares más apartados para continuar sus austeridades (1).

Refiérese en la vida de Santo Tomás de Aquino (2), que le enviaron una mujer de mala vida para inducirle al pecado. Hiciéronla entrar en su cuarto, aprovechando una ausencia del Santo. Cuando él vió a aquella mujer, tomó un tizón encendido y la expulsó ignominiosamente. Ved también a San Benito, el cual, para librarse de los malos pensamientos, se revolcaba entre espinas, quedando del todo ensangrentado; otras veces sumergíase hasta el cuello en el agua helada para apagar el fuego impuro (3). Mas en la vida de los santos no hallo nada comparable a esta narración de San Jerónimo. Desde el corazón del desierto escribe a uno de sus amigos, y le pinta los combates que sostiene, y las penitencias a que somete su cuerpo; no podemos leer esto sin llorar de compasión. « En esta vasta soledad que los ardores del sol hacen insoportable, dice, alimentándome solamente con un poco de pan negro y hierbas crudas, durmiendo sobre el duro suelo, no bebiendo más que agua, hasta en la enfermedad, no ceso

(1) Ribadeneyra, 13 febrero.

(2) Ibid., 7 marzo.

(3) Ibid., 21 marzo.

de llorar a los pies del Crucifijo. Cuando las lágrimas me faltan, tomo una piedra, y me golpeo con ella el pecho hasta que la sangre me sale por la boca, y a pesar de ello el demonio no me deja punto de reposo; constantemente debo permanecer con las armas en la mano» (1).

¿Qué hemos de concluir, H. M., de todo esto? No hay otra virtud que tanto agrade a Dios como la virtud de la pureza, y no hay vicio que tanto guste al demonio como la impureza. Este enemigo no puede sufrir que nadie posea esta virtud; mas esto debe animaros con mayor razón a no omitir nada para conservarla. Para ello tened mucho cuidado en vuestras miradas, en vuestros pensamientos y en los movimientos todos de vuestro corazón; recurrid con frecuencia a la oración; huid de las malas compañías, de los bailes y de los juegos; practicad la mortificación; acudid a la Santísima Virgen; frecuentad los sacramentos. ¡Qué dicha, si acertamos a no dejar que ese maldito pecado manche nuestro corazón! puesto que Jesús nos dice que «¡sólo los que tengan puro el corazón verán a Dios!» (2). Todos los días por la mañana, H. M., pidamos a Dios que purifique nuestros ojos, nuestras manos y en general todos nuestros sentidos; a fin de que podamos comparecer con confianza ante Jesucristo, que es la herencia y el tesoro de las almas puras; y esta es la gran dicha que a todos os deseo.

(1) Carta 22.^a, a Eustoquio, citada en la *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 263.

(2) Matth., V, 8.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

DEBERES DE LOS PADRES PARA CON SUS HIJOS

Credidit ipse et domus eius tota.
Creyó él y creyó toda su casa.

(S. Juan, IV, 53.)

¿Podremos hallar, H. M., un ejemplo mejor para dar a entender a los cabezas de familia que no pueden trabajar eficazmente en la salvación propia sin trabajar también en la de sus hijos? En vano los padres y madres emplearán sus días en la penitencia, en llorar sus pecados, en repartir sus bienes a los pobres; si tienen la desgracia de descuidar la salvación de sus hijos, todo está perdido. ¿Dudáis de ello, H. M.? Abrid la Escritura, y allí veréis que, cuando los padres fueron santos, también lo fueron los hijos. Cuando el Señor alaba a los padres o madres que se distinguieron por su fe y piedad, jamás se olvida de hacernos saber que los hijos y los servidores siguieron también sus huellas. ¿Quiere el Espíritu Santo hacernos el elogio de Abrahán y de Sara? pues tampoco se olvida de hablarnos de la inocencia de Isaac y de su fiel siervo Eliezer (1). Y si pone ante nuestra consideración las raras virtudes de la madre de Samuel, pondera al mismo tiempo las bellas cualidades de este digno hijo (2). Cuando quiere

(1) Gen., XXIV.

(2) I Reg., I y II.

ponernos de manifiesto la inocencia de Zacarías y Elisabet, en seguida nos habla de Juan Bautista, el santo precursor del Salvador (1). Si el Señor quiere presentarnos a la madre de los Macabeos como una madre digna de sus hijos, nos manifiesta al mismo tiempo el ánimo y la generosidad de éstos, quienes con tanta alegría dan su vida por el Señor (2). Cuando San Pedro nos habla del centurión Cornelio como de un modelo de virtud, nos dice al mismo tiempo que su familia toda servía con él al Señor (3). Cuando el Evangelio nos habla de aquel otro oficial que acudió a Jesucristo para pedirle la curación de su hijo, nos dice que, una vez alcanzada, no se dió punto de reposo hasta que toda su familia le acompañó en seguimiento del Señor (4). ¡ Bellos ejemplos para los padres y madres ! ¡ Oh Dios mío ! si los padres y madres de nuestros días tuviesen la suerte de ser santos, ¡ cuánto mayor número de hijos tendrían entrada en el cielo ! ¡ cuántos hijos de menos para el infierno !

Pero, me diréis tal vez, ¿ qué debemos hacer para cumplir nuestros deberes, pues son ellos tan grandes y terribles ? — ¡ Ay ! son tan atemorizadores para el cristiano que quiera cumplirlos tal como Dios manda, que casi no me atrevo a declarároslos. Mas toda vez que me veo forzado a explicarlos, vedlos aquí : instruir a los hijos, esto es, enseñarles a conocer a Dios y a cumplir sus deberes ; corregirlos cristianamente, darles buen ejemplo, dirigirlos por el camino que conduce al cielo, siguiéndolo también vosotros mismos. ¡ Ay ! H. M., mucho me temo que esta plática no sea para vosotros, como tantas otras, un nuevo motivo de condenación. El inten-

(1) Luc., I.

(2) II Mach., VII.

(3) Act., X, 2.

(4) Ioan., IV, 33.

to de mostraros la magnitud y extensión de vuestros deberes, es semejante al de querer bajar a un abismo sin fondo, o al de querer desentrañar una verdad que al hombre le es imposible conocer en todo su alcance. Para lograr este mi objeto, H. M., sería preciso haceros comprender lo que valen las almas de vuestros hijos, lo que Jesucristo sufrió para ganarles el cielo, la terrible cuenta que por su causa habréis de rendir un día a Dios Nuestro Señor, los bienes eternos que les hacéis perder, los tormentos que para la otra vida les preparáis; y habréis de convenir conmigo, H. M., en que no hay hombre capaz de haceros conocer todo esto. ¡Ah! padres desgraciados, ¡si amaseis a vuestros hijos como los ama el demonio! Aunque debiese él estar tres mil años tentándolos, si al cabo de ese tiempo pudiese tenerlos por suyos, daría por muy bien empleados todos sus trabajos. Lloremos, H. M., la pérdida de tantas almas, a las cuales sus padres están todos los días precipitando al infierno.

Os hablaré, pues, ligeramente de vuestras obligaciones, y, si no habéis aún perdido enteramente la fe, vais a ver cómo nada hicisteis de lo que Dios exige de vosotros en favor de vuestros hijos, o mejor, hicisteis todo cuanto estaba en vuestra mano para perderlos. ¡Oh! ¡cuántos casados van a verse privados del cielo! — ¿Y por qué, me dirás? — Por lo que te voy a decir, amigo. Porque son muchos los que entran en el estado del matrimonio sin las disposiciones debidas, con lo cual profanan el sacramento desde sus principios. Sí, ¿dónde están los que reciben dicho sacramento con la preparación conveniente? Unos entran en el matrimonio sólo con el pensamiento de satisfacer sus impuros deseos; otros sólo por miras interesadas, o bien atraídos por la seducción de la belleza; mas casi nadie se propone como único objeto a Dios. ¡Ay! ¡cuántos matrimonios profanados, cuán escasas las uniones donde

reine la paz y la virtud ! ¡ Dios mío ! ¡ cuántos casados van a condenarse ! Mas no entremos ahora en detalles, H. M., pues otro día hablaremos de esto ; hablemos solamente de los deberes de los padres para con sus hijos : son tan extensos que ellos solos nos van a proporcionar asunto para esta plática.

Nada diremos hoy, H. M., de esos padres y madres cuyo negro y horrendo crimen podría pintaros con trazos duros y enérgicos. Son los que, antes que el mismo Dios, fijan el número de sus hijos, ponen límites a los designios de la divina Providencia, y se oponen a su adorable voluntad. Cubramos con un velo, H. M., todas esas torpezas, pues Aquel que todo lo ve, todo lo cuenta y todo lo mide, sabrá bien descorrerlo en el gran día de las venganzas. Tus crímenes están por ahora ocultos, amigo mío ; mas aguarda unos días, que Dios sabrá muy bien manifestarlos ante el universo entero. Sí, H. M., en el día del Juicio veremos los horrores que en el matrimonio se cometieron, los cuales hubieran hecho temblar a los mismos paganos.

Nada diremos tampoco de esas madres criminales que verían sin pena, ¡ ay ! y tal vez con gusto, perecer a sus pobres hijos, antes de darlos a la luz y procurarles la gracia del santo Bautismo : unas, por temor de las penalidades que experimentarán al educarlos ; otras, por miedo al desprecio y desvío de un marido brutal y privado de razón ; y ya no digo falta de religión, pues los paganos no llegarían a tanto. ¡ Oh Dios mío ! ¿ es posible que tales crímenes se cometan entre cristianos ? ¡ Y no obstante, H. M., su número no es escaso ! Repitémoslo : ¡ cuántos casados se condenarán ! ¿ Es que acaso os ha dado Dios un conocimiento y unas facultades superiores a las de las bestias sólo para que le infráis mayores ultrajes ? ¿ Habrán de servirnos de ejemplo tal vez las aves que pueblan los aires y las fieras que se ocultan en la selva ? Mirad cuánta alegría

manifiestan esos pobres animales al ver multiplicada su prole; durante el día se ocupan en proporcionar alimento a sus pequeñuelos, y por la noche los cobijan en sus nidos para librarlos de las inclemencias de la intemperie. Si una mano alevosa les arrebatara sus hijos, los oiréis llorar a su manera; no saben apartarse de su nido, siempre con la esperanza de recobrar sus crías. ¡Qué vergüenza ver que, no ya los paganos, sino hasta los mismos cristianos, hijos de Dios, sean menos fieles en cumplir los designios de la Providencia que las mismas bestias; ¡esos padres y madres a quienes Dios no escogió sino para poblar el cielo! No, no, H. M., no pasemos adelante, dejemos tan asqueroso asunto; entremos en otros puntos que interesarán a mayor número de los que me escuchan.

Os hablaré con la mayor sencillez posible, a fin de que podáis comprender claramente vuestros deberes y, por ende, cumplirlos.

Digo: 1.º que, desde el momento en que una madre queda encinta, debe orar especialmente, o dar alguna limosna; y si le es posible, será mejor aún hacer celebrar una Misa para implorar de la Santísima Virgen que la acoja bajo su protección, a fin de que alcance de su divino Hijo que aquel pobre niño no muera antes de recibir el santo Bautismo. La madre que tenga verdaderos sentimientos religiosos, se dirá a sí misma: «¡Ah! si tuviese la dicha de ver a este pobre hijo mío convertido en un santo, contemplarle a mi lado durante toda la eternidad, cantando alabanzas a Dios, ¡cuánta sería mi alegría!» Mas no, no, H. M., no son estos los pensamientos en que se ocupan las madres encintas; unas se sienten apesadumbradas al verse en aquel estado, otras tal vez hasta habrán alimentado el deseo de destruir el fruto que llevan en su seno. ¡Oh Dios mío! ¿es posible que el corazón de una madre cristiana sea capaz de concebir un crimen tal? Y sin

embargo, ¡cuántas veremos en el día del juicio, que habrán acariciado esos pensamientos de homicidio !

2.º Digo que la madre que está encinta y quiere conservar a su hijo para el cielo, debe evitar dos cosas : la primera es el llevar cargas demasiado pesadas, así como levantar demasiado los brazos para tomar algo, lo cual podría dañar al hijo y causar su muerte. Lo segundo es tomar ciertos remedios y bebidas que podrían perjudicar al hijo, y dejarse llevar de violentos arrebatos de ira, los cuales podrían ahogarle. Los maridos deben resignarse a lo que tal vez no se resignarían en otro tiempo ; si no quieren hacerlo por la madre, háganlo por el pobre hijo, el cual está en peligro de morir sin recibir la gracia del Bautismo : y ¡ello sería la mayor de todas las desgracias !

3.º En cuanto la madre conoce acercarse la hora del alumbramiento, debe ir a confesarse, y ello por varias razones. La primera es porque muchas mueren del parto, y por consiguiente, si tuviese la desgracia de estar en pecado, se condenaría. La segunda es porque, hallándose en estado de gracia, todos sus sufrimientos y dolores serán meritorios para el cielo. La tercera es porque así Dios no dejará de concederle cuantas bendiciones desee para su hijo. La madre, al dar a luz, debe siempre conservar el pudor y la modestia en cuanto ello sea posible en tal estado, no perdiendo jamás de vista que se halla en la presencia de Dios y en compañía de su ángel de la guarda. No debe nunca, sin permiso, comer carne los días prohibidos, lo cual atraería la maldición de Dios sobre sí misma y sobre el hijo.

4.º No dejéis pasar más de veinticuatro horas sin bautizar a los hijos ; si no lo hacéis, sin que razones serías para ello lo justifiquen, sois culpables. Al escoger el padrino y la madrina, buscad siempre a personas virtuosas en cuanto os sea posible ; y la razón es ésta : cuantas oraciones y buenas obras practiquen los padri-

nos, en fuerza del parentesco espiritual alcanzarán para vuestros hijos gran copia de gracias celestiales. Sí, H. M., no nos quepa duda alguna de que en el día del Juicio veremos a muchos que deberán su salvación a las oraciones, buenos consejos y buenos ejemplos de sus padrinos y madrinas. Otra razón os obliga también a ello, y es que, si tenéis la desgracia de fallecer, ellos son los que han de ocupar vuestro lugar para con vuestros hijos. Así pues, si tuvieseis la desgracia de escoger padrinos sin religión, no harían otra cosa que encaminar a vuestros hijos hacia el infierno.

Padres y madres, jamás debéis dejar que vuestros hijos pierdan el fruto del Bautismo; ¡cuán ciegos y crueles seríais! La Iglesia acaba de salvarlos mediante el Bautismo, y ¿vosotros, con vuestra negligencia, los restituiríais al demonio? ¡Ah, pobres hijos!, ¡en qué manos tuvisteis la desgracia de caer! Mas, al tratar de los padrinos, no debemos olvidar que, para responder de un niño, deben estar suficientemente instruídos en la religión, para el caso de que tengan que instruir al ahijado por faltarle su padre y su madre. Además, es necesario que sean buenos cristianos, y hasta cristianos perfectos; pues deben servir de ejemplo a sus hijos espirituales. Así, no está bien que sirvan de padrinos los que no cumplen el precepto pascual, los que contrajeron un mal hábito y no quieren dejarlo, los que andan por las salas de baile y frecuentan las tabernas; pues los tales, a cada pregunta del sacerdote, pronuncian un falso juramento: cosa grave, como podéis suponer, en presencia del mismo Jesucristo y al pie de las sagradas fuentes del Bautismo. Si no os reconocéis en condiciones de apadrinar cristianamente, debéis renunciar el cargo; y si no lo hicisteis así alguna vez, debéis confesaros de ello, proponiendo no recaer en tal pecado.

5.º No debéis tener en vuestra cama a los hijos menores de dos años; si así lo hacéis, cometéis pecado.

No sin razón ha dado la Iglesia esta ley : y estáis obligados a cumplirla. — Pero, me diréis, es que a veces hace mucho frío, o estamos muy cansados. — Mas no hay en todo esto, H. M., razón alguna que pueda excusaros delante de Dios. Además, cuando os casasteis, muy bien sabíais que estaríais obligados a cumplir las cargas y deberes de dicho estado. Sí, H. M., padres y madres hay tan faltos de instrucción religiosa, o tan poco celosos de sus deberes, que llegan a admitir en su cama a hijos de quince y diez y ocho años, y hasta a veces a hermanos y hermanas juntos. ¡ Oh Dios mío ! ¡ en qué estado de ignorancia se hallan tales padres y madres ! — Pero, me diréis, no tenemos otra cama. — ¿ No tenéis otra cama ? en tal caso, es preferible hacer que duerman en una silla o en casa de un vecino. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuántos padres y cuántos hijos se condenarán ! Mas vuelvo al asunto, y os digo que cuantas veces acostáis a vuestros hijos menores de dos años en vuestra propia cama, ofendéis a Dios. ¡ Ay ! ¡ cuántas madres hallaron ahogado al hijo por la mañana, a cuántas madres de las que me escuchan aconteció semejante desgracia ! Y aunque Dios os haya preservado de ella, no sois menos culpables que si hubieseis ahogado a vuestros hijos cuantas veces los habéis acostado junto a vosotros en la cama. ¿ No estáis conformes con esto, o sea, no queréis corregiros ? esperemos, pues, el día del juicio, y entonces tendréis que reconocer forzosamente lo que os resistís a reconocer ahora. — Pero, me diréis, cuando están bautizados ya no se pierden ; antes al contrario, van al cielo. — Es indudable, H. M., que ellos no se pierden, mas os perderéis vosotros ; y además, ¿ sabéis por ventura a qué destinaba Dios a tales niños ? Tal vez ese hijo habría sido un santo sacerdote. Habría llevado muchas almas a Dios ; al celebrar todos los días la santa Misa, habría dado más gloria a Dios que todos los ángeles y santos juntos en el cielo ; habría

sacado más almas del purgatorio que las lágrimas y las penitencias de todos los solitarios reunidos ante el tribunal de Dios. ¿Comprendéis ahora la transcendencia de dejar morir a un niño, aunque esté bautizado? Si la madre de San Francisco Javier, aquel gran santo que tantos idólatras convirtió, lo hubiese dejado perecer, ¡ay! cuántas almas en el infierno le echarían en cara, en el día del juicio, el haber sido la causa de su desgracia, pues aquel niño estaba destinado a convertirlas! Dejáis perecer a esa hija que tal vez se hubiera consagrado a Dios; con sus oraciones y buenos ejemplos hubiera llevado muchas almas al cielo. Tal vez hubiera sido madre de familia, y habría educado santamente a sus hijos, los cuales a su vez hubieran educado a otros, y así la religión se hubiera mantenido y conservado en numerosas generaciones. No dais grande importancia, H. M., a la pérdida de un niño, alegando como pretexto el estar ya bautizado; mas aguardad el día del juicio y entonces veréis y tendréis que reconocer lo que no habéis sabido nunca comprender en este mundo. ¡Ay! si los padres y las madres reflexionasen a menudo sobre esto, cuántas más almas habría en el cielo.

6.º Digo que los padres se hacen muy culpables acariciando a sus hijos de una manera inconveniente. — Pero, me diréis, ningún mal cometemos; es sólo para acariciarlos. — Mas yo os contestaré que ofendéis a Dios, y atraéis la maldición sobre aquellos pobres niños. ¿Sabéis qué resulta de ahí? Pues que hay niños que tomaron ese hábito de sus padres, y lo conservaron hasta el tiempo de su primera comunión. Pero ¡Dios mío! ¿es posible esto de parte de gente cristiana?

7.º Hay madres tan faltas de religión, o si queréis, tan ignorantes, que, para mostrar a una vecina la robustez de sus hijos, los desnudan por entero; otras, para vestirlos, los dejan al descubierto ante cualquiera clase de gente. Pues bien, esto no deberíais hacerlo, aunque

no lo viese nadie. ¿Por ventura no debéis respetar la presencia de su ángel de la guarda? Lo mismo debo deciros respecto a la forma de darles el pecho. ¿Puede una madre cristiana dejar sus senos al descubierto? y aunque los cubra, ¿no debe también volverse hacia el lado donde nadie la vea? Otras, con el pretexto de que están criando, se presentan constantemente sólo medio cubiertas: ¡qué abominación! ¿no es esto para hacer ruborizar a los paganos? A fin de no exponerse a miradas pecaminosas, se ve uno obligado a huir de su compañía. ¡Oh, qué horror! — Pero, me diréis, aunque haya otra gente, bien debemos alimentar y vestir a nuestros pequeñuelos cuando lloran. — Mas yo os contestaré que, cuando lloran, ciertamente que debéis hacer todo lo posible para que callen; pero vale más dejarlos llorar un poco que ofender a Dios. ¡Ay! ¡cuántas madres son causa de malas miradas, de malos pensamientos, de tocamientos deshonestos! Decidme, ¿éstas son aquellas madres cristianas que tan reservadas deberían aparecer? ¡Oh Dios mío! ¿qué juicio se les espera? Otras son tan crueles que, en verano, dejan correr toda la mañana a sus hijos sólo a medio vestir. Decidme, infelices, ¿no estaríais mejor entre las bestias salvajes? ¿Dónde está vuestra religión y el celo por el cumplimiento de vuestros deberes? ¡Ay! religión, apenas si tenéis, y vuestros deberes jamás los conocisteis. Todos los días lo estáis dando a entender. ¡Ah! pobres hijos, ¡cuán desgraciados los que pertenecéis a tales padres!

8.º Digo también que debéis vigilar a vuestros hijos cuando los enviáis al campo; entonces, lejos de vuestra presencia, se entregan a cuanto el demonio les inspira. Me atrevería a deciros que cometen toda suerte de deshonestidades, y que emplean a veces la mitad del día en cometer actos abominables. Ya sé yo que la mayor parte ignoran el mal que hacen; mas aguardad a que tengan conocimiento. No se olvidará el demonio de excitarles

el recuerdo de lo que hicieron en otros tiempos, a fin de hacerlos consentir en el pecado. ¿Sabéis de lo que es causa vuestra negligencia o ignorancia? Vedlo aquí : tenedlo muy presente. Muchos de los niños que enviáis al campo cometen sacrilegio en su primera comunión ; contrajeron hábitos vergonzosos : y o no se atreven a declararlos, o no se han enmendado de ellos. Entonces, si un sacerdote quiere evitar su condenación, se resiste a absolverlos ; y sus padres se lo echarán en cara y se quejarán diciendo : Lo ha hecho porque se trata de mi hijo... Vamos, miserables, vigilad con mayor diligencia a vuestros hijos, y no serán despedidos del santo tribunal. Sí, no lo dudéis, muchos de vuestros hijos comenzaron su reprobación en aquellos tiempos en que se iban al campo. — Pero, me diréis, no podemos irles continuamente a la zaga, otras ocupaciones tenemos. — No me meto yo con eso, H. M. ; mas lo que os digo es que deberéis dar cuenta de sus almas como si fuesen la vuestra propia. — Mas no dejamos de hacer cuanto está en nuestra mano. — Yo no sé si hacéis cuanto podéis o no ; mas lo que me consta es que, si vuestros hijos se condenan por vuestra causa, os condenaréis también vosotros ; esto es lo que yo sé y nada más. En vano me objetaréis que voy en esto demasiado lejos ; los que no hayan perdido enteramente su fe habrán de convenir en que es así, tal como digo ; y esta sola consideración habría de ser suficiente para llevaros a una desesperación inconsolable. Pero bien veo que no adelantaréis ni un paso en el cumplimiento de vuestros deberes para con los hijos ; nada de esto os inquieta, y casi con razón, pues tiempo os quedará de inquietaros en el infierno. Vamos siguiendo.

9.º Debéis evitar que vuestras hijas o vuestras criadas duerman en habitaciones donde por la mañana hayan de entrar los mozos o criados en busca de forrajes, patatas, etc. Hay que hacer constar, para vergüenza de

padres y dueños, que no faltan pobres hijas o criadas que se ven obligadas a levantarse y a vestirse delante de gente relajada y sin religión. Muchas veces las camas de esas pobres niñas, ni tan sólo están protegidas por cortinas ni pabellones. — Pero, me diréis, muy costoso nos sería practicar todo esto. — Costoso o no, esto es lo que debes hacer, y si no, por ello serás juzgado y recibirás el correspondiente castigo. Tampoco debéis tener a los hijos en vuestro cuarto, en cuanto lleguen a la edad de siete u ocho años. ¡ Ay ! H. M., que no vais a daros cuenta del mal que hacéis hasta que Dios os llame a juicio. Ya sé que no haréis nada o casi nada de cuanto acabo de advertiros : mas no importa, a mí me toca deciros en todo momento lo que debo ; después, las consecuencias las sufriréis vosotros, mas no yo, pues bastante os he dado a conocer cómo habéis de portaros para cumplir vuestras obligaciones para con los hijos. El día que tengáis que comparecer ante el tribunal de Dios, no podréis alegar ignorancia de vuestros deberes ; entonces os recordaré cuanto ahora os tengo dicho.

Acabáis de ver, H. M., cómo vuestros hijos, aunque pequeños, os han hecho cometer ya muchas faltas ; mas ahora veréis cómo, al ser mayores, serán causa de muchísimas otras, muy graves y muy funestas para ellos y para vosotros. Habréis de convenir conmigo, H. M., en que, a medida que vuestros hijos van creciendo, debéis redoblar vuestras oraciones y cuidados, pues los peligros son mayores y las tentaciones aumentan. Mas, decidme, ¿ es esto lo que hacéis ? Desgraciadamente no. Mientras vuestros hijos eran pequeños, procurabais hablarles de Dios, y los acostumbraíais a rezar las oraciones ; vigilabais su comportamiento, les preguntabais si habían ido a confesarse, si habían asistido a la santa Misa ; cuidabais de que acudiesen al catecismo. Mas, en cuanto llegaron a los diez y ocho o veinte años, lejos de mantenerlos en el amor y temor de Dios, de pintarles

la felicidad de los que le sirven en esta vida, el pesar que sentiremos al morir y vernos perdidos ; ¡ ay ! esos pobres hijos se os presentan llenos de vicios, habiendo quebrantado ya mil veces los divinos preceptos sin conocerlos ; su corazón está lleno de las cosas terrenas y vacío de las cosas de Dios. Y sólo les habláis del mundo. Si se trata de una madre, comenzará a recordar a su hija que fulana se ha casado ya con aquel joven ; que halló buen partido ; que ojalá le cupiese a ella la misma suerte. Aquella madre sólo tendrá en la cabeza a su hijo, esto es, hará todos los posibles para que brille en el mundo. La llenará de cosas vanas y frívolas, quizá hasta contraer deudas ; la enseñará a andar erguida, diciéndole que anda toda encorvada, y ofrece mal aspecto. ¡ Os extraña que existan madres tan ciegas ! ¡ Ay ! ¡ cuánto abundan esas infelices que sólo procuran la perdición de sus hijas ! Otras veces, al verlas salir por la mañana, antes cuidan de mirar si llevan el tocado arreglado, la cara y las manos limpias, que de preguntarles si ofrecieron a Dios su corazón, si rezaron las oraciones de la mañana y si consagraron el día al Señor : de esto ni se habla. Otras veces les dirán que no han de ser ariscas, que deben ser afables con todo el mundo ; que han de pensar en adquirir muchas relaciones, para así establecerse con más facilidad. ¡ Cuántos padres o madres, en su ceguera, dicen a sus hijas : Si te portas bien, si haces con diligencia esto que te mando, te permitiré ir a la feria de Montmerle, o a tal o cual fiesta mayor ; es decir, si haces siempre lo que yo quiero, te arrastraré hacia el infierno ! ¡ Oh Dios mío ! así hablan los padres cristianos, cuando debieran orar noche y día por sus hijos, a fin de que Dios les inspirase un grande horror a los placeres, y un grande amor para con El, a fin de salvar así su alma ! Y lo más triste es lo que sucede con aquellas hijas que por su propio impulso se resisten a salir de casa : entonces son sus padres los que las in-

citan, diciendo : Si permaneces siempre en casa, mucho tardarás en casarte, nadie te sabrá en el mundo. ¿Quieres, oh madre infeliz, que tu hija adquiriera relaciones? no te preocupes, ya las adquirirá, sin que debas inquietarte mucho; deja que pase algún tiempo, y verás las relaciones que adquirió.

La hija, cuyo corazón tal vez no está tan corrompido como el de la madre, dirá : «Como mandéis; pero esto el señor cura no lo quiere; nos dice que esto atrae la maldición de Dios sobre los matrimonios; por mi gusto no iría al baile, ¿qué os parece, madre?» — «¡ Ah ! Dios mío, cuán tonta eres, hija mía, al hacer caso del cura; oficio suyo es darnos advertencias; con ello se gana la vida, mas una toma lo que quiere y deja lo otro para los demás». — «¿ Pero podremos así cumplir el precepto pascual?» — «¡ Ah ! pobre niña, si no nos quiere absolver, iremos a otro; lo que uno no quiere siempre se halla otro que lo acepta. Eso sí, ten juicio, hija mía; vuelve temprano; pero diviértete ahora que tienes edad para ello». En otra ocasión será una vecina que dirá : «Concedéis demasiada libertad a vuestra hija, un día os dará algún disgusto». — «¡ Mi hija !, contestará, ah, no, estoy muy tranquila en cuanto a esto. Además, le he recomendado mucha prudencia, y ella me ha prometido seguir mis consejos; cónstame de cierto que sólo se trata con personas decentes.» Aguarda un poco, madre ciega, y verás el fruto de su prudencia. Al divulgarse el crimen, será gran tema de escándalo para la parroquia, y llenará de deshonor y oprobio a toda la familia; mas, aunque no se divulgue, ni se descubra nada, tu hija llevará bajo el velo del matrimonio un corazón y un alma corrompidos por las impurezas a que se entregó antes de casarse, las cuales serán fuente de maldición para toda su vida. — Pero, dirá la madre, al darme cuenta de que se propasa, ya la advertiré para que se detenga; le privaré el salir, o,

en todo caso, ¡ con el bastón la haré volver ! — No la permitirás salir en adelante ; propósito inútil, ya se arreglará ella sin tu permiso ; y si haces ademán de negárselo, también sabrá insultarte, burlarse de ti y marcharse. Tú la habrás empujado, mas no serás quien la detenga. Al ver esto, tal vez te echés a llorar, mas ¿ de qué servirán tus lágrimas ? de nada, si no es recordarte el engaño de que has sido víctima, y que hubieras debido ser más prudente y dirigir mejor a tus hijos. Si dudas de lo que te digo, escúchame un momento, y, a pesar de la dureza de tu corazón para con el alma de tus hijos, podrás ver cómo sólo el primer paso es el difícil ; una vez los dejaste extraviar, pierdes sobre ellos todo señorío, y ellos las más de las veces acaban de la manera más desastrosa.

Refiérese en la historia que un padre tenía un hijo del cual recibía toda suerte de consuelos ; era juicioso, obediente, reservado, en fin, un modelo que edificaba a toda la parroquia. Un día hubo unos festejos en un lugar vecino, y el padre le dijo : « Hijo mío, tú no sales nunca, vete un momento a divertirte con tus amigos, todos son personas decentes, no estarás con malas compañías ». Y el hijo contestó : « Padre mío, mi mayor placer, mi mayor recreo, es estar en vuestra compañía ». Ved aquí una excelente respuesta para un hijo : preferir la compañía del padre a todos los placeres y a todas las compañías. « ¡ Ah ! hijo mío, le dijo aquel padre ciego, si esto es así, iré yo también contigo. » Y padre e hijo partieron. La segunda vez que ocurrió un caso semejante, el hijo no necesitó ya tantas instancias para decidirse ; la tercera partió solo ; ya no necesitaba a su padre ; al contrario aquél comenzaba a estorbarle ; sin necesidad de nadie sabía hallar perfectamente el camino. Su pensamiento no se ocupaba en otra cosa que en las músicas que oyó y en las personas con quienes habló. Acabó por dejar aquellas prácticas religiosas que

se había impuesto cuando estaba entregado del todo a Dios ; trabó relaciones con una joven, mucho peor que él. El vecindario comenzó a hablar del joven como de un novel libertino. En cuanto su padre se dió cuenta de ello, quiso interponerse en su carrera y le prohibió salir para cualquier lugar sin su permiso ; mas ya no encontró en el hijo aquella antigua sumisión. Nada pudo detenerle ; burlábase de su padre, diciéndole que, porque ahora no podía él ya divertirse, quería también impedírselo a los demás. El padre, desesperado al ver que la cosa no tenía remedio, mesábase los cabellos. La madre, que apreciaba mejor que su marido los daños de aquellas malas compañías, muchas veces le había advertido el peligro, diciéndole que otro día se arrepentiría ; mas era ya demasiado tarde. Un día, al volver el hijo de sus correrías, el padre le pegó. El hijo, al verse aborrecido de sus padres, sentó plaza en el ejército, y, al cabo de algún tiempo, recibieron en su casa una carta en la que se les notificaba que aquel hijo había perecido aplastado a los pies de los caballos. ¡ Ay ! ¿ dónde fué a parar aquel pobre joven ? Dios quiera que no fuese al infierno. Sin embargo, si se condenó, lo cual parece probable según todas las apariencias, su padre fué el verdadero causante de su perdición. Y aunque el padre se abandonase a la penitencia, todas las lágrimas y todas las mortificaciones serían incapaces de sacar al pobre hijo de aquel lugar de tormento. ¡ Ah ! ¡ desgraciados padres los que arrojáís vuestros hijos a las eternas llamas !

Os parecerá todo esto un poco extraordinario ; no obstante, examinando de cerca la conducta de muchos padres, veremos que esto es lo que hacen a todas horas. Si aún dudáis de lo que os digo, investiguémoslo más de cerca. ¿ No es cierto que todos los días os quejáis de vuestros hijos ? ¿ que os lamentáis de que no os quieren obedecer ? lo cual es verdad. Es que os olvidáis

tal vez del día que dijisteis a vuestro hijo o a vuestra hija : Si quieres ir a la feria de Montmerle, o al sarao de la taberna, no tengo en ello inconveniente ; vuelve empero temprano. Y el hijo os contestaría tal vez que estaba dispuesto a hacer vuestra voluntad. — Vamos, que no sales nunca, bien te mereces unas horas de placer. — Al principio no le denegáis el permiso. Pero más adelante, no tendréis ya necesidad de empujarle, ni aun de darle licencia. Entonces os quejaréis porque sale sin deciros nada. Vuelve atrás tu mirada, madre infeliz, y te acordarás de que ya le diste el permiso una vez por todas. Haced cargo de lo que ha de suceder cuando le dais libertad para ir a todos aquellos lugares donde su cabeza destornillada le conduzca. Queréis que vuestra hija adquiera relaciones, para casarse. En efecto, a fuerza de correrías, adquirirá muchas relaciones y multiplicará sus crímenes. Y ellos constituirán como una montaña de pecados que impedirán que la bendición de Dios se derrame sobre estos jóvenes cuando entren en el matrimonio. ¡ Ay ! ; tales personas están ya malditas de Dios ! Mientras el sacerdote levanta su mano para bendecirlas, Dios, desde lo alto, lanza la maldición sobre sus cabezas. De allí para tales infelices una espantosa fuente de desgracias. Aquel nuevo sacrilegio, añadido a los demás, les arranca la fe para siempre. Una vez entraron en el estado del matrimonio, en el cual piensan ser ya todo permitido, su vida no es para ellos otra cosa que un abismo de corrupción, capaz de hacer estremecer al infierno, si lo presenciase. ¡ Pero ay ! todo esto dura poco tiempo. No tardan en llegar la tristeza, el odio, las riñas, los malos tratos de una o de otra parte entre los esposos. — Pasados unos cinco o seis meses de matrimonio, verá el padre llegar a su hijo enfurecido y desesperado, maldiciendo al padre, a la madre, a la mujer, y quizá hasta a los que negociaron el casamiento. Su padre, extrañado, le preguntará qué

le pasa : «¡ Ah ! soy un desgraciado ; ¡ ah ! ¡ ojalá me hubieseis aplastado al nacer, ojalá me hubiesen envenenado antes de casarme ! — Pero, hijo mío, le dirá su padre todo contrariado, has de tener paciencia. Quizá te duelen de un mal que será pasajero. — No me habléis, que, si cediese a mis impulsos, sería capaz de dispararme un tiro de fusil o arrojarme al río : tanto me fastidia estar todo el día disputando o riñendo». — Sí, padre insensato, dejemos que el cura diga lo que quiera, es preciso adquirir muchas relaciones, pues sin ellas ¿quién se casaría? Vete cuando quieras, hijo mío, sé juicioso, vuelve temprano y está tranquilo.

Sí, no hay duda de que, si hubieses sido juicioso si hubieses consultado al Señor, no te habrías casado con tan mala estrella, pues Dios no lo hubiera permitido, sino que, como al joven Tobías (1), El mismo te hubiera elegido una esposa que, al entrar en tu casa, habría traído allí la paz, la virtud y toda suerte de bendiciones. He aquí, amigo mío, lo que has perdido al despreciar los consejos de tu pastor, y seguir los consejos de tus ciegos padres.

Otra vez será una pobre hija la que comparecerá molida a golpes, para deshacerse llorando en el regazo de su madre. Mezclarán juntas sus lágrimas : «¡ Ah, madre mía ! ¡ cuán desgraciada soy al haber tomado un marido como el que tengo ! ¡ es tan brutal como malvado ! Temo que algún día oigáis decir que me ha matado». — «Mas, responderá la madre, ¿por qué no haces siempre lo que te manda?» — «No me pierdo por este lado ; mas nada le contenta, siempre está enojado.» — «Pobre hija, le dirá la madre, si hubieses acertado a casarte con fulano, que te pidió en matrimonio, hubieras sido mucho más feliz»... Te engañas, madre ; no es esto lo que le debes contestar, sino : «¡ Ah, pobre hija ! si

(1) Tob., VII.

hubiese yo acertado a inspirarte el temor y amor de Dios, si nunca te hubiese permitido correr detrás de los placeres, Dios no hubiera permitido tu desgracia»... ¿Qué te parece, mujer? deja que el cura diga lo que le venga en mientes, sal siempre que quieras, sé juiciosa, vuelve temprano y está tranquila. Todo esto está muy bien, pero escúchame.

Cierto día me ocurrió pasar junto a un gran fuego, y tomé un puñado de paja seca, la eché en la hoguera y le dije que no ardiese. Los que lo presenciaban, me dijeron burlándose de mí: «Es en vano que se lo advirtáis; esto no impedirá que quede al momento hecha cenizas. — ¿Y cómo?, les contesté, cuando yo le he mandado no abrasarse». — ¿Qué te parece, madre? ¿no reconoces en esto tu ejemplo? ¿No es ésta tu conducta o la de tu vecina? ¿No recomendaste a tu hija la prudencia al concederle permiso para salir? — No hay duda... — Anda, mujer, te dejaste dominar por la ceguera, y fuiste el verdugo de tus hijos. Si son desgraciados en el matrimonio, tú sola eres la causa de ello. Dime: si hubieses tenido algún sentimiento de religión o de afecto a tus hijos, ¿no debieras haber trabajado con todas tus fuerzas para hacer que evitasen el mal que tú misma cometiste cuando te hallabas en el mismo caso de tu hija? Más claro: no contenta con haber sido tú desgraciada, quieres que también lo sean tus hijos. Y tú, hija mía, ¿eres desgraciada en tu nueva casa? Mucho lo siento, ello me causa pena; pero me extraña menos que si me dijases que eres feliz, atendiendo a las disposiciones con que te casaste.

Sí, H. M., ha llegado la corrupción a un tan alto grado entre los jóvenes de nuestros tiempos, que resulta tan imposible hallar quiénes reciban santamente dicho sacramento, como es imposible hacer que un condenado suba al cielo. — Pero, me diréis: existen todavía algunos. — ¡Ay, amigo mío! ¿dónde están?...

¡ Ah ! sí, los padres no tienen reparo alguno en dejar solos a la hija con un joven durante tres o cuatro horas durante las veladas. — Pero, me diréis, son muy juiciosos. — Sí, no hay duda que son juiciosos ; así ha de hacérmolos creer la caridad. Pero dime, mujer, ¿ eras tú muy juiciosa cuando te hallabas en el mismo caso de tu hija ?

Terminemos, H. M., diciendo que, si los hijos son desgraciados en este mundo y en el otro, es por culpa de sus padres que no pusieron todos los medios que estaban a su alcance para dirigirlos santamente por el camino de la salvación, donde no hay duda que el Señor los hubiera bendecido. ¡ Ay ! cuando, en nuestros días, un joven o una joven quieren casarse, se los lleva a abandonar a Dios... No, no entremos en detalles, otro día hablaremos de esto. ¡ Pobres padres y pobres madres, cuántos tormentos os aguardan en la otra vida ! Mientras subsista vuestra descendencia, os haréis participantes de todos los pecados que en ella se cometan, y recibiréis el castigo cual si vosotros los hubieseis cometido, y aun más, tendréis que dar cuenta de todas las almas que de vuestra descendencia se condenen. Todas esas almas os acusarán de haber sido causa de su perdición. Lo cual se comprende fácilmente. Si hubieseis educado bien a vuestros hijos, éstos a su vez hubieran educado bien a los suyos : y unos y otros se habrían salvado. Mas no está todo aquí, sino que además seréis responsables, delante de Dios, de todas las buenas obras que vuestra descendencia hubiera podido practicar hasta la consumación de los siglos, y no practicó por vuestra culpa.

¿ Qué os parece todo esto, padres y madres que me escucháis ? Si no perdisteis enteramente la fe, ¿ no tendréis motivos de llorar al ver el mal que hicisteis y la imposibilidad en que os halláis de repararlo ? ¿ Tenía yo razón al principio, cuando os decía ser casi imposi-

ble declararos la magnitud de vuestros deberes?... Mas lo que hoy os he dicho, es solamente una pequeña parte de tan importante y extensa materia... Volved el próximo domingo, padres y madres, dejad que vuestros hijos guarden la casa, y, sin agotar todavía la materia, haremos nuevos descubrimientos.

¡ Ay ! ¡ cuántos padres arrastran consigo a sus hijos hacia el infierno ! ¡ Dios mío ! ¿ podremos pensar en todos esos males sin estremecernos ? ¡ Feliz aquel a quien Dios no llama al estado del matrimonio ! ¡ Cuán reducida quedará su cuenta ! — Pero me diréis : « No dejamos de hacer cuanto está en nuestra mano ». — Hacéis cuanto está en vuestra mano, es verdad ; mas para perderlos, no para salvarlos. Para terminar, quiero convenceros de que no hacéis todos los posibles para salvarlos. ¿ Dónde están las lágrimas que derramasteis, las penitencias que hicisteis, las limosnas que repartisteis para implorar su conversión ? Pobres hijos, ¡ cuán desgraciados por pertenecer a unos padres que sólo trabajan por haceros desgraciados en este mundo y aun mucho más en el otro ! Siendo yo vuestro padre espiritual, voy a daros ahora un consejo : Cuando veáis que vuestros padres faltan a Misa o a las funciones, trabajan en domingo, comen carne los días prohibidos, dejan de frecuentar los sacramentos, no procuran instruirse en la religión ; haced vosotros todo lo contrario, para que vuestros buenos ejemplos los salven a ellos, lo cual sería para vosotros una gran victoria. Esto es lo que os desco.

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA IRA

*Tenens suffocabat eum, dicens:
Redde quod debes.*

Cogiéndole por la garganta, le
dijo : Devuélveme lo que me debes.

(S. Mateo, XVIII, 28.)

¡ Cuán distintos de los sentimientos de Dios son los del hombre ! Aquel miserable que acaba de ser perdonado de la deuda que tenía contraída con su señor, lejos de mostrarse agradecido y de estar dispuesto a ejercitar la misma indulgencia para con su hermano, en cuanto le ve monta en cólera, queda fuera de sí, arrójasele al cuello cual si quisiese estrangularle. En vano el otro se echa a sus pies pidiéndole perdón, nada le conmueve, nada le detiene. El quiere agotar todo su furor contra aquel pobre desgraciado, y hace que sea encarcelado hasta pagar el último maravedí. Tal es la conducta de los mundanos, H. M. En aquel señor indulgente vemos representada la bondad y misericordia de Dios. Si nos perdona gustoso todo cuanto debemos a su justicia, si nos trata con tanta bondad y dulzura, es para que, imitando su ejemplo, nos portemos de la misma manera con nuestros hermanos. Mas un hombre ingrato y de carácter fogoso, pronto olvida lo que su Dios hizo por él. Por la menor insignificancia, se le ve abandonarse al furor de esa pasión tan indigna de un cristiano y que tanto ultraja al Dios de la dulzura

y de la bondad. Temamos, H. M., una pasión tan perniciosa, capaz de apartarnos de Dios, y a propósito para proporcionar una vida desgraciada a nosotros y a cuantos nos rodean. Voy ahora a mostraros : 1.º hasta qué punto la ira ultraja a Dios ; 2.º cuán indigna sea de un cristiano.

I. — No quiero hablaros de esas leves impaciencias, de esas quejas tan frecuentes en nosotros. Bien sabéis que cuantas veces dejáis de rechazarlas, os ofendéis a Dios. Aunque no se trate ordinariamente de pecados mortales, no debéis con todo dejar de acusaros de tales defectos. Si me preguntáis qué viene a ser la ira, os contestaré que es un movimiento violento e impetuoso del alma, que rechaza con vehemencia aquello que le desagrada. Si abrimos los libros santos, en los cuales se contienen las acciones de aquellos hombres que fueron la admiración del cielo y de la tierra, siempre veremos que sintieron grande horror por ese maldito pecado, al que consideraron como una señal de reprobación. Sin embargo, os diré, con Santo Tomás, que hay una santa ira, la cual proviene del celo por la gloria de Dios. Podemos a veces enfadarnos sin ofender a Dios, según estas palabras del Rey Profeta : «Enojaos, mas no pequéis» (1). Hay, pues, una cólera justa y racional, la cual puédese más propiamente llamar celo que ira. La Sagrada Escritura nos ofrece de ella muchos ejemplos. Leemos (2) que Finees, hombre temeroso de Dios y celoso de su gloria, montó en santa cólera al ver el escandaloso pecado de un judío con una madianita, y los atravesó a ambos con la espada. No solamente no ofendió a Dios matando a aquellos miserables, sino que, al contrario, mereció ser alabado por su celo en vengar

(1) Irascimini, et nolite peccare (Ps. IV, 5).

(2) Num., XXV.

los ultrajes inferidos al Señor (1). Tal fué también la conducta de Moisés. Indignado porque los israelitas adoraban el becerro de oro en menosprecio del verdadero Dios, obedeciendo a los mandatos del Señor y para vengarle del ultraje, hizo matar a veintitrés mil (2). De análoga manera se portó David, el cual desde el amanecer declaraba ya la guerra a todos aquellos grandes pecadores que dedican su vida a ultrajar a Dios (3). Tal fué también la conducta del mismo Jesucristo, cuando echó, con violencia, del templo a los mercaderes, diciendo: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones» (4). Tal debe ser también la ira de un pastor espiritual que tome a pechos la salvación de sus feligreses y la gloria de su Dios. ¡Ay del pastor que permanece mudo viendo a su Dios ultrajado y contemplando cómo las almas se extraían! Si no quiere condenarse, es preciso que, al cometerse ciertos desórdenes en su parroquia, huelle bajo sus plantas el respeto humano y el miedo de ser despreciado u odiado de sus feligreses; y aunque tuviere la certeza de que, al bajar del púlpito, será condenado a muerte, ni por eso debe detenerse, ni por eso ha de callar. El párroco que quiere cumplir con sus deberes ha de empuñar siempre la espada, para defender a los inocentes y perseguir a los pecadores hasta que retornen a Dios; y esta persecución no debe cesar sino con la muerte. Si no obra así, es un mal sacerdote, que causa la perdición de las almas en vez de llevarlas a Dios. Si veis que en vuestra parroquia ocurren ciertos escándalos y los sacerdotes se callan, temed por vosotros, pues es que Dios os habrá castigado enviándoos semejantes pastores.

(1) Phinees pater noster, zelando zelum Dei, accepit testamentum sacerdotii aeterni (I Mach., II, 54. Ps. CV, 30-31).

(2) Exod., XXXII, 28.

(3) Ps. C, 8.

(4) Domus mea, domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum (Matth., XXI, 13).

Digo que todo esto son manifestaciones de cólera santa, alabada y aprobada por el mismo Dios. Si todos vuestros enojos fuesen de tal naturaleza, sólo alabanza mereceríais. Mas, si consideramos lo que pasa en el mundo, si escuchamos esos altercados, esas disensiones entre vecinos o vecinas, entre hermanos o hermanas, veremos que allí sólo domina una fogosa pasión, una pasión injusta, viciosa, irracional, cuyos perniciosos efectos conviene poner ahora de manifiesto, a fin de que os inspire todo el horror que ella merece. Oíd lo que nos dice el Espíritu Santo : «El hombre, al enojarse, no sólo pierde su alma y su Dios, sino que también abrevia los días de su existencia» (1). Voy a probároslo con un conmovedor ejemplo. Leemos en la historia de la Iglesia que el emperador Valentiniano, con ocasión de recibir unos diputados o emisarios, montó en cólera de una manera tan espantosa, que perdió el sentido y murió allí mismo. ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué horror ! ¡ qué pasión tan detestable y monstruosa ! ¡ es ella causa de muerte para el que la engendra ! Ya sé yo que no es cosa común abandonarse a tales excesos ; mas ¡ cuántas mujeres encintas, por un acceso de ira, causan la muerte de sus pobres hijos, antes de haberlos dado a luz y de haberseles conferido el bautismo ! ¡ Aquellos infelices no tendrán jamás la dicha de ver a Dios ! ¡ El día del juicio los veremos separados de nosotros : nunca entrarán en el cielo ! ¡ Y la única causa de eso será el enojo de una madre ! ¡ Ay ! aquellos pobres hijos no cesarán de clamar en el lugar de su destierro : ¡ Ah ! ¡ maldito pecado de ira, de cuántos bienes nos has tú privado !... ¡ tú has sido el que nos ha robado el cielo ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuántos bienes nos robó ese maldito pecado ! Adiós, hermoso cielo ; nunca te veremos. ¡ Ah ! ¡ qué desdicha !... ¡ Oh Dios mío ! la mujer que se reconozca culpa-

(1) *Zelus et iracundia minuunt dies* (Eccli., XXX, 26).

ble de un crimen tal, ¿podrá vivir sin derramar día y noche torrentes de lágrimas? No se acusará a sí misma a todas horas, diciendo: Desgraciada, ¿qué es lo que hiciste? ¿dónde está tu pobre hijo? ¡Ay! ¡qué remordimientos en el día del juicio cuando venga a pedirte el cielo! Aquel pobre hijo clamará: ¡Ah! ¡madre! devuélveme el cielo; tú me lo arrebataste. Aquel hermoso cielo que no veré jamás, te lo estaré pidiendo por toda una eternidad; ¡aquel hermoso cielo que la ira de una madre me hizo perder!... ¡Oh Dios mío! ¡qué desgracia! ¡Y sin embargo, ¡cuán abundante es el número de esos hijos! — La que se halla encinta, al confesar un pecado de ira, si no quiere perderse, nunca debe dejar de declarar su estado; ya que podría muy bien ser que, en vez de un pecado mortal, hubiese cometido dos. Si no lo hacéis así, es decir, si no declaráis esa circunstancia, hay fundamento para dudar de la validez de vuestras confesiones. Por igual motivo, el marido que haya causado el enojo de su mujer, debe también declarar la citada circunstancia; pues, en tal caso, ambos se hicieron culpables de aquel pecado. ¡Ay! ¡cuán pocos son los que se acusan de esto! ¡Dios mío, cuántas confesiones mal hechas!

El profeta Isaías nos dice que el hombre enojado se asemeja al mar agitado por la tempestad (1). Exacta comparación, H. M... En efecto, nada simboliza mejor el cielo que el mar en calma; es un espejo inmenso en el cual se reflejan las estrellas; mas, en cuanto el huracán agita las aguas, todas aquellas celestes imágenes desaparecen. Así también el hombre que acierta a conservar la paciencia y la dulzura, es, en su calma, una fiel imagen de Dios. Mas, en cuanto la cólera y la impaciencia turban esa calma, al punto desaparece la semejanza de la divinidad. Aquel hombre deja desde enton-

(1) Is., I.VII, 20.

ces de ser imagen de Dios, para convertirse en imagen del demonio. Repite las blasfemias de éste e imita su furor. ¿Cuáles son los pensamientos en que se ocupa el demonio? Pensamientos de odio, de venganza, de aborrecimiento: tales son también los del hombre encolerizado. ¿Cuáles son las expresiones del demonio? Maldiciones y juramentos. Si escucho a un iracundo, oigo que salen de su boca sólo juramentos y maldiciones. ¡Oh Dios mío! ¡triste compañía la de un hombre enojado! Contemplad a la pobre mujer cuyo marido es iracundo: si tiene temor de Dios y quiere evitar posibles ofensas al Señor y a sí misma malos tratamientos, no puede hablar ni una sola palabra, por más deseos que tenga de ello. Es preciso que se resigne a gemir y llorar en secreto, a fin de no empeorar el mal y no dar escándalo. — Pero, dirá el iracundo, ¿por qué me replica? bien sabe que tengo el genio vivo. — Tienes el genio vivo, amigo mío, y ¿no quieres persuadirte de que los demás lo tengan también semejante al tuyo? Di mejor que no tienes religión, y entonces hablarás con verdad, y declararás lo que realmente eres. ¿Por ventura la persona temerosa de Dios no ha de saber dominar sus pasiones, en vez de dejarse arrastrar por ellas?

¡Ay! si he dicho que hay mujeres desgraciadas a causa de los arrebatos de sus maridos, no faltan tampoco maridos desgraciados para quienes sus mujeres no tienen jamás una palabra dulce, las cuales por cualquier cosa se enfurecen y pierden la calma. Pero la mayor desgracia de un hogar tiene lugar cuando ni el marido ni la mujer quieren dar su brazo a torcer; entonces todo se va en disputas, enojos y maldiciones. ¡Oh gran Dios! ¿no es aquello un infierno anticipado? ¡Ay! ¿a qué escuela asisten los pobres hijos? ¿qué lecciones de bondad y de dulzura reciben? Nos dice San Basilio que la ira hace al hombre semejante al demonio, ya que sólo el demonio es capaz de entregarse a tales excesos.

La persona encolerizada se parece a un león enfurecido, cuyos rugidos hacen morir de espanto a los demás animales. Mirad al rey Herodes : porque los Magos le engañaron, se enfadó, o mejor, se enfureció tanto, que hizo degollar a todos los niños de Belén y sus alrededores (1). Y no contento con tales horrores, mandó apuñalar a su mujer y a sus hijos (2). ¡ Ay ! ¡ cuántos pobres niños quedaron contrahechos por toda su vida, a causa de los bárbaros golpes que recibieron de sus padres en un acceso de ira ! Pero debo añadir aquí que la cólera no va nunca sola : la acompañan siempre muchos otros pecados, según ahora vamos a ver.

II. — La ira trae consigo los juramentos, blasfemias, maldiciones e imprecaciones (3). Nos dice Santo Tomás que es pecado tan grave el jurar, es tan aborrecible a los ojos de Dios, que jamás podremos conocer la magnitud del ultraje que le infiere. No es un pecado como los demás, a los cuales muchas veces la parvedad de materia hace que no pasen de culpa venial. En el juramento, cuanto más leve es la materia, mayor es el pecado ; pues es un mayor desprecio hecho a Dios y mayor profanación de su santo nombre. El Espíritu Santo nos asegura que la casa del hombre acostumbrado a jurar, quedará llena de iniquidades, y sobre ella no cesarán de caer los castigos del cielo hasta quedar destruída (4).

(1) Matth., II, 16.

(2) Herodes hizo matar, es verdad, a su mujer Mariamna, y además a sus cuatro hijos ; mas no fué ello consecuencia de la matanza de los Inocentes, según parece quiere dar a entender el autor. En efecto, según los historiadores, Mariamna murió envenenada, el año 28 antes de Jesucristo.

(3) Para esta segunda parte del Sermón, una vez por todas, remitimos al lector a la obra del P. Lejeune, t. II, *Sermón XLVII*, «Del Juramento y de la Blasfemia», del cual el Santo ha tomado gran parte de la doctrina que expone y de los ejemplos que refiere.

(4) Vir multum iurans implebitur iniquitate, et non discedet a domo illius plaga (Eceli., XXIII, 12).

¿Podremos oír sin temblar a esos infelices que se atreven a llevar su furor hasta jurar por el santo nombre de Dios, ese nombre adorable que los ángeles se complacen tanto en repetir incesantemente : «Santo, Santo, Santo, es el gran Dios de los ejércitos ; sea El bendito por los siglos de los siglos» ? Si, al servirse de la lengua, reflexionase seriamente sobre el destino de la misma, pensase que es un instrumento que Dios nos ha dado para orar y cantar sus alabanzas ; que ella se bañó en la sangre preciosa de Jesucristo ; que tantas veces ha servido de sostén al mismo Salvador, ¿podría utilizarla para ultrajar a un Dios tan bueno y para profanar un nombre tan santo y respetable?...

Mirad el horror que los santos sentían por los juramentos. San Luis, rey de Francia, había dado una ley ordenando que al que jurase le fuese atravesada la lengua con un hierro candente. Un ciudadano, en una disputa, habiendo jurado por el santo nombre de Dios, fué conducido delante del rey, quien ordenó que al momento le fuese atravesada la lengua. Los magnates de la ciudad acudieron al monarca implorando el perdón de aquel hombre, mas el rey les respondió que, si él hubiese tenido la desgracia de cometer aquel pecado, él mismo se atravesaría la lengua. Y dió la orden de que fuese ejecutada su sentencia. Cuando estaba combatiendo, con su ejército, en Tierra Santa, fué hecho prisionero. Le exigieron un juramento, que a primera vista no parecía comprometer su conciencia ; no obstante, temía tanto el jurar, que prefirió exponerse a la muerte antes que formular dicho juramento (1). Vemos también que la persona que jura, es ordinariamente abandonada de Dios, agobiada con toda suerte de miserias y desdichas, y tiene por lo general un desgraciado fin.

Leemos en la historia un ejemplo capaz de hacernos

(1) Ribadeneira, 25 agosto.

concebir el más grande horror de los juramentos. En tiempos en que San Narciso gobernaba la Iglesia de Jerusalén, tres libertinos calumniaron horriblemente al Santo, confirmando sus aseveraciones con juramentos execrables. Dijo el primero que, si no era verdad lo que afirmaba, quería ser abrasado vivo; el segundo dijo que quería morir ahogado; y el tercero, que quería le fuesen arrancados los ojos. Por causa de tales calumnias, San Narciso fué expulsado de la ciudad como un mal obispo que se entregaba a toda suerte de impurezas. Mas la venganza divina no tardó en castigar a los miserables. Habiéndose pegado fuego de noche en la casa del primero, éste murió abrasado; el segundo murió ahogado; el tercero, espantado ante tan terribles castigos, perdió la vista llorando sus pecados. Ya sé que no son muchos los que pronuncian tales juramentos. Los juramentos más comunes son: ¡A fe mía!; ¡Por mi conciencia! — ¡En Dios y en mi alma! — ¡Como hay Dios! — ¡A fe de cristiano!

Cuando os confesáis, debéis declarar la razón por la cual jurasteis: si fué para asegurar cosas falsas, o verdaderas; si, al mostraros incrédulo, fuisteis causa de que otras personas jurasen. Debéis declarar si tenéis la costumbre de jurar, y desde cuánto tiempo. Al juramento no debemos añadir nunca la imprecación. Muchos hablan así: «Si no es verdad lo que digo, ¡que jamás me mueva de este lugar; que no vea nunca el cielo; que Dios me condene! ¡que la peste me ahogue! ¡que el demonio se me lleve!»... ¡Ay! amigo mío, ¡tal vez el demonio sólo espera tu muerte para llevárete!... En tus confesiones debes declarar si lo que afirmaste era o no contrario a la verdad. Algunos creen que no es cosa mala pronunciar un juramento para asegurar una cosa verdadera. Cierto que no es tan malo como asegurar una cosa falsa. Pero siempre es un pecado, y a veces de importancia. De ello, pues, debéis acusaros;

de lo contrario os condenaréis. Oíd un ejemplo que os hará temblar. Refiérese en la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra (1), que el conde Gondevino, padre político del rey, era tan orgulloso que no podía sufrir a nadie a su lado. Habiéndole acusado el rey un día de haber cooperado a la muerte de su hermano, el conde contestó que, si aquello era cierto, quería que un pedazo de pan de los que comía, le estrangulase. El rey hizo la señal de la cruz sobre uno de aquellos fragmentos, su suegro lo tomó, y al comérselo se le atragantó en la garganta, y murió asfixiado. ¡Terrible castigo, H. M. ! ¡ Ay ! ¿ dónde fué a parar su pobre alma, ya que murió cometiendo un pecado ?

No sólo hemos de abstenernos de jurar, por cualquier pretexto que sea, aunque de lo contrario hayan de perderse los bienes, la reputación o la vida, ya que, al jurar, perdemos el cielo, a nuestro Dios y a nuestra alma ; sino que debemos evitar toda ocasión de hacer jurar a los demás. Nos dice San Agustín (2) que, si prevemos que aquellos a quienes demandamos ante los tribunales de justicia jurarán en falso, hemos de abstenernos de tal demanda ; de lo contrario nos hacemos tanto o más culpables que si les quitásemos la vida. En efecto, si los degollamos, no hacemos más que quitarles la vida del cuerpo, mas no la del alma, si tienen la dicha de hallarse en estado de gracia ; los únicos perjudicados somos nosotros : mientras que, dándoles ocasión de jurar, perdemos su pobre alma y somos causa de su eterna condenación. Refiérese (3) que un ciudadano de Hipona, hombre de bien, pero muy aficionado a las cosas terrenas, demandó ante los tribunales a un convecino suyo a quien había prestado una cierta suma de dinero ; el demandado juró en falso. Aquella misma noche el acu-

(1) Ribadencyra, 13 octubre.

(1) Serin. CCCVIII, cap. IV, 4.

(2) San Agustín, *ibid.*

sador hubo de comparecer en sueños ante el tribunal de Dios. — ¿Por qué hiciste jurar a aquel hombre?... ¿No era preferible perder lo que te debía antes que causar la ruina de su alma? Díjole Jesucristo que por aquella vez le perdonaba, mas le condenaba a ser azotado; lo cual fué ejecutado al momento por los ángeles, y al día siguiente despertó cubierto su cuerpo de cardenales.—Pero me diréis: Entonces ¿deberemos perder lo que se nos debe? — ¿Es que preferís perder el alma de vuestro hermano a perder vuestro dinero? A más de que, debéis tener lá seguridad de que, si hacéis todo esto por Dios, no dejará El de recompensaros con largueza.

Los padres y dueños deben examinar con atención si fueron causa de que sus hijos o criados formularan ciertos juramentos, por miedo a ser reprendidos o maltratados. Hay quienes lo mismo juran en mentira que en verdad. Guardaos empero vosotros de jurar en falso cuando habéis de declarar ante los tribunales de justicia. Aunque no hayáis llegado a formular el juramento, habéis de examinar también si tuvisteis el pensamiento o propósito de hacerlo, y cuántas veces; si aconsejasteis a los demás que jurasen en falso, bajo pretexto de que, si declaraban la verdad, serían condenados. Todo esto debéis declararlo en la confesión. Acusaos también de si con rodeos habéis desfigurado la verdad; pues estáis obligados a declarar según vuestro saber y entender, como habéis visto u oído; de lo contrario cometéis grave pecado. También debéis manifestar si prometisteis algo para inducir a los demás a mentir: cual sería un amo que amenazase a su criado con malos tratos o con hacerle perder su sueldo. Todo esto ha de explicarse en confesión, pues, de lo contrario, sería ella un horrible sacrilegio. El Espíritu Santo nos dice que los testigos falsos serán castigados con gran rigor (1).

(1) Deut., XIX, 18-21.

Acabamos de explicar lo que es el juramento ; veamos ahora en qué consiste la blasfemia. Son muchos los que no saben discernir entre blasfemia y juramento. Mas, si ignoráis esto, no esperéis hacer buena confesión, pues no declaráis los pecados tal como los cometisteis. Atended, pues, bien, a fin de desterrar una ignorancia que indudablemente sería causa de vuestra condenación. Blasfemia es palabra que viene del griego y quiere decir detestar o maldecir la belleza infinita. Dice San Agustín (1) que se blasfema cuando se atribuye a Dios una cualidad que no tiene o que no le conviene ; cuando se le niega lo que le conviene, o, finalmente, cuando el hombre se atribuye aquello que sólo a Dios es debido. Veamos más detalladamente todo esto. 1.º Blasfemamos al afirmar que, porque no salimos con éxito en nuestras empresas o trabajos, Dios no es justo. 2.º Decir que Dios no es bueno, como afirman ciertos infelices en el exceso de sus miserias, es también una blasfemia. 3.º Blasfemamos al afirmar que Dios no lo sabe todo ; que no atiende a lo que ocurre en la tierra ; que ni tan sólo nos sabe en el mundo ; que todas las cosas andan por sí mismas y como quieren ; que Dios no se ocupa en cosas tan insignificantes ; que, al venir al mundo, tenemos señalado ya nuestro destino fatal, feliz o desgraciado, el cual Dios no cambia para nada. 4.º Cuando decimos : Si Dios se mostrase misericordioso para con fulano, no sería justo ; pues ha sido un malvado y merece el infierno. 5.º Cuando, por haber experimentado alguna pérdida, nos dejamos llevar de un arrebató contra Dios, diciendo : No, Dios no podía tratarme peor de lo que me ha tratado. Es también una blasfemia hacer burla o mofa de la Santísima Virgen o de los Santos, diciendo, por ejemplo : He aquí un santo que no tiene mucho poder ; muchos

(1) *De moribus Manichaeorum*, lib. II, cap. XI.

días hace que a él me encomiendo... y nada he alcanzado; no quiero recurrir a él de nuevo. Es blasfemia decir que Dios no es omnipotente, tratarle indignamente, diciendo, por ejemplo: ¡Aunque Dios no quiera! u otras expresiones aun más injuriosas.

Sentían los judíos un horror tal por ese pecado que, al oír una blasfemia, rasgaban sus vestiduras en señal de dolor (1). El santo varón Job temía hasta tal punto ese pecado, que ofrecía sacrificios para expiar las blasfemias que sus hijos hubieran podido cometer hallándose él ausente (2). El profeta Natán dijo a David: Por haber sido causa de que fuese blasfemado el santo nombre de Dios, tu hijo morirá, y los castigos no cesarán de afligir tu casa mientras vivas (3). Dice el Señor en la Sagrada Escritura (4): El que blasfeme de mi santo nombre, será condenado a muerte (5). Mientras los hebreos peregrinaban por el desierto, uno de los de aquel pueblo fué sorprendido blasfemando, y el Señor ordenó que muriese apedreado (6). Sennaquerib, rey de los Asirios, estaba sitiando a Jerusalén y blasfemó del santo nombre de Dios, diciendo que, aunque El no quisiese, tomaría la ciudad y la pasaría a sangre y fuego; en castigo, el Señor envió a un ángel, quien en una sola noche mató a ochenta y cinco mil hombres, y el mismo rey fué degollado por sus propios hijos (7). Tales blasfemias han causado en todo tiempo horror a los hombres; son verdaderamente el lenguaje del infierno, pues el demonio y los condenados no vo-

(1) Por ejemplo, Caifás, en la Pasión (Matth., XXVI, 65).

(2) Job, I, 5.

(3) II Reg. XII, 14.

(4) Qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur (Lev., XXIV, 16).

(5) P. Lejeune, t. II, pág. 234 (Nota del Santo).

(6) Lev., XXIV, 14.

(7) Sennaquerib no fué degollado aquella misma noche, sino a su regreso de Nínive, en el templo del ídolo Nesroch (IV Reg., XIX).

mitan otra cosa de su boca. Cuando el emperador Justino tenía noticia de que algún súbdito suyo había blasfemado, le hacía cortar la lengua. Durante el reinado de Roberto, Francia tuvo que sostener una gran guerra, y Dios reveló a un alma santa que aquella calamidad duraría hasta que la blasfemia fuese desterrada del reino. ¿No será, pues, de extrañar que la casa donde se cobija un blasfemo deje de ser aplastada por el rayo, o castigada con toda suerte de desgracias? Nos dice también San Agustín que la blasfemia es un pecado mayor que el perjurio; ya que en éste se toma a Dios por testigo de una cosa falsa, mientras que en aquél la cosa falsa se atribuye a Dios (1). Habréis de convenir, pues, conmigo, H. M., en que es la blasfemia un pecado gravísimo, el cual acarrea grandes desgracias al mortal que por él se deja dominar. ¡Cuánto es de temer que el castigo de un blasfemo le sobrevenga en el mismo instante de blasfemar, cual ha ocurrido en muchos casos!

Veamos ahora la diferencia que existe entre blasfemar y renegar de Dios. No quiero referirme a los que reniegan de Dios abandonando la religión para abrazar otra falsa: tales son los protestantes, los jansenistas y tantos otros. A esas personas se las llama renegados o apóstatas. Aquí tratamos de aquellos que, por causa de alguna desgracia o de alguna pérdida por ellos experimentada, tienen la maldita costumbre de deshacerse en palabras de ira contra Dios. Es un pecado horrible, puesto que por él, a la menor contrariedad, nos revolvemos contra el mismo Dios, nos enojamos, cual si le dijésemos: ¡Sois un... un... desgraciado! ¡un vengativo! Al castigarme por tal acción, sois injusto. Y Dios ha de soportar nuestra cólera cual si fuese la

(1) Ideo peius est blasphemare quam peierare, quoniam peierando falsae rei adhibetur testis Deus, blasphemando autem de ipso falsa dicuntur Deo (S. Agustín, *Contra mendacium*, cap. XIX, 39).

causa de la pérdida que experimentamos o del accidente que nos ha sobrevenido. ¿No es Él, por ventura, aquel tierno Salvador que nos sacó de la nada, que nos creó a su imagen, que nos rescató con su sangre preciosa y que nos conserva la vida por tanto tiempo cuando, desde tantos años hace, somos merecedores de los abismos infernales?... Él nos ama con un amor inconcebible, ¡y nosotros le despreciamos, profanamos su santo nombre, juramos y renegamos! ¡Qué horror! ¿habrá crimen más monstruoso? ¿No es esto imitar el lenguaje de los demonios? No otra cosa hacen los demonios en el infierno. ¡Oh Dios mío! ¡cómo puede un cristiano entregarse a tales abominaciones!

Quien se deja dominar por ese pecado, debe esperar una desgraciada vida ya en este mundo. Refiérese que cierto hombre, después de haber sido un blasfemo durante toda su vida, dijo un día al sacerdote que le confesaba: ¡Ay! padre mío, ¡cuán desdichada ha sido mi vida! Tenía el vicio de jurar y blasfemar del santo nombre de Dios; he perdido todas mis riquezas, que eran considerables; mis hijos, sobre quienes he atraído la maldición, son unos infelices; mi lengua, que tanto ha jurado, blasfemado e insultado a Dios, está llena de úlceras y podredumbre. ¡Ay! después de haber sido muy desgraciado en este mundo, temo aún condenarme a causa de mis blasfemias.

Recordad, H. M., que la lengua sólo os fué dada para bendecir a Dios; le ha sido consagrada por el santo Bautismo y la sagrada Comunión. Si por desgracia os domina ese pecado, debéis confesarlo con gran dolor y practicar ruda penitencia; de lo contrario habréis de sufrir los castigos que para los blasfemos están preparados en el infierno. Purificad vuestra boca pronunciando con gran reverencia el nombre de Jesús. Pedid a Dios con frecuencia la gracia de morir mil veces antes que recaer en tal pecado, ¿Habríais jamás

pensado que la blasfemia fuese un pecado tan horrible a los ojos de Dios y de los hombres? Decidme : ¿os habéis confesado de él debidamente, no limitándoos a decir que jurasteis, o tal vez, que dijisteis palabras groseras? Sondead vuestra conciencia y no andéis confiados, pues es muy posible que vuestras confesiones nada valgan.

Veamos ahora lo que sea maldición o imprecación. Vedlo aquí. Es maldición el manifestar, movidos por la ira, el deseo de aniquilar o atraer la desgracia sobre aquello que contraría nuestra voluntad. Tales maldiciones pueden recaer sobre nosotros mismos, sobre nuestros semejantes, sobre las criaturas animadas, y hasta sobre las inanimadas. Al portarnos de esta manera, no obramos según el espíritu de Dios, que es espíritu de dulzura, de bondad, de caridad ; sino según el espíritu del demonio, cuya sola ocupación es maldecir. Las peores maldiciones son las que los padres echan sobre sus hijos, pues de ellas suelen seguirse grandes males. El hijo maldito por sus padres, por lo común es un hijo maldito del mismo Dios ; puesto que Dios ha dicho que, si los padres bendicen a sus hijos, los bendecirá, y si por el contrario, les maldicen, caerá sobre ellos la maldición (1). San Agustín cita un caso digno de ser indeleblemente grabado en el corazón de los padres y de las madres. Una madre, dice, maldijo enfurecida a sus tres hijos ; al instante mismo quedaron poseídos del demonio (2). Un padre dijo a un hijo suyo : Así reventaras... Y el infeliz cayó muerto a sus pies.

Y lo que agrava aún más este pecado, es que, si

(1) *Benedictio patris firmat domos filiorum : maledictio autem matris eradicat fundamenta* (Eecli., III, 11).

(2) San Agustín, que refiere detalladamente esta historia (*De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. VIII, 22), dice que aquella desgraciada madre maldijo a sus diez hijos, los cuales viéronse al momento acometidos de un gran temblor en todos sus miembros : «tali poena sunt divinitus coerciti, ut horribiliter quaterentur omnes tremore membrorum».

un padre o una madre tienen la costumbre de cometerlo, toman ejemplo sus hijos, y así ese vicio viene a ser hereditario en las familias. Si hay tantas casas y familias desgraciadas, convertidas en verdadera morada del demonio y sucursal del infierno, es por causa de las blasfemias que bajo su techo resonaron, las cuales se transmitieron de los abuelos a los padres y de éstos a los hijos sin interrupción. ¿Oísteis a tal padre enojado, proferir juramentos, imprecaciones y blasfemias? Pues bien : escuchad a sus hijos cuando se hallan dominados por la ira : los mismos juramentos, las mismas imprecaciones, y todo lo demás. Los vicios de los padres pasan a los hijos con tanta o mayor facilidad que los bienes. Los antropófagos sólo matan, para comérselos, a los extranjeros ; mas entre los cristianos vemos padres y madres que, dejándose llevar de los arrebatos de su pasión, desean la muerte a aquellos a quienes dieron la vida, y envían al demonio a los que Jesucristo redimió con su preciosa Sangre. Cuántas veces oiremos a padres y madres sin religión, hablar de esta manera : ¡ Ah ! ¡ hijo maldito, no... de una vez ! ¡ cuánto me fastidias ! ¡ ojalá Dios te castigase de una vez !... ; quisiera verte tan lejos de mí, cuanto ahora estás cerca. ¡ Ese perro de hijo ! ¡ demonio de hijo ! ¡ bestias de hijos ! y así por el estilo. ¡ Oh Dios mío ! ¿ Y esas maldiciones pueden salir de la boca de un padre o de una madre, que sólo bendiciones del cielo deberían desear para sus hijos ? Si abundan tanto los hijos insensatos, rebeldes, sin religión, descaminados, no busquemos otra causa, en la mayoría de los casos, que las maldiciones que les echaron sus padres.

¿ Y qué pecado es el de aquellos que, en los momentos de ira, se maldicen a sí mismos ? Es un crimen espantoso, que atenta a la vez contra la naturaleza y contra la gracia ; pues la naturaleza y la gracia nos inspiran amor a nosotros mismos. El que se maldice a

sí mismo, semeja un desesperado que se da la muerte con sus propias manos; y aun peor, pues no es raro el caso en que llega a maldecir su alma, diciendo: ¡Que Dios me condene! ¡el demonio se me lleve! ¡preferiría estar en el infierno a sufrir lo que ahora sufro! ¡Ah, desgraciado!, exclama San Agustín, procura que Dios no haga caso de tus palabras, pues irías a vomitar en el infierno el veneno de tu rabia. ¡Oh Dios mío! si el cristiano reflexionase acerca de lo que habla, ¿tendría valor para pronunciar esas blasfemias, capaces, en cierta manera, de forzar a Dios a maldecirle desde lo alto de su trono? ¡Oh! ¡cuán desgraciado es, pues, el hombre que se deja dominar por la ira! ¡Obliga a Dios a que le castigue, cuando El no quiere otra cosa que su bien y su felicidad! ¿Quién será capaz de comprender tamaña aberración?

¿Qué pecado será el de un marido o de una esposa, de un hermano o de una hermana, que vomiten continuamente blasfemias unos contra otros? Es un pecado para el cual no hay términos a propósito para expresar su gravedad; ¡un pecado tanto más grave, cuanto mayor es la obligación que tienen de amarse unos a otros y de soportarse mutuamente sus flaquezas! El marido y la mujer, que sólo deberían desearse mutuamente la felicidad e implorar de la misericordia de Dios la dicha de pasar juntos la eternidad, llénanse de maldiciones uno a otro; arrancaríanse los ojos y hasta la vida, si pudiesen. ¡Esposa maldita, marido maldito, exclaman, ojalá no te hubiese nunca visto ni conocido! ¡Ah! ¡maldito padre que me aconsejaste aceptar su mano!... ¡Oh Dios mío! ¡qué horror para unos cristianos que sólo deberían trabajar por hacerse santos! ¡en su proceder, imitan la conducta de los demonios y de los réprobos! ¡A cuántos hermanos o hermanas vemos desearse la muerte recíprocamente, ya para heredar su parte, ya por causa de alguna injuria que del

otro recibieron ; conservarse aquel odio toda la vida y aun resistirse a perdonar en la misma hora de la muerte !

Es también grave pecado maldecir el tiempo, las bestias o el trabajo. Cuántos hay que, cuando el tiempo no anda como ellos quisieran, le maldicen diciendo : ¡ Maldito tiempo, cuándo será que cambies ! Al hablar así, no sabéis lo que decís : es como si dijeseis : ¡ Ah ! maldito Dios, que no me das un tiempo como yo quisiera. Otros maldicen el ganado : ¡ Ah ! maldita bestia, no te podré hacer andar como yo quisiera... ¡ El demonio se te lleve ! ¡ mal rayo te parta ! ¡ que el fuego del cielo te abrase !... ¡ Ah, desgraciados ! vuestras maldiciones surten efecto con mayor frecuencia de lo que pensáis. No es raro que se os mueran o se inutilicen las bestias a causa de las maldiciones que sobre ellas echasteis. ¡ Cuántas veces vuestras maldiciones, vuestros arrebatos, vuestras blasfemias, atrajeron el pedrisco o la helada sobre las cosechas de los campos que cultiváis !

Mas ¿ cuál será el pecado de los que desean mal al prójimo ? Ese pecado es grave a proporción del mal que deseáis, o del perjuicio que ocasionaría si realmente aconteciese. Debéis acusaros de ello cuantas veces hayáis concebido tales deseos. Al confesaros, debéis declarar la clase de mal que deseasteis al prójimo, la pérdida que hubiera experimentado si vuestros deseos se hubiesen cumplido. Debéis explicar si se trata de vuestros padres, de vuestros hermanos, de vuestras hermanas, de vuestros primos o primas, de vuestros tíos o tías. ¡ Ay ! ¡ cuán pocos los que hacen tales distinciones al confesarse ! Habréis maldecido a vuestros hermanos, hermanas, primos o primas, y os contentaréis con decir que deseasteis mal al prójimo, sin decir de quién se trataba, ni cuáles eran vuestras intenciones al formular tal deseo. ¡ Cuántos otros soltaron juramentos horribles, vomitaron blasfemias, imprecaciones, insultos

contra Dios, capaces de erizar los cabellos de la cabeza, y se contentan con declarar que dijeron palabras groseras, y nada más! Bien sabéis que una palabra grosera es una especie de leve juramento pronunciado sin asomo de cólera. ¡Ay! ¡cuántas confesiones y comuniones sacrílegas!

Pero, me diréis, ¿qué hemos de hacer para evitar pecados tan horribles, capaces de atraernos toda suerte de males y desgracias? — Es preciso para ello que, al sobrevenirnos alguna pena, nos acordemos de que, habiéndonos rebelado contra Dios, es también muy justo que las criaturas se rebelen contra nosotros. Nunca debemos dar a los demás ocasión de maldecirnos. Los hijos y los criados, sobre todo, han de hacer todos los posibles a fin de no dar motivo a sus padres o dueños para que los llenen de maldiciones; pues es indudable que tarde o temprano habrán de experimentar por ello algún castigo. Los padres y madres han de pensar que nada en el mundo les debe ser tan caro como sus hijos, a quienes nunca han de maldecir, antes no deben cesar de implorar sobre ellos toda bendición, a fin de que Dios derrame sobre sus cabezas el bien que les descan. Si os acontece algo enojoso o contrario a vuestros anhelos, lejos de llenar de maldiciones el objeto de vuestra contrariedad, os habrá de ser más fácil y provechoso decir: Que Dios te bendiga. Imitad al santo Job que bendecía el nombre del Señor en cuantas penas se le ofrecían, y éstas eran muchas (1), y recibiréis las mismas gracias que él recibiera. Al ver su inquebrantable sumisión a la voluntad de Dios, el demonio emprendió la fuga, la bendición de Dios se derrama sobre sus bienes, y lo recobra todo doblado (2). Si por desgracia alguna vez se os escapa de la boca alguna de esas

(1) Job, I, 21.

(2) Ibid., XLII, 10.

malas expresiones, haced pronto un acto de contrición para obtener el perdón de la culpa, y prometed no volver jamás a cometer tan grave pecado. Dice Santa Teresa que, cuando pronunciamos el nombre de Dios con respeto, el cielo todo se regocija ; mientras que, al pronunciar esas malas palabras, es el infierno quien se alegra. El cristiano jamás debe perder de vista que su lengua sólo le fué concedida para bendecir a Dios en este mundo, y darle gracias por los abundantes bienes con que nos ha enriquecido en los días de nuestra vida ; a fin de bendecirle por toda la eternidad junto con los ángeles y santos : esta será la herencia de los que habrán imitado, no a los demonios, sino a los ángeles. Esto es lo que os deseo...

DOMINGO VIGÉSIMOSEGUNDO DESPUÉS DE PENTECOSTÈS

SOBRE LA RESTITUCIÓN

*Reddite ergo quae sunt Caesaris,
Caesari; et quae sunt Dei, Deo.*

Dad, pues, al César lo que es del
César, y a Dios lo que es de Dios.

(S. Mateo, XXII, 21.)

Nada más justo ni más razonable que dar a Dios lo que es de Dios, y al prójimo lo que le es debido. Si todos los cristianos siguiesen este camino, ninguno de ellos se contaría entre los moradores del infierno; todos poblarían el cielo. ¡Ah! quisiera Dios, nos dice el gran San Hilario, que nunca los hombres perdiesen de vista este precepto. Mas ¡ay! ¡cuántos lo tienen por no escrito! Pasan su vida engañando a uno y robando a otro. Sí, H. M., nada más común que las injusticias, nada más raro que las restituciones. Mucha razón tenía el profeta Oseas al afirmar que la injusticia y el latrocinio cubrían la faz de la tierra, cual el diluvio que asoló el universo (1). ¡Ah!, desgraciadamente, los culpables abundan tanto como las personas que no quieren reconocerse tales. ¡Oh Dios mío! ¡cuántos ladrones nos revelará la muerte! Para convenceros de ello, H. M., voy ahora a mostraros: 1.º que nunca aprovechan las riquezas mal adquiridas; 2.º de cuántas maneras podéis perjudicar al prójimo; 3.º de qué manera y a quién debéis restituir lo que no os pertenece.

(1) Os., IV, 2.

I. — Es tanta nuestra ceguera, que pasamos la vida buscando y atesorando unos bienes que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, habremos de perder, mientras nos dejamos escapar aquellos que podríamos conservar durante toda la eternidad. Las riquezas de este mundo sólo desprecio merecen a los ojos de un cristiano, y, en cambio, nosotros no hacemos más que correr tras ellas. Muy insensato es el hombre al obrar de una manera tan abiertamente contraria al fin por el cual Dios le creó.

No quiero hablar, H. M., de aquellos que prestan con usura, al siete, nueve y diez por ciento; prescindamos de ellos. Para hacerles sentir toda la gravedad y negrura de su injusticia y crueldad, sería preciso hacer que vieran a uno de esos viejos usureros que, desde hace ya tres o cuatro mil años, están ardiendo en el infierno, y éste les narrase los tormentos que está sufriendo a causa de las innumerables injusticias por él cometidas. No, no es éste mi propósito. Bien saben ellos que obran mal, y que nunca alcanzarán de Dios el perdón, si no devuelven lo que ganaron injustamente. Todo cuanto les dijese ahora, sólo serviría para hacerles más culpables. Entremos en otros detalles que afectan a mayor número de cristianos.

Digo que los bienes mal adquiridos, nunca enriquecerán a los que los poseen; antes al contrario, serán una fuente de maldición para toda su familia. ¡Oh Dios mío, cuán ciego es el hombre! Está plenamente convencido de que vino a este mundo sólo por un instante; a cada momento ve partir para la otra vida a otros más jóvenes y robustos: no importa, ni con ello abre los ojos. Es en vano que el Espíritu Santo le diga, por boca del santo Job, que entró en este mundo desnudo y que desnudo saldrá de él (1); que todos esos bienes

(1) Job, I, 21.

tras los cuales corre con tanto afán, le dejarán cuando menos lo sospeche: tampoco esto le detiene. Afirma San Pablo que aquel que quiere hacerse rico por caminos injustos, no tardará en caer en los mayores extravíos; y aun más, que nunca verá el rostro de Dios (1). Es esto tan cierto, que, sin un milagro de la gracia, ni el avaro, ni el que adquirió algunos bienes por fraude o engaño, suelen convertirse por regla general; ¡tanto ciega el pecado ese a quien lo comete! Oíd de qué manera habla San Agustín a los que poseen bienes ajenos (2). En vano, dice, os confesaréis, en vano haréis penitencia y lloraréis vuestros pecados; si no restituís, perdiendo hacerlo, nunca os perdonará Dios. Vuestras confesiones y vuestras comuniones no serán más que sacrilegios, que iréis acumulando unos sobre otros. O devolvéis lo que no es vuestro, o habréis de resignaros a arder en el infierno. El Espíritu Santo no se limita a prohibirnos tomar o desear el bien ajeno; no quiere ni aún que lo miremos, por temor de que, de sólo verlo, nuestra mano se vaya hacia lo que no es nuestro. Dice el profeta Zacarías que la maldición del Señor descargará sobre la casa del ladrón hasta que quede destruída (3). Y yo os digo que, no sólo dejará de aprovecharos la riqueza adquirida por fraude o engaño, sino que será causa de que perezcan vuestros bienes adquiridos legítimamente, y de que sean abreviados vuestros días. Si dudáis de ello, escuchadme unos momentos y os convenceréis.

Leemos en la Sagrada Escritura (4) que el rey Acab, queriendo ensanchar su jardín, propuso a un hombre llamado Naboth que le vendiese su viña. «No, dijo Naboth, es la herencia de mis padres y quiero guardarla».

(1) I Tim., VI, 9.

(2) Epist. CLIII, ad Macedonium, cap. VI, 22.

(3) Zach., V, 3-4.

(4) III Reg., XXI.

El rey quedó tan contrariado de aquella negativa, que cayó enfermo. No podía comer ni beber, y se metió en cama. La reina fué a verle y le preguntó la causa de su enfermedad. Contestóle el rey que descaba ensanchar su jardín, mas Naboth se había negado a venderle su viña. «¡Cómo!, replicó la reina, ¿dónde está, pues, tu autoridad? No te preocupes más de esto, yo haré que tengas la viña». Dióse prisa en buscar a ciertas personas, las cuales, sobornadas por dinero, atestiguaron que Naboth había blasfemado contra Dios y contra Moisés. En vano aquel pobre hombre intentó defenderse, afirmando ser inocente del crimen que se le imputaba; nadie le creyó y hubo de morir apedreado. La reina, al verle todo bañado en sangre, se fué al encuentro del rey para anunciarle que podía tomar posesión de la viña, pues aquel que había tenido el atrevimiento de negársela estaba muerto ya. Ante una tal noticia, sanó el rey y corrió cual un desesperado a tomar posesión de la viña. El infeliz no pensó que Dios estaba allí esperándole para castigarle. Llamó el Señor a su profeta Elías, y le mandó presentarse al rey, para anunciarle de su parte que, en el mismo sitio donde los perros habían lamido la sangre de Naboth, beberían también la suya, y que ninguno de sus hijos reinaría después de él. Mandóle también a la reina Jezabel para anunciarle que, en castigo de su crimen, sería comida de los perros. Todo lo cual se cumplió tal como predijera el profeta. Los perros se abrevaron en la sangre del rey, muerto en un combate. Un nuevo rey llamado Jehú, al entrar en la ciudad, vió a una mujer asomada a una ventana. Se había ataviado cual una diosa para cautivar el corazón del nuevo rey. Este preguntó: ¿Quién es aquella mujer? Dijéronle que era la reina Jezabel. Al momento mandó fuese arrojada de lo alto de aquella ventana. Una vez en el suelo, los hombres y los caballos hollaron terriblemente su cuerpo. Llegada la noche, quisie-

ron dar sepultura a su cadáver, mas sólo encontraron de él algunos miembros dispersos; los perros se habían comido lo demás. «¡ Ah! exclamó Jehú, he aquí cumplida la predicción del profeta» (1). El rey Acab dejó setenta hijos, todos príncipes; el nuevo rey ordenó decapitarlos a todos y, a la vez, que fuesen sus cabezas colocadas en cestos a la entrada de la ciudad, a fin de mostrar, con tan horrible espectáculo, la desgracia que las injusticias de los padres atraen sobre los hijos (2). San Víctor nos refiere un caso no menos espantoso. Hubo un hombre, dice, que entró en el granero de su vecino para robarle el trigo. En aquel mismo momento el demonio se apoderó de él, y, en presencia de cuantos vieron el hecho, le arrastró cual si se lo llevase al infierno (3). ¡ Oh Dios mío, cuán ciego es el hombre al querer condenarse por tan poca cosa!

La segunda razón por la cual no debemos tomar los bienes ajenos, es porque ellos nos conducen al infierno. Dice el profeta Zacarías que, en una visión que tuvo, Dios le hizo leer un libro en el cual estaba escrito que nunca verán a Dios los que se apoderan de los bienes ajenos, sino que serán condenados a las llamas (4). Y, no obstante, hay gente tan ciega que preferiría morir y condenarse antes que restituir los bienes mal adquiridos, ni aun en la hora en que la muerte está ya a punto de arrebatárselos de las manos. Cierta hombre que pasó la vida robando, a la edad de treinta años contrajo una enfermedad de la cual murió. Uno de sus amigos, al ver que no se preocupaba de llamar a un sacerdote, tomó la iniciativa de buscar uno. «Amigo mío, dijo el sacerdote, os veo muy enfermo; ¿por qué

(1) IV Reg., IX.

(2) Ibid., X, 7.

(3) Véase en Ribadeneyra, 26 de febrero, la vida de San Víctor de Arcis-sur-Aube.

(4) Esta visión no se halla en el profeta Zacarías.

no se os ocurrió llamarme? ¿por qué no os queréis confesar? — ¡Ah, señor!, contestó el enfermo muy sobresaltado, ¿es que me dais ya por muerto? — No tanto, amigo mío, pero cuanto más claro esté vuestro conocimiento, mejor recibiréis los sacramentos. — No me habléis de esto; ahora me hallo muy fatigado; cuando esté restablecido vendré a vuestro encuentro en la iglesia. — No, amigo mío, pues si llegaseis a morir sin haber recibido los sacramentos, experimentaríais yo gran pesar. Puesto que estoy aquí, no me marcharé hasta que os hayáis confesado». Al verse casi forzado, consintió; mas ¿cómo se confesó? cual una persona que posee bienes ajenos y no quiere restituirlos. No dijo una palabra a este respecto... — «Si vuestro estado empeora, volveré para llevaros el santo Viático.» En efecto, el enfermo iba acercándose a la muerte; corrieron a avisar al sacerdote que su penitente estaba expirando. Dióse prisa al sacerdote. Cuando el enfermo oyó la campanilla, preguntó qué era aquello, y al venir en conocimiento de que el buen párroco le llevaba el Viático: «¡Cómo!, exclamó, ¿no os había yo dicho que no quería recibirlo? Decidle que no pase adelante». A pesar de ello, el sacerdote entró, y acercándose al enfermo, dijo: «¿No queréis, pues, recibir al buen Dios que os llenaría de consuelo y os ayudaría a sufrir vuestras penas? — No, no, bastante es el mal que hice hasta ahora. — Pero vais a escandalizar a la parroquia toda. — Y ¿qué me importa que sepa todo el mundo que estoy condenado? — Si no queréis recibir los sacramentos, no podréis ser enterrado cristianamente. — ¿Merece un condenado ser enterrado entre los santos? Cuando el demonio haya hecho presa en mi alma maldita, echad mi cuerpo al lobo, cual el de una bestia...». Viendo que su mujer se deshacía en llanto, dijo: «¿Por qué lloras? consuélate, si me acompañaste de noche para ir a robar al vecino, no tardarás en venir a juntarte conmigo en el

infierno». Y lleno de desesperación, exclamaba : «¡ Ah ! ¡ horroroso infierno, abre tus abismos ! ven a arrancarme de este mundo, no puedo aguantar ya más ». Y murió el miserable con señales visibles de reprobación. — Pero, me diréis, ciertamente había cometido grandes crímenes. — ¡ Ay ! amigos míos, casi me atrevería a decir que hacía lo que buena parte de vosotros ; ora un haz de leña, ora una carga de heno, ora una gavilla de trigo.

II. — Si ahora quisiese detenerme, H. M., examinando la conducta de los que se hallan aquí presentes, tal vez no encontraría más que ladrones. ¿ Os extraña esto ? Atended unos momentos, y veréis cuán fundamentada sea mi sospecha. Si comienzo por examinar el comportamiento de los servidores o criados, los hallo culpables para con sus dueños y para con los pobres. Los criados son culpables para con sus amos, y, por consiguiente, están obligados a restituir, cuantas veces se tomaron mayor tiempo del necesario para descansar, o lo perdieron miserablemente en la taberna ; cuando dejaron perder o permitieron tomar cosas pertenecientes a sus dueños, pudiendo impedirlo. Igualmente, si un jornalero o dependiente, al contratarse, aseguró que era capaz de ejecutar determinados trabajos, sabiendo bien que no los haría, ya por ignorancia, ya por falta de fuerzas..., y en tal caso está obligado a indemnizar a su dueño de la pérdida causada por su ignorancia o debilidad. Además, roba a los pobres cuantas veces gasta su dinero en la taberna, en casas de juego o en otras cosas inútiles. — Pero, me dirás, este dinero es enteramente mío, es mi salario. — Y yo te contestaré : Has trabajado para ganarlo, cierto ; no obstante, eres culpable ; pronto lo comprenderás. Tal vez tus padres son tan pobres que han de recurrir a la caridad pública ; si hubieses guardado tus ahorros, seguramente

podrías aliviar su situación : ahora te hallas en la imposibilidad de hacerlo ; ¿ no es esto robar a los pobres ? Una muchacha o un mozo habrán gastado todo su dinero, una en comprar frivolidades, otro en las tabernas o en el juego ; si Dios les envía alguna enfermedad, vense precisados a acogerse en un hospital y allí comer el pan de los pobres ; o bien aguardarán a que una persona caritativa les tienda la mano, y les dé aquello que sin duda hubiera servido para otros más desgraciados. Si toman estado y crean un hogar, ya los tenéis a ellos y a sus hijos reducidos a la miseria. ¿ Por qué esto, sino porque cuando jóvenes no supieron ahorrar ? ¿ Verdad, hija mía, que, si reflexionases un poco, no dieras tantas alas a la vanidad ? Pero lo más triste es que, no solamente estás dilapidando un dinero que después te hará falta, sino que a la vez pierdes tu pobre alma.

Mas he aquí otro pecado tan deplorable como extendido, a saber, el de los hijos o criados que roban a sus padres o dueños. Los hijos jamás deben tomar nada de los padres bajo pretexto de que no les dan bastante. Vuestros padres, después de alimentaros, vestiros e instruiros, nada más os deben. Por otra parte, al hijo que roba a sus padres, ya se le considera capaz de todo. Todo el mundo le desprecia y huye de su compañía. Un criado me dirá : Es que no se me paga todo mi trabajo, preciso es pues buscar alguna compensación. — ¿ No te pagan bastante, amigo mío ? ¿ por qué, pues, permaneces en casa de un tal dueño ? Cuando te contrataste, bien sabías cuál iba a ser tu salario y el que podías merecer ; poco te costaba dirigirte a otra parte donde pudieses ganar más. Y ¿ qué diremos de los que guardan en su casa lo que los criados robaron a sus dueños, o los hijos a sus padres ? Aunque tales cosas sólo hayan permanecido cinco minutos en casa de esos encubridores, y aunque no conozcan a ciencia cierta su valor, están obligados a restituir bajo pena de condenarse, si

los culpables no restituyeron. Hay personas que compran sin miramiento cosas a los hijos de familia o a los criados; pues bien, aunque pagasen por ellas más de lo que valen, están obligadas a devolver a su dueño o la cosa o su valor; de lo contrario, no se librarán del infierno. Si aconsejasteis a alguien que robase, aunque no hayáis sacado de ello provecho alguno, si el que robó no restituye, vuestra es la obligación de hacerlo; de lo contrario, no esperéis el cielo.

Donde más comúnmente se roba es en las compras y en las ventas. Examinemos esto con detención, a fin de que conozcáis el mal que hacéis, y por ende podáis enmendarlo. Cuando lleváis al mercado vuestros productos, os preguntarán si los huevos o la manteca son frescos o recientes, y os apresuraréis a contestar afirmativamente, cuando estáis persuadidos de lo contrario. ¿Por qué contestáis así, sino para robar diez o quince sueldos a un pobre que tal vez los pidió prestados para sostener a su familia? Otras veces se trata de vender cáñamo, y procuráis poner debajo, para que quede oculto, el más pequeño o de peor aspecto. — Me dirás tal vez: Si no lo hiciese de esta manera, no vendería tanto.—Más bien dicho: Si te portases como buen cristiano, no robarías como ahora robas. En otra ocasión, te habrá dado cuenta de que te entregaban más de lo que correspondía y te has callado.—Tanto peor para esa persona, no tengo yo la culpa.—¡ Ah! amigo mío, día vendrá en que quizá te digan con mayor razón: ¡ Tanto peor para ti!... Una persona os querrá comprar trigo, vino o ganado. Os preguntará si aquel trigo es de buena cosecha. Sin titubear le aseguraréis que sí. El vino lo mezcláis con otro de mala calidad y lo vendéis por bueno. Si no os quieren creer, lo juráis, y así, no una sola vez sino veinte veces abandonáis vuestra alma al demonio. ¡ Oh, amigo mío! no tienes que molestarte tanto para entregarte a él; ¡ mucho tiempo ha

que le perteneces ! Esta bestia, os preguntarán también, ¿ tiene algún defecto ? No me engaños ; acabo de pedir prestado este dinero ; si el negocio me falla, caigo en la miseria. — Estad tranquilo, contestáis ; esta bestia es excelente. No me desprendo de ella sin pesar ; si pudiese prescindir de ello, no la vendería. Y en realidad, sólo la vendéis porque no vale nada, porque no os sirve. — Hago lo que hacen los demás ; tanto peor para el que se deja engañar. Me sorprendieron a mí, yo miro de sorprender a los otros, de lo contrario perdería demasiado. — ¿ Es decir, amigo mío, que, porque los demás se condenan, tú también has de condenarte ; porque los demás se van al infierno, es necesario que vayas tú con ellos ? ¡ Prefieres tener algunos sueldos de más, y abrasarte en el infierno por toda una eternidad ! Pues bien, has de saber que, si vendiste una bestia con defectos ocultos, estás obligado a indemnizar al comprador de la pérdida que hayas podido causarle ocultándole tales defectos ; de lo contrario, habrás de condenarte. — ¡ Ah ! si os hallaseis en nuestro lugar, haríais lo mismo que nosotros. — Sí, no hay duda que, si quisiese condenarme, haría lo que vosotros ; mas, si quisiera salvarme, haría ciertamente todo lo contrario.

Otras personas, al pasar cerca de un prado, un campo de rábanos o una huerta, no pondrán escrúpulo alguno en llenar su delantal de forraje o de rábanos, de llenar sus cestas o sus bolsillos de fruta. Los padres verán llegar a sus hijos con las manos llenas de objetos robados, y, si los reprenden, será riendo. — ¡ Como si ello fuese gran cosa ! — H. M., si hoy tomáis por valor de un sueldo y mañana por dos, pronto habréis llegado a materia de pecado mortal. Además, podéis cometer pecado mortal tomando sólo un sueldo, si vuestra intención era robar tres francos (1). ¿ Qué es lo que

(1) En la época en que el Santo escribía estas líneas, la moneda era más rara, tenía más valor, y, por consiguiente, el robo de tres fran-

deben, pues, hacer los padres al ver que llegan sus hijos con algún objeto robado? Deben obligarlos a devolverlo por sí mismos a su dueño. Una o dos veces bastarán para corregir al pequeño ladrón. Un ejemplo os mostrará cuán puntualmente debéis observar esto. Refiérese que un niño de nueve o diez años comenzaba a cometer pequeños robos, tomando frutas u otros objetos de escaso valor. Con el tiempo fueron aumentando sus delitos en número e importancia, hasta que hubo de ser conducido al cadalso. Antes de morir pidió a los jueces que hiciesen comparecer allí a sus padres; y cuando estuvieron presentes: «Oh, desgraciado padre y desgraciada madre, exclamó, quiero que sepa todo el mundo que sois vosotros la causa de mi deshonrosa muerte. ¡Quedáis deshonrados a los ojos del mundo; sois unos infelices! Si me hubieseis corregido cuando comencé a cometer pequeños hurtos, no habría después cometido los crímenes que me han llevado a este cadalso». Digo, H. M., que los padres deberían ser muy prudentes respecto a sus hijos, aunque no pensasen que tienen un alma por salvar. Vemos, en efecto, que, de ordinario, cuales los padres, tales los hijos. Cada día oímos decir: Fulano tiene unos hijos que indudablemente seguirán las huellas del padre en su juventud. — Nada os importa todo esto, me diréis, dejadnos tranquilos, no nos inquietéis; teníamos ya olvidado esto, y vos nos lo ponéis de nuevo ante nuestros ojos; ¿por ventura no es bastante riguroso el fuego del infierno, ni la eternidad bastante duradera, para que hayáis de darnos tanto sufrimiento ya en este mundo? — Muy cierto es lo que decís, H. M.; mas, si os hablo de esta manera, es porque no quisiera veros condenados. —

cos, principalmente hecho a un habitante del campo, constituía materia grave; hoy, en que el dinero es más abundante y de menos valor, esta sentencia del santo predicador parecería severa. Los teólogos exigen comúnmente una materia más considerable para llegar a pecado mortal.

Pues bien, peor para nosotros ; si obramos mal, no seréis vos quien sufra la pena. — ¡ Si así os resignáis, allá vosotros !

Otras veces será un zapatero que empleará piel de mala calidad o hilo averiado y los hará pagar por buenos. O también un sastre, quien, bajo pretexto de que no cobra el precio que debiera, se quedará con un jirón de paño sin decir nada al cliente. ¡ Oh Dios mío ! ¡ A cuántos ladrones nos descubrirá la muerte !... Será también un tejedor que echará a perder una parte del hilo para no darse el trabajo de desenredarlo ; o bien pondrá en su obra otro de peor calidad, guardándose el que se le entregó. Aquí tenéis a una mujer a quien entregaron cañamo para hilarlo ; destruirá una parte, bajo pretexto de que no está bien peinado, y una vez trabajado el otro, colocará el hilo en un sitio húmedo, y el peso será el mismo. Esa mujer no piensa que el cañamo pertenecía a un pobre criado, al cual ahora le resultará casi inútil por estar ya medio podrido : con su conducta será, pues, causa, aquella mujer, de que el criado se deshaga en juramentos contra su amo (1). Un pastor sabe muy bien que no le está permitido llevar su ganado a pacer en aquel prado o bosque ; no importa, basta con que no le vean para ir allí. Otro sabe que le han prohibido ir a arrancar la cizaña en ese campo de trigo, porque está en flor ; mira si alguien le ve, y si no, entra en el campo sin escrúpulo. Decidme, H. M., ¿ os gustaría que vuestro vecino se portase así con vosotros ? Es indudable que no ; pues bien, creéis que él...

Si examinamos la conducta de los obreros, hallaremos también muchos ladrones. Poco os costará convenceros de ello. Si los contratáis a destajo, ya para cavar, ya para abrir minas, ya para cualquier otro trabajo, os harán una labor tan mala como precipitada, mas os la

(1) Quien le había dado quizá aquel cañamo a cuenta del salario.

cobrarán por buena. Si los alquiláis a jornal, se limitarán a trabajar cuando el amo los contempla, y después se pondrán a charlar o a holgar. Un criado no pone escrúpulo alguno en recibir y obsequiar a sus amigos en ausencia de sus amos, sabiendo de cierto que ellos no lo permitirían. Otros, con el dinero ajeno, repartirán grandes limosnas, a fin de ser tenidos por personas caritativas... Mejor sería que las diesen de su salario, en vez de malgastarlo en frivolidades. Si hicisteis eso alguna vez, tened presente que estáis obligados a devolver todo cuanto, fuera o contra el consentimiento de los dueños, disteis a los pobres. Será tal vez un mayordomo, a quien el dueño encargó el cuidado y vigilancia de los demás trabajadores, el cual, a petición de éstos, les reparte vino u otras cosas; mas tenedlo presente: si ha sido diligente en dar, deberá ser también diligente en devolver; de lo contrario, habrá de condenarse. A un negociante le habrán encargado una compra de trigo, heno o paja, y dirá al vendedor: «Hacedme una factura en la cual cargaréis a mi dueño algunas cuarteras de trigo, o diez o doce quintales de paja o heno que no me habréis entregado. No le causará esto gran perjuicio, ni tan sólo de ello se dará cuenta». Pues, si aquel miserable entrega semejante factura, queda obligado a restituir el dinero que el negociante hará entregar de más a su dueño; de lo contrario, habrá de resignarse a arder en las llamas eternas.

Si nos fijamos ahora en los dueños, creo que tampoco dejaremos de hallar muchos ladrones. En efecto, ¡cuántos amos no entregan a sus criados todo el salario pactado! y al acercarse a fin de año, hacen todos los posibles para que se vayan, a fin de no tenerles que pagar. Cuando muere una bestia, a pesar de todos los cuidados de quien la tiene a su cargo, le retienen de su salario el valor de la misma; de manera que un pobre mozo de labranza habrá trabajado todo un año sin ganar

nada. ¡ Cuántos, habiendo prometido tejer una tela, pondrán después peor hilo, o la harán más estrecha, o quizá harán esperar muchos años; hasta el punto que se impone demandarles ante los tribunales para que la entreguen! ¡ Cuántos, finalmente, ya arando, ya segando o guadañando, se salen de los límites de su heredad; o bien cortan en terreno del vecino un renuevo o árbol joven para hacerse un mango de azadón, un atador de gavillas o una pieza para su carro! ¿ No tenía yo razón al deciros que, examinando detenidamente la conducta de la gente del mundo, sólo hallaríamos aprovechados y ladrones? No dejéis, pues, de examinaros sobre cuanto acabamos de decir: oís el grito de vuestra conciencia, apresuraos a reparar el mal ahora que tenéis tiempo; restituid al momento, si ello es posible, o a lo menos trabajad con todo esfuerzo para colocaros en estado de devolver lo mal adquirido. Pensad también en declarar, al confesaros, cuántas veces os resististeis a restituir, cuando os hallabais en posibilidades para ello; pues, al inspiraros Dios tal pensamiento y resistir vosotros, fué lo mismo que resistir y despreciar la gracia divina. Os quiero hablar también de un robo muy común en las familias, en las que ciertos herederos, en la hora de la división de la herencia, ocultan sus bienes todo lo posible. Es eso un verdadero latrocinio, que obliga a la restitución bajo pena de perderse eternamente.

Bien os lo dije al empezar, nada tan común como la injusticia, y nada tan raro como la restitución: son contados, según habéis visto, los que no llevan carga alguna sobre su conciencia. Pues bien, ¿ dónde están los que restituyen? No los veo en parte alguna. No obstante, H. M., aunque sea nuestra obligación devolver, bajo pena de condenación eterna, los bienes mal adquiridos; cuando cumplimos esta obligación, no deja Dios de recompensarnos. Oíd un ejemplo de ello. Cierta pa-

nadero que durante muchos años había usado pesas y medidas falsas, descando tranquilizar su conciencia consultó a su confesor, el cual le dijo que durante cierto tiempo diese a los parroquianos un peso que excediese algo del justo. En seguida corrió la voz y aumentó considerablemente su clientela, de manera que, si bien ganaba poco, Dios permitió que, al restituir, aumentase aún su fortuna.

III. — Ahora, diréis, sabremos conocer, a lo menos sumariamente, las maneras de dañar o perjudicar al prójimo. Mas ¿cómo y a quién debemos restituir? — ¿Queréis restituir? Pues escuchadme un momento y lo sabréis. No habéis de contentaros con devolver la mitad, ni tres cuartas partes; á seros posible, debéis devolverlo todo; de lo contrario os condenaréis. Algunos, sin preocuparse de indagar el número de personas a quienes perjudicaron, darán alguna limosna, o mandarán celebrar algunas misas; y hecho esto quedarán ya tranquilos. No hay duda que las misas y las limosnas son muy buenas obras; mas deben ser pagadas con vuestro dinero y no con el del prójimo. Aquel dinero no es vuestro, devolvedlo a su dueño, y después dad del vuestro si queréis: entonces obraréis bien. ¿Sabéis cómo las califica San Juan Crisóstomo tales limosnas? las llama limosnas de Judas y del demonio. Una vez hubo Judas vendido al Señor, al verse condenado, corrió a devolver el dinero a los doctores; éstos, aunque muy avaros, no lo quisieron aceptar; compraron con él un campo para enterrar a los extranjeros. — Pero, me diréis, cuando aquellos a quienes perjudicamos han muerto, ¿a quién se debe restituir? ¿No podremos entonces guardarlo o darlo a los pobres? — He aquí lo que debes hacer, amigo. Si dicha persona dejó hijos, a ellos debes restituir; si no los tiene, entrégalo a sus parientes o herederos; explica el caso a tu párroco, y él te dirá lo que debes

hacer. Otros dicen : Ciertó que he perjudicado a fulano, pero ya es bastante rico ; conozco a un pobre que tiene mucho mayor necesidad de este dinero. — Amigo mío, da a ese pobre de tus riquezas, mas devuelve al prójimo los bienes que le usurpaste. — Usará mal de ellos. — Nada te va en ello ; devuélvele sus bienes, ruega por él y duerme tranquilo.

¡ Ay ! la gente del mundo es hoy día tan avara, tan aficionada a los bienes de la tierra, que, figurándose muchos que no han de tener jamás bastante, parece que juegan a ver quién será el más aprovechado, y quién engañará mejor a los demás. Mas vosotros, H. M., no olvidéis que, cuando conocéis a las personas que perjudicasteis, aunque dieseis el doble a los pobres ; si no devolvéis a su dueño lo que le quitasteis, habréis de condenaros. No sé si vuestra conciencia está tranquila, ¡ pero lo dudo mucho !... He dicho que el mundo está lleno de ladrones y aprovechados. Los comerciantes roban engañando con los pesos y las medidas ; aprovechanse de la sencillez de las personas para vender más caro, o para comprar más barato ; los amos roban a sus criados, defraudándoles una parte de sus salarios ; otros dilatando por mucho tiempo el pagarles ; descontándoles hasta un día de enfermedad, ¡ cual si el mal les hubiese sobrevenido en casa de un vecino, y no trabajando en su servicio !... Por su parte, los criados y obreros roban a sus dueños, ya holgando, ya dejando perder los bienes por su culpa ; un obrero pedirá la paga, pero habrá dejado su labor hecha sólo a medias. Los dueños de tabernas, esos lugares de iniquidad, esas puertas del infierno, esos calvarios donde Jesucristo es constantemente crucificado, esas escuelas infernales donde Satán enseña su doctrina, donde se atenta continuamente a la religión y a las costumbres ; los taberneros, digo, roban el pan de una pobre mujer y sus hijos, vendiendo vino a esos borrachos que el domingo malgastan lo que ga-

naron durante la semana. El colono se aprovechará de mil cosas antes de realizar con su dueño la partición, sin dar después cuenta de ello. ¡ Oh Dios mío ! ¿ en dónde estamos ? ¡ cuántas cosas para examinar en la hora de la muerte !... Si su conciencia les acusa con demasiada insistencia, esas gentes van en busca de un ministro del Señor. Pero ellos quisieran obtener el perdón de su deuda ; mas, si se les obliga a restituir, hallarán mil pretextos para dar a entender que otros también les perjudicaron, por lo cual en aquel momento no pueden devolver lo que deben. ¡ Ah, amigo mío ! ¿ estás seguro de que Dios se contentará con tus razones ? Si quisieses cercenar algo de esas vanidades, de esas glotonerías, de esos juegos ; si no acudieses con tanta frecuencia a la taberna o al baile ; si procurases redoblar tu trabajo ; pronto tendrías pagada una parte de tu deuda. Mas advierte : si no haces los posibles para devolver a cada cual lo que le debes, cualquiera que sea tu penitencia, no te librarás del infierno : ¡ no te quepa de ello la menor duda !...

Hay otros tan ciegos que confían en que sus hijos restituirán después de su muerte. Tus hijos, amigo mío, harán lo que tú haces. Además, ¿ quieres que tus hijos procuren por tu alma mejor que tú mismo ? Lo que te va a suceder es que te condenarás. Dime, ¿ has por ventura reparado todas las pequeñas injusticias cometidas por tus padres ? Buenas excusas hallaste para no hacerlo ; y tus pobres padres están en el infierno por no haber restituido en vida, fiando demasiado en tu buena voluntad. Finalmente, para terminar de una vez, ¡ cuántos hay entre los que me escuchan, a quienes sus padres encargaron, quizá hace ya unos veinte años, la distribución de ciertas limosnas, la celebración de algunas misas, y ninguno ha cumplido tal encargo ! ¡ Otros negocios les han absorbido la atención ! Prefirieron ensanchar sus dominios, frecuentar las casas de juego y

las tabernas, comprar cosas de vanidad para sus hijos.

Refiere San Antonino que cierto usurero prefirió morir sin sacramentos a devolver lo que no era suyo. Tenía sólo dos hijos; uno temeroso de Dios y otro despreocupado. El que se preocupaba de la salvación de su alma quedó tan impresionado al ver el estado en que su padre muriera, que, después de haber empleado una parte de su fortuna en reparar las injusticias paternas, se hizo monje, para no pensar más que en Dios. El otro, por el contrario, disipó toda su fortuna en francachelas y murió de repente. Comunicaron la triste noticia al religioso, el cual púsose al instante en oración. Vió entonces en espíritu la tierra entreabierta, y en su centro un abismo profundo vomitando llamas. En medio de aquellas llamas vió a su padre y a su hermano abrasándose y maldiciéndose mutuamente. El padre maldecía al hijo; pues, queriendo dejarle muchos bienes, no había temido condenarse por él, y el hijo maldecía a su padre por los malos ejemplos que de él recibiera.

¿Y qué os diré de los que aguardan a la hora de la muerte para restituir? Voy a probaros, por dos ejemplos, que, llegado aquel momento, o bien no querréis, o aun cuando lo queráis, no podréis hacerlo. 1.º No querréis restituir. Refiérese que, hallándose en trance de muerte un padre de numerosa familia, sus hijos le dijeron: «Padre, ya sabéis que estas riquezas que nos dejáis no son nuestras: deberíamos restituirlas. — Hijos míos, dijo el padre, si devolviese lo que no es mío, no os iba a quedar nada. — Padre, preferimos trabajar para ganarnos la vida, a ocasionar vuestra condenación. — No, hijos míos, no quiero restituir; no sabéis lo que es ser pobre. — Si no restituís, iréis al infierno. — No, no devolveré nada». Y murió como un réprobo... ¡Oh Dios mío! ¡cuánto ciega al hombre el pecado de avaricia! 2.º He dicho que, aunque lo queráis, en aquel momento se os hará imposible. Refiere un misionero que un pa-

dre, al conocer que se aproximaba su fin, hizo acercar a sus hijos junto al lecho, y les habló así : «Hijos míos, bien sabéis que he perjudicado a mucha gente ; si no devuelvo lo robado, estoy perdido. Id a buscar un notario para recibir mi última voluntad. — ¡ Cómo ! padre, le contestaron sus hijos, ¿ quisierais deshonraros a vos y a nosotros, haciéndoos pasar por una mala persona ? ¿ Quisierais reducirnos a la miseria, y enviarnos a mendigar el pan ? — Pero, hijos míos, ¡ si no restituyo, me condenaré ! » Uno de sus impíos hijos se atrevió a decirle : « ¿ Es decir que teméis el infierno, padre ? Vamos, que uno se acostumbra a todo : dentro ocho días estaréis ya acostumbrado »...

Pues bien, H. M., ¿ qué habremos de sacar de todo esto ? ¡ Que estáis perdidamente ciegos ! Perdcís vuestras almas para dejar algunas pulgadas de tierra o algunos bienes de fortuna a vuestros hijos, quienes, lejos de agradeceróslo, se burlarán de vosotros, mientras estaréis ardiendo por ellos en el infierno. Terminemos, pues, diciendo que somos unos insensatos al no preocuparnos de otra cosa que de atesorar bienes, los cuales nos hacen desgraciados al adquirirlos, mientras los posemos, cuando los abandonamos y hasta en la eternidad. Seamos más juiciosos, H. M., aficionémonos a esos bienes que nos seguirán en la otra vida y constituirán nuestra felicidad durante días sin fin : lo cual os desco...

DOMINGO VIGÉSIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA MUERTE DEL JUSTO

*Pretiosa in conspectu Domini,
mors sanctorum eius.*

La muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor.

(Ps. CXV, 15.)

Es la muerte, H. M., motivo de turbación y espanto para el pecador impenitente que se ve forzado a abandonar sus placeres. Atormentado por el dolor, agobiado por el presentimiento del juicio a que habrá de sujetarse, devorado de antemano por el temor de los horrores infernales en los que pronto va a precipitarse; hállese como abandonado de las criaturas y del mismo Dios. Mas, por una ley enteramente contraria, la muerte llena de gozo y consuelo al varón justo que ha vivido según el Evangelio, seguido las huellas del mismo Jesucristo, y satisfecho a la divina justicia mediante una verdadera penitencia. Los justos consideran lá muerte como el término de sus males, de sus penas, de sus tentaciones y de sus miserias todas; en la muerte ven el comienzo de su felicidad; ella les proporciona la entrada en la vida, en el descanso, en la bienaventuranza eterna. Pero, H. M., no existe hombre alguno, ni aun el más escandaloso, que no desee esta preciosa muerte. Y lo más inconcebible es que todos deseamos una buena muerte, pero casi nadie adopta los medios para alcanzarla. Es una inexplicable ceguera; no obstante, como es mi ardiente deseo que tengáis todos buena muerte,

voy ahora a animaros para que viváis de manera que os quepa esperar tal felicidad, mostrándoos : 1.º las ventajas de la buena muerte, 2.º los medios de obtenerla.

I. — Si debiésemos morir dos veces, podríamos arriesgar la primera ; mas sólo se muere una vez (1), y de la muerte depende la eternidad. Donde cae el árbol, allí queda. La persona que a la hora de la muerte hállese aquejada de un mal hábito, su pobre alma caerá del lado del infierno ; y al contrario, la que vive en estado de gracia, emprenderá el camino del cielo. ¡ Dichoso camino el que nos conduce al goce de bienes tan perfectos ! Aunque tengamos que pasar antes por las llamas del purgatorio, estamos seguros de llegar a feliz término. Mas todo esto dependerá de la vida que habremos llevado : es indudable que la muerte será conforme a nuestra vida ; si vivimos como buenos cristianos y según Dios, moriremos también como buenos cristianos para vivir eternamente con Dios. Por el contrario, si vivimos según las pasiones, en los placeres y en el libertinaje, moriremos infaliblemente en pecado (2). No echemos nunca en olvido esta verdad, que a tantos pecadores ha convertido : donde caiga el árbol, allí quedará para siempre (3). Pero, H. M., la muerte en sí misma no es tan espantosa como a primera vista parece, pues en nuestra mano está hacerla feliz, hermosa y agradable. Estaba San Jerónimo a punto de morir ; al advertírselo sus amigos, pareció como si concentrase todas sus fuerzas, para exclamar : « ¡ Oh feliz y agradable nueva ! ¡ oh muerte, ven pronto ! ¡ ah ! ¡ cuánto

(1) Statutum est hominibus semel mori (Hebr., IX, 27).

(2) Pero nosotros, lejos de trabajar para que sea feliz nuestra muerte, hacemos todo lo contrario ; decidme ¿ será ese orgullo lo que os proporcione buena muerte ? será ese... Detállense todos los demás pecados... Muerte de la Santísima Virgen (Nota del Santo).

(3) Si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit (Eccles., XI, 3).

tiempo hace te estoy deseando ! ; ven a libertarme de todas las miserias de este mundo ! ; ven, tú serás la que me llevarás a gozar de la compañía del Salvador ! » Dirigiéndose a los circunstantes : « Amigos míos, para no temer la muerte y encontrarla dulce, es preciso andar por el camino que Jesucristo nos trazó, y mortificarse continuamente ». En efecto, a la hora de la muerte es cuando el buen cristiano comienza a ser recompensado del bien que haya podido hacer durante su vida ; en aquel momento parece abrírsle ya el cielo para darle a gustar la dulzura de los celestiales bienes. Oíd un admirable ejemplo que hace al caso. San Francisco de Sales, hallándose de visita pastoral en su diócesis, recibió una súplica para que acudiese junto al lecho de un pobre feligrés enfermo, el cual, antes de morir, deseaba ardientemente recibir su bendición. El santo Obispo acudió presuroso a visitar al moribundo, al cual halló aun en perfecto y sano juicio. En efecto, el enfermo testimonió al Santo la alegría de que se hallaba poseído al verle a su lado y le indicó su deseo de confesarse. Terminada la confesión, y hallándose a solas con el santo Prelado, le hizo la siguiente pregunta : « Monseñor, ¿ os parece si moriré pronto ? » El Santo, creyendo que aquella pregunta nacía del temor que el enfermo sentía por el terrible trance, le contestó, para tranquilizarle, que había visto sanar a enfermos mucho más graves, y que, por lo demás, debía poner toda su confianza en Dios Nuestro Señor, único dueño de nuestra vida y de nuestra muerte. — « Pero, Monseñor, ¿ creéis que me estoy muriendo ? » — Hijo mío, a esto contestaría mejor que yo un médico ; a lo más os diré que vuestra alma se encuentra al presente en muy buen estado, y quizá nunca os hallaríais en mejores disposiciones ; lo que debéis hacer, pues, es abandonaros enteramente a la providencia y misericordia de Dios, a fin de que disponga de vos según su voluntad ». — « Monseñor,

repuso el moribundo, no es el temor de la muerte lo que me impulsa a formularos esta pregunta de si moriré o no de esta enfermedad ; sino más bien el miedo de vivir demasiado tiempo». Sorprendido el Santo al oír tan insólito lenguaje, y sabiendo que sólo una gran virtud o una excesiva tristeza y depresión eran capaces de engendrar el deseo de la muerte, preguntó al enfermo de dónde le venía ese aborrecimiento de la vida. «¡ Oh ! Monseñor, exclamó el enfermo, ¡ es tan poca cosa este mundo ! No se cómo hay alguien que pueda amar esta vida. Si Dios no nos obligase a permanecer en ella hasta que es servido llamarnos, hace mucho tiempo que yo habría desaparecido ya del mundo de los vivos. — ¿ Es el sufrimiento, la pobreza, lo que así os ha hecho aborrecer la vida ? — No, Monseñor, he vivido con mucha serenidad hasta la edad de setenta años en que ahora me veis y, gracias a Dios, no sé lo que es pobreza. — ¿ Tal vez estaréis ofendido de la mujer o de los hijos ? — De ninguna manera, nunca me dieron ellos el menor disgusto ; no vivieron más que para complacerme ; lo único que me sabrá mal, al abandonar este mundo, será tenerlos que dejar. — ¿ Por qué, pues, deseáis la muerte con tanto afán ? — Porque en los sermones he oído contar tantas maravillas de la otra vida, he oído ponderar tanto los goces del paraíso, que este mundo es ya para mí como un calabozo o una cárcel ». Entonces, dejándose llevar de los afectos en que abundaba su corazón, habló cosas tan bellas y sublimes acerca del cielo, que el santo Obispo se retiró lleno de admiración, y se aprovechó él mismo de aquel ejemplo para decidirse más y más a despreciar las cosas creadas y a suspirar únicamente por la felicidad eterna.

¿ No tenía yo razón al deciros que la muerte es dulce y consoladora para el buen cristiano, pues ella le libra de todas las miserias de la vida y le pone en posesión de los eternos bienes ? ¡ Oh vida miserable, cómo pode-

mos aficionarnos tan fuertemente a tus miserias !... Job nos dice en muy pocas palabras lo que es la vida : «El hombre vive poco tiempo, y su vida está llena de miserias. Cual una flor, aparece, y se marchita en seguida. Es como una sombra que pasa y huye» (1). En efecto, no hay animal en el mundo tan lleno de miseria como el hombre. De la cabeza a los pies, no hay sitio que no esté sujeto a toda suerte de enfermedades. Y esto, sin contar aún los sobresaltos y temores causados por males que no nos han de sobrevenir nunca. Y la muerte, H. M., nos libra de todas esas miserias (2). San Pablo, dirigiéndose a los Hebreos, les dice : «Estamos en este mundo como unos pobres desterrados, que carecen de ciudad permanente ; pero andamos en busca de una que está en el otro mundo» (3). ¡ Qué alegría, H. M., la de una persona que por muchos años estuvo desterrada de su patria y reducida a esclavitud, cuando se le anuncia que acabó su destierro, que va a retornar a su país, donde verá a sus parientes y amigos ! Pues idéntica felicidad espera al alma que ama a Dios, y está aquí abajo suspirando, ardiendo en deseos de ir a verle en el cielo en medio de los ángeles y santos, que son sus parientes y amigos. Espera con ansias inenarrables el momento de su liberación.

La muerte, H. M., es para el hombre bueno lo que el sueño para el trabajador, el cual se alegra al acercarse la noche, porque podrá descansar de las fatigas del día. La muerte libra al justo de la cárcel del cuerpo ; lo cual hacía exclamar a San Pablo : «¡ Ah ! ¡ infeliz de mí ! ¿ quién me librará de este cuerpo mortal ? » (4).

(1) Job, XIV, 1-2.

(2) Tres cosas serán el consuelo del cristiano en la hora de la muerte : el pasado, el presente y el porvenir... (Nota del Santo).

(3) *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus* (Hebr., XIII, 14).

(4) *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius?* (Rom., VII, 24).

— «Sacadme, Dios mío, decía el santo rey David, sacad a mi alma de la cárcel de este cuerpo, pues los justos me esperan, para el momento en que me deis mi recompensa. ¡Ah! ¿quién me diera alas como de paloma?» (1). Y la Esposa de los Cantares: «¡Si vieseis a mi amado, decidle que desfallezco de amor!» (2). ¡Ay! nuestra pobre alma encerrada en el cuerpo es como un diamante en el fango. ¡Oh, dichosa muerte que de tantas miserias nos libras!... Refiere San Gregorio que un pobre hombre llamado Preneste, paralítico desde mucho tiempo, hallándose próximo a morir, invitó a los circunstantes a cantar. Le preguntaron qué era lo que podía alegrarle en el estado en que se hallaba. «¡Ah!, dijo, ¡es que pronto mi alma abandonará este cuerpo! ¡dentro poco voy a quedar libre de esta cárcel!» Después de haber cantado un poco, oyeron una música angélica. «¡Oh!, dijo el moribundo, ¿no oís a los ángeles que cantan? ¡Dejadles, dejadles que canten!», y falleció. Al momento difundióse a su alrededor un agradable aroma, que perfumó toda la alcoba. En este ejemplo vemos cumplirse a la letra lo que dice Dios por boca de su profeta Isaías: «Levántate, mi amada Jerusalén, despierta, pues de mi mano apuraste hasta las heces el cáliz de mi cólera..., todos los males juntos vinieron a caer sobre ti... Escucha, Jerusalén, pobre ciudad, en adelante no beberás ya el cáliz de mi indignación... ¡Armame con tu fortaleza, oh Sión, vístete con tus ropas de gala... Alzate del polvo, sacude de tu cuello el yugo!...» (3).

¿Quién podrá comprender, H. M., la grande alegría de Santa Liduvina? Después de veintisiete años de enfermedad, roída por un cáncer y devorada por los

(1) Ps. CXLI, 8; LIV, 7.

(2) Cant. V, 8.

(3) Is. LI, 17, 22; LII, 1-2.

gusanos, al conocer que iban a acabar sus males, exclama : «¡ Oh, qué dicha, acabaron ya todos mis males !... ¡ Dichosa noticia ! ¡ Muerte preciosa ! ¡ date prisa ! Hace mucho tiempo estoy deseando tu llegada» (1). ¡ Qué satisfacción la de San Clemente, mártir, cuando, después de treinta años de cárcel y de suplicios, fueron a darle cuenta de que había sido condenado a muerte ! «¡ Oh dichosa noticia !, exclama, ¡ adiós prisión, adiós tormentos, adiós verdugos ! ¡ He aquí llegado el fin de mi vida y de mis sufrimientos ! ¡ Oh muerte, cuán preciosa eres ! ¡ oh ! ¡ no tardes en llegar !... ¡ oh muerte tan deseada, ven a colmar mi felicidad juntándome con mi Dios !...» (2).

¡ Cuán dichoso es, pues, el cristiano que tiene ánimo para seguir las huellas de su divino Maestro !... Mas ¿ en qué consiste la vida de Jesucristo ? Vedlo aquí, H. M. En tres cosas, a saber : oración, acción y sufrimiento. Vemos que el Salvador, en su vida pública, se retiraba con frecuencia a la soledad para orar, y su vida fué una acción continua encaminada a salvar las almas. También en nosotros, H. M., el pensar en Dios debería ser cosa tan natural como el respirar. Durante su vida de acción y oración, Jesucristo sufrió mucho : ora pobreza, ora persecuciones, ora humillaciones y toda suerte de malos tratamientos. « Mi vida, nos dice por su profeta, se va consumiendo de puro dolor, y mis años se extinguen de tanto gemir. Se ha debilitado mi vigor a causa de la miseria » (3). ¿ Puede ser otra cosa la vida de un cristiano que la de un mortal clavado en la cruz de Cristo ? Un justo es un crucificado.

Vemos que los santos complaciéronse tanto en el

(1) Ribadeneyra, 14 abril.

(2) Ibid., 23 enero, San Clemente, obispo de Ancira, mártir.

(3) Ps. XXX, 11.

dolor, que parecían no saber hartarse de sufrir. Mirad aquel gran Papa Inocencio I : con todo y haber quedado lleno de llagas de pies a cabeza, no tenía aún bastante, y suspiraba constantemente por que le sobreviniesen nuevos sufrimientos. Todos los días pedíalos a Dios en la oración. «¡Dios mío, decía, aumentad mis dolores, enviadme enfermedades aun más crueles, con tal que con ellas me otorguéis nuevas gracias!» — ¿Por qué, preguntábanle, pedís a Dios tal exceso de sufrimientos? ¿no os halláis ya por ventura cubierto de llagas?» — «Ignoráis cuánto sea el mérito del sufrir. ¡Ah! si acertaseis a comprender lo que vale el dolor, ¡cuánto le amaríais!» San Iguacio, mártir, temiendo que los leones y los tigres acudiesen a lamerle los pies como tantas veces acontecía, dejó oír esas elocuentes palabras : «¿Cuándo será que os besaré, bestias feroces, las que estáis preparadas para mi suplicio? ¡Ah! ¿cuándo podré acariciaros? Si no queréis devorarme, os excitaré, a fin de que os echéis sobre mí con mayor furia; os acosaré para que os apresuréis a devorarme». Escribía a sus discípulos : «¡Os escribo para comunicaros mi felicidad inenarrable! ¡Voy a morir por Jesucristo mi Dios! Lo que os pido es que os abstengáis de hacer nada para librarme de la muerte, pues sé muy bien que ella me es provechosa. Soy el trigo de Dios. Es preciso que sea molido entre los dientes de los leones, a fin de convertirme en pan digno de Jesucristo» (1).

Oíd también a San Andrés, el cual exclama desde la cruz, donde va a perder su vida : «¡Oh dichosa cruz, por ti voy a unirme con mi Maestro! ¡Ah! bendita cruz, recíbeme en tus brazos; pues de tus brazos pasaré a los de mi Dios». La muchedumbre, al ver aquel santo viejo puesto en la cruz, quería arremeter contra el procónsul y desatar al Santo. «No, hijos míos, gritó

(1) Ribadeneyra, 1.º de febrero,

San Andrés de lo alto de la cruz, dejadme, dejad que termine para mí esta vida miserable, pues de aquí pasaré a unirme a mi Dios» (1). San Lorenzo hallábase tendido sobre unas parrillas de hierro, y las llamas, que un día perdonaron a los tres jóvenes en el horno de Babilonia, le abrasan cruelmente. Está ya asado de un lado, y, por todo refrigerio, pide que le vuelvan para quedar asado del otro; a fin de que en el cielo sean igualmente gloriosas todas las partes de su cuerpo. No hay duda, H. M., que este ejemplo es un milagro de la gracia, la cual es omnipotente en aquel que ama a Dios. Mas ved a Santa Paula. Dicha matrona romana sufría horrendas torturas a causa de un violento dolor que sentía en el estómago; y prefirió morir a beber una gota de vino que le ofrecían (2). San Gregorio nos refiere el rasgo de un pobre, pero célebre mendigo, parálítico desde muchos años, por cuya causa no podía ni menearse en la cama en que se acostaba, sufriendo por tal motivo tremendos dolores; sin embargo, no cesó ni un momento de bendecir a Dios, y murió cantando sus alabanzas.

¡ Ah !, dice San Agustín, ¡ cuán consolador morir con la conciencia tranquila ! La paz del alma y la tranquilidad del corazón son los más preciosos dones que alcanzar podemos, nos dice el Espíritu Santo; no hay placer comparable a la alegría del corazón (3). El justo, dice el mismo Doctor, no teme la muerte, puesto que ella va a unirle con su Dios y ponerle en posesión de toda suerte de delicias. Mirad la alegría de que dan muestras los santos al caminar hacia la muerte... Ved, nos dice San Juan Crisóstomo, la intrepidez y alegría con que San Pablo se dirige a Jerusalén, sabiendo los malos tratamientos que allí le aguardan : « Ya sé que

(1) Ribadeneyra, 30 noviembre.

(2) Ibid., 26 enero.

(3) Non est oblectamentum super cordis gaudium (Eccli., XXX, 16).

sólo hay para mí tribulaciones y cadenas; ya sé las persecuciones y los daños que allí deberé sufrir; pero no importa, nada temo, pues estoy persuadido de que sirvo a un dueño que no ha de abandonarme. El mismo Jesucristo es mi fiador y mi garantía». Y viendo llorar a sus discípulos, el Apóstol añadía: «¿Qué hacéis, por qué lloráis; por qué queréis afligir mi corazón? Habéis de saber que estoy dispuesto no solamente a dejarme prender, sino también a morir en Jerusalén en nombre del Señor» (1). No estamos ciertos, es verdad, de vivir como San Pablo en amistad del Señor; sin embargo, aunque pecadores, si hemos confesado nuestras culpas con arrepentimiento sincero, y procuramos satisfacer cuanto nos sea posible a la divina justicia mediante la oración y la penitencia, y sobre todo, si a un vivo dolor de los pecados añadimos un ardiente amor a Dios, podemos tener confianza: nuestros pecados habrán quedado ahogados en la preciosa sangre de Jesucristo, cual el ejército de Faraón en el mar Rojo. H. M., sobre el Calvario había tres cruces: la de Jesucristo, que era la cruz de la inocencia, a la cual no podemos aspirar, pues somos pecadores; la cruz del buen ladrón, o sea la cruz de la penitencia: y ésta debe ser la nuestra. Imitemos al buen ladrón, que aprovechó los últimos momentos de su vida para arrepentirse, y desde su cruz subió al cielo. Jesucristo se lo prometió: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso» (2). La tercera cruz es la del mal ladrón; dejémosla para aquellos pecadores que quieren morir en pecado... Mas nosotros, H. M., no tenemos más que quererlo para pertenecer al número de los que logran buena muerte.

Al morir, todo nos abandona: bienes, parientes y

(1) Act., XX.

(2) Hodie mecum eris in Paradiso (Luc., XXIII, 43).

amigos ; mas esto, que para el pecador es un suplicio, constituye una gran alegría para el justo. Decidme, ¿qué pesar podrá experimentar un buen cristiano en su última hora ? ¿Podrá echar de menos los bienes y riquezas que durante toda su vida despreció ? ¿sentirá la separación de su cuerpo ? Lo tiene como el más cruel enemigo, el cual repetidas veces le puso en peligro de perder el alma. ¿Serán los placeres del mundo lo que le sabrá mal dejar ? Ciertamente que no, pues pasó su vida gimiendo, llorando y haciendo penitencia. No, H. M., nada de esto le sabe mal dejar. La muerte no hace más que separarle de lo que siempre odió y despreció : a saber, el pecado, el mundo y los placeres. Al marcharse, llévase consigo todo cuanto amó con mayor dilección : sus virtudes, sus buenas obras ; abandona toda suerte de miserias, para ir a tomar posesión de inapreciables riquezas ; deja la lucha, para ir a disfrutar de la paz ; deja un enemigo cruel, el demonio, para descansar en el seno del mejor de todos los padres. Sí, sus buenas obras le conducen triunfante delante de Dios, que se le presenta, no como un juez, sino como un tierno amigo, quien, después de haberse compadecido de sus sufrimientos, no desea más que recompensarle.

Nos enseña el profeta Isaías que nuestras buenas obras irán a suplicar por nosotros ante la bondad de Dios, nos abrirán la puerta del paraíso, y nos señalarán la morada que en el cielo nos está destinada. Es una verdad innegable que nuestras buenas obras nos acompañarán. Ved un hermoso ejemplo del piadoso rey Ezequías. El Espíritu Santo nos presenta a aquel rey adornado de todos los méritos del varón justo. Conságrase de todo corazón a la práctica de las buenas obras, su intención es pura, el motivo de todas sus acciones es únicamente agradar a Dios. Observa fielmente, y con gran respeto, las ceremonias todas de la ley. Mas ¿qué le sucedió ? Durante su vida, el éxito acompañó

siempre a sus empresas. Pero, a la hora de la muerte, su magnificencia y sus riquezas todas, que eran muy grandes, le dejaron; sus más fieles súbditos viéronse forzados a abandonarle; al paso que sus buenas obras continuaron acompañándole. En virtud de ellas, implora de Dios el perdón: «Os suplico, Señor, os acordéis de que siempre anduve delante de Vos con un corazón recto y puro; siempre deseé lo que creí os podría ser más agradable» (1). Tal es, H. M., el dichoso fin de aquel que en su vida sólo procuró practicar rectamente todos sus actos, con el designio de agradar solamente a Dios. «¡Felices, dice San Juan, los que mueren en el Señor, pues sus obras los acompañarán!» (2). Sí, H. H., nos llevaremos cuanto estimamos más precioso; los bienes perecederos los dejaremos acá en la tierra, y nos seguirá lo que debe durar eternamente. Al solitario le acompañará su silencio, su retiro y sus oraciones todas; al religioso le acompañarán las maceraciones de su cuerpo, sus ayunos y sus abstinencias; al sacerdote, todos sus trabajos apostólicos: allí verá las almas por él convertidas, las cuales constituirán su recompensa y su gloria; el fiel cristiano volverá a hallar sus buenas confesiones y comuniones, y todas las virtudes por él practicadas. ¡Dichosa muerte, H. M., la del justo! Escuchad a Isaías: «Decid al justo que es feliz, pues recogerá el fruto de sus obras» (3).

Habréis, pues, de convenir en que la muerte del justo es muy preciosa a los ojos de los hombres; cuando el sacerdote le visite al hallarse moribundo, su sola presencia le confirmará en la fe y en la esperanza; si se le habla de Dios y de sus gracias, al momento se infla-

(1) Is., XXXVIII, 3.

(2) Beati qui in Domino moriuntur... Opera enim illorum sequuntur illos (Apoc., XIV, 13).

(3) Dicite iusto quoniam bene, quoniam fructum adinventio-
nunarum comedet (Is., III, 10).

mará su amor cual un horno ardiendo ; si se le habla de los últimos sacramentos, cosa que llena de temor y espanto al pecador, se siente inundado por un torrente de delicias, pues su Dios va a entrar en su corazón para llevárselo al paraíso. Refiere San Gregorio que Santa Tarsila, estando a punto de morir, exclamó, enajenada : « ¡ Ah ! ¡ he aquí a mi Dios ! ¡ he aquí a mi esposo ! », y expiró en un arrebató de amor. Ved también a San Nicolás de Tolentino (1). Durante los últimos ocho días de su enfermedad, cuando había recibido el cuerpo precioso de Jesús, oíase a los ángeles cantar en su habitación ; y una vez aquellos cánticos hubieron cesado, murió : los ángeles lleváronse consigo al cielo. ¡ Muerte feliz la del justo !... Aparecióse Santa Teresa radiante de gloria a una religiosa de su Orden, y le aseguró que Jesús estaba presente a su muerte y había conducido al cielo su alma. ¡ Feliz el alma que en la hora de su muerte puede ser asistida por el mismo Jesucristo !... ¡ Cuán dulce y consolador es morir en la amistad de Dios !... ¿ No es esta la primera recompensa del bien que en esta vida haya podido hacerse ?

II. — Ya sé, H. M., que todos deseamos tener una buena muerte ; mas no basta desearlo, es preciso además trabajar por merecer esa gracia. ¿ Queréis saber lo que puede procurarnos tan inapreciable bien ? Vedlo aquí en pocas palabras. Entre los diferentes medios que podemos adoptar para bien morir, voy a escoger tres, los cuales, con la gracia de Dios, nos llevarán infaliblemente a tener buena muerte. Para ello debemos prepararnos : 1.º con una santa vida ; 2.º mediante una verdadera penitencia, si tuvimos la desgracia de pecar ; 3.º con una plena conformidad de nuestra muerte con la de Jesucristo.

(1) Ribadencyyra, 10 septiembre.

Por lo común se muere como se ha vivido : es ésta una de aquellas grandes verdades que la Sagrada Escritura y los Santos Padres nos afirman en muchos lugares. Si vivís como buenos cristianos, tened por seguro que moriréis como buenos cristianos ; mas si vivís mal, tened por cierto que será mala vuestra muerte. Dice el profeta Isaías : «Ay del impío, que sólo piensa en obrar mal, pues será tratado cual merece : a su muerte recibirá la paga de la obra de sus manos» (1). Ciertamente que a veces, en virtud de lo que podríamos llamar milagro, puédese comenzar mal y acabar bien ; pero esto acontece tan raras veces, que San Jerónimo no vacila en afirmar que la muerte es el eco de la vida ; ¿creéis entonces retornar a Dios ? no, pereceréis en el mal.

Mas si, movidos del arrepentimiento, comenzáis a vivir cristianamente, seréis entonces del número de aquellos pecadores que enternecen el corazón de Dios y ganan su amistad. Aunque menos ricos en méritos, no dejan empero de ir al cielo, y de ellos se sirve Dios precisamente para ostentar su misericordia. Nos dice el Espíritu Santo : «Si tenéis un amigo, hacedle bien antes de morir» (2). Pues bien, H. M., ¿podemos tener mejor amigo que nuestra alma ? ¡ Hagamos, pues, por ella cuanto podamos ; de lo contrario corremos el peligro de que, cuando queramos favorecerla, no nos sea ya posible !... La vida es corta. Si aplazáis vuestra conversión para la hora de la muerte, sois víctimas de una lamentable ceguera ; ya que no sabéis ni el momento ni el lugar donde moriréis, ni si tendréis a mano el conveniente auxilio. ¿Quién sabe si esta misma noche iréis a comparecer, llenos de pecados, ante el tribunal de Jesucristo ?... No, H. M., no es esto lo que debéis hacer ;

(1) *Vae impio in malum : retributio enim manuum eius fiet ei* (Is., III, 11).

(2) *Eccli., XIV, 13.*

debéis purificar vuestra conciencia y manteneros constantemente en estado de poder comparecer ante vuestro Juez. Aquí tenéis un ejemplo que os mostrará cómo aquel que retarda de día en día el retorno a Dios, muere como ha vivido. El cardenal Pedro Damián nos refiere que un religioso había pasado la mayor parte de su vida en rencillas y disputas con sus hermanos. Estando ya en el lecho de muerte, sus hermanos le incitaron a confesar sus pecados, pedir de ellos perdón a Dios y hacer penitencia, con firme propósito de no recaer, caso de sanar. No pudieron sacarle palabra alguna. Pero, pasado algún tiempo, volvió a hablar, y ¿sabéis de qué? ¡ay! de todo cuanto había sido asunto de sus conversaciones durante su vida : de procesos y otros negocios humanos. Sus hermanos le rogaron que atendiese al alma ; todo fué inútil, volvió a dormirse y murió así, sin dar la menor señal de arrepentimiento. Sí, H. M., cual la vida, tal la muerte. No esperéis un milagro de Dios, pues éstos acontecen raras veces ; si vivís en pecado, moriréis en pecado.

Abundan los ejemplos que nos prueban que, después de una vida mala, no podemos esperar una buena muerte. Leemos en la Sagrada Escritura (1) que Abimelech, príncipe fiero y orgulloso, apropióse un reino que debía dividirse entre sus hermanos, a los cuales dió muerte a fin de reinar solo. Un día, atacando una plaza, los sitiados se refugiaron en una torre, y él se acercó a ella para pegar fuego a sus puertas. Una mujer que le vió de lo alto de la muralla, arrojóle una piedra que le abrió la cabeza. Aquel desgraciado, al sentirse herido, llamó a su escudero y le dijo : «Saca tu espada y atraviesa con ella mi cuerpo... Mátame pronto, a fin de evitarme la vergüenza de haber sido muerto por una mujer». ¿No os extraña este proceder, H. M. ? ¿Acaso

(1) Iudic., IX.

era el primer príncipe que había caído herido? ¿Por qué quiere, pues, que su escudero le mate? ¡Ay! ¡es que toda su vida fué un ambicioso!... Saúl acababa de empeñar batalla con los Amalecitas, y la suerte de sus armas era muy incierta; vióse perdido, pues estaba ya herido, y veía al ejército enemigo dispuesto a caer sobre él. Entonces apoyóse sobre la punta de su espada; mas, viendo venir tras sí a un soldado, le dijo: «Ven aquí, amigo, ¿quién eres tú?» — «Un amalecita». — «Pues bien, hazme un favor: arrójate sobre mí y mátame, pues estoy lleno de dolor, y me cuesta morir; acaba con mi vida» (1). Y ¿por qué, H. M., ese miserable quiere morir de manos de un amalecita? ¿Por ventura era el único príncipe que había perdido una batalla? No os extrañe el caso, nos responden los Santos Padres, pues se trata de un príncipe que durante su vida se había entregado al vicio, se había dejado dominar por la envidia, la avaricia y toda suerte de pasiones. ¿Por qué muere de una manera tan vergonzosa? Pues porque vivió mal. Todo el mundo sabe que Absalón fué durante toda su vida rebelde y desobediente a su padre. Cuando sonó la hora de su muerte, señalada por Dios desde la eternidad, al pasar montado en su caballo debajo de un árbol, quedó suspendido por los cabellos. Viéndole Joab, le atravesó el cuerpo con tres flechas (2). ¿De dónde proviene, H. M., el desgraciado fin de ese príncipe sino de que durante toda su vida había sido un mal hijo? Murió de esta manera por haber vivido mal.

Ya veis, pues, claramente, H. M., que, si queremos tener buena muerte, es necesario llevar una vida cristiana y hacer penitencia de los pecados; debemos excitar en nosotros, con la gracia de Dios, una humildad profunda en un corazón lleno de remordimientos por

(1) I Reg., XXXI. (No es del todo exacto el relato de la muerte de Saúl).

(2) II Reg., XVIII.

haber ofendido a un Señor tan bueno. Pero el tercer medio adecuado para prepararnos a bien morir, es conformar nuestra muerte con la de Jesucristo. Cuando se lleva el Viático a un enfermo, va también la cruz; y no es solamente para ahuyentar al demonio, sino principalmente para que el Redentor crucificado sirva de modelo al moribundo, y a fin de que, poniendo los ojos en la imagen de un Dios crucificado por su salvación, se prepare a morir como se preparó Jesús. Lo primero que hizo Jesús antes de morir fué separarse de sus apóstoles; lo mismo debe hacer un enfermo, o sea, separarse del mundo y deshacerse en lo posible de las personas que le son más queridas, para ocuparse solamente en Dios y en la salvación de su alma. Jesús, al ver cercana la hora de la muerte, postróse, la faz en tierra, en el huerto de los Olivos, orando con insistencia (1). Esto es lo que debe hacer el enfermo al verse cercano a la muerte: orar con fervor, y en su agonía unirse en espíritu a la agonía del Salvador. El enfermo que quiere convertir su mal en cosa meritoria, debe aceptar la muerte con alegría, o a lo menos con una gran sumisión a la voluntad de su Padre celestial, pensando que, para alcanzar nuestra suma felicidad, o sea para ir a gozar de Dios, es absolutamente indispensable morir. Dice San Agustín que aquel que no quiere morir, lleva consigo la señal de reprobación. ¡Oh! H. M., ¡cuán dichoso es en aquel postrer momento el cristiano que siempre vivió bien! ¡Abandona todas las miserias, para entrar en posesión de toda suerte de bienes!... ¡Dichosa separación! ¡Ella nos une a nuestro sumo bien: el mismo Dios!... Esto es lo que os deseo.

(1) Matth., XXVI, 39.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Domingo noveno después de Pentecostés. — Sobre las lágrimas de Jesucristo	I
Décimo domingo después de Pentecostés. — Sobre el orgullo	25
Domingo undécimo después de Pentecostés. — Sobre el juicio temerario	46
Domingo duodécimo después de Pentecostés. — Sobre el primer precepto del Decálogo	67
Fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima. — Sobre las grandezas de María	92
Domingo décimotercero después de Pentecostés. — Sobre la absolución	109
Domingo décimocuarto después de Pentecostés. — Sobre el servicio de Dios	130
Domingo décimoquinto después de Pentecostés. — Sobre el pensamiento de la muerte	152
Domingo décimosexto después de Pentecostés. — Sobre la humildad.	174
Domingo décimoséptimo después de Pentecostés. — Sobre la pureza	192
Domingo décimoctavo después de Pentecostés. — Sobre la tibieza	213
Domingo décimonono después de Pentecostés. — Sobre la impureza	232
Domingo vigésimo después de Pentecostés. — Deberes de los padres para con sus hijos.	252
Domingo vigésimoprimer después de Pentecostés. — Sobre la ira	273
Domingo vigésimosegundo después de Pentecostés. — Sobre la restitución	294
Domingo vigésimotercero después de Pentecostés. — Sobre la muerte del justo	313